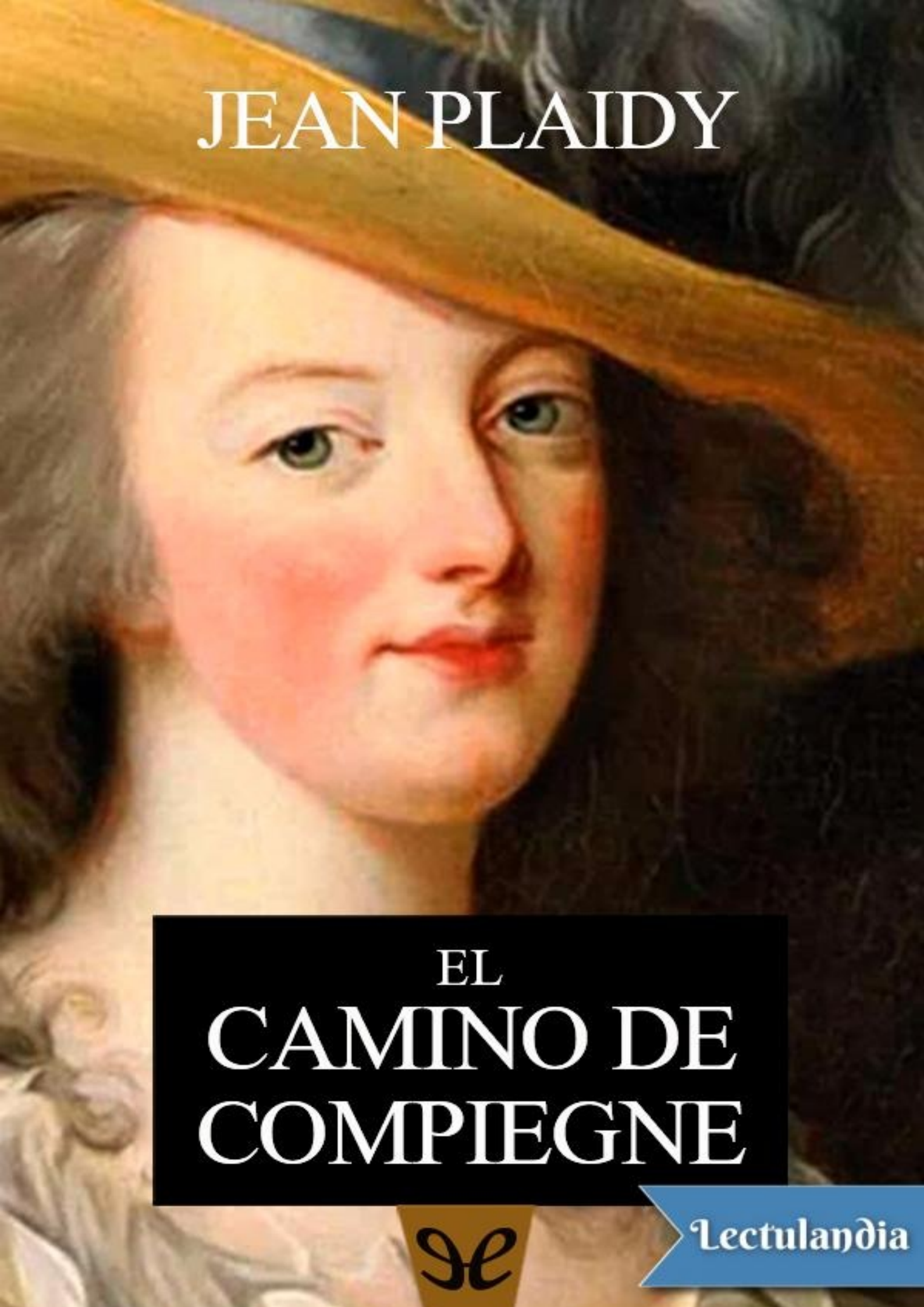


A classical oil painting of a woman's face and shoulders. She has fair skin, rosy cheeks, and green eyes. She is wearing a large, wide-brimmed hat with a dark interior. The background is dark and indistinct.

JEAN PLAIDY

EL
CAMINO DE
COMPIEGNE



Lectulandia

Una vez construido el camino de Versailles a Compiègne. Luis XV apenas si va a París. Instalado cómodamente entre su Palacio y la residencia de su amante, la marquesa de Pompadour, no presta atención a la creciente tensión social que se respira en Francia. Por su parte, la marquesa no se siente capaz de resistir el ritmo de vida que le impone el monarca y decide proporcionarle satisfacción sexual con una serie de jóvenes bonitas, reservándose ella un lugar privilegiado como confidente y amiga. Pero la marquesa sucumbe a una enfermedad y se inicia un periodo de desgracias para Luis y la familia real. Al nuevo heredero del trono, el futuro Luis XVI, se le procura un matrimonio políticamente ventajoso: su esposa será María Antonieta, hija de la emperatriz de Austria. El pueblo deposita todas sus esperanzas en la joven pareja heredera, sin imaginar que se convertirán en los trágicos protagonistas de la Revolución Francesa...

Jean Plaidy

El camino de Compiègne

Luis XV - 2

ePub r1.0

Titivillus 09-01-2021

Título original: *The Road to Compiegne*

Jean Plaidy, 1959

Traducción: Miguel Martínez Lage

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

EL CAMINO DE COMPIEGNE

Jean Plaidy

El camino

Durante los días calurosos, las gentes de la ajetreada capital hablaban sin cesar del camino. Bromeaban a cuenta del camino, se mofaban del camino, lo vilipendiaban y, en suma, lo aborrecían.

Como el pueblo de París tenía por costumbre sacar cantinelas a todo lo que fuera motivo de entusiasmo o de odio por alguna razón especial, no tardaron en oírse a propósito del camino.

Cuando los panaderos de Gonesse iban a la ciudad dos veces por semana con sus cargamentos de pan —que forzosamente debían vender al pueblo, ya que les estaba prohibido regresar con sobras al otro lado de la Barrera—, hablaban largo y tendido del camino con los campesinos que iban a Les Halles, el gran espacio circular en el que desembocaban seis calles.

Tras agotar las excelsas cualidades del pan, o del pescado, la carne y las verduras, les quedaba tiempo para hablar del camino.

Las expendedoras de café que se colocaban en cada esquina, con las tinas a la espalda, voceaban: «Café au lait a dos céntimos. Café au lait con azúcar, amigos». Y mientras sus clientes se paraban a tomarse un café en las tazas de barro, bromeaban con la expendedora a propósito del camino.

Los barberos, pese a correr frenéticos de un lugar a otro para cumplir sus citas, pues era la época en que florecían las pelucas y los tirabuzones, con las ropas blanqueadas por los polvos de talco, se contaban unos a otros las últimas noticias acerca del camino; los abogados, cuando iban hacia Châtelet, lo comentaban con graves ademanes; los funcionarios, aunque tenían que correr para llegar puntuales al trabajo, susurraban toda clase de comentarios a cuento del camino.

Hablaban del camino los señores y las señoras en sus carruajes, los sudorosos pasajeros apiñados en los carrabas que iban dando tumbos, yendo a Versalles o viniendo de allí a unos tres kilómetros por hora, así como los que, sin poder permitirse un carruaje, despreciaban el carrabas y se veían obligados a viajar en aquellos cómicos vehículos que el humor de los parisinos había bautizado como pots de chambre, es decir, orinales.

En el Palais Royal, las prostitutas y los galanes se presentaban unos a otros aprovechando cualquier comentario acerca del camino, mientras que los agitadores habían hecho del camino el tema de sus feroces polémicas.

Los hombres y las mujeres que avanzaban cautelosos por las calles, escogiendo bien el itinerario para rehuir los barrizales que desprendían emanaciones sulfurosas, bromeaban a propósito del camino; los que hacían un alto en el Pont-Neuf para peinarse y para cepillarse las ropas, hablaban del camino con los valets de la calle.

El camino de Compiègne, la Route de la Révolte, había prendido en la imaginación de las gentes de París. Era un símbolo interpuesto entre ellos y el rey, era la respuesta contundente de Luis XV a las críticas que todo el pueblo de París le había dedicado. «Habéis dejado de llamarme Luis el Bienamado, ¿no es así? Pues yo he querido que se construya un camino para no tener que atravesar vuestra ciudad. Nunca más volveré a París por asuntos de placer, sólo cuando mis deberes me exijan estar presente en la ciudad^[1]».

Y las gentes de París se reían y cantaban groseras canciones acerca del camino de Compiègne, pues deseaban que el rey supiera que su indiferencia no era superior a la de ellos, amén de estar dispuestos a manifestar su aborrecimiento si fuese necesario.

La Marquesa

La marquesa de Pompadour estaba sentada ante su espejo y, mientras sus doncellas la vestían y le pintaban la cara, recibía algunas visitas en sus aposentos. Era la hora de la *toilette*, el momento en que la dama más importante de la corte gozaba de entera libertad para atender a las conversaciones de sus visitas.

Sonreía con amabilidad y elegancia. Con las mejillas coloreadas y los labios pintados de carmín, con el cabello recogido en un moño muy alto, sobre un rostro más picante que realmente hermoso, estaba sin duda alguna atractiva, si bien eran muchos asistentes a su *toilette*, si no todos, los que proclamaban que, por debajo de la serenidad y de la cosmética, habitaba en realidad una mujer fatigada, ahíta y aprensiva. Para quienes la veían en esos momentos parecía muy poco probable que pudiera ser verdad. No obstante, todo el mundo estaba al tanto de que la marquesa era una actriz consumada.

¡Qué elegancia la suya! Nunca, ni siquiera con los más humildes, había mostrado un solo gesto que no fuese de amabilidad y atención.

—¡Ved qué cauta es! —susurraban sus enemigos—. ¿Será porque sabe que el poder de Luis está disminuyendo?

—¿De veras lo sabe?

—Tiene que saberlo; si no, sería imbécil de remate. ¿Y cómo iba a serlo una mujer que nació siendo tan sólo mademoiselle Poisson, y que hoy se ha convertido en la marquesa de Pompadour sin la ayuda de ningún amigo en la corte?

—Pues no da muestras de estar al corriente.

—¿Cómo que no? Fijaos en la malencarada determinación que se le nota cuando aprieta las mandíbulas. Luis la está agotando, y ella lo sabe. No puede durar mucho.

Los bellos ojos de la marquesa miraban con blandura. No parecía probable que estuviera al tanto de los murmullos.

—Mi espejo —susurró a su doncella, y lo sostuvo con delicadeza y con gracia, para poder contemplarse desde todos los ángulos.

Sonrió a la concurrencia. Éste deseaba obtener un cargo en la corte, ése lo quería para su hijo; aquél era un hombre deseoso de conseguir un puesto en el Ejército; aquella de allí, una mujer que aspiraba a lograr un lugar para su hija. Ése era un comerciante que ansiaba venderle a ella un hermoso jarrón; sabía que el gusto de la marquesa rayaba la perfección. Allí había otro que había traído rollos enteros de magníficos satenes, teñidos de esos delicados matices que ya muchos asociaban a su persona.

Así, acudían a madame de Pompadour, porque era tan encantadora como amable. Tenía por máxima no granjearse enemigos, y ayudar siempre que le fuera posible; y, por supuesto, ante el rey, sus palabras tenían más peso que las de ninguna otra persona.

—¡Por ahora! —farfullaban sus enemigos con disimulada satisfacción—. Pero es cuestión de esperar. Dejad que alguna joven encantadora y brillante aparezca. Recordad a madame de Mailly. El rey le fue fiel durante años. Y nunca se había desembarazado de ella a pesar de que le aburría. Ahora bien, cuando la hermana de madame de Mailly, madame de Châteauroux, dijo: «Expulsad a esa mujer de la corte», la pobre madame de Mailly tuvo que irse.

Y así ocurriría con la marquesa.

Por el momento, ella seguía en la corte porque Luis no había encontrado a ninguna otra que le atrajera lo suficiente como para que deseara sustituirla, pero ese momento llegaría, y entonces: ¡ay de la Pompadour!

Ahora sonreía a un hombre que le había pedido un puesto en el Ejército.

—Monsieur —decía con su gracia habitual—, estoy segura de que nosotros podremos garantizar vuestra solicitud.

¡Nosotros! Tenía la afrentosa costumbre de emplear esa palabra que la vinculaba al rey. La decía constantemente. «Nosotros saldremos mañana hacia Marly, hacia Choisy, hacia Fontainebleau». Y quería significar con ello «el rey y yo».

Luis la oía expresarse así, pero no protestaba. Era perezoso en extremo, estaba demasiado preocupado por ahorrarse cualquier situación desagradable. No obstante, todo el mundo estaba convencido de que llegaría el día en que la marquesa recibiría la orden de abandonar la corte.

Ella no podía disimular del todo el hecho de que tenía una salud delicada. Además, cualquier mujer necesitaba la vitalidad de otras diez para mantener el ritmo de Luis XV de Francia.

Cuando las visitas estaban reunidas alrededor de la marquesa, llegó el rey. Todos retrocedieron unos pasos, los hombres con una reverencia, las mujeres

barriendo el suelo con sus vestidos, mientras Luis avanzaba hacia el tocador de *toilette*.

La marquesa, que se había puesto en pie, hizo una simpática reverencia. Todos los presentes se hallaban alerta; pero si Luis estaba cansado de la marquesa, no dio muestra alguna de ello. Todos tuvieron que ser conscientes de cómo se iluminó su rostro al coger la mano de aquella encantadora mujer.

—Señora marquesa, ¿cómo os encontráis hoy? Deseo oír vuestras noticias.

No indicó que salieran los que se habían reunido en la estancia, pero la etiqueta de palacio exigía que se retirasen de inmediato. No se dignó a mirar ni a izquierda ni a derecha cuando avanzó hacia la marquesa, señal inequívoca de que deseaba quedarse inmediatamente a solas con ella.

Cuando se quedaron a solas, la marquesa lo miró con ternura. No se le veía buen aspecto. Tenía la piel un tanto amarillenta, una novedad de hacía escasos meses. Con eso y con todo, Luis era un hombre muy atractivo y apuesto. Sus ojos eran de un azul tan intenso que parecían oscuros, y su peluca blanca acentuaba esa coloración. Sus gestos y sus movimientos tenían tal elegancia y tal dignidad, que la marquesa a menudo pensaba que, si no lo hubiese visto nunca, si le pidiesen que encontrase al rey en medio del gentío, lo habría elegido a él sin duda.

Estaba enamorada de él. Incluso antes de haberle conocido tuvo la fuerte convicción de que un día llegaría a ser su amante, y tan pronto como lo vio supo que ninguna otra persona llegaría a ser para ella tan importante como él.

«Si al menos —pensaba—, hubiera podido tener un hijo suyo...». Ya era imposible. Había sufrido varios embarazos malogrados, y su médico, el doctor Quesnay, le había dicho que ya no podría concebir hijos.

Era un infortunio. ¡Hijo o hija de Luis XV y de la marquesa de Pompadour! Nada habría sido demasiado para un niño así; ningún honor hubiera resultado excesivo. ¡Y qué lazo de unión entre ellos dos! Pero no pudo ser.

Le pareció que él se sentía un tanto melancólico, y se preguntó si no estaría pensando en la noche anterior, que a juicio de ella no había sido enteramente satisfactoria para él.

El solo pensamiento de sus deficiencias en el dormitorio la aterraba a veces; sabía que no estaba muy lejano el día en que debería afrontar ese problema.

De todos modos, la noche había quedado atrás; durante el día, en todas las ocasiones de índole social, Luis no podría haber soñado con tener una

compañía más deliciosa y más entretenida que la de la marquesa.

—Se os ve encantadora —dijo Luis.

—Y vos, sire^[2], estáis con el mejor de los ánimos.

No era ése el caso, si bien ella había descubierto que con sólo sugerirle que se le veía bien y muy animado, a menudo era fácil engatusarle para que mejorase su estado.

—Ansioso por conocer vuestros planes para el día de hoy.

—Esperaba tener el gran honor de entretener a Vuestra Majestad en Bellevue esta tarde.

—Nada podría complacerme tanto.

—Para esta velada había previsto ofreceros una pieza teatral, sire, que con seguridad os divertirá.

—Escrita por vuestro viejo amigo Voltaire, sin duda.

—Bien, sire, hay muchos otros que escriben peores piezas, y muy pocos que lo hagan mejor.

El rey se echó a reír.

—Como no estamos obligados a ver al autor, sin duda disfrutaremos viendo su pieza. ¿Tenéis noticias de cómo le va por Berlín?

—Sí, sire. Escribe de vez en cuando.

—Es un placer acordarnos de que tenemos un lunático menos en la corte.

La marquesa se obligó a reír con ligereza, pero se sintió decepcionada. Había aspirado a colmar de honores a su viejo amigo, François María Arouet de Voltaire; por desgracia, aunque ella lo considerase un genio, carecía de los modales que eran necesarios para ser aceptado en Versalles.

—Creo que a Vuestra Majestad le deleitará la pieza.

—Estoy seguro de ello. Vos, mi querida marquesa, ¿representáis algún papel?

—Uno de los más importantes, pero no me preguntéis más sobre ello. Quiero que sea una sorpresa para Vuestra Majestad.

Él le cogió una mano y posó levemente sus labios en ella. Estaba absorto, pensando en cuan deliciosa era. Siempre hablaba con buen criterio. No importaba qué tema plantease él, podía estar seguro de que ella lo comentaría con todo el corazón. En cambio, rara vez insinuaba ella un tema de conversación. Esperaba a que él tomara la iniciativa. Era una mujer maravillosa; si al menos resultara un poco más satisfactoria en la cama, sería sencillamente perfecta.

Luis había descubierto que con frecuencia se le extraviaba la mirada, y sentíase algo molesto consigo mismo. La marquesa era una mujer

excepcional, y él no deseaba ni mucho menos ofrecer a sus enemigos la satisfacción que estaban buscando.

La marquesa le sonreía con ternura, sin dar la menor muestra de la alarma que en el fondo sentía. Durante los cinco años que había sido la amante del rey, había estudiado su humor con detalle, de modo que con notable frecuencia sabía leer sus pensamientos.

Las palabras que él pronunció a continuación la aterraron.

—Mi querida marquesa, estoy un poco preocupado por vuestra salud. ¿Podéis asegurarme que habéis consultado con Quesnay este asunto, que tiene la mayor importancia para mí?

Ella se echó a reír. Nadie habría adivinado que había comenzado a sentirse mareada de simple aprensión. De pronto, las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Me siento profundamente conmovida —dijo ella— porque Vuestra Majestad esté preocupado por mi salud. Sin embargo, queridísimo mío, me perdonaréis que me ría. Nunca me he sentido mejor.

—Creí, querida mía, que ayer noche estabais un poco fatigada... Pensé que quizá os fatigáis con excesiva facilidad.

—En modo alguno, mi querido sire. Eso no me sucede a mí. Ahora bien, ¿recordáis aquel susto que nos llevamos los dos cuando caísteis enfermo en mi cama, y Quesnay dijo que vos sí debíais tener cuidado? Perdonadme, Luis, pero no puedo olvidar aquella ocasión. A veces, sólo de pensarlo me echo a temblar.

—¡La muerte! —murmuró el rey—. ¿Quién sabe cuan cerca de ella estaremos alguno de nosotros? —Meneó la cabeza con expresión plañidera, y sus hermosos ojos azules sostuvieron burlones la mirada de la marquesa. Nunca parecía fatigarse. ¿Sería eso lo que pretendía decirle?

Ella contuvo un acceso de tos.

—Qué melancólico tema de conversación, y la muerte está lejos, muy lejos, de nosotros. Somos jóvenes aún.

—Confiemos que esté muy lejos entonces —dijo Luis.

—Ah, pero yo aspiraba a haceros reír, Majestad, y en cambio aquí estamos, hablando de tan melancólico asunto. Sire, ¿habéis oído hablar del último *affaire* amoroso de Richelieu?

—No, querida —repuso Luis—. Pero contádmelo. Es un sujeto asombroso. Con la edad que tiene, ¿cómo se las arregla para seguir como un mozalbete ansioso? Decídmelo.

La marquesa emitió una leve risa.

—Deberíamos recordar, sire —dijo—, que estas anécdotas relativas a sus proezas es él mismo quien las refiere. Y eso podría ser indicio de que las proezas de Son Excellence son más asombrosas aún después del acto que durante el mismo.

El rey se rió con ella, y la marquesa se sintió aliviada.

Recordó otros escándalos para entretener a Luis; cuando él se despidió, estaba mucho más animado que cuando había llegado. A menudo sucedía así. Él subía las escaleras de los aposentos de la marquesa con un humor melancólico, y se retiraba con el espíritu mucho más alegre, casi siempre sonriendo para sus adentros al recordar alguna anécdota divertida.

Cuando se quedó a solas, la marquesa se tendió en un diván e intentó reprimir la tos contra la que había tenido que luchar durante la entrevista con el rey.

Mientras estaba tendida, se abrió la puerta de su aposento y una mujer entró de puntillas.

—¿Sois vos, Hausset? —preguntó la marquesa.

—Sí, madame.

—¿Y os hallabais en vuestro cuartito, escribiendo, mientras el rey estaba aquí?

—A vuestro alcance, madame, por si me hubierais necesitado.

La marquesa sonrió un tanto macilenta; no tenía por qué seguir guardando las apariencias con su dama de confianza, que era además su buena amiga.

Madame du Hausset se hincó de rodillas y tomó la mano de madame de Pompadour.

—Os mataréis. Os mataréis —declaró, con fervor.

—Pobre Hausset, pues en tal supuesto seríais alejada de palacio, y ¿cómo continuaríais con vuestras memorias? Supongo que de todos modos podríais continuarlas, aunque no serían ni la mitad de interesantes, ¿no es cierto? Ahora, en cambio, escribís lo que os place sobre el rey y sobre vuestra amante, que también lo es del rey. Me pregunto cuánto tiempo nos quedará.

—Ésa no es manera de hablar —dijo madame Du Hausset.

—No es manera, desde luego. Pero yo tengo en cuenta esa posibilidad a todas horas, ya lo veis. Esas personas que han venido hoy a la *toilette*... ¿habrán sido capaces de creer que no he leído sus pensamientos?

—Esta dieta que lleváis, madame... no os hace ningún bien —dijo madame Du Hausset—. De todo lo que coméis, nada os sirve para estar a la altura del rey. Pocas mujeres podrían estarlo.

—Me temo, Hausset, que no soy una mujer demasiado sensual que digamos. Hay algo que debo deciros. Algunas noches, el rey ha dormido en un diván en mi dormitorio. ¿Qué puede significar eso?

—Significa que os profesa un gran respeto y una muy alta estima, madame.

—A veces dice: «No os molestaré». ¿Qué significa eso?

—Que tiene en consideración vuestra comodidad.

—Pero ¿durante cuánto tiempo, Hausset, un hombre continúa teniendo en consideración las comodidades de su amante?

—Eso depende del afecto que le profese. ¿No puede hacer nada por vos, monsieur Quesnay?

—Me ha dado drogas y píldoras, pero sigo siendo... como ya se ha dicho... tan fría como mi apellido^[3].

—En tal caso, madame, seguid mi consejo. Dejaos de trufas, de dietas y de píldoras recetadas por el doctor. Comed de buena gana lo que os apetezca. Estoy convencida de que eso os dará mejor salud, y más deprisa que ninguna otra cosa; y con la salud llegará la calidez que el rey solicita de vos.

—Mi queridísima Hausset —dijo la marquesa—, estoy contenta de teneros conmigo. Con vos puedo hablar sin disimulos.

—Madame, sabéis que soy vuestra amiga.

—Entonces compadeceos de mí, Hausset. La vida que llevo no es nada envidiable. Los momentos como éste son, bien lo sabéis, muy pocos. Nunca dispongo de un minuto para mí sola. Debo pensar constantemente en mis deberes. No hay descanso posible. Deberíais compadecerme, Hausset, desde lo más profundo de vuestro corazón.

Madame du Hausset asintió levemente.

—Os compadezco, marquesa. De veras os compadezco de todo corazón. En la corte, en París, en toda Francia se os envidia. Pero yo, que os veo más de cerca, os compadezco.

—Mi buena Hausset, me da un gran consuelo teneros conmigo y pensar que estáis en vuestro cuarto escribiendo sin cesar lo relativo al día de la fecha. ¿Figuro yo mucho en vuestras memorias? ¿Y el rey?

—Muchísimo, madame; no podría ser de otro modo.

—No, claro. Supongo que no. Pero ¿en qué estoy pensando? Debo cambiarme de vestido. He de recibir al rey esta tarde en Bellevue. Venid...

Le acometió un acceso de tos que no pudo reprimir. Se llevó el pañuelo a la boca y, cuando terminó de toser, se recostó, exhausta, mientras madame Du Hausset le retiraba de la mano la muselina manchada de sangre.

Ninguna de las dos mencionaba jamás ese tema; era un secreto que, por el momento, habían mantenido entre ellas, si bien ambas sabían que un secreto de tales características no puede permanecer guardado para siempre.

De repente, la marquesa se mostró alegre.

—Venid —dijo—, no hay tiempo que perder. Debo estar en Bellevue a tiempo de recibir a Su Majestad.

La familia real

Cuando dejó a la marquesa, Luis se dirigió hacia los petits appartements que había hecho construir para su solaz en torno a la Cour des Cerfs. Allí podía disfrutar de la soledad y de la plena dedicación a sus aficiones; en aquel lugar tenía la grata sensación de que podría coronar una de sus ambiciones: separar a Luis de Borbón de Luis XV de Francia.

Deseaba que le fuera posible desprenderse de su melancolía. La vida parecía no tener nada de auténtico interés que ofrecerle; no era más que una cansina ronda de ceremonias y adulaciones, de brillantes distracciones; pero tan parecidas en el fondo unas a otras, que él no recordaba luego cómo había sido cada una.

Contaba cuarenta años; tampoco era un anciano, pero sentía que la vida no tenía nada fresco que ofrecerle. Estaba ahído, y muy pocas personas sabían cómo sacarlo de su melancolía. La marquesa era, ciertamente, una de ellas; Richelieu, otro; a veces, su hija Adelaida lo entretenía, porque en realidad era una criatura tan disparatada como inestable; su hija Ana-Enriqueta conmovía en cambio su sentido de la piedad, porque era tan frágil y melancólica como él mismo.

La pobre Ana-Enriqueta seguía doliéndose por la pérdida de su amante, Carlos Eduardo Estuardo. Habría sido una rematada estupidez dar su consentimiento a semejante matrimonio, si bien no lograba evitar cierto remordimiento de conciencia cada vez que veía a Ana-Enriqueta. Por esta sencilla razón evitaba encontrarse con ella en la medida de lo posible, pues detestaba sentir su conciencia agitada.

Adelaida le interesaba más de un tiempo a esa parte. Tenía dieciocho años y era muy bella; resultaba entretenido oírle hablar de asuntos de Estado. Se hallaba realmente convencida de tener una gran influencia sobre su padre, y quizá por eso mismo le tenía tanto afecto. Desde luego se sentía encantada con él; nadie se atrevía a criticarle en su presencia, según él tenía entendido. Si ella sospechase que alguien pudiese criticarle, exclamaría, presa de cólera: «¡Lleváoslo a las mazmorras!».

En la corte, la gente empezaba a comentar si la violenta y vivacísima Adelaida no estaría algo desequilibrada mentalmente. Se preguntaba, además, si el rey se habría propuesto que todas sus hijas permaneciesen solteras de por vida. Eran Ana-Enriqueta, de veintitrés años; Victoria, de diecisiete; Sofía, de dieciséis, y Luisa María, de trece, aparte de la propia Adelaida, de dieciocho, todas ellas casaderas, pero el rey no había movido un dedo para pactar algún matrimonio para ellas.

Por supuesto, no pocos cortesanos veían con suspicacia las relaciones del rey con sus hijas, en particular porque Adelaida le quería con descarada y apasionada devoción. Pero a Luis no le importaba gran cosa. Había crecido aletargado. Le daba igual lo que se dijera de él en la Corte o en la malhumorada ciudad de París, a la cual había negado todo su afecto desde que decidió no visitarla mientras le fuese posible evitarlo.

Le agradaba tener a sus hijas en la Corte. Era placentero comprobar con qué devoción le querían, qué dispuestas estaban —e incluso ansiosas— a olvidar a su madre para darle a él todas sus atenciones.

Por otra parte, había demasiadas intrigas a su alrededor. Pero eso no le importaba en absoluto. Incluso encontraba cierto entretenimiento en ellas.

Estaba decepcionado con el Delfín^[4], que, a sus veintiún años, se había vuelto un joven bastante grueso y convencido de estar en posesión de la verdad. Era evidente que se hallaba en manos del partido de los jesuitas, y la delfina, su esposa, estaba de su parte.

Resultaba extraño que un joven con tan poco atractivo hubiera logrado inspirar verdadera devoción en sus dos esposas. Daba la impresión de que María Josefa, su actual esposa, estaba tan enamorada de su marido como lo estuvo su antecesora, María Teresa Rafaela, que murió de sobrepeso.

Luis se había dado cuenta de que a medida que pasaba el tiempo el Delfín podía llegar a ser motivo de vergüenza para su padre. Si realmente iba a dar su apoyo a los jesuitas, y por medio de ellos a la Iglesia, poniéndose en contra del Parlement —y habían sido intensas las polémicas entre la Iglesia y el Estado en Francia desde que el papa Clemente XI promulgó la bula Unigenitus en 1713, sobre todo porque dicha bula fue condenada por las autoridades civiles de París en 1730—, podría verse a la cabeza de un poderoso partido y generar de esa forma una seria fricción en el país.

Luis no deseaba considerar de antemano una situación tan desagradable. Prefería vivir el día a día.

No obstante, no lograba impedir que sus pensamientos volvieran de continuo a su familia. Sin considerar a la reina. Rara vez pensaba en ella

ahora. Se había cansado de ella tiempo atrás, casi desde que llegó a Francia, con gran asombro de toda Europa, siendo simplemente la hija del rey de Polonia en el exilio, un exmonarca que prácticamente vivía en la miseria, para contraer matrimonio con el rey de una de las naciones más grandes del momento. Pero en aquellos primeros años la había amado, pues era un quinceañero inexperto, y ella, la primera mujer que conocía. Le había dado diez hijos nada menos, siete de los cuales seguían con vida; así pues, los dos habían cumplido con sus deberes para con el Estado, y no tenían por qué preocuparse el uno por el otro. Que ella siguiera dedicada a sus devociones, a aquella vida de increíble aburrimiento, a sus infantiles esfuerzos por tocar el clavicordio y por pintar pequeños paisajes; que siguiera llevando su vida de piedad y virtud rodeada de su propia corte, compuesta al fin y al cabo de personajes tan poco interesantes como ella misma.

Él seguiría su camino, su melancólico camino, desesperadamente en pos de un medio que le permitiera dejar a un lado el aburrimiento, en compañía de mentes tan alegres como la de madame de Pompadour.

Cuando comparaba a su amante con la reina, se decía que su propia existencia sería imposible sin ella. Su querida Juana-Antonieta, su pequeño pececillo. ¡Ah, qué pez! Era una pena que fuese tan fría; aunque, por fortuna, él entendió que esa frialdad no era debida en modo alguno a lo que ella sentía por él.

Anhelaba tener una amante que compartiera con él su erotismo, pero que al tiempo resultara ser una compañera tan encantadora como su querida marquesa.

¿Era posible reunir ambas cualidades en una sola mujer? Tal vez no. Por eso debía contentarse con su querida amiga, que tanto le complacía en todos los sentidos, con una única excepción.

Tal vez no fuera posible hallar completa satisfacción en una sola persona. Él amaba a Ana-Enriqueta, pero su melancolía por la pérdida de su rollizo príncipe Carlos le irritaba sobremanera, a la vez que le remordía la conciencia. Rápidamente se había cansado de Victoria cuando volvió del convento de Fontevrault; Victoria era realmente una tonta sin encanto ninguno, mientras que Sofía era más tonta incluso. Luisa-María sí era algo más brillante, pero la pobre niña no tenía el menor atractivo, ya que era jorobada. No, Adelaida era su hija predilecta por el momento, la loca Adelaida, en quien siempre se podía confiar para entretenerse, aunque fuera apelando a sus desatinos.

Y al pensar en su familia y en su amante, se acordó de la animadversión que existía entre ellas.

Era quizá comprensible que la familia estuviese resentida con la marquesa. Pero ¿por qué, en cambio, ninguno de los miembros de su familia era capaz de conducirse con la dignidad y el decoro de la marquesa?

Era increíble. Ella, con sus humildes orígenes, podía comportarse como una exquisita dama de la corte; si sentía rencor hacia aquellos jóvenes, ¡con qué encanto lo disimulaba!

Luis se avergonzaba de su familia: los enloquecidos planes de Adelaida para expulsar a la marquesa de la corte, con la estúpida aquiescencia de sus hermanas, que no sabían hacer otra cosa que esperar a que Adelaida les diera arte y parte en sus intrigas... En cuanto al Delfín, se había comportado como un escolar maleducado. El rey le había visto incluso sacar la lengua a espaldas de la marquesa.

Desde luego, cuando se paraba a considerar a su familia, no se quedaba nada complacido con su comportamiento. Incluso se alegraba de que madame Luisa-Isabel, la gemela de Ana-Enriqueta a la que siempre se había considerado la mayor de la familia, se hubiera marchado de Versalles, aunque cuando volvió unos días de visita, y aún no hacía tanto tiempo, se sintió complacido de tenerla a su lado.

Comparadas con su hermana, a la que llamaban madame la infanta, las otras muchachas parecían torpes y desmañadas; él se avergonzaba de todas ellas e incluso de sí mismo, por no haberse tomado más en serio su educación.

Adelaida se mostró de inmediato celosa por la atención que su padre dedicaba a Luisa-Isabel; a su manera, tan desatinada como siempre, había formado un partido para enfrentarse a ella. Por si fuera poco, Luisa-Isabel se había hecho buena amiga de madame de Pompadour, tal vez sólo por fastidiar a sus hermanas y al Delfín, dando en cambio un nuevo placer a su padre.

Pero él muy pronto comprendió que eran las ambiciones de madame la infanta las responsables, en gran parte, del afecto que había mostrado a su padre. Ansiaba un trono; estaba disgustada porque una hija del rey de Francia tuviera que conformarse con los ducados de Parma y de Plasencia, que habían ido a parar a sus manos merced a la paz firmada en Aquisgrán. Ella tenía grandiosas ambiciones; le encantaría ver a Francia de nuevo en guerra, para lograr nuevas conquistas y sobre todo para asegurarse un trono; deseaba que José, el hijo de la emperatriz María Teresa de Austria, fuese el esposo de su hija pequeña.

En la corte de España, donde residía, habían hecho de ella una estadista. Pero al ver que era tan exigente, al darse cuenta de que podía perturbar su paz, a pesar del alborozo que le produjo el reencuentro, Luis no se sintió aliviado hasta que ella se marchó de Versalles.

De vez en cuando tomaba café con sus hijas menores. Era un pequeño ritual que nunca dejaba de divertirle. Además, debía descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llevar sus intrigas el Delfín, y la mejor forma de averiguarlo era congraciarse con sus hermanas.

Fue a la cocina de los petits appartements y preparó el café. Cuando estuvo listo, lo colocó en una bandeja y él mismo lo llevó a los aposentos de Adelaida por una escalera privada.

Los ojos de Adelaida brillaron de placer nada más verle; con un gesto indicó a las damas que la acompañaban que salieran. Hizo una vehemente reverencia —todos sus gestos eran vehementes— y Luis pensó que parecía un poco más desatinada cada vez que la veía.

—Café... Queridísimo sire, con esto el día de hoy no podría ser más feliz.

—Mi queridísima hija —dijo el rey—, no os excitéis demasiado. Os ruego que os levantéis; sólo en pos de la informalidad he venido a visitaros de este modo.

—¡Querido papá! —Adelaida se rió—. Debo llamar enseguida a Victoria, aunque, antes, disfrutemos de unos instantes a solas...

—A solas —repitió el rey—. ¿Es posible estar del todo a solas? Diríase que incluso cuando nos imaginamos a solas, hay quienes nos observan sin ser vistos ni oídos.

Adelaida se llevó el dedo a los labios.

—Intrigas... —murmuró—. ¡Hay intrigas por todas partes!

—Querida, ¡cuánto os complace! Pero permitidme servir os una taza de café.

—Queridísimo papá, no hay café que sepa tan bien como el que vos preparáis.

—Me aduláis, hija mía.

—Eso sería imposible. Todo lo que se dijera de vos y de vuestras acciones, sólo podría faltar a la verdad por no ser alabanza suficiente.

—Hay que ver; estáis aprendiendo a hacer cumplidos muy floridos, Adelaida. ¿Cómo van las intrigas? ¿Qué me vais a pedir hoy?

—Clemencia para esos pobres jesuitas, señor. ¿No son santos a su manera? Sé bien que madame de Pompadour los detesta, y que desea verlos despojados de su poder. Eso es bastante natural, ¿no os parece? Está temerosa

de los hombres de la Iglesia, es lógico. Si lograsen que vos os arrepintieseis, ella se llevaría su congé.

—Oh —murmuró Luis—, sin duda que si prestara atención a los hombres de la Iglesia, no me entregaría con total indulgencia, con mis encantadoras hijas, a eso que he oído que llaman «orgías».

Adelaida dio una patadita en el suelo, encolerizada.

—Orgías... ¡qué estupidez!

—Os tengo muchísimo cariño —murmuró Luis—. Tal vez bebamos en exceso en nuestras cenas íntimas, en las veladas que sólo nosotros compartimos.

Adelaida siguió dando golpes en el suelo con el pie. Su rostro había enrojecido.

—¡Estupideces! ¡Estupideces! —exclamó.

—Ahora, querida, es hora de llamar a vuestras hermanas. Se les quedará frío el café.

Adelaida tiró del cordón de la campanilla conectado a los aposentos de Victoria; minutos más tarde, ésta llegó apresuradamente. Adelaida la observó con severidad mientras la recién llegada hacía una reverencia a su padre.

—¿Habéis llamado a Sofía? —preguntó Adelaida.

—Sí, Adelaida.

—Bien, querida, he preparado este café. Venid —dijo el rey—. Sentaos a mi lado y contadme vuestras noticias.

Cinco minutos más tarde Sofía apareció.

Hizo una reverencia a su padre, y Luis se divirtió al ver cómo volvía la mirada hacia Adelaida, como si quisiese preguntarle qué debía hacer a continuación.

—¿Habéis llamado a Luisa-María? —preguntó Adelaida. Sofía se llevó la mano a la boca—. Habéis vuelto a olvidarlo —la regañó Adelaida—. Volved de inmediato y llamadla ahora mismo.

Sofía se marchó avergonzada. Luis evitó mirarla; no estaba en modo alguno orgulloso de su hija. Ni siquiera Victoria lo atraía en exceso. No era en modo alguno alegre, y se hallaba completamente dominada por Adelaida.

—¿Qué estabais haciendo cuando oísteis tocar la campanilla? —les preguntó Luis.

Victoria miró a Adelaida en busca de inspiración.

—Adelante —dijo esta última con severidad—. Su Majestad os ha hecho una pregunta y espera una respuesta.

—Estaba sentada en mi bergère —dijo Victoria, mirando de reojo pero con ansiedad a Adelaida, a ver si aquella respuesta contaba con su aprobación.

—Sentada —dijo el rey—. ¿Leyendo, tal vez?

—Oh, no —repuso Victoria—. Comía pollo con arroz. —Sus ojos centellearon con el recuerdo.

—¿Y preferiríais seguir allí sentada, en vuestra bergère, comiendo pollo con arroz, en vez de tomar café con vuestro padre?

Victoria miró a su hermana.

—Por supuesto que no —dijo Adelaida—. Vos apreciáis sobremanera el gran honor de tomar un café que no sólo nos sirve Su Majestad, sino que también nos lo prepara.

—Oh, sí —afirmó Victoria.

—Pues aprovechad el honor —dijo el rey—. Me temo que será todo lo que podáis disfrutar, pues el café se ha enfriado con tanto retraso. Y..., ah, aquí llega Sofía.

—¿Llamasteis a Luisa-María? —la interrogó Adelaida.

Sofía asintió.

De todas sus hijas, pensó Luis, Sofía era la menos atractiva. Parecía como si fuese incapaz de mirarle a la cara, pues tenía la irritante costumbre de mirarle de lado. Adelaida había dicho que no sólo le miraba de ese modo a él. La gente la asustaba, y no pocas veces se pasaba días enteros sin decir palabra a nadie. A veces se echaba en brazos de sus damas de compañía y rompía a llorar; cuando se le preguntaba el porqué, ni siquiera estaba segura.

—Venid, niña mía —dijo Luis—. ¿Os apetece café?

Sofía miró a Adelaida, que asintió, y Sofía habló como si le costase un inmenso esfuerzo.

—Sí, Vuestra Majestad.

Luis se percató de que Adelaida no quitaba ojo a Victoria. Algo estaban tramando, y se preguntó qué podría ser. Era evidente que Victoria debía cumplir un cometido, y que Adelaida se lo estaba recordando con su insistente mirada.

—¿Y bien, Victoria? —le preguntó él.

Ella titubeó, miró de reojo a Adelaida y habló como si repitiera una lección aprendida de memoria:

—Maman Putain tiene una tos terrible. Cada vez es peor. Pero ella se la guarda para cuando está a solas.

Una cólera momentánea asomó al rostro del rey. Tuvo que resistir el súbito impulso de tirarle de las orejas a aquella estúpida y deslenguada criatura. ¿Cómo osaba referirse en su presencia a madame de Pompadour llamándola «Mamá Puta»? No sólo era un insulto a la marquesa; sino también a él.

Recordó, no obstante, había muchas probabilidades de que Victoria ni siquiera supiese lo que acababa de decir; obviamente, estaba obedeciendo las órdenes de Adelaida, de manera que si tenía que irritarse con alguien, debería hacerlo con Adelaida.

Ahora bien, como siempre estaba tan ansioso por evitarse cualquier situación desagradable, lo intentó por todos los medios. Miró a Adelaida con frialdad.

—Es de suponer que vuestra hermana se refiere a alguna de sus conocidas. Os ruego le expliquéis que tales epítetos no deben salir de labios de una joven princesa como ella.

Victoria miraba imperturbable a Adelaida, como quien ha terminado la tarea encargada. Sofía, que tenía la inteligencia elemental para entender que algo no iba como debiera, miraba alternativamente al rey y a Adelaida.

—Ya veo —dijo Luis— que va siendo hora de que me prepare para salir de caza. Diré au revoir a mis hijas.

En ese momento, Luisa-María hizo acto de presencia.

Le había costado todo ese tiempo cruzar las estancias que separaban sus aposentos de los de sus hermanas, debido a su deformidad.

Luis la miró con ojos tristes, hubiera querido que tuviera la presencia de Adelaida, ya que era pequeña, pero muy inteligente; quizá la más inteligente de sus hijas. Era una verdadera desgracia que la pobre niña fuese deforme.

Le ayudó a enderezarse tras la reverencia y la abrazó con un súbito arranque de compasión.

—Lamento mucho, niña mía —dijo—, que hayáis llegado precisamente en el momento en que estaba a punto de marcharme.

—Si Adelaida nos llamara a todas al mismo tiempo cuando Vuestra Majestad desea ver a sus hijas, podría llegar antes de que os marcharais.

—Olvidáis —dijo Adelaida cortante— que sois la menor. Debéis tener en consideración la etiqueta de Versalles.

—La etiqueta de Adelaida, diréis —la corrigió su hermana con una risita—, no la de Versalles. Tal vez Vuestra Majestad quiera dar orden de cómo debe procederse.

Luis le tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—Querida —dijo—, ¿deseáis que haga un desaire a madame Adelaida?

Había tenido más que suficiente con las coléricas miradas de Adelaida, el aire desafiante de Luisa-María, la pereza de Victoria y la impasibilidad de Sofía.

—Adíen, hijas. Pronto volveremos a vernos.

Cuando a una señal de Adelaida, todas hicieron una reverencia a la vez, el rey regresó por la escalera privada a sus propios aposentos.

Poco podían hacer sus hijas para aliviar su melancolía. Entonces recordó que esa tarde sería recibido por la marquesa en Bellevue, y su espíritu se animó.

En sus aposentos, la reina estaba rezando. Arrodillada ante una calavera humana, iluminada de cerca por una vela y decorada con unas cintas, rezaba por muchas cosas: por la salud de su esposo y por el retorno de sus favores a ella, para que sus hijas encontraran buenos maridos, para que aumentara la credibilidad de la familia y de la nación, para que madame de Pompadour quedase relegada a un lado y el rey se sintiera tan temeroso de la vida del Más Allá que regresara a su esposa.

Era alarmante contemplar el poder que la amante del rey tenía. Hacía poco tiempo el conde Phélippeaux de Maurepas había sido destituido y expulsado de la corte por el simple hecho de haber escrito unos versos satíricos y groseros a propósito de la Pompadour. Maurepas había sido gran amigo de la reina y del Delfín; su marcha supuso una gran pérdida para ambos.

—Santa Madre de Dios —oraba la reina—, mostrad al rey lo erróneo de sus costumbres.

No estaba pidiendo un milagro. Luis, a pesar de su enorme vitalidad —era capaz de cabalgar hasta dejar exhaustos a los caballos más resistentes, podía seguir montando más tiempo que cualquiera de sus amigos, y ella misma había tenido en tiempos una desagradable experiencia de sus demandas conyugales—, había sufrido con frecuencia achaques y fiebres, por lo que no sería impensable lograr que meditara acerca de una muerte repentina.

De hecho, ella estaba convencida de que su melancolía era, en cierto modo, debida a que tenía conciencia de que en cualquier momento podía fallecer, con todos esos pecados encima.

Se estremecía al pensar en el alma de Luis; siempre que le surgía una mínima oportunidad, se lo hacía saber al punto. Obviamente, esas ocasiones no abundaban. Rara vez se hablaban el uno al otro, salvo en público. Si ella

deseaba abordarle a propósito de cualquier asunto, debía hacerlo por carta, pues era la única forma segura de llamar su atención.

Se levantó y avisó a sus damas favoritas, la duquesa de Luynes, madame de Rupelmonde y madame d'Ancenis. Iban las tres sobriamente ataviadas, y, al igual que ella eran damas decorosas, espíritus gemelos de la reina.

—Creo —dijo— que leeremos un rato juntas.

Cuando madame d'Ancenis se acercaba a coger el libro de teología que leían en voz alta, la duquesa de Luynes comentó:

—Esperaba que Vuestra Majestad tocara el clavicordio para nosotras.

La reina no pudo disimular su placer.

—En ese caso, ya que me lo pedís, tocaré —dijo—. Podemos leer más tarde.

Sus damas tomaron asiento a su alrededor, mientras ella a duras penas ejecutaba las piezas en el clavicordio, sonriendo de satisfacción, porque la música sonaba deliciosa a sus oídos.

Madame de Luynes, al observarla, pensó: «Pobre señora; le da un placer inmenso, y para nosotras tampoco es muy penoso de soportar».

Después estudiaron todas el mural que la reina estaba pintando en una de sus pequeñas estancias. Manifestó su complacencia como lo habría hecho una niña, incapaz de ver las faltas. Madame de Luynes observó que los maestros de pintura de la reina habían estado trabajando en el mural para mejorarlo en cierto grado, a pesar de lo cual seguía siendo un trabajo penoso.

Las damas lanzaron exclamaciones entusiasmadas, haciéndose lenguas de su belleza, si bien madame de Luynes sabía que las otras, como ella misma, estaban decididas a aportar algo de alegría a la vida de la reina, por lo cual no dudaban suprimir un poco de su honradez con tal de elogiar los trabajos de la soberana.

Se había sentido complacida, así que regresó a sus deberes. Apareció el libro de teología y cada una de las damas leyó por turno un rato en voz alta, mientras las demás escuchaban haciendo sus labores de punto.

Ninguna prestaba atención a la tediosa lectura, aunque todas permanecían sentadas con la cabeza ladeada, fingiendo escuchar con atención.

La mente de cada una de ellas estaba muy lejos de allí. La reina pensaba en el pasado, pues ese mismo día había recibido carta de su padre. Aquellas cartas de Estanislao, por entonces gobernador del Ducado de Lorena, aunque en tiempos había sido rey de Polonia^[5], suponían para ella los instantes de máxima brillantez en su vida. Sólo por parte de su padre contaba con un amor constante.

Se repitió en silencio la frase inicial de esa carta: «Mi querida María, mi única María, sois mi otro yo y vivo solamente por vos...».

No eran palabras huecas: su padre la amaba como no la amaba nadie más en el mundo. A menudo recordaba el día en que él entró como un torbellino en la estancia donde estaba ella con su madre, para comunicarle que iba a ser reina de Francia. Nunca podía pensar en aquello sin que las lágrimas asomaran a sus ojos, si bien, por extraño que pareciera, no eran lágrimas producidas por la pérdida de las alegrías que ella había creído eternas, sino debidas a que echaba en falta a su padre, ya que, como era natural, no podían reunirse con la frecuencia que los dos desearían.

Así transcurría su existencia, pensaba, siendo cada día muy similar al anterior. Ella, con su reducida corte, que nada tenía que ver con la corte del rey, vivía de acuerdo con los modelos que se había impuesto: las oraciones, los interludios con sus damas —como el de esos momentos—, los ratitos dedicados a la pintura, las partidas de cartas al anochecer y el retirarse temprano a su dormitorio.

Luis nunca la visitaba ya en sus aposentos, realidad por la cual sólo sentía un vago pesar y un notable agradecimiento. Era otra la que debía padecer ahora sus virulentos ataques de pasión. ¡Pobre madame de Pompadour! ¡Cómo soportaba la presión!

Descubrió de golpe que estaba pensando en voz alta.

—Me ha parecido que la marquesa estaba hoy un tanto fatigada.

Se oyeron suspiros de alivio entre el grupo. La duquesa de Luynes levantó la mirada del libro.

—Tengo entendido, Majestad, que a menudo sufre rachas de agotamiento —comentó madame d'Ancenis—, y que no es infrecuente que se desmaye.

—Sólo madame Du Hausset sabe la verdad de lo que ocurre —dijo madame de Rupelmonde—. Y ella guarda celosa y devotamente a la marquesa y sus secretos.

—Me alegro —dijo la reina— de que madame de Pompadour tenga tan buena y servidora amiga —sonrió afectuosa al trío—. Yo sé muy bien qué puede significar esa amistad.

—La dama es muy impopular entre el pueblo llano —murmuró la duquesa de Luynes.

—Tales damas suelen serlo —admitió la reina.

—Si vos, madame —dijo la duquesa—, os dejarais ver más a menudo en compañía de Su Majestad, el pueblo se sentiría complacido. Tengo entendido que en la ciudad se habla continuamente del camino de Compiègne. Esta

disputa que se ha declarado entre el rey y la capital... me inquieta. Se oyen cuentos y habladurías que...

—Oh —la interrumpió con vehemencia madame d'Ancenis—, si al menos Su Majestad rompiera con la marquesa y estuviera con vos como al principio...

Los dedos de la reina apretaron con fuerza una camisa destinada a algún pobre parisino, y ella olvidó en el acto su aposento, olvidó el presente y se sumergió en el pasado: llegaba a su primer encuentro con el rey en aquel pequeño lugar, no lejano de Moret, que desde entonces había sido bautizado como Carrefour de la Reine. Salía del carruaje para conocer a su esposo, que tenía quince años y era el joven más apuesto que ella hubiera visto en la vida; experimentaba de nuevo el gran alborozo que le supuso saberse amada, a pesar de ser hija de un rey en el exilio sin dinero, y aun siendo casi siete años mayor que su esposo. Aquellos días de éxtasis habían terminado hacía tiempo, y no había forma de regresar a ellos. Por tanto, era una debilidad dolerse por haberlos perdido.

¿De qué estaban hablando sus damas? La conversación había adoptado un giro peligroso. La Pompadour. El camino de Compiègne. No eran temas indicados para una reina que respetaba la etiqueta de Versalles con más rigurosidad que ningún otro cortesano.

La suavidad abandonó sus facciones, y su boca se convirtió en una firme línea recta.

—Os ruego —dijo a la duquesa— que prosigamos con el libro.

En el château de Bellevue, madame de Pompadour aguardaba la llegada del rey.

¡Qué paz reinaba en aquel hermoso lugar! Le habría gustado estar allí sólo con su hijita, la pequeña Alexandrine, y con madame Du Hausset, y tenderse perezosamente a la sombra de los árboles, en el rincón más apacible de los jardines. Pero era imposible. Había trabajado muy duro hasta alcanzar la posición en que se hallaba, y debía trabajar con el mismo empeño por mantenerla. En ningún momento debía descuidar el poder que tenía sobre el rey; nadie estaba tan al corriente como ella de las muchas personas que había, ansiosas por apoderarse de lo que, por el momento, a ella pertenecía.

Había llegado de Versalles una hora antes con el fin de asegurarse que todo estaba dispuesto para la visita del rey. Por fortuna, Bellevue no estaba lejos de Versalles. Por desgracia, no estaba lejos de París, con lo que los

habitantes de la capital podían dar un cómodo paseo para contemplar la última extravagancia de la amante del rey.

Miró el reloj dorado y se fijó en la hora. Faltaba poco para que el rey estuviera con ella.

Salió a pasear por los jardines, pues el brillo del sol era tentador. No soplaba ni una brizna de aire, y el silencio y la calidez del lugar le daban un ambiente intemporal. «Así ha de seguir siendo —pensó—, mucho después de que yo falte. La gente vendrá a Bellevue y dirá: “Éste es el palacio que el rey hizo construir para madame de Pompadour”». La recordarían como la mujer que más éxitos cosechó en su época, aunque pocos llegaran a adivinar la auténtica historia.

—Alexandrine —llamó a la niña que, en compañía de un chico pocos años mayor que ella, miraba los peces dorados en uno de los estanques.

Su hija fue corriendo hacia ella. ¡Qué desgarbada era la niña! Pero no tenía más que siete años; aún le quedaba tiempo para cambiar. Con eso y con todo, nunca llegaría a tener una belleza tan deslumbrante como la de su madre.

«Tal vez —pensó la marquesa—, encuentre el contento en vez de la adulación, la paz interior en vez de la constante obligación de sobresalir entre los demás».

—Ah, hija mía —dijo la marquesa después de besar levemente a su hija en la frente—. ¿Estáis cuidando de vuestro invitado?

—Oh, sí, Maman. Dice que los jardines son estupendos para jugar al escondite.

—No os acaloréis demasiado, cariño —dijo la marquesa con cierta preocupación. Sólo con ver a su hija, su única hija, se despertaba en ella la ternura más absoluta. ¡Cómo deseaba que su padre hubiese sido Luis, en vez de Carlos Guillermo Lenormant d’Etiolles! Se hubiera sentido mucho más tranquila en lo tocante al futuro de su hija.

Los jardines dejaron de resultarle tan sosegados; volvió a tener constancia de la imperiosa necesidad de conservar su puesto, de luchar contra la agotadora enfermedad que cada día la obligaba a tenerla muy en cuenta. Debía asegurar bien pronto el futuro de su hija.

—Maman, ¿vendrá hoy Su Majestad?

—Sí, cariño, pero cuando venga, proseguid los dos con vuestros entretenimientos, y no os acerquéis a nosotros a menos que yo os llame.

—Sí, Maman.

—Id ahora a jugar con él. Yo he de ir al château. Su Majestad debe estar a punto de llegar en cualquier momento.

Alexandrine se apresuró en regresar junto al chico, que las había estado mirando con gran interés. A la ligera, la marquesa se preguntó qué cotilleos habría oído contar de ella. Sin duda alguien le habría dicho que debía hacer todo lo posible por complacerla.

Madame du Hausset había salido a los jardines y la llamaba.

—El carruaje llegará en cuestión de minutos, madame. Ya lo he oído acercarse por el camino.

Tenía que recuperar toda su compostura, borrar cualquier huella de preocupación. En Bellevue, él debía sentirse capaz de dejar a un lado todas las formalidades, de ser en cualquier momento Luis de Borbón, de convertirse en rey con la misma velocidad, si eso le apeteciera.

Ella le aguardaba sonriente, con las manos extendidas, porque había percibido en el acto que no iban a mediar las formalidades. Se dio cuenta de que la mañana había sido tediosa para él, y supuso que se debía a sus estúpidas hijas. Por lo tanto, no haría ninguna referencia a ellas durante las escasas horas que él pasara en Bellevue. Algunos habrían pretendido beneficiarse de la irritación que él sentía hacia ellas, pero no la marquesa, porque lo que deseaba era que, en Bellevue, él se sintiera lejos de la corte, con la posibilidad de relajarse por completo y de estar a sus anchas; esa tarde, no iba a ser tanto su amante como la amiga que nunca dejaba de divertirse y de entretenerle.

—Querida mía —dijo el rey besándole la mano—, qué encantador es Bellevue. Qué paz reina en esta casa. ¿No estáis deleitada con vuestro palacete?

—Nunca lo he estado tanto con este momento, ya que ahora claramente ofrece a Vuestra Majestad lo que deseáis.

Él continuaba asiéndole la mano.

—Ojalá pudiéramos quedarnos una semana entera. Por desgracia, hoy mismo debo regresar a Versalles.

—¿Queréis preparar té o café, sire? ¿O preferís una copa de vino? ¿Indico a Hausset que lo prepare, o preferís hacerlo vos? ¿O tal vez os apetezca que lo preparemos juntos?

—Lo haré yo mismo —dijo el rey.

Madame du Hausset ya había hecho acto de presencia, para conocer los deseos de su amante, la marquesa. Hizo una exagerada reverencia.

—Levantaos, querida —dijo el rey—. Esta tarde nos hemos escapado de las ceremonias. Voy a enseñaros cómo preparar un buen café. Venid, observadme y probad después mi café.

Con un gesto de galanura, tomó del brazo a ambas mujeres. Madame du Hausset se ruborizó un poco, si bien una expresión de intensa felicidad afloró a su rostro. No era que se sintiera abrumada por esa señal de la consideración en que el rey la tenía, sino que había caído en la cuenta de que esa tarde no iba a ser demasiado agotadora para su amante.

—Sois un dechado de elegancia, sire —le dijo.

—En absoluto —replicó el rey—; vos sois la mejor amiga de mi mejor amiga. Eso es suficiente para mí. ¿Queréis que os cuente qué me dijo la marquesa el otro día?: «Tengo absoluta confianza en mi querida Hausset —me dijo—. Pienso en ella como en un gato, o en un perro; y a menudo me conduzco como si no estuviese conmigo. Con todo, sé que si tiendo la mano, estará al instante a mi lado, dispuesta a descubrir mi necesidad y a satisfacerla».

—El rey ha repetido mis palabras al pie de la letra —dijo la marquesa, sonriendo a madame Du Hausset.

—La marquesa es mi mejor amiga —comentó madame Du Hausset con evidente emoción en la voz.

—El rey comparte con ella ese afecto —murmuró Luis. Decidió que cuando llegara a Versalles dispondría que a madame Du Hausset le fueran entregados cuatro mil francos como señal de su amistad; y se ocuparía de que recibiera también un regalo todos los días de Año Nuevo.

—Tenéis que mostrar a Su Majestad el regalo que os hice —dijo la marquesa, que había adivinado las intenciones del rey.

—Una exquisita cajita para el rapé, sire —dijo madame Du Hausset.

—Y lo que más le complació, Luis —añadió la marquesa—, fue el retrato de la tapa.

—¿Qué retrato?

—Un retrato de Vuestra Majestad —dijo madame Du Hausset.

—Por supuesto —añadió la marquesa con gracejo.

Habían llegado a las cocinas; los criados, tras las reverencias de rigor, desaparecieron. Estaban al corriente del interés que el rey tenía por la cocina, y supusieron que se disponía a preparar café.

Cuando hubieron tomado el café y madame Du Hausset los dejó a solas, estudiaron los planos de un Hermitage que se proponían construir en Fontainebleau. Recientemente habían construido uno en Versalles, pero la

marquesa pensaba que sería una idea excelente añadir a este nuevo Hermitage un aviario y un establo.

El rey estaba complacido con la idea; le dijo que estaba pensando en diseñar una cuadra para los criados, ahí en Bellevue, igual que la que él tenía en Crécy.

La marquesa se entusiasmó con la idea, ya que, a la vez que eso le demostró el inmenso interés que él manifestaba por sus asuntos, comprendió que debía de sentir por ella mayor afecto que nunca:

Después deambularon por los jardines, cuando él expresó el deseo de ver una nueva estatua, que había sido erigida después de su última visita.

La marquesa se sintió relajada, feliz bajo la luz del sol. Ya no le cabía duda alguna del poder que tenía sobre el rey, puesto que, con toda seguridad, las horas que habían pasado juntos aquella tarde tenían para él mayor valor que el de una satisfacción sexual pasajera. Eso él podía encontrarlo en abundancia. En cambio, ¿en qué rincón de su reino encontraría una amiga, una compañera tan entregada, capaz de dedicarse en cuerpo y alma a servir sus intereses como la marquesa de Pompadour?

Se sintió embriagada por el ambiente cálido y perfumado, y por su sensación de haber realizado un logro. Decidió que esa misma tarde se prometerían los esponsales de Alexandrine con el niño que había invitado a jugar con ella. Tuvo absoluta seguridad de que esa promesa matrimonial era garantía del futuro de Alexandrine, ya que el niño no era otro que el propio hijo del rey, que tuvo con madame de Vintimille, una amante por la cual se decía que sintió más afecto que por ninguna otra mujer.

La marquesa sentía una inexplicable envidia por la duquesa de Vintimille, que había irrumpido como una tromba en la vida del rey, dominándola, y que había muerto antes de que menguase en un ápice el poder que conquistó.

Hasta Luis hablaba de ella a menudo con emoción. Era mucho más fácil detentar un poder supremo durante un breve tiempo que tratar de sostener esa posición durante años. ¿Habría llegado a tener madame de Vintimille el mismo éxito de la marquesa si no hubiese muerto de sobrepeso?

Iban paseando por las terrazas cuando vieron a los niños. Obedeciendo sus instrucciones, ni Alexandrine ni su compañero de juegos parecieron fijarse en ellos.

La marquesa se percató de la mirada que Luis dedicaba al niño. ¿Era ternura por el pequeño o por la madre ya muerta?

—Me temo —dijo ella con una risita— que no se hayan dado cuenta de que están en presencia de Vuestra Majestad. ¿Deseáis que los llame al orden?

—Dejadles jugar —repuso Luis.

—¿No os parece que forman una pareja encantadora, el pequeño y apuesto conde de Luc y mi propia Alexandrine, aun no siendo tan hermosa como él?

—Son encantadores —dijo Luis—. Y salta a la vista que están muy interesados el uno por el otro.

—Me pregunto si durante su vida seguirán encontrándose tan al tanto el uno del otro que no lleguen a darse cuenta de que están en presencia de los demás. Ojalá fuera así.

El rey permaneció en silencio. La marquesa volvió a preocuparse. ¿Sería ése, después de todo, el momento idóneo para plantear la cuestión? ¿O estaba a punto de irritar al rey?

—Siento un gran aprecio por el pequeño conde —dijo ella—. Su apariencia me entusiasma.

El rey no sonrió, y la marquesa no estuvo del todo segura de que hubiera comprendido lo que ella quería decir. Su hijo ilegítimo era asombrosamente parecido a él: tenían los mismos ojos azul profundo, los rizos castaños. A los diez años, Luis tuvo que haberse parecido muchísimo al joven monsieur de Vintimille, el conde de Luc.

—Se parece tanto a su padre... —continuó la marquesa.

El rey se detuvo sobre sus pasos. Tenía el ceño fruncido. ¿Era por la luz del sol, o el síntoma de cierto malhumor?

—¿Su padre? —dijo él de repente—. Entonces, ¿conocíais bien a monsieur de Vintimille?

Fue como si una ráfaga de viento helado se hubiese levantado de golpe para echar a perder la calidez del sol en los apacibles jardines. La marquesa sintió miedo. Había irritado al rey. Éste no estaba dispuesto a aceptar al chico como su hijo; ni preparado para discutir la conveniencia de un matrimonio entre el muchachito y Alexandrine. Había sido un claro reproche para la marquesa. ¿Formaba el placer de la tarde parte de una intriga destinada a arrancarle una promesa? ¿Era ella una arribista, dispuesta a encontrar el mejor sitio, igual que todas las demás? ¿Se había equivocado al pensar que ella le ofrecía su amistad desinteresada?

—Lo he visto a veces —dijo a la ligera—. Sire, ¿podría conocer vuestra opinión sobre el jardín inglés que tengo previsto crear en esos parterres? Estaba preguntándome quién sería el hombre más indicado para encargarse de tal operación.

La expresión se despejó en la cara del rey. Había sido el momentáneo oscurecimiento de un cielo por lo demás perfecto. No obstante, pensó la marquesa intentando aquietar su agitado corazón, con qué rapidez podía descargar una tormenta.

Había que escoger con mucho cuidado cada palabra, cada acto.

El rey y sus amistades más íntimas se disponían a partir de Versalles para pasar unos días en el château de Choisy. Luis estaba pensativo: Choisy tenía muchos recuerdos para él. Estaba pensando en madame de Mailly, su primera amante, que con tanta intensidad le había amado. Pobre madame de Mailly; aún seguía viviendo en París, en la rué St. Thomas du Louvre, al menos eso creía él. No lo preguntó; por las penosas condiciones en que ella vivía, era un tema de conversación más bien ingrato. Había oído decir que vivía casi en la pobreza; que le costaba Dios y ayuda incluso dar de comer a sus criados.

Y en otro tiempo él la había amado. Fue la primera de sus amantes, y al comienzo de su pasión, llegó a pensar que la amaría hasta el final de su vida. Ahora bien, sus propias hermanas, primero madame de Vintimille y luego madame de Châteauroux, la habían sustituido; era extraño que ambas, dos seres humanos de una vitalidad desbordante, hubieran fallecido, mientras que la pobre madame de Mailly vivía en la piedad y en la indigencia, en la ciudad que él más detestaba, París.

Y precisamente para madame de Mailly había adquirido el castillo de Choisy, una deliciosa residencia, maravillosamente situada en un lugar muy resguardado, sobre las boscosas orillas del Sena. Recordó cuánto placer le produjo su reconstrucción. Había terminado por ser un castillo digno de todo un rey de Francia, con sus decoraciones en azul y oro, los muros recubiertos de espejos.

Allí podría vivir en un relativo aislamiento, con sus amigos íntimos, encabezados por la marquesa. Cazarían de día; jugarían a los naipes por la noche. En Choisy todo era una delicia; hasta los criados encajaban a la perfección en un entorno oro y azul: llevaban libreas azules, del mismo delicado tono que destacaba en la decoración del castillo. Él mismo había diseñado las libreas azules para Choisy cuando hizo las verdes para Compiègne.

Pensando en los deleites que el castillo le reservaba, se sintió impaciente por partir.

—Estoy dispuesto —dijo al duque de Richelieu, primer caballero del dormitorio real.

Richelieu hizo una reverencia.

—La marquesa y los cortesanos, sire —dijo—, están esperando, conocedores de la impaciencia de Vuestra Majestad por llegar a Choisy.

—Entonces, vámonos.

—A Choisy —murmuró el duque—, el más delicioso de los castillos de Vuestra Majestad, hecho a imagen y semejanza de nuestros placeres... —Miró al rey con un gesto libidinoso, en el cual quizá hubo un destello de insolencia—. Por desgracia —prosiguió—, algunos carecemos de la destreza de Vuestra Majestad.

El rey esbozó una ligera sonrisa, fingiendo que no había notado la alusión a la marquesa. Entonces se volvió hacia el marqués de Gontaut.

—Su Excelencia —susurró el rey— no debería sentir envidia de otros que carecen de sus años. ¿No diríais vos que ya se le ha pasado su mejor momento?

Richelieu (a quien todo el mundo, no sin ironía, llamaban Su Excelencia, desde que regresó de su embajada en Viena) alzó la mirada al techo.

—Sire —murmuró—, no quería expresar compasión de mí mismo. Nada puedo reprocharme, y nada echo en cara a mi destino, pues he encontrado el secreto del perpetuo placer, que no mengua con la experiencia; muy al contrario, va ganando en intensidad con ella.

—Confío que compartáis vuestro secreto con nosotros.

—Desde luego, pero sólo con Vuestra Majestad. —Richelieu acercó los labios al oído del rey—. La variedad —susurró.

—Insisto entonces —dijo Luis— en que no compartáis vuestro secreto con nadie más. No querría que la moralidad de la corte fuese peor de como está en la actualidad. Vámonos.

Salieron del dormitorio del rey y, nada más entrar en la estancia del Ojo de buey, el rey pisó un papel que había en el suelo.

Se detuvo a mirarlo. Richelieu lo recogió; lo miró y quedó en silencio. Lo habría roto en pedazos de no ser porque el rey tendió la mano hacia él.

—Veo —dijo Luis, mirándolo—, que está dirigido a mi persona.

—Algún estúpido lacayo ha debido dejarlo ahí —dijo el duque.

El rey leyó:

Luis de Borbón, en tiempos se os conocía en todo París como Luis el Bienamado. Ello era debido a que, por entonces, desconocíamos vuestros vicios. Ahora os marcháis a Choisy para estar con vuestros

amigos. Es deseo de vuestro pueblo que fuerais a St. Denis, a reuniros con vuestros antepasados.

Luis permaneció inmóvil unos instantes. Estaba pensando que, en efecto, parte del pueblo lo odiaba a muerte. Era increíble: hacía muy poco tiempo, a ojos del pueblo nunca hubiera hecho nada malo. Pensó fugazmente en su regreso a París, después de permanecer en Flandes con el Ejército; aún podía oír los aplausos del gentío, el eco de sus aclamaciones; aún lograba ver los rostros sonrientes de la multitud, la adoración que mostró hacia su apuesto rey. Entonces siempre culpaban a sus amantes por sus extravagancias, y a sus ministros por sus medidas políticas. Ahora echaban la culpa a la marquesa de Pompadour casi por cualquier cosa; pero también empezaban a culpar a Luis.

La referencia al panteón de sus antepasados lo dejó momentáneamente desarmado. El pueblo quería verlo muerto. Le daba miedo la muerte; temía morir de repente, sin que tuviera tiempo para arrepentirse.

Habían estropeado su viaje a Choisy. Mientras estuviese en sus estancias, delicadamente decoradas de azul y oro, repletas de espejos, recordaría de vez en cuando a sus antepasados, que en tiempos habían vivido con tanto lujo como él, pero cuyos cuerpos estaban enterrados en el panteón de St. Denis.

Se intensificó el desagrado que París le producía. Cuánto se alegró, entonces, de que se estuviera construyendo un camino que evitara la ciudad.

Nunca más volvería a entrar en su capital, a menos que se viese obligado a hacerlo. Había asegurado que no lo haría, y lo dijo quizá en un momento de obcecación. No obstante, sucesos como ése reforzaban su determinación.

Estrujó el papel.

—Vamos —dijo—, a Choisy.

Los aposentos de la marquesa

En los aposentos del Delfín, en la planta baja del palacio de Versalles, sus amistades se habían reunido de acuerdo con la costumbre.

Podría decirse que en Versalles había tres cortes: la del rey, la de la reina y la del Delfín.

El joven Luis tenía veintitrés años de edad, y su carácter era distinto por completo al de su padre. En apariencia era más parecido a la reina. Carecía de la apostura de Luis, de su elegancia cortesana; demasiado grueso, apenas hacía ejercicio; era extremadamente pío, y un tanto farisaico.

Por este motivo, el desagrado que madame de Pompadour le inspiraba era grande; un desagrado que habría existido aun cuando ella no poseyera semejante influencia sobre el rey. Era asombroso, pensaba, que una relación, como la que existía entre esa mujer y su padre, se consintiera de manera tan abierta. El hecho de que ella, nacida de baja cuna, tuviera más o menos las funciones de un primer ministro de Francia, resultaba escandaloso e intolerable.

Era natural que la mujer estuviera en su contra. Lo que él deseaba era lograr que los jesuitas regresaran al poder, puesto que pensaba que la Iglesia debía tener mayor autoridad incluso que el Estado. Ella se oponía en redondo a semejante política, porque una corte en la que la Iglesia tuviera el poder supremo, muy pronto declararía intolerable una posición como la de ellos.

Al observar a sus invitados —que en tales ocasiones le trataban como si ya fuese el rey de Francia—, sintió un profundo resentimiento contra su padre. Había olvidado por completo los tiempos de su infancia, cuando el mayor placer que podía experimentar se lo proporcionaban las visitas que su padre le hacía, siempre amable y apuesto. El rey no estaba ya orgulloso de su hijo. De hecho, miraba al Delfín con ojos críticos, y le había acusado de soñar que un día sería rey, aun cuando estuviera sentado y leyendo un volumen de teología.

—Os gusta que la gente piense que leéis libros serios —dijo el rey sonriendo— mucho más de lo que en realidad os gusta leerlos. Hijo mío, ¡sois

aún más perezoso que yo!

Fue desconcertante, sobre todo porque había un elemento de verdad en su comentario.

Pero el Delfín sabía de sobra qué deseaba en realidad. Quería aglutinar una corte en la que se practicara el decoro más radical. Personalidades como el libidinoso Richelieu no iban a encontrar sitio en su corte. Si los hombres tenían sus amantes, nadie debería saberlo, aun cuando el Delfín deplorase de todo corazón el hecho de que cualquier hombre decidiera tener una amante.

Había sido muy afortunado con sus esposas. Las dos habían sido mujeres sin mayor atractivo físico, aunque su carencia de belleza la suplían con creces gracias a la devoción con que cumplían sus deberes. Había llorado amargamente la muerte de su primera esposa, María Teresa Rafaela, que falleció de sobrepeso cuando sólo llevaban dos años casados; María Josefa de Sajonia, su esposa actual, era tan virtuosa como su antecesora. Estaba embarazada, y él tenía grandes esperanzas de que esta vez le diese un hijo varón. Su primera hija había sido niña, si bien ambos estaban seguros de que, debido a la honda conciencia de los deberes que tenían para con el Estado, traerían todavía muchos más hijos al mundo.

Cuando sus hermanas, Ana-Enriqueta y Adelaida llegaron, el Delfín y su esposa las saludaron con inmenso afecto. Habían decidido que, así como el apoyo de la reina no les serviría de gran ayuda, las dos jóvenes princesas sí podían ser muy importantes en sus planes.

El rey sentía un gran afecto por sus hijas; al Delfín le agradaba la idea de utilizarlas como espías, ya que eran bien recibidas en el bando opuesto.

—Mi queridísima hermana —murmuró el Delfín—, ruego toméis asiento a mi lado y me relatéis vuestras noticias.

Adelaida estaba tan locuaz como siempre, Ana-Enriqueta callada. Al lado del Delfín, parecía más frágil que nunca. Daba la impresión de que aún sorbía los vientos por Carlos Eduardo Estuardo, lo cual era una ridiculez por su parte. No obstante, el Delfín pensaba que el decaimiento de su hermana era favorable para sus intereses. Estaba dispuesta a decir, y a hacer, todo lo que se le pidiera, ya que parecía no importarle en modo alguno lo que pudiera sucederle.

En sus dos hermanas tenía dos aliadas, aunque por razones muy diferentes; la falta de confianza en sí misma que tenía Ana-Enriqueta y el gusto por la intriga que Adelaida sentía eran igualmente ventajosos para el partido del Delfín. Y no dejaba de ser extraño que el inmenso amor que ambas tenían por su padre le permitiera utilizarlas a las dos en contra de él.

Lo crucial era que las dos princesas estuviesen, por encima de todo, celosas de la influencia que madame de Pompadour tenía sobre su amado padre.

—Madame Catin se encuentra cada día peor de salud —le dijo Adelaida encantada—. Estoy segura de que no le queda mucha vida por delante. Ah, ¡qué bueno sería para Francia y para el rey si ella se muriese! No entiendo por qué, teniendo en cuenta el gran beneficio que ello supondría, nadie ha decidido...

El Delfín le puso la mano sobre el antebrazo.

—Os están oyendo —dijo—. Tened cuidado con vuestras palabras.

—¿Y a mí qué me importa? —exclamó Adelaida—. Digo lo que me apetece.

—Si algo le ocurriese, y si alguien recordase que habéis pronunciado esa frase...

—Nuestro padre nunca me echaría la culpa de nada.

—Os estáis excitando demasiado, Adelaida —dijo Ana-Enriqueta en tono apaciguador.

—Lo que nuestro padre necesita, ya que por fuerza ha de tener amantes, es una nueva cada noche. A la mañana siguiente, cada una de ellas sería decapitada.

—Lo que necesita nuestro padre —dijo el Delfín en tono de reproche— es reanudar sus relaciones afectuosas con la reina, y vivir con ella una vida tan honorable como conviene al Estado.

Ana-Enriqueta asintió; en ese momento fue anunciada la visita del cura de Saint Étienne-du-Mont, quien iba a ser presentado al Delfín. Éste le recibió con gran placer, ya que ese hombre, canónigo de Sainte G  n  vi  ve, se había hecho famoso por negarse a dar los sacramentos a los jansenistas^[6]. Con gran temeridad, había proclamado sus opiniones ultramontanas^[7], estando a punto de ser arrestado, a raíz de lo cual podría haber sido encarcelado y privado de su dignidad y de su cargo; no obstante, en la Iglesia había personajes muy poderosos dispuestos a respaldar a hombres como él. El resultado de la pugna no estaba claro, ni mucho menos. Su arzobispo había intervenido, y el cura fue liberado. Los hombres como él estaban ansiosos de que llegara el día en que el Delfín se convirtiera en rey de Francia, ya que entonces contarían con el respaldo de la corona.

—Bienvenido —dijo el Delfín—. Sois un hombre muy valeroso, monsieur Bouetin. Nuestro disoluto país necesita de hombres como vos. S   bien que si se presentase una ocasión semejante, le har  ais frente con la bravura que ya habéis demostrado.

—Vuestra Alteza puede confiar enteramente en mi persona —respondió el cura.

—Permitidme que os presente a madame Ana-Enriqueta y a madame Adelaida —dijo el Delfín.

Las damas le saludaron con comedida elegancia; Ana-Enriqueta escuchó en silencio todo lo que él dijo, mientras Adelaida afirmaba vigorosamente sus propios puntos de vista.

El Delfín no pudo por menos que sentir un aguijonazo de inquietud al observar a sus hermanas. Su esposa lo miraba con preocupación, adivinando sus pensamientos.

—Quizá —le murmuró— fuese aconsejable consentir que contribuyeran a la causa sólo en lo tocante a la expulsión de la corte de esa mujer.

El Delfín sujetó a su mujer por la muñeca, con afectuoso gesto.

—Habláis con sensatez, como de costumbre.

—Nuestro primer objetivo debería ser librarnos de ella —siguió su esposa—. Mientras esa mujer ocupe su actual posición en la corte, el partido de la Iglesia deberá mantenerse sometido a ella.

El Delfín se acercó más a su esposa.

—No puede mantener su posición por más tiempo —musitó él—. Quienes la observan de cerca me han comentado que sus ataques de tos van seguidos de espantos de sangre. Hay ocasiones en que se queda totalmente exhausta. ¿Cómo podría satisfacer las exigencias de mi padre una mujer en semejante estado?

—Pero cuando ella se haya ido, vendrán otras.

—El siente un gran cariño por mis hermanas —replicó—. Adelaida le agrada más que Ana-Enriqueta desde que ésta se halla tan melancólica.

—¿Queréis decir... que no habrá otras amantes?

Los ojos del Delfín se nublaron. Había oído rumores sobre las presuntas relaciones incestuosas que su padre mantenía con sus hermanas. Tales pensamientos eran demasiado escabrosos para un hombre con sus convicciones; a pesar de todo, él debía animar a sus hermanas a que siguieran complaciendo a su padre. Tanto él como sus partidarios confiaban en que las dos obrasen en su favor desde la posición de ventaja que ocupaban respecto al rey.

—Hay que esperar —dijo el Delfín con un gesto remilgado— que el rey recuerde que tiene una virtuosa y afectísima esposa, la reina.

La delfina estuvo de acuerdo: siempre lo estaba con él, en todas las cuestiones.

La marquesa iba recostada en su carruaje, por el camino de Versalles a París. Se encontraba relajada y feliz al pensar que tenía unas cuantas horas libres por delante, sin tener que cumplir ningún deber.

Iba a visitar a Alexandrine, a la que había internado en el convento de la Asunción, donde estaba recibiendo la educación que la prepararía para vivir entre la nobleza. Le agradaba hacer planes para Alexandrine; la marquesa se dio cuenta de que debía a su hija algunas de las horas más felices de su vida.

Eso mismo debía de haber sentido su madre por ella. Sonrió al recordar los planes de madame Poisson, que tan desatinados habían parecido en su momento, que acabaron siendo una realidad. Todos habían pensado al principio que ser la amante del rey era cuestión de aceptar homenajes y de presidir las funciones de nota; nadie se había detenido a pensar las otras obligaciones de su posición.

«A pesar de todo —se dijo la marquesa—, soy feliz. A pesar de esta agotadora existencia, sin duda soy feliz».

París quedaba ya a escasa distancia. Empezaba a sentir una cierta aprensión cada vez que pensaba en la capital. Luis podía desdeñar París con entera tranquilidad; pero, a ella, eso le estaba vedado. Debía recordar aquellos tiempos en que al pasar por los Campos Elíseos la gente volvía la cabeza para mirarla, para admirar su belleza, mientras sonreían con placer y murmuraban: «¡Qué criatura tan encantadora! —Ahora, en cambio, los habitantes de París dirían—: ¡Es la Pompadour!». Y le dedicarían malas caras en vez de sonrisas.

Deseaba ser libre para recorrer las calles de París sin que nadie se fijara en ella; para sentir los peculiares olores de la ciudad; vagar por la margen izquierda del Sena, o pasear por las ruinas romanas cerca de la rué Saint-Jacques, o ascender la colina de Sainte G  n  vi  ve.

Recordó los viejos tiempos en el H  tel de Gesvres, cuando presid   las reuniones en su salón y recibí a los talentos de la época. Entonces no había tenido que pensar dos veces lo que iba a decir: no necesitaba estar atenta a cada uno de sus actos.

No, su pequeña Alexandrine tendría una vida más apacible que la de su madre. Recibiría una excelente educación, para que pudiera disfrutar de la compañía de talentos y de savants como Voltaire y Diderot. No obstante, no quería que tuviera que sentir esa misma aprens  n, esa incertidumbre: el ineludible destino de una amante del rey.

Antes de ir al convento de la Asunción tenía previsto almorzar en la ru   de Richelieu con el marqués de Gontaut.

Iba aproximándose a la ciudad; ya se veían Notre-Dame, los tejados del Louvre, las torretas de la Conciergerie y las agujas de algunas iglesias.

Sintió un leve temblor provocado por la emoción de contemplar su adorada ciudad, en la que había pasado tantos años felices, soñando, con su madre, en su glorioso futuro. Parecía extraño que, una vez materializados aquellos sueños, añorara los viejos tiempos.

Las calles estaban más concurridas que de costumbre, y su carruaje tuvo que aminorar la marcha. Se preguntó por qué habría salido tanta gente a la calle. ¿Se trataría de una ocasión especial? Era lunes, día en el que nunca se ejecutaba a los condenados en la Place de Grève, pero la feria de Pentecostés tenía lugar precisamente en esa plaza tan horrorosa. Se notaba la excitación del gentío en las mujeres que se probaban las ropas de segunda mano, a cuya venta estaba dedicada la feria. Siempre se armaban alborotos, nunca faltaban escenas picantes, ya que las mujeres no tenían más remedio que probarse la ropa en público. De todos modos, ese acontecimiento tan poco importante no podía ser la única causa de que hubiera tanta gente en la calle.

Quizá pudiera explicárselo más tarde monsieur de Gontaut.

El carruaje estaba prácticamente detenido, cuando una mujer miró por la ventanilla, y la marquesa vio un gesto de reconocimiento en aquel rostro.

—¡La Pompadour! —gritó la mujer, y su grito fue repetido por otros muchos parisinos en la calle.

Se recostó contra la rosada tapicería del coche. No tuvo que decir al cochero que hiciera avanzar a los caballos lo más deprisa que pudiera. También él se había dado cuenta de la excitación reinante en las calles, y tampoco deseaba problemas.

Era triste pensar que la gente de París la llamaba por su título nobiliario como muestra de enemistad, nunca de aprecio.

Se sintió aliviada al llegar a la rué de Richelieu, donde encontró al marqués de Gontaut, que la estaba esperando.

—Hay mucha excitación en las calles —dijo ella—. ¿Qué ha ocurrido?

A la vez que la hacía entrar en su casa, se lo explicó.

—Madame de Mailly ha muerto. El pueblo lleva el día entero reunido delante de su casa, en la rué St. Thomas du Louvre. Dicen que era una santa.

—¡Madame de Mailly, la primera amante de Luis... una santa!

—El pueblo necesita encontrar a sus santos, no menos que a sus chivos expiatorios. Dicen que madame de Mailly animó al rey a realizar buenas obras, al menos mientras estuvo con él, y que desde que fue repudiada y olvidada por el rey sólo se dedicó a ayudar a los pobres.

La marquesa rió a la ligera.

—Me pregunto si me tratarán con esa amabilidad cuando haya muerto.

—Os ruego, madame, que no entremos a considerar un tema tan melancólico. ¿Deseáis tomar algo fresco antes de almorzar?

—Sería delicioso, pero no debemos retrasarnos, ya que mi pequeña Alexandrine me espera en el convento.

El marqués condujo a su invitada a un pequeño salón y dio órdenes de que les sirvieran vino. La muchacha que lo sirvió era muy joven —no tendría más de catorce años— y muy hermosa. Sus ojos lo miraban todo, maravillados, hasta que se detuvieron en la marquesa; ésta le sonrió con el encanto que reservaba para todo el mundo, no importaba cuan baja fuera su extracción social.

—Bonita niña —dijo la marquesa cuando la criada se hubo retirado—... vuestra criada.

—Sí, todavía es una jovencita inocente. Pero no pasará mucho tiempo hasta que tome a un amante. Resulta inevitable.

—¿Lo decís porque es tan hermosa?

—Sí. Además, será aquiescente. No me cabe duda.

—Tiene cierto aire de sensualidad —dijo la marquesa mostrándose de acuerdo—. Bueno, es joven y está sana..., y es de esperar que lo sea. De todos modos, contadme vuestras noticias, monsieur de Gontaut.

Estaba a punto de hablar cuando un criado entró apresuradamente en la estancia. La marquesa se quedó perpleja ante semejante intrusión.

—Monsieur marqués... —comenzó a decir el criado, que acto seguido se volvió hacia la marquesa e hizo una reverencia—. Madame... os ruego me perdonéis esta irrupción, pero en el callejón de la parte posterior de la casa se está reuniendo la muchedumbre. Gritan que tirarán las puertas abajo y que forzarán la entrada.

El marqués palideció.

—Madame —dijo—, debéis iros en vuestro carruaje de inmediato, ahora que aún tenemos tiempo.

—Pero mi hija...

—Es preferible que vea a su madre cualquier otro día, en vez de no verla nunca más —musitó el marqués en tono agorero.

—Pero ¿acaso pensáis...?

—Madame, conozco bien a las multitudes.

El marqués, que la había asido del brazo con firmeza, hizo una señal al criado.

—Mira a ver si ya están en torno al carruaje de la marquesa.

El criado obedeció y volvió al cabo de unos instantes.

—No, señor. En la entrada hay muy pocos.

El marqués introdujo a su invitada apresuradamente en el carruaje.

—Azota a los caballos —ordenó al cochero—. Regresa a Versalles a toda velocidad.

A medida que atravesaban las calles, la marquesa oía que la gente gritaba su nombre nada más reconocer el carruaje. Iba sentada muy erguida, sin mirar a derecha ni a izquierda, mientras se preguntaba si algunos de los agitadores más osados no saltarían sobre el carruaje para detener a los caballos. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Qué harían a la mujer que odiaban con tanto resquemor?

«¿Por qué me odian tanto?», se preguntó.

Todos habían tenido que leer los versos insultantes que se compusieron a propósito de su persona, las poissonades, como llamaba el pueblo a esas sátiras; todos entonaban cantinelas acerca de ella, todos la culpaban por la debilidad del rey y sus extravagancias.

Tenía demasiados enemigos. Sabía que en los aposentos del Delfín se tramaban planes contra ella. La reina, por supuesto, no sentía el menor aprecio por ella. Las princesas la consideraban su rival en la disputa por el afecto de su padre. Richelieu y demás amistades estaban atentos, por si surgiese la menor oportunidad de propiciar su caída en desgracia.

Cuando su madre y ella planearon su glorioso futuro, nunca tuvieron en consideración a tales enemigos.

Estaba exhausta; y era precisamente cuando se encontraba así que más inminentes podían ser sus accesos de tos, cada vez más inquietantes.

Eso le recordó que, de todos sus enemigos, su delicada salud era el peor.

Cuan aliviada se sintió al dejar la ciudad a sus espaldas. Los caballos galopaban por el camino, y enseguida alcanzó a ver el castillo de color de miel alzándose ante sus ojos.

En ese momento cayó en la cuenta de que el momento de tomar una drástica determinación había llegado. Llevaba posponiendo durante demasiado tiempo el instante de dar ese paso, no sólo porque podría resultar peligroso, sino porque en el fondo le asqueaba.

No obstante, supo que era imperativo hacerlo.

Centró sus pensamientos en aquella jovencita, ya en sazón, aunque todavía inocente, ¿por cuánto tiempo? No pudo quitarse de la cabeza a la doncella que la había atendido en casa del marqués de Gontaut.

Luis se sintió abrumado por el remordimiento, y ése era el estado de ánimo que la marquesa más temía, pues cuando el ansia del arrepentimiento y el deseo de llevar una vida de virtud se apoderaban de hombres como Luis, las mujeres como ella podían ser consideradas no sólo superfluas, sino incluso una amenaza para la salvación de sus almas.

Si su plan funcionase como ella había previsto, no tendría nada que temer en el futuro. Pero era un plan muy atrevido. ¿Podría coronarlo con éxito? Si lo comentase con sus amistades, le dirían que se había vuelto loca.

Su querida amiga, madame Du Hausset, estaba preocupada en extremo. Era la única mujer a la que se había animado a confiar su plan.

La querida y vieja Hausset había denegado, vehemente, con la cabeza.

—Yo no lo haría, madame. Oh, no lo haría.

—Si no hubiese actuado muchas veces con audacia, bien podría no estar donde ahora me encuentro —replicó la marquesa.

Esa misma noche pensaba poner en práctica su plan. Si fracasaba, ¿en qué se convertiría su relación con el rey?

Pero no debía fracasar. Tan sólo requería una atenta y cuidadosa manipulación. Podía confiar en sí misma, podía confiar en Luis, para que así fuera.

Madame du Hausset revoloteaba en torno a ella, pálida y en tensión, preguntándose cuánto tiempo pasaría hasta que las dos tuvieran que abandonar la corte para siempre. La marquesa aún podía sonreír, contemplando a su acompañante.

—Es preciso hacer algo —dijo—. Vos sabéis que las cosas no pueden seguir como están, vos misma me habéis dicho a menudo que me estoy matando.

—Pero esto...

—Esto, querida Hausset, es lo único que nos queda por hacer. Estoy convencida. De no ser así, podéis confiar en que no lo haría.

—Pero ¿en qué posición os vais a poner, siendo como sois una gran dama? Eso es lo único que pregunto.

—Una gran dama —murmuró la marquesa—. El resultado de esta operación podría ser decisivo para mi grandeza. Hasta el momento, no he hecho nada más que auparme a una posición que muchos envidian y divertir al rey.

—¿Cómo está el rey? —preguntó madame Du Hausset.

La marquesa sonrió con tristeza.

—Hondamente arrepentido por su comportamiento para con Luisa de Mailly.

—¡La santa de París! —murmuró con cinismo madame Du Hausset.

—Fue muy buena con los pobres. Los visitaba, cosía sus ropas..., y guardó muy poco para sí.

—Pero no los visitó, ni cosió para ellos cuando aún contaba con el favor del rey, ¿verdad?

—Mi querida Hausset, entretener al rey, como bien sabéis, deja muy poco tiempo libre a la mujer que lo intente. Ahora, no quiero que estéis tan desanimada, os lo ruego. Dejadme que os diga una cosa: cuando yo tenía nueve años, una adivina me dijo que llegaría a ser la amante del rey. Y su predicción se hizo realidad. A veces pienso que entre mi madre y yo logramos que se hiciera realidad. Pero aún os diré algo más: voy a morir; sí, voy a morir siendo la amiga más querida del rey. Estoy tan segura de ello como lo estaba de que un día llegaría a ser su amante. Hausset, sería mucho más feliz si fuese su amiga que si fuese aún su amante. Quisiera ser su *confidante*, la amiga con quien él pueda hablar de todo: asuntos de estado, escándalos, planes arquitectónicos..., de todo. Eso es lo que sería para el rey, Hausset. Por la noche me retiraría a mis aposentos aquí, en Versalles, y dormiría largas horas, para estar descansada al día siguiente y entretener al rey.

Madame du Hausset meneó la cabeza.

—Vendrían otras que se ocuparían de sus diversiones nocturnas, y esas serían las que verían hacerse realidad todos sus deseos. Y, según se mire, el primero de esos deseos sería vuestra inmediata desaparición de la corte. ¿Acaso no exigió madame de Châteauroux, que tan segura parecía del real afecto, la destitución de madame de Mailly, a pesar de que era su propia hermana?

—No hay necesidad, Hausset, de seguir los pasos que mis predecesoras hayan dado. Debemos transitar caminos no hollados por otros. Ahí radica el secreto del éxito. —La marquesa se echó a reír, pero a madame Du Hausset le pareció detectar una nota de nerviosismo en su risa—. Mis enemigos están por todas partes. Mi recibimiento en París... ¿a qué es debido? A las poissonades. ¿Y quién escribe las poissonades?

—Dijimos que eran obra del conde de Maurepas, hasta que vos lograsteis que fuera expulsado de la corte.

—Según se mire, es probable que siga escribiéndolas. Podría redactarlas con toda facilidad en su exilio de Bourges, lo mismo que hacía cuándo gozaba del favor de Versalles. Pero sin duda que hay otros que escriben esas sátiras.

El partido del Delfín está compuesto por enemigos míos. Ellos ponen en circulación historias y mentiras acerca de mí por las calles. Planean mi expulsión de la corte.

—Si llamaseis la atención del rey sobre esas reuniones que se celebran en los aposentos del Delfín...

—Eso tan sólo serviría para irritar a Luis. Se halla al corriente de esas reuniones; está colérico porque ya no tiene ninguna amistad con el Delfín. No es mi cometido recordarle al rey aquello que él prefiere olvidar. Ésta es una batalla que debo librar yo sola, Hausset. Y así lo haré.

—¡Y el partido de la Iglesia está en contra de vos!

—El partido de la Iglesia es el partido del Delfín. En épocas como ésta, con el Año Santo, con el jesuita padre Griffet predicando sus sermones en Versalles, estoy más inquieta que nunca. La decisión de los parisinos de casi canonizar a madame de Mailly no me va a hacer la vida más fácil. ¿No os dais cuenta de que todo forma parte de una intriga contra mí? Desean que Luis se arrepienta de sus pecados, que haga un repaso de su vida (y de la parte que yo he tenido en ella), y que la considere una existencia repleta de pecados mortales. Quieren inducirle a tal estado de arrepentimiento que no tenga más alternativa que destituirme.

—¡Destituiros a vos! No podría... ¿A quién recurre cuando está cansado y aburrido? A vos, siempre a vos.

—Sin embargo, ya destituyó a madame de Châteauroux cuando él estaba en Metz.

—Eso ocurrió porque pensó que se estaba muriendo, y su necesidad de arrepentirse era perentoria.

—La vida de la amante del rey está llena de sobresaltos y de contratiempos, querida Hausset. En cambio, la vida de la amiga y *confidante*, más querida del rey sin ser su amante, sería muy placentera, según entiendo.

—Me aterra —murmuró madame Du Hausset.

—Y ahora nos hallamos de nuevo en el punto de partida.

—Y Su Majestad se encuentra con vuestros enemigos. Estarán diciéndole que madame de Mailly era una santa, que debería arrepentirse sin dilación; que aunque el alma de madame de Mailly se haya limpiado con los años dedicados a la piedad, la suya, en cambio, está manchada por los pecados que ha cometido recientemente.

—Pobre Luis, lo pondrán muy melancólico.

—Lo empujarán al arrepentimiento.

—Podría darse el caso de que su melancolía fuese tan grande que se sintiera dispuesto a emplear cualquier medio para disiparla. En ese caso, le oiremos subir las escaleras de mis aposentos.

—¿Y vos le daréis consuelo?

—Yo, y otra. ¿La tenéis preparada?

Madame du Hausset asintió.

—¿Qué aspecto tiene?

—Insolente.

—Y... ¿hermosa, muy hermosa?

—Está como le corresponde a una criada, a una furcia.

Madame de Pompadour se echó a reír.

—Mi querida Hausset, así es exactamente como deseo que esté. Me parece que he acertado. ¡Escuchad! ¿No oís pasos en la escalera?

—¡Ya viene! —exclamó madame Du Hausset, y una sonrisa le iluminó el rostro—. Si quieren, que lo intenten por todos los medios —murmuró—, que nunca conseguirán alejarlo de vos.

—He dispuesto que estemos a solas —le dijo ella, sonriéndole con dulzura—. Supuse en qué estado de ánimo os hallaríais. Hausset, por supuesto, se encuentra en su habitación.

Luis asintió.

—No consigo olvidarme de Luisa-Julia —confesó—. Los recuerdos me asaltan a cada paso. Vivía en la indigencia; tengo entendido que ni siquiera disponía de medios para alimentar a sus criados como es debido.

—No cabe duda de que era feliz.

—¿Feliz? ¿En tales condiciones?

—Era una santa, según se dice. Los santos son felices. No aspiran a tener posesiones en este mundo; sólo desean mortificar sus carnes y servir a los demás. Era feliz, mucho más feliz que vos ahora. No tenéis nada que reprocharos.

Él la miró y sonrió.

—Siempre me dais consuelo.

Ella cogió su mano y se la besó.

—No pido más que continuar así el resto de mi vida.

—Querida mía, ¿no os parece significativo que en este estado de depresión necesite yo venir a vos, y que cuando he estado a vuestro lado sólo unos instantes me sienta más animado?

—Que así sea por siempre. ¿Querréis hacer algo por complacerme? He dispuesto que nos preparen una cena solamente para nosotros dos. Cenaremos a la burguesa esta noche, siempre que os plazca. Y mientras cenamos haré que olvidéis a madame de Mailly, aunque no sin antes afirmar que no hay nada por lo cual debáis reprocharos vuestros actos. Vos la hicisteis feliz mientras gozó de vuestros favores; después, ella misma obtuvo la felicidad gracias a su vida ejemplar. ¡Qué dama tan afortunada! La suya ha tenido que ser una vida plena.

—No puedo olvidar de qué forma me miró cuando hice que abandonara la corte.

—Ella debió de entenderlo. Además, fue su hermana, madame de Châteauroux, quien la expulsó, no vos.

—Pero yo di la orden. Me miró angustiada y luego apartó la vista, pues supuso que su pena me causaría tristeza.

—Venid, voy a pedir que nos traigan la cena. Tengo una nueva doncella, la cosa más bonita que hayáis podido ver. Estoy ansiosa por conocer qué opinión os merece.

—¿Mi opinión?

Ella se echó a reír.

—Tiene gracia, ¿verdad?, ¿que el rey de Francia haya de emitir su opinión sobre una humilde doncella? Pero... por el momento es una muchacha inocente, aunque si alguna vez he visto a una joven lasciva y voluptuosa, no os quepa duda, es ella. —Se levantó y llamó a madame Du Hausset—. Su Majestad cenará conmigo, a solas los dos. ¿Está todo listo?

—Sí, madame.

—En ese caso, ¿querría Vuestra Majestad acompañarme a la mesa? He dispuesto que la preparen en una de las antecámaras. Allí estaremos más a gusto, creo yo.

—Me habéis preparado una sorpresa —dijo el rey—. Mi querida marquesa, ¡es tan propio de vos desear entretenerme...!

—Este pequeño entretenimiento se adecua a las necesidades que tenéis esta noche mejor que un entretenimiento más grandioso. Además, si hubiese planeado celebrar una mascarada o escenificar una pieza teatral, el padre Griffet me habría criticado más que nunca.

—Desde luego, nos ha traído un aire de melancolía... Aunque, quién sabe, tal vez lo necesitásemos.

La marquesa le había conducido a la antecámara, en donde tomaron asiento.

Hizo una señal a madame Du Hausset, y la doncella entró en el aposento.

La marquesa, mirándole con atención, detectó de inmediato el interés en el rostro del rey. Estaba segura de que esa muchacha, gracias a su peculiar mezcla de inocencia y sensualidad, no dejaría de inspirar deseo. Había elegido con sabiduría. Por el momento, su plan podía culminar con éxito, aunque debía actuar con infinita cautela. Madame de Pompadour tenía que conservar intacta su dignidad. No podía permitir que su conducta se interpretara como la de la celestina del rey. Todo lo que siguiese después había de resultar elegante, desarrollarse con absoluta delicadeza.

La muchacha no sentía el menor temor por el rey. Se inclinó sobre él al servirle, con su inocente y sensual sonrisa. Luis le tocó el brazo, y la marquesa se dio cuenta de que sus manos tardaban en separarse de la joven.

—Debéis perdonarle —dijo la marquesa cuando la muchacha se hubo retirado—. No sabe quién sois. Es la primera vez que está en Versalles. Luis, voy a pedirlos un favor.

—Concedido —repuso.

—¿Lo decís de veras, cuando aún no sabéis de qué se trata?

—Mi deseo es complacerlos. Espero sinceramente que esté en mi poder garantizaros ese favor.

—Deseo dejar estos aposentos.

Luis se quedó sorprendido. Habían planificado juntos la decoración, se trataba de un delicioso grupo de estancias, digno de la amante del rey.

—Hay algunos aposentos en la planta baja del ala norte...

Los ojos del rey centellearon al mirar los de ella. Supo a qué aposentos se refería. Madame de Montespan los había ocupado cuando dejó de ser la favorita de su bisabuelo, Luis XIV.

Recordó que su bisabuelo había adjudicado esos aposentos a madame de Montespan cuando desposó a madame de Maintenon.

Los ojos de la marquesa estaban suplicándole con fervor, aunque eran sabios, serenos, y en extremo amorosos. ¡Qué propio de ella era actuar con semejante delicadeza! Él la entendió a la perfección.

Con ello, renunciaba a su puesto de amante porque sabía que no podría cumplir adecuadamente sus exigencias. Ella quería dedicar sus días a darle comodidad, y sus noches a descansar, ya que lo necesitaba desesperadamente.

Era, desde luego, una mujer maravillosa, tan maravillosa que sabía convertir sus defectos en virtudes.

Se sintió excitado. La bonita joven que ni siquiera sabía que era el rey sería despedida de palacio con un regalo, que tendría un valor superior a lo

que ella pudiera ganar en toda su vida. Todo discurriría en un ambiente discreto, sosegado; confiaba en que la marquesa lo dispondría así.

¡Qué situación! ¿Quién, salvo la marquesa, habría sabido conjurar algo tan necesario para los dos y llevarlo a cabo con tanta elegancia? ¿Quién, salvo la marquesa, sería capaz de organizar una velada tan excitante y entretenida?

Ninguna otra cosa podría haberle sacado de su mediatibunda melancolía con tanta celeridad como el plan de madame de Pompadour.

Cogió su mano y la besó. Sus ojos resplandecían de contento.

—Mi querida, queridísima amiga —dijo—. Nunca he tenido una amiga como vos. Seguid así, os lo ruego, mientras continuemos vivos los dos.

La marquesa emitió una leve risa.

El primer paso estaba dado. Así iba a empezar una nueva etapa en su vida: noches de glorioso descanso y de paz la esperaban. Todos los días despertaría fresca, llena de vigor, dispuesta a ser la buena amiga del rey, su *confidante*, para ayudarle en los asuntos de estado, y para planear sus placeres.

Madame Seconde

En palacio se armó el revuelo que siempre se producía cuando había un nacimiento en el seno de la familia real. Fue una gran ocasión, pues la esposa del Delfín había dado a luz, y en esta ocasión no desilusionó a aquellos que esperaban un niño: el 12 de septiembre de 1751, el pequeño duque de Borgoña vino al mundo.

El Delfín y sus amigos estaban extasiados, al igual que el rey y la reina. María Leszczyńska había tratado a su nuera con extrema frialdad a su llegada a Francia, porque María-Josefa era hija del hombre que había arrebatado a Estanislao, su padre, el trono de Polonia. Ahora bien, el talante gentil de su nuera, su piedad y su determinación de conquistar el afecto de la familia real francesa no tardaron en derribar los prejuicios de la reina.

El rey también estaba encariñado con ella. La encontraba inteligente, y, aunque en modo alguno era una mujer atractiva —tenía una dentadura horrorosa, y una nariz grande y fea—, poseía una figura agradable y una piel muy clara; por otra parte, cuando se animaba, algo que a menudo sucedía en compañía del rey, resultaba encantadora.

Tenía un fuerte sentido del deber; tras dar a luz a una niña, y tras ver cómo se malograba otro embarazo, fue a tomar las aguas a Forges, pues pensó que así aumentaría su fertilidad. ¡Hubiera deseado tanto tener un hijo!

Por fin lo había logrado; se dieron órdenes para que el regocijo fuese general en toda Francia.

Todos acudieron a admirar al recién nacido, que prometía ser un niño sano y lleno de vitalidad.

El Delfín afirmó que era el padre más orgulloso de toda Francia, e insistió en llevar él mismo al bebé por la estancia, de un lado a otro, mientras María-Josefa lo miraba con orgullo y con afecto; nunca dejaba de sentir el deseo de complacer a su esposo, y en esa ocasión notó que estaba consiguiéndolo de manera admirable.

La marquesa acudió a rendir homenaje al recién nacido. Estaba deseosa de que el Delfín y su esposa supieran que, por mucho que recelaran de ella, no

les guardaba ningún rencor.

—Este pequeño —exclamó— tiene los ojos de su abuelo.

Era verdad. El pequeño duque de Borgoña la miraba fríamente, con ojos de color azul intenso.

El Delfín no pudo soportar la experiencia de ver a su hijo en brazos de la marquesa, así que él mismo se lo arrebató. La marquesa, sonriente, se lo dejó quitar, sin dar muestras de que su brusquedad le hubiese dolido.

Como de costumbre, estaba determinada a conquistar a sus enemigos, a fuerza de sonrisas, si fuese posible, sin amenaza alguna; deseaba verse con ellos, en vez de contra ellos. Era consciente de que una mujer en su situación necesita tener amigos en todos los terrenos, y creía que sólo con ignorar la enemistad, ésta, en ocasiones, deja de existir.

Tras haber cogido a su hijo de brazos de la marquesa, el Delfín abandonó los aposentos de su esposa y se dirigió a los de su madre.

—Sólo de pensar en la relación que esa mujer mantiene con mi padre, me pongo enfermo —dijo él—. Se conduce como si ella fuese la reina. ¡Qué detalle ha tenido con mi hijo! Esa mujer de baja cuna... sin crianza... ha cogido en brazos a mi hijo, al heredero del trono de Francia, y ha comentado su parecido como si tal cosa. ¡Es intolerable!

—Hijo mío —contestó la reina, a la vez que se abrigaba con el chal que le cubría los hombros—, ¿imagináis que me produce algún placer ver su elevación en la corte? No queda más remedio que aceptar tales humillaciones. Hay que soportar con resignación las cargas que Dios nos impone, pensando sólo en Su mayor gloria.

—Si yo fuese el rey, daría buen escarmiento a todas las mujeres como ésa.

—No os hará ningún bien despotricar contra ella; además, eso desagrade a vuestro padre. El único modo de tratar semejante situación es negándose a hablar con ella.

—Así lo hago. ¿Sabéis? Ayer mismo mi padre dispuso que ella viajara en mi carruaje. Ni mi esposa ni yo le dirigimos la palabra.

—Ser tratado como si uno no existiese es mucho más efectivo que ser tratado con enemistad —dijo la reina—. Contadme ahora qué festejos habéis dispuesto, vuestra esposa y vos, para celebrar el nacimiento de vuestro hijo.

—Como sabéis, habrá una misa de acción de gracias en Notre-Dame.

—El pueblo deseará que se celebren desfiles, bailes por las calles, que haya vino gratis...

—Pues no tendrán nada de eso. El pueblo es víctima ya de demasiadas extravagancias. Me propongo dar una generosa dote a seiscientas muchachas

que se hayan destacado por sus virtudes.

La reina sonrió: su hijo era un hombre modelado a la luz de su propio corazón.

—Un día —le dijo— el pueblo de Francia se llenará de alborozo al llamaros rey.

El Delfín cerró lentamente los ojos; no deseaba que la reina fuese testigo del destello de esperanza que iluminó su mirada. Ni siquiera él mismo quería reconocerlo.

Creía que el pueblo de París ansiaba que llegara ese día en que todos alzarían el mismo grito: «Le Roi est mort. Vive le Roi!». Ni siquiera deseaba admitir que él también lo ansiaba; sin embargo, tenía la impresión de que si fortaleciese al partido de la Iglesia, si lograse que fueran expulsadas de la corte las mujeres del estilo de la Pompadour, Francia sería una nación más feliz.

La procesión real avanzaba hacia Notre-Dame: era una de esas ocasiones en que Luis debía visitar por fuerza su ciudad.

Los parisinos lo contemplaban con mala cara: deseaban hacerle saber que ellos, el pueblo, tenían tan pocas ganas de verle en París como pocas eran las ganas que él mismo tenía de estar allí.

Afrontó con su blando encanto la mirada de los que observaban su carruaje. Emanaba de él una dignidad que exigía de todos los presentes su respeto, aun cuando éstos hubieran decidido no mostrárselo.

No era fácil insultar a gritos al rey cuando él se encontraba entre ellos. Vestido con sus suntuosas ropas oficiales, su figura era impresionante; la reina, a su lado, carecía por completo de esa dignidad, y parecía una mujer sencilla, rolliza, tan alejada de la realeza que los ciudadanos se enorgullecían de su rey, incluso a despecho de sí mismos.

Todos tenían presente que era Luis de Borbón, que pertenecía a un importante linaje real, que descendía directamente de su amado Enrique IV, el cual, había que reconocerlo, tuvo tantas amantes como cualquier otro rey de Francia, si es que no tuvo más. Tal vez recordasen después que Enrique IV, por libertino que fuera, amó a su pueblo y estuvo siempre a su servicio; ahora bien, mientras el carruaje avanzaba hacia Notre-Dame todos olvidaron en esos momentos cuánto aborrecían al rey.

Sin embargo, los viejos resentimientos no estaban tan apagados como para que el pueblo mostrase cierto placer al verle. Entre ellos, en sus casas y en las calles, se habían quejado demasiado de él. El camino a Compiègne había sido

construido hacía muy poco tiempo. No era fácil olvidar que esa ocasión era una de las pocas en las que el rey no podía evitar su presencia en París.

Así, hubo muy pocos que gritaron «Vive le Roi!» a medida que la procesión discurría desde Versalles a Notre-Dame de París. Llegó a decirse que quienes lo aclamaron habían sido pagados por ciertos cortesanos, para que despertaran un mínimo entusiasmo en la muchedumbre.

De ese modo atravesó el rey las calles de París, para dar gracias a Dios por el nacimiento de su nieto, blando y sereno, como si ignorase su impopularidad, como si hubiese olvidado por completo que en otros tiempos había sido recibido con tan gran alborozo por los ciudadanos de París que llegaron a llamarle «el Bienamado».

La esposa del Delfín iba sentada en su carruaje, con el Delfín a su lado.

Éste, iba diciéndose, debiera ser uno de los días más felices de su vida. Su esposo, a quien tanto empeño había puesto en complacer, la amaba; en esos momentos toda Francia celebraba el nacimiento de su hijo, que un día llegaría a ser su rey.

He ahí el propósito por el cual había ido a Francia cuando sólo tenía quince años, cuando no era más que una muchachita asustada a la que se había ordenado que complaciera a la familia real francesa, ya que si fuese aceptada en ella, ése sería el máximo honor al que podría aspirar.

Jamás olvidaría el frío recibimiento que le hizo la reina, igual que su entonces futuro esposo. Él llegó a detestarla: había amado tanto a su primera esposa que por fuerza se habría mostrado resentido con toda mujer que intentara adueñarse de su sitio. De no haber sido por Ana-Enriqueta, jamás habría podido comprenderlo. Siempre amaría a su cuñada porque ella se lo explicó todo; siempre amaría al rey, por haber sido tan amable con ella al principio.

Deseaba de todo corazón que no se hubiese producido la ruptura entre el rey y el Delfín; ella siempre estaría al servicio del Delfín, pero sentía un gran afecto por el rey, al igual que él lo sentía por ella. Aunque el rey estaba al corriente de las reuniones que se celebraban en los aposentos del Delfín, a las que ella asistía, no le tenía ningún rencor. Comprendía su necesidad y su deseo de apoyar al Delfín en todas las cosas; ella sabía que, por mucho afecto que él le tuviese, Luis consideraba que era un poco aburrida, ya que carecía del encanto de mujeres como la marquesa de Pompadour.

El hecho de que ella y su esposo fuesen considerados personas aburridas por los brillantes miembros de la corte del rey acentuaba en cierto modo la

amabilidad del soberano hacia ella, pues siempre escuchaba con atención lo que su nuera quisiera decirle, igual que si fuese tan divertida y tan ingeniosa como la Pompadour.

—Qué afortunada sois —le dijo el rey— por poseer un marido tan fiel.

Desde luego que era afortunada: había muy pocos maridos fieles en la corte de Francia, y ella temía en secreto que un buen día el Delfín se acostumbrara tanto a la moda reinante que tomara una amante también.

Pero no debía sentir tales temores en un día como ése, aun cuando no todo se desarrollara como hubiera debido ser. ¡Qué callado estaba el pueblo! Apenas hubo aclamaciones al paso del carruaje real. La gente, en grupos silenciosos, los miraba con gesto de reproche.

Ella había observado que algunos ciudadanos estaban muy flacos, y llevaban ropas que eran simples andrajos. Se decía que la pobreza reinante en París era muy grande a causa de los altísimos impuestos que los ciudadanos debían pagar. El precio del pan iba en constante aumento, y se contaban abundantes historias de las revueltas desatadas ante las panaderías.

Habían salido de la iglesia, e iban de regreso a Versalles, cuando al aproximarse al puente de la Tournelle se fijó en que la muchedumbre estaba más apiñada que antes. El carruaje que llevaba al rey y a la reina avanzaba en medio de un silencio hostil. La esposa del Delfín se acercó involuntariamente a su marido.

El pueblo llano había comenzado a murmurar; la esposa del Delfín, mirando por la ventanilla, se dio cuenta de que la muchedumbre estaba compuesta sobre todo por mujeres que intentaban acercarse más al carruaje, aunque los guardias hacían lo posible por impedirselo.

Entonces, una de las mujeres consiguió librarse del gentío y se arrojó hacia el carruaje, se agarró del estribo y asomó el rostro por la ventanilla.

—¡Pan! —gritó—. ¡Dadnos pan! Nos morimos de hambre.

Los guardias la habrían quitado de en medio de un empujón, pero el Delfín los contuvo.

—Arrojadles dinero —ordenó.

—¡Dinero! —exclamó la muchedumbre—. No queremos unos cuantos luises, monseigneur, queremos pan.

—¡Pan! —coreaba la muchedumbre—. ¡Pan!

El Delfín sacó la cabeza por la ventanilla.

—Comprendo vuestros sufrimientos —dijo—. Hago cuanto puedo por ayudarlos.

Se hizo el silencio. El pueblo había oído hablar de la piedad del Delfín: él no vivía de forma extravagante, no dilapidaba el dinero arrancado al pueblo con los impuestos; no se dedicaba a construir espléndidos castillos. Se decía incluso que daba gran parte de su estipendio a los pobres.

—Os amamos, monseigneur —gritó una mujer—. Pero tenéis que expulsar a la Pompadour, ella es quien gobierna al rey, la que tiene arruinada a Francia. Si la tuviésemos hoy en nuestras manos, no quedaría de ella nada que pudiera servir de reliquia.

—Buenas gentes, hago cuanto puedo por ayudaros —repitió el Delfín.

Acto seguido ordenó al capitán de la guardia que repartiese dinero entre ellos, y el carruaje siguió su camino.

La esposa del Delfín estaba pálida y temblorosa; le costó trabajo dominar su impulso de arrojarse llorando en brazos de su marido.

Sin embargo, el Delfín iba sentado muy erguido, apoyado en el satén de la tapicería pensando en lo sucedido. «Esa mujer ha hablado en nombre de todo el pueblo de París. “Os amamos, —ha dicho—. Expulsad a la Pompadour”».

Era buena prueba de que el pueblo había transferido las lealtades debidas al rey hacia él mismo; sabía que su padre podía ganarse de nuevo el respeto del pueblo, ya que el rey poseía un encanto natural y una dignidad de las que el Delfín carecía. Aún no era demasiado tarde para que el rey cambiara de modo de vida, para que dejase que el pueblo lo viera con más frecuencia, para borrar todas las implicaciones del camino a Compiègne.

Si su padre lo hiciese, si trabajase por el bien de su pueblo, si se mostrase dispuesto a ser un buen rey, el pueblo no recurriría con tal ansia al Delfín.

Pero no lo haría. Ya había elegido qué rumbo quería seguir. Lo decidió cuando ordenó la construcción del camino a Compiègne.

«Y ahora el pueblo espera —pensó el Delfín—. En realidad, rezan para que mi turno llegue pronto».

Era un frío invierno y el viento del este, que barría las calles de París, llevó la enfermedad y la penuria a la ciudad. El palacio no se libró de ello.

Desde el exilio de Carlos Eduardo Estuardo, Ana-Enriqueta había ido debilitándose: estaba cada vez más frágil. Intentaron obligarla a comer, pero no tenía apetito. En ocasiones se pasaba las horas muertas mirando por la ventana de su aposento, ya fueran los jardines o la Avenue de París. En aquellas habitaciones, grandes y aireadas, parecía no sentir el frío.

Los miembros de su familia que realmente la amaban —y todas sus hermanas la querían mucho, incluida Adelaida, a pesar de que le irritaba su

apatía— se fueron preocupando cada vez más por su salud.

La reina era quien menos simpatía mostraba. Deploraba la debilidad de su hija, que le había llevado a ceder a sus sentimientos sin oponer resistencia. Si la vida se tornaba difícil, había que afrontar las desilusiones por medio de la oración. Ése fue el consejo de la reina.

Ana-Enriqueta atendió, respetuosa, el consejo de su madre, pero no halló consuelo alguno.

Desde una ventana de palacio, Adelaida la vio un desolado día de febrero: paseaba inadecuadamente vestida por los jardines, como si fuese un día de verano.

Acompañada por Victoria y Sofía, Adelaida salió y conminó su hermana a que regresara al palacio.

Ana-Enriqueta se dejó llevar a los aposentos de Adelaida, en donde el gran fuego de la chimenea caldeaba una de las estancias más pequeñas.

—Si estás temblando —gritó cogiendo las manos de su hermana—. ¿Cómo puedes enfriarte de esa manera como si nada? —Adelaida meneó la cabeza, a modo de reprimenda; Sofía y Victoria la imitaron.

En esta ocasión no les dedicó su dulce sonrisa: se recostó en la silla que Adelaida le había acercado, con una gélida mirada.

Estaba tan cansada que se alegró de reposar; sentía un dolor en el pecho que le dificultaba la respiración, y los rostros de sus hermanas parecían flotar ante ella. Aunque no estaba segura del todo: no sabía bien quiénes eran. Por un momento, mientras estuvo en los jardines, junto al estanque, había pensado que su hermana gemela, Luisa-Isabel, se hallaba junto a ella, y que las dos aguardaban a que su padre las llamara para comunicarles cuál de las dos debía viajar a España para casarse allí.

Se había imaginado que le tocó a ella, que ella debía marcharse a España. El duque de Chartres se sintió muy apenado, aunque después no estuvo segura de que fuese el duque de Chartres o el príncipe Carlos Eduardo Estuardo.

—No será para mí —murmuró—. Tengo mala suerte con los amantes...

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Adelaida.

—¿Qué está diciendo? —susurró Victoria a Sofía, que, como de costumbre, miró a Adelaida en espera de la respuesta.

—No tiene importancia —dijo Ana-Enriqueta—. Tengo mala suerte con los amantes, pero eso ya no tiene ninguna importancia.

Luisa-María, la menor de las hermanas, entró despacio en la estancia. Caminaba con cierta dificultad, pero su rostro era todo vivacidad. Sin embargo, al mirar a su hermana mayor se le borró la sonrisa.

—¡Ana-Enriqueta! —exclamó, y se apresuró a coger a su hermana de la mano—. ¿Qué sucede? Le arden las manos —dijo volviéndose hacia Adelaida—. Tiene fiebre. Llamad a sus damas de compañía, llamadlas de inmediato. Que calienten su cama. Tiene que acostarse cuanto antes; nuestra hermana está muy enferma.

Adelaida se sintió molesta por la injerencia de su hermana menor, y alzó las cejas con gesto arrogante.

—No tenemos tiempo que perder con la etiqueta de palacio —exclamó Luisa-María—. Nuestra hermana está enferma..., tan enferma que me da miedo.

Adelaida ordenó a Victoria que fuese a los aposentos de Ana-Enriqueta y advirtiese a sus damas.

—Escuchad —dijo Luisa-María—, la llevaremos allí. Ana-Enriqueta, hermana, ¿no me reconocéis?

Ella sonrió con tal paciencia que Luisa-María pensó que era la sonrisa más dulce que había visto en su vida.

—Daos cuenta —dijo la enferma, dejándose llevar, aunque tambaleante, por sus hermanas—; no hubo amante que me quisiera. Yo traje mala suerte a los amantes, pero no dejéis que eso os preocupe. Ahora ya no tiene importancia.

—Se le va la cabeza —dijo Adelaida.

—No —dijo Luisa-María—. Yo creo que la entiendo.

Se echó a llorar en silencio; las lágrimas resbalaron por sus mejillas, hasta caer sobre el vestido de satén.

Ana-Enriqueta no se dio cuenta de que sus hermanas la llevaban a sus aposentos.

Luis miró a la marquesa con el rostro demudado por la pena.

—Ella... tan joven... —murmuró—. Mi pequeña Ana-Enriqueta... muerta.

—Llevaba algún tiempo enferma —dijo la marquesa—. Nunca tuvo la salud que todos deseábamos que hubiese tenido.

—No puedo ni imaginar siquiera cómo será la vida sin ella.

—Querido mío —dijo la marquesa—, debemos soportar esta pérdida tan bien como sepamos. Habéis perdido a un ser a quien amabais y que os amaba; pero aún os rodean otros a quienes no amáis menos que a ella, otros que no os aman menos por su parte, bien lo sé.

El rey dejó que su amante le cogiera la mano y se la besara con dulzura.

La miró, la vio elegante, encantadora. Y pensó: «Es parte de mi vida. Mis alegrías son las tuyas, mis penas también lo son. ¿Cómo podría aguantar esta tragedia si mi querida marquesa no estuviese a mi lado para darme su consuelo?».

Sentada ante su calavera, iluminada por una vela, la reina oró por el alma de su hija. También rezó para que esa tragedia cambiara el curso de los pensamientos del rey, llevándolos del libertinaje a la piedad. Sería un recordatorio para él de que la muerte puede sobrevenir en cualquier instante. Se había llevado a su hija; tal vez no estuviese tan lejos de su padre. Quizá se preguntase si no sería deseable que buscara el perdón de sus pecados cuando aún disponía de tiempo para ello.

—Si lo hiciese —dijo al Delfín—, la muerte de vuestra hermana no habría sido en vano.

El Delfín asintió. Lloraba, apenado, la muerte de la princesa. La había amado por su afable disposición, y María Josefa decía que su cuñada era la mejor amiga que había tenido en toda su vida. Recordaba además su utilidad como miembro de la pequeña comunidad que se reunía en sus aposentos, consiguiendo del rey ciertos privilegios para el partido de la Iglesia. A menudo, un pequeño puesto se cubría gracias a su petición para uno de sus miembros. Ante el rey habría sido difícil encontrar un abogado de la causa con más posibilidades de éxito que su amada Ana-Enriqueta.

—Su muerte es una gran pérdida para mí —dijo a su madre—, quizá también sea una gran pérdida para la Iglesia.

La reina le comprendió y estuvo de acuerdo. La pena que sentía no era tan honda como la que afectaba a otros miembros de la familia. A menudo había luchado contra los celos que sentía por sus hijas, a las que su padre amaba mucho más que a su propia esposa. En no pocas ocasiones, Luis se citaba con sus hijas en los petits appartements para compartir con ellas una cena íntima, mientras la reina había permanecido arrodillada durante varias horas seguidas, en oración, procurando apagar los turbulentos celos que se apoderaban de ella.

Nunca olvidaría su llegada a Francia; aquellos primeros meses en que contó con todas las atenciones del rey, cuando fueron amantes, y ella era, a ojos de él, la mujer más bella del mundo.

Ni siquiera para las damas más virtuosas resultaba fácil amar a las demás mujeres, aun cuando fueran sus propias hijas, sobre todo si eran capaces de

complacer al rey como ella tanto anhelaba, de una manera que a ella le estaba vedada.

Adelaida lloró con virulencia a su hermana, y derramó lágrimas tempestuosas. Victoria permaneció sentada en su bergère, más melancólica que de costumbre. Sofía observó primero a Adelaida, luego a Victoria, como si tratase de precisar el tiempo durante el cual era conveniente llorar la pérdida de su hermana.

A Luisa-María se le rompió el corazón. No lloró, ni en silencio ni ruidosamente.

—Si me hubiesen dejado sólo un poco más en Fontevault —se limitó a decir—, nunca habría conocido a Ana-Enriqueta. Oh, ¿por qué no me dejaron más tiempo allí?

Y, de pronto, Sofía dejó de preguntarse durante cuánto tiempo esperaba Adelaida que llorase a su hermana, para esconderse en un rincón y llorar a solas.

En las calles de París, la muerte de madame Seconde supuso tema de libre discusión.

El veredicto fue que la pérdida de su amada hija era una venganza de Dios contra el rey por su vida disoluta.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —se preguntaba la gente en los cafés^[8] y en los mercados—. Dios le castigará por el olvido en que tiene a su pueblo, y su embelesamiento por la marquesa. He aquí su justa recompensa.

—Es el resultado de haber ofendido a Dios y encolerizado al pueblo. Dios le ha arrebatado a la hija que él más quería.

El partido de la Iglesia fomentaba observaciones como éstas. Cuanto antes pudiera el rey darse cuenta de que su conducta era muy ofensiva a ojos de Dios —y al partido de la Iglesia—, mejor que mejor.

En los aposentos del Delfín, la esperanza era casi palpable.

—Un desastre como éste podría acarrear la destitución de la marquesa —dijo el Delfín.

El propio Luis se mostraba muy aprensivo. Empezaba a preguntarse si en esa pérdida recién sufrida no habría una advertencia divina. Su hija era joven; desde luego había tenido una salud muy frágil, pero era demasiado joven para morir.

Sus médicos le dijeron que ella no tenía ningunas ganas de vivir. Había rechazado las medicinas, e incluso se había negado a probar la comida que se

le preparaba. Y había dado la espalda a sus amigos y familiares, todo con el fin de ir al Más Allá.

No osó pensar siquiera en la infelicidad de su hija. Muchos dirían que había muerto de penas de amor. En dos ocasiones estuvo enamorada, y en ambas vio sus esperanzas frustradas. Su enlace con la familia de Orleáns no fue del gusto de Fleury, por lo cual no llegó a celebrarse la boda. Su amor por Carlos Eduardo Estuardo había sido quizá más intenso, si bien ¿cómo habría podido el rey de Francia dar su consentimiento a ese matrimonio, después de la derrota del año 45¹⁹? De aquello ya habían pasado casi siete años. ¿Había llorado ella durante todo ese tiempo a un príncipe que ni siquiera le había sido fiel?

Había muerto porque no deseaba seguir viviendo. Se oyeron trágicas palabras para describir el fallecimiento de una mujer tan joven. A él le inquietaba, y sólo existía una persona capaz de curarle semejante tristeza; sin embargo, el estado de ánimo que se había engendrado por obra del pueblo de París y de ciertos miembros de la corte le llevaron a dudar de la conveniencia de ese solaz.

¡La muerte... qué cerca estuvo de todos ellos! ¿Quién había de ser su próxima víctima? ¿Y si lo alcanzase a él? ¿Y si pasase de este mundo al otro como un pecador que no se hubiera arrepentido?

Quería confesar sus pecados, pero sabía que antes de recibir la absolución, tenía que jurar que no pecaría nunca más.

La marquesa ocupaba ya la *suite* de madame de Montespan, si bien seguía siendo la amante del rey a todos los efectos. Él sabía que los confesores y los obispos, con la ayuda y el refuerzo del Delfín y del partido de la Iglesia, mantendrían en suspenso el perdón de sus pecados hasta que madame de Pompadour hubiese sido expulsada de la corte.

Ordenó llamar a Adelaida; la abrazó calurosamente y lloraron juntos.

El rey miró a aquella jovencita, tan vivaz como imprevisible. Tenía veinte años, su belleza empezaba a resultar más desvaída, pero su compañía seguía siendo estimulante para él.

En Adelaida podría hallar el consuelo que, por el momento, se sentía remiso a buscar en la marquesa.

—Deberéis ocupar el puesto de vuestra hermana —dijo a Adelaida—. A partir de ahora, tendréis que ser a un tiempo Adelaida y Ana-Enriqueta para mí.

—Sí, padre —exclamó; en sus ojos no cabía duda de la adoración que le inspiraba.

—Ahora tendréis una estancia cerca de la mía —dijo el rey—. Reconstruiremos parte del castillo. Habremos de derribar la escalinata del embajador, pero lo haremos de todos modos.

Adelaida se arrodilló con torpeza y se abrazó a las rodillas de su padre.

—Seré todo lo que vos queráis pedirme —exclamó, y en sus ojos centelleaba el triunfo. Ya había olvidado la muerte de Ana-Enriqueta.

La condesa de Choiseul-Beaupré

Durante todo el año pareció como si la sombra de la muerte planease sobre Versalles. Había llegado el verano, muy caluroso, y el rey había ido con madame de Pompadour al castillo real de Compiègne, para dedicarse a la caza.

Un día, la esposa del Delfín se despertó con una sensación ominosa, quizá por la mala noche pasada. Se había despertado varias veces descubriendo que el Delfín hablaba en sueños; cuando ella le dirigió la palabra, él le respondió de forma incoherente.

Al tocarle la frente descubrió que estaba muy acalorado; de ese modo, ella pasó la noche casi en vela, y tan pronto se hizo la luz se incorporó para observar al Delfín, que en esos momentos dormía.

Su rostro enrojecido le dijo que el Delfín tenía fiebre. Se levantó, avisó a los criados y ordenó llamar a los médicos.

En cuestión de pocas horas la noticia se extendió por palacio y recorrió todo París: el Delfín padecía de viruela.

No existía enfermedad más temida que aquélla: era muy contagiosa, rapidísima de acción y, sobre todo, responsable de la muerte de miles de personas.

La esposa del Delfín estaba aterrada. No alcanzaba a imaginar su vida sin su marido, y era plenamente consciente del peligro en que él se hallaba.

Los médicos le dijeron que debía abandonar sus aposentos. Tal vez hubiese contraído ya la enfermedad. Debía comprender que quedándose junto al lecho de su esposo no haría otra cosa que jugar con la muerte; y en el supuesto de que lograra burlarla, tal vez quedase horrorosamente marcada de por vida.

—Mi lugar está a su lado —dijo ella con firmeza—. Mi sitio es éste, más que el de ninguna otra persona, y aquí he de permanecer.

No dejó que nadie la disuadiera: vestida con un sencillo ropaje blanco se ocupó de todos los cuidados íntimos que el enfermo necesitó. Apretó los labios con fuerza; no lloró, sino que murmuraba oraciones sin cesar, a medida

que trabajaba en el aposento del enfermo: «Si todo lo hago por él —se decía— lo salvaré, ya que todo lo que sea necesario lo haré mejor que ningún otro. Tengo que hacerlo, porque lo amo. —Pero, al poco tiempo, empezó a decir—: Yo lo salvaré. No va a morir». Y con eso sintió una gran paz de espíritu, pues pensaba que todo el que pusiera tanto empeño en desear algo como ella hacía, de ninguna manera podía fallar.

Una y otra vez se le aconsejó que no frecuentara el aposento del enfermo; una y otra vez le recordaron los horrores de la enfermedad, sus terribles consecuencias; ella se limitaba a sonreír no sin tristeza.

—¿Qué precio sería demasiado alto para pagar por su restablecimiento? —preguntó.

A partir de ahí todos supieron que no tenía sentido alguno intentar disuadirla.

La noticia llegó a Compiègne y alcanzó al rey a su regreso al castillo, después de cazar.

Luis se quedó aterrado.

—Debo regresar de inmediato a Versalles —dijo.

—Mi queridísimo sire —aventuró la marquesa—, el peligro que corréis en Versalles es grande.

—Madame —respondió el rey con tristeza—, mi hijo, el Delfín, está en peligro de muerte.

—Nos dispondremos a emprender viaje de inmediato —dijo la marquesa con una reverencia.

«¡La muerte! —pensó el rey—. Es como un espectro que me persigue, una sombra gris que no deja ver la luz a mi familia. En febrero perdí a mi hija más querida; ¿habré de perder ahora a mi hijo?».

Se alegró de que el camino de Compiègne a Versalles estuviera construido. En un momento como ése, las miradas disimuladas, las acusaciones que daban a entender que «ése es el castigo que merecéis», le habrían resultado insufribles. El pueblo atribuiría la enfermedad del Delfín a la misma cólera divina a la que había atribuido la muerte de Ana-Enriqueta. No, en tales momentos no podría haber soportado la expresión triunfal de sus súbditos.

Si el Delfín muriese, el heredero al trono sería el recién nacido duque de Borgoña. Si él mismo, Luis, tuviese que morir, Francia se encontraría a otro niño como rey. El Delfín no podía morir.

La marquesa quiso consolarle durante el viaje de regreso a Versalles.

—Tengo entendido que un médico llamado Pousse —dijo— es el que más sabe de viruela en todo el mundo. ¿Querría Vuestra Majestad considerar la posibilidad de hacerlo llamar? Es un burgués que nada sabe de las costumbres y la etiqueta de la corte, pero está considerado como el hombre que más vidas ha salvado entre los enfermos de viruela. ¿Querrá Vuestra Majestad que sea conducido a Versalles?

—Debemos aprovechar todas las oportunidades que se nos presenten —dijo el rey—. Sí, poco importa cuáles sean los orígenes de ese hombre. Hacedle llamar.

—Ordenaré que venga sin dilación —dijo la marquesa.

Luis estaba sentado junto al lecho del Delfín. Con un gesto había ordenado que los dejaran a solas, para no tener que soportar a todos los que quisieran recordarle el riesgo que corría.

«Hijo mío. ¡Mi único hijo! Ojalá hubiésemos sido mejores amigos».

Con qué amargura lamentaba las diferencias que habían surgido entre los dos. Intentó recordar en qué época habían comenzado a distanciarse. Se vio de camino a los aposentos del Delfín, cuando éste no era más que un adolescente, y recordó cómo se arrojaba el muchacho en sus brazos.

«Entonces —pensó el rey—, me amaba como no amaba a nadie más. Ahora siente indiferencia hacia mí como persona, e incluso es mi antagonista en calidad de rey. Tiene que haber no pocos momentos en que piense en ocupar mi sitio. ¿Acaso ansia que llegue el día en que yo ya no esté?».

¡Qué triste era la vida!

«Si al menos pudiésemos lograr que el tiempo se detuviera, lograr que las cosas sean así para siempre...». Si pudiese, seguiría siendo joven; un joven esposo, un joven padre, un joven rey a la vista del cual el pueblo exclamase: «¡Larga vida a Luis el Bienamado!». Al volver la vista atrás, se imaginó que el camino de Compiègne era como una cinta que partía su vida en dos, que separaba la primera mitad de la segunda. La siembra, se podría decir, y la cosecha.

Junto al lecho de su hijo sintió un intenso deseo de ser un hombre bueno, un buen rey, amado por su corte y por su pueblo. Pero con el tiempo se había tornado demasiado cínico. Conocía de sobra lo pasajeros que, en el fondo, eran esos estados de ánimo en los que prevalecían el pesar y el arrepentimiento.

Terminaban por pasar, de forma tan inevitable como el tiempo.

El doctor Pousse cruzó los aposentos del Delfín como un torbellino. No es que pasara por alto la etiqueta de palacio; es que ni siquiera la conocía. Ignoraba las diferencias que había entre un conde y un duque, no tenía ni idea de la reverencia que debía hacer ante cada cual; aunque si lo hubiese sabido, tampoco le habría preocupado en absoluto. Tenía un único objetivo en la vida: curar a los pacientes aquejados de viruela. A él no le importaba que fuesen herederos al trono de Francia o cocineros en la peor casa de comidas de la rue des Boucheries; los consideraba sólo como pacientes en quienes podía poner en práctica sus grandes conocimientos.

Entre todas las personas que rodeaban al Delfín sólo sintió aprecio por una persona: una mujer apacible, tranquila, vestida de blanco.

Le gustó. La mujer trabajaba sin armar alboroto; era capaz de hacer todo lo que se le pidiera, y, además, con gran eficacia.

—Marquesa —gruñó Pousse—. Cuando este joven se restablezca, deberá su recuperación a dos personas: a su médico y a su enfermera.

Cada vez que le ordenaba algo, con un ladrido, ella obedecía con rapidez. Tenían la máxima confianza uno en el otro.

—Bien, niña —le decía él—, asegúrate de que el paciente descanse. No quiero que nadie lo moleste; ni siquiera su padre.

—Entendido —respondía ella.

Pousse le dio una afectuosa palmadita en el brazo.

—Una buena enfermera es una gran ayuda para un doctor, niña —le dijo.

La situación del Delfín era fuente de una inmensa ansiedad, y el rey fue al aposento en que su hijo se encontraba para permanecer junto a él.

Pousse se aproximó a Luis y, agarrándole por uno de los botones de la casaca, se lo llevó a un lado para hacer un aparte con él.

Los pocos asistentes que acompañaron al rey al aposentó del enfermo se quedaron de una pieza al contemplar un gesto de tal familiaridad que les resultó inaudito. Pousse se percató de la sorpresa creada.

Sonrió de mala gana y olvidó por unos momentos a su paciente, para hablar con el rey.

—Bien, monsieur —dijo—, no sé cómo esperáis que os trate. Para mí no pasáis de ser el padre de mi paciente. Entiendo vuestra ansiedad, porque vuestro hijo está gravemente enfermo. Pero ¡animaos! El muchacho pronto estará estupendamente.

Luis puso las manos sobre los hombros del médico.

—Sé que podemos confiar en vos. No respetáis a las personas, sino sólo a la viruela —le dijo.

—Tengo un gran respeto por mi vieja enemiga —repuso Pousse, con ojos brillantes—. Pero esta vez la he derrotado. Y la enfermera ha sido de gran utilidad.

—La enfermera es la esposa del Delfín —le recordó el rey.

—La esposa del paciente, ¿eh? —dijo Pousse. Esbozó una leve sonrisa—. No tengo la menor duda de que no la he tratado como una dama de su posición espera ser tratada. De todos modos, siento por mi pequeña enfermera un afecto que no podría haber sentido por una gran dama. Haré que las nobles parisinas vengan a verla cuando sus maridos enfermen, para que aprendan bien qué se espera de ellas. Es una buena chica. Ya veo que os estoy dejando perplejo por mi falta de respeto ante los miembros de vuestra familia.

—Salvad al Delfín —dijo el rey— y os tendré por amigo mío de por vida.

Hubo un gran alborozo en la corte: el Delfín se había restablecido del todo; gracias, según se dijo, a la habilidad y a los conocimientos del doctor Pousse, pero también a la dedicación y a la entrega de la delfina.

Nadie podría haberse sentido más feliz que ella. Entendía que la enfermedad de su esposo los había unido más que nunca; se regocijó porque, como en todo momento se había sentido celosa de su antecesora, la primera esposa del Delfín, ahora podría decirse: María Teresa Rafaela nunca tuvo ocasión de cuidarle cuando estaba enfermo de viruela, aun a riesgo de su propia vida. Por fin tenía una ventaja sobre aquella primera esposa que había contado con todo el afecto del Delfín, muriendo cuando más intensa era su pasión, tras sólo dos años de matrimonio, de tal manera que para siempre quedó grabada en la memoria de su esposo: perennemente joven, embellecida por la distancia, ideal.

En cuanto al doctor Pousse, recibió una pensión vitalicia en pago a sus servicios.

La marquesa de Pompadour sumó sus felicitaciones a las del resto de la corte, si bien el Delfín las recibió con frialdad; como ella deploró la determinación del Delfín, decidido a tratarla como si fuese su más acérrimo enemigo, llegó a la conclusión de que iba a ser más ostentosa que nadie a la hora de las celebraciones.

Así pues, planeó dar una gran fiesta en Bellevue.

Iba a tratarse del agasajo más exuberante de los celebrados hasta la fecha. Los fuegos de artificio eran siempre muy populares, y podían tener gran efectividad; la marquesa planeó un despliegue nunca visto, incluido un aparatoso espectáculo que simbolizaría el restablecimiento del Delfín.

Iba a tratarse de un Delfín (el Delfín de Francia) entre serpientes de mar y otros monstruos de las profundidades, todos los cuales lo rociarían de un fuego que exhalarían sobre él. El fuego, explicó la marquesa, representaba la viruela. Apolo aparecería para destruir a los monstruos, y el Delfín aparecería entre ninfas encantadoras.

El Delfín no había perdido ni un ápice de su disgusto por la marquesa durante su convalecencia; además, había resurgido de tan duro trance refortalecido en su puritanismo. No iba a dejarse engañar por ese espectáculo de homenaje. No obstante, no pudo rehusar la invitación para asistir a Bellevue. Mientras se celebraba el espectáculo en su honor, estuvo sentado, contemplándolo, rodeado por sus amistades.

—El Delfín tiene cierto parecido con vos —dijo alguno de sus compañeros, temerosos de que pudiera producirse una cierta amistad entre el hijo del rey y la amante de éste—, pero ¡qué ser tan asqueroso! Se trata de una caricatura; tiene sin duda el objeto de ridiculizaros, Vuestra Alteza.

—¡Ved las serpientes de mar! —dijo otro—. Echan fuego por la boca, y se supone que representan al pueblo. Esto es una monstruosidad; el pueblo ama al Delfín. Madame Catin nunca persuadiría a la corte de lo contrario, por mucho que lo intentase.

—A decir verdad, parece que esa dama trata de ridiculizar al Delfín, con el pretexto de darle un homenaje. Es un truco digno de una dama tan astuta.

El Delfín, oyéndolos, cada vez se sentía más y más furioso contra la marquesa.

Cuando el espectáculo hubo concluido, se marchó bruscamente de Bellevue rumbo a Versalles. Todos los presentes se dieron cuenta de que el intento de la marquesa por complacer al Delfín había sido un fracaso absoluto, puesto que él estaba determinado a no dejarse halagar, dispuesto sobre todo a proseguir la guerra contra la marquesa hasta que uno de los dos falleciera o hasta que ella desapareciera de la corte.

Todos aguardaron las represalias por lo que el Delfín había decidido interpretar como un flagrante insulto a su dignidad.

Se produjeron días después de la fiesta en Bellevue, cuando la marquesa asistió a una recepción en los aposentos del Delfín, y tuvo que permanecer de pie —no le estaba permitido sentarse sin el permiso expreso del Delfín— durante dos horas.

La marquesa jamás había permitido que en la corte se vieran sus debilidades físicas. En esta ocasión no le quedó más remedio, ya que estuvo a punto de desmayarse por la fatiga acumulada durante esas dos horas.

El rey se sintió molesto cuando se enteró de lo ocurrido, ya que sabía bien que, cuando preparó la marquesa la fiesta sólo había pensado en ganarse la amistad del Delfín. El estallido de afecto que había sentido por su hijo cuando pensó que éste se hallaba a punto de morir estaba a punto de apagarse. Se sintió irritado por la rigurosa actitud del Delfín hacia la amante de su padre.

Sólo existía una forma de impedir que algo semejante volviera a suceder: conceder a la marquesa el mayor honor de la corte, el tabouret, que le permitiría tomar asiento en presencia de la realeza.

El rey titubeó. Otorgar semejante honor a la marquesa produciría sin duda toda clase de rumores de descontento en palacio. En París ya era bastante impopular, y, bajo ningún concepto, deseaba que esa impopularidad se extendiera a su círculo inmediato.

¡Un tabouret para la marquesa! Tenía que meditar el asunto durante un tiempo, ya que, por mucho que la amase, debía tener muy en cuenta los orígenes de su amada.

Debía tener lugar un acto de celebración oficial por el restablecimiento del Delfín, lo cual haría necesario que viajara de nuevo a París.

Sería, como siempre, el trayecto ceremonial desde Versalles a la ciudad, y la misa de acción de gracias en Notre-Dame. Sus ministros, sabedores de la tendencia de la opinión pública en París, y al corriente de la cada vez más acusada impopularidad del rey, redujeron apresuradamente el precio del pan, con la esperanza de asegurarse de ese modo un recibimiento tan leal como caluroso entre los parisinos.

Luis emprendió el viaje sin el menor entusiasmo. En el fondo de su corazón deseaba tomar el camino de Compiègne, en vez de emprender viaje a París.

La reina, en su carruaje, viajaba detrás del rey. No tenía esos temores, ya que estaba enterada de sobra que el pueblo la consideraba una pobre mujer, baqueteada por la mala suerte; ella sabía que cuando más odiaran al rey, mayor sería la simpatía que sentirían por ella.

Por el camino, unos cuantos lugareños gritaron «Vive le Roi!» al paso de su carruaje; ahora bien, tan pronto entraron por las calles de la ciudad, fueron recibidos con el silencio de las últimas veces.

Terminada la misa, comenzó el trayecto de regreso, y de nuevo se encontraron con ese silencio empecinado. Pasó el carruaje del rey; cuando llegó el de la reina al Pont-du-Jour, un hombre de rostro emaciado y ropas andrajosas logró atravesar la barrera de la guardia y dio un salto.

Arrojó un mendrugo de pan negro al regazo de la reina.

—¡Miradme, madame! —gritó—. Éste es el pan por el que se nos pide que paguemos tres sous.

El cochero azotó a los caballos; se levantó un hosco rumor entre el gentío.

El rey y la reina les oyeron murmurar.

—¡Tres sous la pieza, por un pan que no se puede comer! ¡Pan... pan! ¡Dadnos pan...!

Diríase que, en aquellos tiempos, era imposible que se produjera una visita de la realeza a la ciudad sin que se dieran tales manifestaciones.

Cuando la infanta, la hija mayor de Luis, llegó a Versalles de visita, el rey se sintió encantado.

Ella sabría darle consuelo, se dijo, por la pérdida de su querida Ana-Enriqueta. Adelaida, al observar el afecto existente entre ambos, se sintió celosa, ya que, desde la muerte de su hermana, había terminado por creerse firmemente instalada en el papel de hija favorita del rey.

Sin embargo, le iba a resultar muy difícil competir con la infanta, tan fascinante como mundana. Luis recordó el apelativo cariñoso que le había dado de pequeña, y siempre la llamaba Babette. Babette, que era más sensata y más sabia que Adelaida, de inmediato consolidó su amistad con la marquesa, con inmenso placer por parte del rey.

La infanta había tenido un hijo y una hija, por lo cual le estaría permitido permanecer un año entero en Versalles. «Mi casa —dijo—, la casa por la que nunca he dejado de sentir nostalgia».

A las primeras semanas de su regreso, el rey estaba tan maravillado con ella que olvidó su depresión; no obstante, tan pronto le vio más animado, Babette le manifestó que existían otros motivos en sus inmensas muestras de placer en estar con su padre.

—Soy vuestra hija —dijo a Luis—, vuestra hija mayor. ¡Ya me veo condenada a pasar mi vida en ese tétrico agujero de Parma!

Luis le prometió que, si él podía hacer algo, en el momento que fuera, por mejorar su estado, lo haría sin dudar.

Ella no quedó satisfecha. Sus ambiciones eran ilimitadas. Tenía hijos cuyo futuro debía planificar: un hijo, para el cual deseaba en concreto un trono, y una hija, para la cual quería nada menos que la corona imperial.

El joven José, hijo de María Teresa^[10], era el marido que ella necesitaba para su hija. Imperiosamente, sugirió que, si fuese necesario, Francia debería entrar en guerra con tal de asegurarse ese matrimonio.

Luis, poco a poco, dio en escuchar los planes de su hija con una sonrisa de indulgencia, aunque a la vez se fue sintiendo incómodo en su presencia.

Se dio cuenta de que empezaba a tener uno de esos achaques de melancolía insistente, de los cuales sólo la marquesa sabía salvarle.

Ahora bien, muchos cortesanos habían comenzado a especular en torno al cambio acaecido en las relaciones entre el rey y la marquesa, la cual, según se notaba, estaba instalada en los aposentos que habían pertenecido a madame de Montespan. ¿Significaría eso que entre el rey y ella sólo había amistad?

Se decía que algunas jovencitas —a menudo de las clases bajas— eran llevadas en secreto a los apartamentos del rey.

¿Podía mantenerse una situación de ese tipo?

Claramente era la hora de que alguna emprendedora y ambiciosa persona llamara la atención del rey sobre una determinada mujer que pudiera asumir el importantísimo papel de maitresse-en-titre, que madame de Pompadour parecía haber abandonado con su connatural elegancia.

El conde d'Argenson se creía capaz de lograr la ansiada destitución de la marquesa, y comentó sus planes con su amante, la condesa d'Estrades. El conde, hermano menor del marqués d'Argenson, el memorialista, era en esa época ministro de la guerra y contaba con el favor del rey; tenía miedo de la marquesa y, sobre todo, de que una nueva amante ocupara un lugar prioritario en los afectos del rey: igual que todos los que estaban más cerca de él, se dio cuenta de que podría obtener grandes ventajas si la elegida fuese una protegida suya.

Fue su amante, una mujer muy dada a las intrigas, la que le propuso que observara a la bellísima, frívola y recién casada condesa de Choiseul-Beaupré.

La condesa d'Estrades visitó a la damisela con objeto de descubrir si estaría a favor de la idea, aparte de comprobar si era maleable; durante la visita, las dos damas comenzaron a hablar de la marquesa.

—Parece ser —dijo madame d'Estrades— que esa mujer envejece a ojos vista.

—¡Desde luego! —exclamó madame de Choiseul-Beaupré—. Debe de ser ya muy vieja. A decir verdad, escapa a mi inteligencia qué es lo que Su Majestad pueda admirar en ella.

—El rey es un hombre de costumbres —añadió su acompañante—. Lleva tanto tiempo recorriendo el camino de los aposentos de su amante que ha

terminado por convertirse en un ritual para él. Alguien tendría que poner fin a ese hábito innecesario.

—¿Es verdad que ya no se acuesta con ella? —preguntó la joven.

—Eso se comenta al respecto.

—Si Su Majestad se enamorase de otra, sin duda ella sería destituida...

—Una mujer inteligente tiene a su alcance tan espléndida oportunidad.

La condesa d'Estrades estudió a la damisela con mirada especulativa. Había dado en el clavo: madame de Choiseul-Beaupré temblaba de excitación.

¡La amante del rey! Igual que madame de Montespan. ¡Qué gloria había obtenido! Era cierto, desde luego, que a la sazón se vio desplazada por madame de Maintenon, que incluso llegó a casarse con Luis XIV.

Pero Luis XV tenía esposa ya; aunque, a pesar de todo, tal vez la reina falleciese pronto. Madame Ana-Enriqueta había muerto, y el propio Delfín había salvado la vida por muy poco.

La joven condesa se sintió casi mareada al pensar en el poder de que, en su tiempo, habían dispuesto las hermanas Nesle. Sólo madame de Mailly había sufrido; las otras dos murieron, pero el rey había perdido el seso por ellas dos, al igual que por madame de Pompadour.

—¿Cómo..., cómo sería posible tal cosa? —preguntó.

—Si una joven damisela fuese lo bastante hermosa, lo bastante encantadora, lo bastante entretenida... Y estuviese lo bastante dispuesta..., no le faltaría ayuda. Quizá Su Excelencia en persona pudiera ayudarla. Yo le aseguraría la colaboración de monsieur d'Argenson. Ellos dos son quienes hablan de los encantos de las mujeres con el rey. Ambos se encargarían de azuzar su curiosidad, y entonces... una cena íntima. Después, todo dependería de la propia damisela. El rey es un hombre afectuoso, condescendiente, amigo de cortejar a las mujeres que le agradan... Y debéis reconocer que es un hombre muy apuesto.

—Lo reconozco —dijo la joven condesa al tiempo que unía ambas manos y contemplaba un futuro que le parecía glorioso.

Luis se interesó por todo lo que le contaron de la bella y joven condesa.

Le habían manifestado que estaba hondamente enamorada de él, y que su mayor deseo era disponer de una oportunidad para demostrarle la profundidad de su afecto.

Luis se aburría. Necesitaba diversiones, y como la condesa deseaba muy en serio tener un encuentro con él, declaró que sería muy desconsiderado por

su parte negárselo.

Se dispuso lo necesario para que esa entrevista tuviera lugar, que fue todo un éxito. Al rey, la condesa le pareció no sólo encantadora, sino también una compañera apasionante. Desde luego, una única entrevista de ese tipo no fue suficiente para él.

Las jóvenes que le habían sido presentadas resultaban divertidas, sí, pero por muy poco tiempo. En lo tocante a una relación más satisfactoria a nivel intelectual, dependía por entero de la marquesa. De repente, había descubierto qué delicioso era combinar la lujuria con el talante de la corte. La condesa apareció en el momento oportuno; él estaba necesitado de un cambio semejante.

Las noticias del último amorío del rey aún no se extendieron por la corte. El poder de la marquesa era grande todavía, y era preciso que ella ignorase lo ocurrido hasta el momento mismo en que la condesa exigiera al rey su inmediata destitución.

D'Argenson y sus amigos se regocijaron en secreto, soñando con el día en que la marquesa recibiera su inapelable lettre de cachet.

Quesnay, el médico que había estado a las órdenes de madame de Pompadour, y que algunas veces había atendido al rey, era también amigo de d'Argenson y de madame d'Estrades.

Cuando tuvo noticia de la trama con la que se proponían destruir a madame de Pompadour, sintió un profundo malestar.

—No temáis —le dijo d'Argenson—. Para vos no cambiará nada. No perderéis vuestro puesto.

El médico meneó la cabeza.

—He trabajado para madame de Pompadour cuando ella gozaba de prosperidad —repuso con gravedad—. Si fuese expulsada de la corte, yo la acompañaría para seguir trabajando a su servicio aun en la adversidad.

Semejante lealtad desanimó a los intrigantes.

Era absolutamente necesario, decidieron, que madame de Pompadour fuese destituida lo antes posible, al menos mientras durase la pasión del rey por la condesa de Choiseul-Beaupré.

Al mismo tiempo, no olvidaron que debían actuar con inmensa cautela.

Por su parte, Madame de Choiseul-Beaupré creía saber cómo llevar la idea a buen término. El primo de su esposo, el conde de Stainville, había llegado recientemente a la corte.

—Es el hombre más inteligente que conozco —declaró—. Y odia a la Pompadour. Él sabrá decirme qué debo hacer.

El conde de Stainville era un joven cuyos rasgos faciales recordaban los de un dogo; ahora bien, su presencia física era lo único que no resultaba atractivo en él. Brillante, ingenioso, encantador, perteneciente a una de las familias más nobles de Lorena, parecía hecho para alcanzar una gran distinción. Era mecenas de no pocos artistas, daba exuberantes fiestas, jugaba en exceso y era, sin lugar a dudas, uno de los hombres que con mayor facilidad llegarían a lo más alto en la corte.

Cuando aún era muy joven se le había visto rara vez en Versalles. Estaba alistado en el Ejército y sentía un gran afecto por París, de modo que pocas veces iba a Versalles.

Pero, de repente, pareció haber llegado a la conclusión de que su talento era más apropiado para la vida política que para la carrera militar, si bien cuando se firmó la paz ya había obtenido el rango de teniente general.

Al igual que muchos hombres de gran ambición, contemplaba con cautela a la marquesa; había decidido que le sería más fácil escalar el poder siempre y cuando ella no estuviera constantemente junto al rey, aconsejándole qué hacer a cada paso.

Le gustaba escribir poemas: fue lógico y natural que algunos de ellos se refirieran a madame de Pompadour.

Por consiguiente, mostró gran interés cuando la esposa de su primo le pidió una entrevista en privado, pues tenía cierto asunto de la máxima importancia, y absoluto secreto, que deseaba comunicarle, ya que deseaba oír su consejo al respecto.

Él le concedió la entrevista; la parecía una mujer atractiva en lo físico y repulsiva en lo mental.

—Y bien, mi niña, ¿de qué se trata este secreto? —preguntó el conde.

—Estoy enamorada del rey.

Él elevó las cejas y esbozó una cínica sonrisa.

—Ya veo que no me creéis —dijo ella—. De todos modos, el rey me ha dicho que me ama. Madame de Pompadour será expulsada de la corte. Yo se lo voy a pedir, y como el rey me ha anticipado ya que no se negará a ninguno de mis deseos...

Él no dejó de estudiarla en silencio; ella dio un golpe en el suelo, impaciente.

—En fin, veo que aún no me creéis. Mirad esto; es una nota del rey, que Le Bel me ha hecho llegar hoy mismo. Leedla y decidme después si continuáis sin creerme o no.

El conde de Stainville tomó la carta y la leyó con languidez.

Quedaba claro que el rey estaba enamorado de esa mujer, ya que de lo contrario no le habría escrito una carta tan indiscreta; no cabía la menor duda de que la carta era de puño y letra del soberano. ¡Qué situación! Pobre madame de Pompadour: desde luego sus días estaban contados.

Así pues, esa mujer, que había logrado exacerbar semejante pasión en el rey, iba a exigir la destitución de la marquesa, precio de sus futuros favores al monarca. No era ninguna novedad. Madame de Châteauroux había logrado la destitución de la bondadosa madame de Mailly.

—Deseo que me ayudéis, primo —le decía—. Voy a responder a esta carta, y quiero que mis intenciones queden expresadas con toda claridad. La Pompadour ha terminado por convertirse en una costumbre y... yo osaría decir que se debe obrar con mucho cuidado al pedir a un hombre de costumbres, como es el rey, que se desprenda de su juguete.

—Desde luego, hay que mostrarse muy cuidadoso —dijo el conde.

—Sois inteligente con las palabras. Vos sabríais muy bien cómo expresar lo que yo quiero decir.

—Tengo una idea —dijo el conde—. Dejadme esta carta, que yo redactaré vuestra respuesta. Ahora bien, esa respuesta no debe ser tramitada de inmediato. Conviene que Su Majestad no piense que estáis demasiado ansiosa.

Ella asintió.

—¿Lo haréis por mí?

—Desde luego que lo haré, primita. Podéis dejar tranquilamente esta carta en mis manos.

Ella asintió con gesto animado. No albergaba duda alguna de que su futuro sería brillante, gracias al consejo de hombres tales como monsieur d'Argenson y su pariente Stainville. Lo único que luego tendría que hacer sería sonreír y mostrarse agradable, aceptar los homenajes y las joyas, garantizar la concesión de sus favores. Esos hombres tan brillantes se ocuparían de todo lo demás.

El conde de Stainville leyó y releyó la carta varias veces. Estaba muy pensativo.

Su primo se había casado con una mujer de extremada hermosura, pero demasiado estúpida también.

¡Pobre condesita! Se había metido en el lecho del rey, pero ¿cuánto tiempo sabría permanecer en él? ¿Una semana? Concedámosle dos. Quizá, con mucha suerte, tres.

¿Podría ella conseguir la destitución de madame de Pompadour en tan corto plazo de tiempo? Tal vez. La pasión del rey era intensa, aun cuando, Stainville estaba seguro de ello, estuviese condenada a la mayor brevedad, en razón de su compañera.

Pecaría de cortedad de miras si se aliase con una mujer tan estúpida, tan rematadamente tonta como era su pariente. Una alianza con la marquesa sería, en cambio, harina de otro costal. Tal vez estuviera ya lejos de su juventud, pero seguía siendo una mujer muy bella; en cuanto a la diplomacia y al sentido común, al conocimiento del mundo real, a la inteligencia..., la condesa era tan boba que se había imaginado que podría competir con ella en tales terrenos. Cuando se detuvo a considerar a la marquesa, se preguntó si no pecaría de rematada estupidez cualquier mujer de la corte que decidiera competir contra ella.

Estaba atravesando la etapa quizá más delicada de toda su trayectoria. Se había convertido en la amiga del rey, tras abandonar el papel de amante. Era un paso muy arriesgado y peligroso, pero ella lo había dado sin temor: era un paso necesario, de eso estaba seguro Stainville. Y hacía falta un gran valor para darlo.

Pero además de sus restantes cualidades, la marquesa poseía un gran valor.

Tomó una resolución.

Envío un mensajero a los aposentos de madame de Pompadour, solicitando que lo recibiera de inmediato, para tratar un asunto de la máxima importancia.

Madame de Pompadour observó con frialdad al conde de Stainville.

Sabía que era el autor de ciertos poemas muy perjudiciales para ella, y lo consideraba su enemigo. Sin embargo, no dio muestra alguna de ello, y lo recibió con absoluta elegancia. Él la admiró más que nunca, y se felicitó por su astucia, satisfecho de haber adoptado la táctica por la que había apostado.

—Madame —dijo—, he tenido conocimiento de un asunto que afecta en lo más profundo vuestro futuro bienestar.

—Decidme, monsieur conde.

—Se trata de una carta de puño y letra del rey... dirigida a cierta dama...

—¿Tenéis intención de mostrarme esa carta?

—No la llevo conmigo. Se trata de un documento en mi opinión demasiado importante.

—¿Por qué... me habláis de ello?

—Porque pensé que era un asunto del que deberíais estar informada.

—Lo entendería mejor si pudieseis mostrarme la carta.

—Tal vez esté a mi alcance hacerlo de ese modo.

—¿Estáis... estáis pidiéndome... una recompensa por ese documento?

—Madame —dijo él—, sería suficiente recompensa para mí si me tuvieseis por amigo vuestro.

—Así pues, ¿han cambiado vuestros sentimientos hacia mi persona, monsieur conde? Oh, perdonadme. ¿Os parezco demasiado tosca? Daos cuenta, esta información que me ofrecéis... parece de todo punto inverosímil, si se tiene en cuenta su procedencia.

—Os entiendo —dijo él—. En el pasado, han existido ciertas diferencias entre nosotros. Pero se me ha ocurrido que, en el futuro, esas diferencias podrían allanarse hasta desaparecer.

—Me deleita oírlos decir eso. No tengo el menor deseo de ser enemiga vuestra, monsieur de Stainville.

—Quizá, podamos ser amigos. Tal vez incluso trabajar juntos. Vos, madame, si me perdonáis la impertinencia por expresarme con tanta libertad, sois una mujer de extremada inteligencia. Por mi parte, entiendo que no carezco de tan valiosa cualidad. Somos semejantes en nuestras ambiciones, que no son otras que servir a Su Majestad con todo el celo necesario, e impedir que sea presa de... personas indignas.

—Veo, monsieur de Stainville, que, en efecto, somos de la misma opinión.

—Os estoy profundamente agradecido por haberme concedido esta entrevista, madame. Tal vez me sea permitido veros de nuevo mañana, para discutir con más detalle esta cuestión.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza para mostrar su asentimiento, aun cuando él había detectado la feroz curiosidad que se había apoderado de ella, curiosidad por averiguar algo más de lo que él le había insinuado.

La había asustado, y eso quería él, asustarla. Era preciso que se diera cuenta de la trascendencia del asunto. Deseaba que en el futuro recordara lo que él había hecho por ella. Si le hubiese mostrado la carta de inmediato, el asunto habría tenido menor importancia. Era preferible que pasara unas

cuantas horas de incertidumbre, que dudara de los motivos que le habían llevado a hablarle del asunto. Cuando se diera cuenta de que estaba ansiosa por tenerlo de su parte, apreciaría mucho mejor sus cualidades.

Tres días más tarde le hizo entrega de la carta que el rey había escrito a la condesa de Choiseul-Beaupré. Para entonces, ella se encontraba tan exhausta que estaba al borde de una crisis nerviosa, puesto que todo lo que Stainville le había contado venía a confirmar sus sospechas de que el rey se había enamorado de una cortesana, y de que esa mujer, junto con sus enemigos, tramaba su expulsión de la corte.

Con la carta en sus manos se sentía exultante. Por fin sabía cómo actuar.

De inmediato, se dirigió a los aposentos del rey.

—¿Cómo estáis, querida mía? —preguntó el soberano—. Os veo extraña. ¿Os ha molestado algo?

—Esto me ha sido entregado —dijo ella.

Luis lo leyó y enrojeció de cólera. De inmediato dio por supuesto que la condesa de Choiseul-Beaupré, jactándose de su conquista, había mostrado su carta a madame de Pompadour.

—Recuerdo bien a la condesa de Choiseul-Beaupré... —dijo lentamente la marquesa—. Una mujer de extraordinaria hermosura, aunque obviamente frívola, e indigna de confianza.

—Como de costumbre, tenéis razón —admitió el rey. Dejó la carta en un cajón. Y ella supo que él destruiría su escrito en cuanto tuviera la oportunidad.

—Confío que no estaréis demasiado molesto con la condesa —dijo la marquesa con amabilidad—. Es joven y estúpida.

—Querida, me temo que quien ha pasado por estúpido he sido yo.

—Si eso fuera posible, resultaría... imperdonable. Sabéis, mi querido sire, que en todos los asuntos podéis confiar totalmente en mi discreción.

—¡Y confío, confío! —gritó Luis—. Hay ocasiones en que pienso que sois la única persona de la corte de la cual yo podría decir lo mismo.

Se acercó al escritorio y se puso a escribir. Ella lo leyó por encima del hombro.

Era una orden dirigida a madame de Choiseul-Beaupré con instrucciones de que debía abandonar Fontainebleau antes del amanecer.

No volvería a verla nunca más.

La marquesa sonrió con serenidad, aunque sabía a ciencia cierta que había salido airoso de una difícil situación. Por extraño que pareciera, tenía que agradecerse al no menos extraño conde de Stainville. Nunca olvidaría lo

que había hecho por ella. Era un hombre brillante, y ella se encargaría de que recibiera su justa recompensa.

Además, suponía un consuelo enorme saber que de pronto contaba con un amigo, que quizá sabría revelarse como un brillante estadista.

No dejó de sentir compasión por madame de Choiseul-Beaupré; aunque tampoco en demasía. La estúpida jovencita jamás habría sido capaz de mantener su posición en Versalles. ¡Pobrecita idiota! ¿No se había dado cuenta de toda la ansiedad y del agotamiento que acompañan a la necesidad de conservar el papel de amante del rey?

Su compasión se acrecentó cuando supo que la joven estaba embarazada. A la condesa no le fue permitido ver de nuevo al rey; su gloria había sido muy breve, al igual que iba a ser su vida. Falleció nueve meses después de dar a luz.

El rey sintió que de alguna manera debía compensar a su querida amiga por el daño que su aventura con la condesa de Choiseul-Beaupré le había causado. Hacía poco, el Delfín había exigido que la marquesa permaneciera durante dos horas de pie en una de sus recepciones. Luis tomó la determinación de que madame de Pompadour jamás volviera a padecer semejante incomodidad, semejante indignidad.

Para deleite de los amigos de la Pompadour, y para mayor consternación de sus enemigos, Luis proclamó su intención de otorgar el tabouret a madame de Pompadour.

Disponía ya del derecho a estar sentada en la Grand Couvert y en cualquier ceremonia de la corte; iba a tener todos los privilegios de una duquesa, e iba a ser conocida como Dama, Duquesa, Marquesa de Pompadour. Hasta entonces, semejante honor jamás había sido otorgado a una persona que no perteneciera a la nobleza.

La deleitada marquesa decidió de inmediato que su diadema ducal sería exhibida en todas las ocasiones posibles.

D'Argenson y su amante, madame d'Estrades, fueron presa del pánico, por si la marquesa llegara a descubrir el papel que habían desempeñado en el *affaire* Choiseul-Beaupré.

No obstante, nadie se sintió tan enfurecido como el Delfín, quien además tuvo la temeridad de reprochar a su padre aquel gesto.

—Nunca, nunca —exclamó con fervor—, ha sido tan encumbrada una persona nacida en baja cuna.

—Tal vez ésa sea la razón por la que tenemos tantos botarates en la corte —repuso el rey con frialdad.

—Me negaré a hablar con esa mujer, por muy duquesa que sea.

El rey sacudió la cabeza con tristeza.

—Debierais rezar —dijo a su hijo— porque yo viva largos años. Os queda muchísimo que aprender antes de que podáis ser rey de Francia.

Con eso despidió a su hijo. La frialdad reinante entre ambos no remitió. De hecho, nunca había sido tan acusada. En la corte, todo el mundo se dio cuenta de que el abismo que los separaba se había ensanchado; todos se preguntaban si ese abismo podría salvarse mientras madame de Pompadour siguiera en la corte.

La propia marquesa disfrutó de una renovada vitalidad. Había salido de una dura batalla investida con todos los honores, pero no olvidó que, si sus enemigos hubiesen sido más sutiles podría haberla perdido con facilidad.

Creía que a partir de entonces podría medir el afecto que el rey tenía por ella. Esa aventura había enseñado muchísimo al monarca. No volvería a pensar a la ligera en abandonarla a cambio de una mujer hermosa. Acababa de aprender que podía confiar en la marquesa más que en ninguna otra persona. Así, inauguraron una nueva fase de su amistad.

La marquesa no se olvidó del hombre que le había servido de infinita ayuda. Estaba dispuesta a cultivar el trato del astuto conde de Stainville. De hecho, habría que hacerle algún servicio, y la Pompadour comenzó a esperar el momento en que ella misma y ese hombre, del cual por intuición y por propia experiencia sabía que podría ser un aliado muy valioso, trabajasen mano a mano en beneficio de sus mutuos intereses.

La petite morphise

Se desataron las revueltas por todo París, pero en esta ocasión no fue la pobreza el motivo que despertó la ira del pueblo.

Bouettin, el cura de Saint-Etienne-du-Mont, había recibido la solicitud de que administrara los últimos sacramentos al abad Le Mère, que era un sacerdote jansenista. Bouettin declaró que Le Mère se había opuesto a la bula papal Unigenitus, y por ese motivo le negó los últimos sacramentos.

Negar los últimos sacramentos a un moribundo, para todo el que no defendiera esas opiniones ultramontanas, era un acto de cruel criminalidad. Cuando el abad fue enterrado, diez mil personas lo acompañaron hasta su tumba.

Se expresaron protestas ante el arzobispo de París, Christophe de Beaumont, el cual contestó que, a su juicio, aquellos que no aceptaron la bula Unigénitus eran unos herejes, y que, por tanto, no tenían derecho a recibir ningún sacramento.

Los protagonistas del caso habían decidido engordarlo en la medida de lo posible. Antes incluso de que el abad falleciera, los magistrados habían visitado al rey en Versalles, para obtener de él la promesa de que el abad recibiría los últimos sacramentos.

Como Bouettin, con la protección del arzobispo, se negó a administrárselos, el Parlement llegó a la conclusión de que su autoridad quedaría en entredicho si no expresaba una protesta formal. Pero como el arzobispo era un hombre demasiado importante para ser atacado directamente, se contentaron con emitir una orden de detención contra Bouettin.

Luis, al darse cuenta de que con la emisión de dicha orden sin su consentimiento el Parlement había despreciado su autoridad, revocó dicha orden.

De este modo, el Parlement entró en manifiesto conflicto con el rey, y la disensión surgida en París pronto se extendió a las restantes provincias.

El presidente del Parlement visitó al rey para advertirle, y para recordarle, lo que podría ocurrirle a un monarca que se posicionara contra su propio parlamento nacional.

El nombre de Carlos I de Inglaterra no fue mencionado, pero el caso del rey que había entrado en disputa contra su parlamento, y que al final fue decapitado a consecuencia del enfrentamiento, estaba en la mente de todos.

La respuesta de Luis fue que era obligación del Parlement ponerle al corriente de todas las disensiones, y su deber como rey era juzgarlas.

Con esta actitud no se ganó la aprobación de ninguno de los dos bandos en conflicto. El Parlement consideró que el rey había decidido obstruir su actividad; la clerecía ultramontana sabía que el rey no estaba de su parte, y que debían depender de la reina, que carecía por completo de poder, y del Delfín, del cual aún esperaban mucho.

El Parlement señaló que desde que Luis ascendió al trono se habían recibido nada menos que 45 000 lettres de cachet en los domicilios de aquellas personas que no estuvieron de acuerdo con la bula Unigenitus.

Luis se cansó pronto del forcejeo, y pretendió distraerse incrementando sus placeres. Entretanto, por todo el país se desataron disputas y riñas violentas entre los que habían aceptado la bula y los que la habían rechazado. Para los sacerdotes no era aconsejable caminar por las calles, ya que con sólo ver las vestimentas del clero, ciertos sectores del pueblo llano montaban en cólera de inmediato.

Continuaron las revueltas. El Delfín contemplaba con ansiedad el desarrollo de los acontecimientos.

El rey protestó, afirmando estar harto de tales disensiones.

—No quiero saber nada más de todo lo relacionado con la administración de los sacramentos —rogó.

Para huir de las controversias desatadas a su alrededor, el rey fue a visitar al artista François Boucher, cuya obra admiraba sinceramente, y al cual había contratado para que decorara las paredes y los techos de algunos de sus castillos.

Insistió en que Boucher lo llevase a su taller para ver sus últimas obras. Allí fijó la mirada en el retrato de una niña. No tendría más de doce o trece años; Luis se detuvo ante el retrato, rendido de admiración.

—Ése no es un retrato fiel del modelo —dijo—. Habéis idealizado a esa niña; nadie podría tener una belleza tan perfecta.

El artista estaba a punto de protestar, pero vaciló. El rey se dio cuenta de que lo miraba con cautela.

—Tenéis razón, sire. Es un retrato idealizado.

—Con todo —dijo Luis—, parece tan real que, si existiese una niña tan perfecta, se podría imaginar su gesto al salir del retrato.

—Vuestra Majestad es muy amable al elogiar así mi obra. Permitidme que os obsequie ese cuadro.

El rey colocó la mano sobre el brazo del artista.

—No, amigo mío —dijo—. Acabo de leerlos el pensamiento. Os apenaría sobremanera tener que despediros de ese cuadro. Sería igual que perder a un buen amigo.

—Vuestra Majestad se equivoca...

El rey enarcó las cejas, sorprendido; no le quedaba más remedio que aceptar toscas palabras de labios de aquellos artistas incapaces de comprender que en la etiqueta de Versalles era imposible que un humilde obrero dijera al rey que estaba equivocado.

—Nada me complacería tanto —farfulló Boucher— como que Vuestra Majestad aceptara el cuadro.

El rey negó con la cabeza.

—Así pues, no existió modelo —dijo—. Esa niña tan perfecta no ha existido jamás fuera de la imaginación del artista. Es triste pensarlo.

—Muy triste, Majestad.

El rey sonreía cuando salió del taller.

Cuando Luis regresó a Versalles, llamó a Le Bel, su ayuda de cámara.

Le Bel se había convertido en uno de sus criados más valiosos, debido a los peculiares deberes que cumplía con pasmosa habilidad.

Desde que conoció a la joven criada en los aposentos de madame de Pompadour, Luis había ido descubriendo que ese tipo de mujer era muy de su agrado. Resultaba estimulante prescindir con toda tranquilidad de la finesse, huir de la etiqueta de la corte, que insinuaba su presencia incluso en el dormitorio real. Con las jóvenes del pueblo llano, la etiqueta se ignoraba lisa y llanamente porque ninguna de ellas estaba al corriente de que existiera.

Le Bel había hecho una auténtica afición de su obligación de encontrar jovencitas capaces de dar placer al rey. Era infatigable; sabía descubrirlas en un mercado, en un comercio, tentarlas con la fortuna que podrían ganarse en pocos días, una fortuna como jamás reunirían, ni siquiera tras largos años de trabajo y de vivir con estrecheces. En la práctica totalidad de los casos, las

proposiciones de Le Bel eran irresistibles; de ese modo, un torrente de jóvenes grisettes halló paulatinamente el camino de la escalera privada que conducía a las estancias secretas del ala norte de palacio, que los entendidos llamaban Le trébuchet.

En su «pajarera», Luis recibía a estas jovencitas que le complacían durante todo el tiempo posible, para ser después despedidas con un regalo que las había de convertir en un partido muy codiciable, asegurándoles incluso una vida de relativa comodidad.

—Le Bel —dijo Luis—, quiero que me encontréis a cierta muchachita de ojos oscuros. Podría jurar que no tiene más de catorce años.

—¿Y se llama, sire?

—Eso no puedo decíroslo, pues no lo sé. La única pista que puedo daros es que en el taller de Boucher hay un retrato de ella. Tengo la sospecha de que podréis encontrarla allí, escondida en alguna parte. Boucher prefiere mostrar sus lienzos, en vez de mostrar a su amante... Y no me extraña.

Le Bel quedó encantado. Ésos eran los retos con los que de veras disfrutaba.

—Sire —dijo—, puedo aseguraros que no pasará mucho tiempo hasta que la diosa de Boucher salga del lienzo para caer rendida en vuestros brazos.

—Me alegra oíros decir eso —dijo Luis—. Estoy muy impaciente.

Al día siguiente, Le Bel fue a beber vino al estudio de Boucher.

Según le dijo, admiraba muchísimo la obra del pintor; se había preguntado si no podría ver de cerca algunos de sus cuadros.

Era tan fácil, con la debida adulación, ganarse la confianza del artista. Le Bel se quedó asombrado, encantado, cuando una jovencita entró en el taller para servirles el vino.

Le Bel, buen conocedor de estas cosas, pensó que jamás había visto a una niña tan hermosa. Sus enormes ojos oscuros centelleaban en el óvalo de su rostro; su cabello espeso, entre negro y azulado, lo llevaba sujeto con una cinta roja.

Estaba claramente deleitada de trabajar con François Boucher.

—Es una bonita muchacha, ya lo creo —dijo Le Bel cuando ella se hubo marchado.

—¡Bonita! —exclamó Boucher indignado—. Luisa es la belleza misma.

—Veo que habéis pintado su retrato. Desde luego, es un cuadro arrebatador.

—Sí —dijo Boucher—, pero ni siquiera yo puedo hacer justicia a la belleza de Luisa. La he pintado una y otra vez, locamente decidido a quedar satisfecho, pero...

—Sois muy afortunado por tener semejante modelo. Y parece una chica buena, dócil.

Boucher asintió.

—Pobre Luisa. La vida no es nada fácil para ella; fijaos que este lugar le parece todo un lujo, en comparación con la casa de la que viene.

—¿Tan duro era?

—¿Duro, mi querido señor? Cuando os diga que su madre, una vieja sin escrúpulos, ha vendido, sí, literalmente vendido a sus hermanas, sabréis bien a qué me refiero. Mi hermosa Luisa se crió en una tienda de ropa de segunda mano, no muy lejos del Palais Royal. Madame O'Murphy no acertaba a vender sus ropas viejas al precio deseado, así que vendía además a sus hijas.

—O'Murphy... Un extraño apellido.

—El padre era irlandés. Fue soldado durante un tiempo, un hombre de ínfimo carácter. Dejó a Luisa con madame Fleuret cuando ella tenía doce años. Ahora tiene catorce.

—Madame Fleuret... ¿La vendedora de ropa?

—No, lleva un negocio muy boyante que disimula con la tienda de ropa. Se trata de un burdel, nada menos. Por consideración hacia ella, la ropavejera le envió a todas sus hijas. Allí descubrí a Luisa, y me la traje aquí. Os puedo asegurar que está encantada de haber venido.

—Puedo imaginarlo, desde luego.

Luisa entró de nuevo en la estancia. Le Bel, al mirarla, se dio cuenta de que ella era consciente de su mirada.

—Ah, qué alivio es poder relajarse en el estudio de un artista, después de toda la etiqueta de Versalles.

Era una muchacha muy inteligente: había aguzado el oído, y estaba más que dispuesta a interesarse por un hombre que vivía en Versalles nada menos, el gran palacio que, para quien procedía de un medio como el suyo, era literalmente un palacio de fábula.

—Llena la copa de monsieur Le Bel, Luisa —dijo Boucher.

—Gracias, querida. —Le Bel miró a los ojos a la muchacha, que encontró llenos de calidez y de admiración.

Le Bel se puso en pie a su debido tiempo, y al descender las escaleras hacia la calle, no se marchó de inmediato del barrio. Creía que ella habría

entendido su deseo de hablarle en privado, con lo que seguramente inventaría una excusa para salir de la casa poco después que él.

No se había equivocado.

Sólo tuvo que esperar cinco minutos más cuando, con un chal sobre su espeso cabello, Luisa salió a la calle.

—¿Mademoiselle O'Murphy? —la llamó Le Bel.

—¡Anda! —exclamó ella, fingiendo con una gracia infinita estar sorprendida. Tenía además sentido del humor. Podría ser hija de una ropavejera, pero poseía no obstante cierto ingenio, amén de una belleza asombrosa—. Si es monsieur Le Bel, de Versailles.

—Esperaba veros, mademoiselle. Tengo algo que deciros.

—¿No podíais habérmelo dicho en el taller de monsieur Boucher?

—No, era imposible. Sois muy hermosa, tenéis que saberlo.

—Es algo que he oído decir —contestó ella con gracia, aunque con gravedad.

—Podría facilitaros una gran fortuna.

—Son muchos los que me han ofrecido sus fortunas.

—Pero yo podría ofreceros una fortuna más cuantiosa, la más brillante de todas cuantas os puedan ofrecer: llevaros a Versailles.

Ella se burló de él con el lenguaje de la calle.

—Ah, ya sé, monsieur Le Bel. Sois el rey disfrazado.

—Podríais acercaros a la verdad más de lo que sospecháis.

Le sonreía con descaro, pero él se dio cuenta de que estaba alerta.

—Escuchadme —dijo—. Mañana vendré con un carruaje y os esperaré a esta misma hora al final de la calle. Estad allí, os llevaré a Versailles y a la fortuna.

—¿Cómo puedo estar segura de que podéis hacerlo, y de que lo haréis?

Se quitó un anillo que llevaba puesto.

—Mirad esto. Es un diamante. Vale más de lo que podríais llegar a tener aunque pasarais el resto de la vida posando en el estudio de monsieur Boucher. Os lo dejaré prestado hasta que tengáis tantas joyas que esto os parecerá una simple baratija.

Ella cogió el anillo. Su centelleo la fascinó. Pero no era tonta; tenía toda la astucia que se aprende en las calles. Le Bel supuso que si hubiese ayudado a su madre en los viejos tiempos, habría conseguido fantásticas gangas en el mercado de la Place de Grève.

Estaba seguro de que, al día siguiente, ella llevaría el anillo a tasar, y que cuando descubriese su valor, le estaría esperando y subiría sin dudar al

carruaje en que él estaría esperándola.

No se equivocó.

Allí estaba ella, con el chal sobre su reluciente melena negra.

Le Bel le sonrió deleitado. Disfrutaba muchísimo de tales encargos. Al propio Luis le agradaban sus éxitos, lo cual era extremadamente beneficioso para él. La gente había empezado a decir que Le Bel era uno de los amigos más valiosos que el rey tenía.

Al tomar a la muchacha del brazo para ayudarla a subir al carruaje, se preguntó si no debería advertirle de que la persona a cuya presencia iba a llevarla pertenecía a lo más encumbrado de la nobleza. Tal vez no fuese aconsejable, pues a Luis le agradaban en particular los comentarios y el comportamiento descarado de las muchachas que eran conducidas a le trébuchet. Desde luego, en no pocas ocasiones, cuando hacía uso de una frase o de un giro que era privativo del barrio de St. Antoine, se divertía sobremanera, ya que ese giro, o esa frase, jamás había sido pronunciado en los reales aposentos de Versalles.

Le Bel le sonrió, enteramente complacido. Tendría un éxito redondo, estaba convencido. Era de una belleza increíble, y en modo alguno tímida. Quedaría impresionada por la grandeza, incluso en los aposentos secretos, caso de que no quedara abrumada.

—Debo deciros —dijo— que os llevo a presencia de un noble que ha tenido noticia de vuestro atractivo.

Ella asintió. Le Bel se dio cuenta de que no cesaba de girar el anillo en torno a su dedo.

Desde luego, el rey iba a estarle muy agradecido por toda la habilidad desplegada en el caso de mademoiselle O'Murphy.

Descendieron del carruaje y entraron en palacio por la puerta que conducía a la escalera secreta. Si alguien se fijó en ellos, tuvo la elemental sensatez de no comentarlo. Le Bel entrando de prisa en palacio, en compañía de otra persona embozada, no constituía una visión tan insólita.

El rey los esperaba en el pequeño aposento situado bajo el techo de palacio, en donde estaba dispuesta la mesa para dos. Luisa O'Murphy nunca había visto nada tan lujoso, si bien concentró por entero su atención en el noble que creía estar ataviado con relativa sobriedad, si bien para ella resultaba espléndido.

Era el hombre más apuesto que había visto nunca, aunque a sus tiernos ojos de adolescente le pareció un poco viejo. Le fascinaban sus movimientos,

y su voz era la más musical que había oído en su vida.

Le quitó el chal y lo arrojó a Le Bel, que lo tomó al vuelo y quedó a la espera.

—Gracias, mi buen amigo —dijo el rey—. Mademoiselle y yo os estamos agradecidos. Buenas noches.

Le Bel se retiró, sonriendo para sus adentros, con el chal entre las manos.

El rey, entretanto, condujo a Luisa a la mesa.

—Sois más bella de lo que nunca creí que fuera posible —dijo él—. Después de todo, vuestro retrato no os hace justicia.

Luisa se echó a reír de pronto, una risa un tanto áspera.

—El vuestro tampoco os hace justicia.

Luis pareció sorprendido, a la vez que muy interesado.

—Entonces, ¿sabéis quién soy?

Ella asintió.

—Vuestro retrato está en todas las monedas —respondió.

Unigenitus

Mientras el rey hacía lo posible por olvidar la controversia desatada por la bula Unigenitus en compañía de mademoiselle O'Murphy, el Parlement no quedó a la espera. Su presidente logró concertar una entrevista con Luis, y le avisó de que existía un gran peligro, teniendo en cuenta la situación de inquietud que se estaba viviendo.

—Señor —le dijo—, cismas como éste sólo requieren una mínima fuerza para terminar destronando a grandes reyes, mientras que para defenderlos son necesarios grandes ejércitos.

—Estoy harto de todo este asunto —dijo Luis.

—Señor —respondió—, no podéis permitirlos el lujo de hartaros.

No obstante, el rey rehusó tomar ninguna iniciativa, mientras los partidarios de la bula seguían negándose a administrar los sacramentos a los jansenistas, al tiempo que los jesuitas seguían protestando.

Muchos de los ministros del rey estaban seguros de que una revolución podría surgir a partir de una situación semejante, y lograron conculcar sus temores al rey, que finalmente decidió pasar a la acción. Estaba firmemente convencido de que el poder del Estado se hallaba investido en la corona, y, por consiguiente, determinó ocuparse del asunto según sus criterios.

Rara vez había actuado con tanta energía y decisión. Cierta noche de mayo hizo que sus mosqueteros entregasen las correspondientes lettres de cachet a los miembros del Parlement, ordenándoles abandonasen de inmediato París, rumbo a ciertos lugares que les habían sido asignados.

Los miembros de la Grande Chambre no estuvieron incluidos en la lista de desterrados, aunque decidieron que seguirían a los miembros del Parlement al exilio, como protesta por la decisión del rey. Volvieron a reunirse en Pontoise.

Desde Pontoise, la Grande Chambre se hizo oír. Se confeccionaron las llamadas Grandes Remonstrances, y se publicaron de inmediato. Los hombres más capacitados para entender lo que estaba sucediendo se llevaron las manos

a la cabeza cuando las leyeron. Fue como si una nube de revolución hubiese aparecido en el horizonte.

La esencia de las Remonstrances era que si todos los súbditos debían obedecer al rey, el rey debía obedecer la ley. No estaban dispuestos a consentir un cisma que no sólo sería un duro golpe para la religión, sino también para la soberanía del Estado. Habían resuelto seguir siendo fieles al Estado y al rey, aun cuando esa fidelidad fuera causa de no pocos sufrimientos.

Se recordó abiertamente cómo había terminado Carlos I de Inglaterra; con ello se quiso subrayar que un Parlamento estaba en condiciones de condenar a un monarca al patíbulo. El rey se había opuesto al Estado, y el pueblo de Francia empezó a decir que la nación estaba por encima del rey.

Por todas partes se notaba el aliento caluroso de la revolución. La nación por encima del monarca, la Iglesia por encima del Papa. Ésa era la propaganda que se iba extendiendo por todo el país.

La tensión era particularmente alta en París. Un solo paso en falso, y las barricadas se levantarían en las calles y comenzaría la revolución.

La marquesa permanecía atenta, observando el conflicto. Su salud había mejorado considerablemente de un tiempo a esta parte; y se felicitaba por el paso que había dado. Podía descansar todas las noches, a sabiendas de que el rey estaba sano y salvo, en compañía de alguna jovencita que quizá incluso carecía de la educación necesaria para escribir su propio nombre.

La última de ellas, Luisa O'Murphy, a la cual había sido fiel durante varios meses, era un ejemplo típico. La muchacha debía de tener algo especial, si había conseguido divertir a Luis durante todo ese tiempo; era más que hermosa, una auténtica belleza, y su descocado ingenio resultaba muy entretenido para el rey.

Había dejado de vivir en los apartamentos secretos de la pajarera; Luis la había instalado en una casita no alejada de palacio, en donde ella tenía sus propios criados. De ese modo, podía visitarla siempre que le apeteciera, al tiempo que reservaba el trébuchet para otros pajarillos.

Habría sido imposible mantener totalmente en secreto la existencia de una amante tan destacada, y en la corte empezaban a especular acerca de la «Petite Morphise», como habían dado en llamarla. En cuanto a la propia Luisa, estaba tan encantada de la vida que desbordaba ánimo y alegría; tras disponer de su propio carruaje, no pudo resistir la tentación de salir a pasear

todos los días, vestida con ropajes caros, adornada con multitud de joyas, satisfechísima de sí misma y más deslumbrante, más bella que nunca.

Estaba tan complacida con su buena suerte que asistía con frecuencia a la iglesia de San Luis, para dar gracias a los santos por haberla llevado al lecho del rey.

Recientemente había tenido un hijo, y estaba entusiasmada de contento.

La marquesa sentíase deleitada con la Petite Morphise, la cual era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que jamás podría aspirar a la posición de *maîtresse-en-titre*, aparte de no desearlo en absoluto. Era completamente feliz tal como estaba; sin duda, tuvo el sentido común de aprovisionarse para el futuro, para cuando los favores del rey tal vez no la iluminasen constantemente.

La marquesa, por consiguiente, pudo volver a considerar el arriesgado paso que había dado con notoria complacencia.

De vez en cuando, madame Du Hausset le llevaba noticias de la Petite Morphise, y siempre se mantenía bien informada de las jovencitas que el infatigable Le Bel conducía a los aposentos secretos.

—El único peligro —había confiado a madame Du Hausset— estriba en que una dama de la corte llegue a ocupar el puesto por ahora reservado a esas jovencitas.

—Desde luego —dijo madame Du Hausset—, es algo de lo que debéis guardaros.

—Pero por el momento —añadió la marquesa—, el rey se halla demasiado inmerso en ese tortuoso asunto de la bula *Unigenitus*. Ha decidido actuar con firmeza, y estoy segura de que tiene razón.

—De todos modos, es un asunto peligroso, madame, que el rey haya destituido al Parlamento en pleno.

—Si Luis demuestra su fuerza, saldrá bien librado de este asunto —musitó la marquesa—. ¿Sabéis, Hausset? A menudo he pensado que a Luis le hace falta la adversidad para poder desplegar toda su fuerza. Sabe ser sabio, sosegado... Tiene todas las cualidades que un rey ha de tener. El problema es que no se esfuerza en utilizarlas.

Sonrió con ternura.

—Estáis tan enamorada de él como cuando vinisteis a Versalles por primera vez.

—Nadie dejaría de estar enamorada de Luis —dijo la marquesa—. Por otra parte, querida Hausset, creo que, después de todo este asunto, nos veremos libres de algunos de nuestros ministros: vendrán otros a ocupar su

lugar, y me agradaría ver a monsieur de Stainville en un puesto de la máxima confianza.

—De ese modo sería amigo vuestro. Podemos estar seguras.

—Ya me ha demostrado que lo es.

—Y vos también habéis demostrado que lo sois de él, madame. ¡Qué brillante matrimonio habéis dispuesto para él!

—Con la pequeña Crozat, sí, una de las herederas más ricas de Francia. Monsieur de Stainville es un tanto extravagante, y un jugador empedernido. Desde luego, quedó entusiasmado con el matrimonio, y aunque ella tiene sólo doce años, no tardará en crecer y en desarrollarse. Tengo entendido que, de momento, ya lo adora.

—¡Pobrecita! —murmuró madame Du Hausset.

—¿Pobrecita? Si es la esposa de un hombre que dentro de pocos años será, y esto os lo prometo, Hausset, el ministro más importante de Francia...

—Estaba pensando en todas las amantes que tendrá. Conozco a los de su especie.

—Ella le perdonará. Él tiene un gran encanto personal. Ojalá no hubiese marchado a Roma. Su mayor deseo era obtener el puesto de embajador, pero creo que él pensaba en Viena. Se encuentra bien dispuesto para mostrar su amistad con los austriacos. Estoy segura de que cumplirá bien su papel, pero la verdad es que me agradaría que se hallara aquí, en París. Una no tiene tantos amigos como para perderlos, siquiera sea temporalmente, sin lamentarlo.

Una de las doncellas de la marquesa apareció con la noticia de que un mensajero deseaba verla enseguida. Se trataba de un asunto importante.

—Haced pasar a ese mensajero de inmediato —gritó la marquesa, y cuando vio que se trataba de una de las monjas del convento de la Asunción, se sintió al borde del desmayo.

—Alexandrine... —murmuró.

—Madame, vuestra hija se encuentra enferma desde hace un rato. Pensamos que sería preferible que vinieseis cuanto antes.

La marquesa se situó al lado de la cama de su hija. No tenía más que diez años. La marquesa no derramó una lágrima. Nada podía hacer para devolver la vida a su hija.

Alexandrine, en quién había depositado todas sus esperanzas, era el único hijo que le quedaba. Y ya no podría tener otro. Estaba segura de que Quesnay no se había equivocado al diagnosticárselo.

La madre superiora se le acercó.

—Madame la marquesa —le dijo—, sé que esto ha de ser muy duro para vos. Os ruego me dejéis acompañaros a otra habitación, donde podréis descansar un rato.

—No —musitó la marquesa—, dejadme con ella. Dejadme a solas con ella.

Cuando la madre superiora y el resto de las monjas se hubieron retirado, la marquesa se aproximó a la cama y tomó el rígido cuerpo de la niña entre sus brazos.

El día anterior, su hija estaba viva, con magnífica salud. Y de pronto había muerto. Parecía no existir razón alguna que lo explicase. Era uno de los golpes más crueles que podría haber encajado. Una niña, sana en apariencia, de pronto es víctima de convulsiones y muere al cabo de unas pocas horas...

—¿Por qué? —inquirió la marquesa—. ¿Por qué he de sufrir así?

El pueblo de París diría que ésa era la recompensa obtenida por sus pecados. Había abandonado al padre de aquella criatura para irse con el rey. ¿Habría sido ésa la razón de la pérdida, primero de su hijo y después de su hija? ¿Tendría razón la gente de París al decir, y estaba segura de que lo dirían, que ése era el castigo apropiado para una mujer pecadora?

—No —musitó la marquesa, a la vez que apretaba los labios sobre la fría frente de la niña—. De nada me habría servido negarme a mi destino. Ése era mi destino, estaba escrito desde que nací. Alexandrine, mi pequeña, mi amor, esto habría ocurrido aun cuando hubiésemos estado viviendo con vuestro padre en el Hôtel des Gesvres, incluso aunque nunca hubiese ido a Versalles.

Estuvo sentada junto a la cama, abrazada a la niña, pensando en el futuro que había planeado para ella y en lo distinta que iba a ser la realidad.

Nunca volvería a hacer planes para la pequeña Alexandrine, nunca volvería a sentir ese alivio porque la niña no fuera demasiado hermosa; nunca se diría «Ojalá encuentre la paz que a mí se me ha negado». En la tierra ya no había futuro para la pequeña Alexandrine.

La marquesa se fue a Bellevue a llorar en silencio la muerte de su hija, y sólo se hizo acompañar por madame Du Hausset. La pequeña había sido enterrada con gran pompa. Era necesario; de otro modo, cualquiera daría en pensar que la marquesa había empezado a perder su poder. Por muy profunda que fuese la angustia que sentía, en ningún momento debía perder el futuro de vista. Así pues, tuvo lugar la ceremonia sin que faltara nada para la hija de la

marquesa; Alexandrine fue enterrada en la iglesia de los capuchinos, en la Place Vendôme.

Luis fue a visitarla a Bellevue.

Se sintió conmovida, pues sabía bien cuánto detestaba él siquiera pensar en la muerte, amén de ahorrarse en la medida de sus posibilidades toda situación desagradable.

—Mi querida, mi querida amiga —dijo mientras la abrazaba—, he venido a mitigar vuestro dolor.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—En tal caso —repuso— sois ciertamente mi amigo.

—¿Lo habíais dudado?

—Pensé que podría ser demasiado maravilloso esperar que vendríais a verme.

Él mismo le secó las lágrimas.

—Venid —dijo—, paseemos por los jardines. Quiero ver las flores.

Así que caminaron juntos los dos, y ella se obligó a pensar en otras cuestiones, distintas de la imagen de la pequeña en su tumba. Luis había acudido a su lado; le habría ofrecido solaz a sus penas, pero no esperaba que ella llevara luto durante demasiado tiempo.

—Os echamos de menos en Versalles —dijo el rey—. Os ruego que vengáis muy pronto.

Era una orden. Era necesario. Si ella dejaba de luchar por su puesto, con toda seguridad lo perdería.

Al cabo de dos semanas abandonaba su retiro y regresaba a Versalles.

De vuelta a la corte, la marquesa intentó olvidar con verdaderas ansias la muerte de su hija. Comenzó a considerar, con más detenimiento que hasta entonces, el estado de manifiesta desesperación al que estaba abocado el país debido al conflicto que enfrentaba a los ultramontanos con los jansenistas. Fue dándose cuenta de que la revolución estaba en el aire, y aunque le parecía imposible que esos rumores llegaran a sacudir los sólidos cimientos de Versalles, sí creía que muchas situaciones desagradables podrían derivarse de esa tesitura.

Ella misma era la mujer más impopular del reino. Intentó ganarse el respeto del pueblo estudiando todo el asunto con la mayor atención, y dando sabios consejos al rey.

El Delfín y su partido apoyaban con firmeza a los ultramontanos; el Parlement estaba a favor de los jansenistas; el rey, por su parte, parecía aletear

con incertidumbre entre los unos y los otros, decidido a que Francia no cayera bajo el dominio del papado, aunque no menos decidido a impedir que se convirtiera en una herramienta en manos del Parlement.

La esposa del Delfín dio a luz a otro hijo durante el caluroso mes de marzo, el duque de Berry, aunque era tal el estado de fermentación en que vivía el país que dicho acontecimiento pasó poco menos que desapercibido, y las ceremonias con que se celebró el nacimiento de un posible heredero al trono fueron mínimas.

Quedó bien claro que pronto sería preciso tomar alguna decisión tajante, ya que Cristóbal de Beaumont, arzobispo de París, se mostraba cada vez más firme en su resolución de suprimir a todos los que no respaldaran la bula Unigenitus. Empezó por privar a los confesores de sus atribuciones, siempre que no cumplieran celosamente las instrucciones que había dado. Los jesuitas enviaron a Versalles a uno de sus miembros, el padre Laugier, con la orden de predicar en contra del Parlement en presencia del rey, llegando al extremo de reclamar su abolición. Los protestantes de Francia imaginaron un inmediato retorno de aquellas condiciones que precedieron a la masacre de San Bartolomé, y muchos hugonotes^[11] se dispusieron a abandonar el país.

El conflicto se manifestó de muy diversas formas y, cuando una compañía de ópera bufa llegó a París procedente de Italia, estallaron las discusiones por los méritos de la música francesa en comparación con la italiana, reflejo en cierto modo de las disputas acerca de la postura de Francia frente a la Iglesia de Roma, ya que para unos debía plegarse a sus exigencias, mientras que para otros debía mantenerse por encima.

El rey visitaba a menudo los aposentos de madame de Pompadour; la Petite Morphise y las visitantes del trébuchet podían darle sólo pasajero consuelo, temporal alivio a sus ansiedades. En cambio, la compañía y la opinión de la marquesa era lo que él buscaba ardientemente.

Cuando Maupeou, el presidente en jefe del Parlement, solicitó que se le concediera una audiencia, la marquesa respaldó con firmeza la decisión del rey, que había accedido a verle. A resultas de este encuentro, el Parlement volvió a instalarse en París. Luis se había dado cuenta de que la inquietud reinante no podía continuar así, y decidió que sería más sensato llamar a su Parlement, en vez de colocarse definitivamente del lado de Roma. La disputa entre el rey y el Parlement quedó zanjada de este modo, con la condición de que se mantuviera silencio sobre el asunto de la bula Unigenitus y de que los magistrados trataran de manera apropiada a todo el que se negara a respetar ese pacto de silencio.

Así, Luis había sabido mantener con acierto su postura entre las dos partes en conflicto. Había devuelto el poder a su parlamento y, al mismo tiempo, no entró en disputas con la clerecía, puesto que no renunció a la bula.

Fue un golpe maestro. Luis no perdió de vista el hecho de que su querida amiga, la marquesa, había jugado un papel decisivo en ello.

Una vez restituido el Parlement, los ultramontanos no quisieron mantener el silencio en lo tocante a la bula. De nuevo el pueblo comenzó a inquietarse al tener conocimiento de los casos en los que se negaba la administración de los últimos sacramentos a los jansenistas moribundos.

Luis actuó con firmeza. Cristóbal de Beaumont recibió su lettre de cachet con la orden de retirarse de inmediato a su hacienda de Conflans.

Fue uno de los golpes más duros sufridos por los ultramontanos; el Delfín se dejó llevar por la cólera, y la reina por la tristeza. Los dos creían que madame de Pompadour era la responsable de esa decisión, y declararon que para ella ni siquiera era una cuestión de principio, lo cual, al fin y al cabo, hubiera sido perdonable. Aquella mujer, dijeron, estaba tan sólo temerosa de que el dominio de la Iglesia supusiera su destitución de la corte.

El obispo de Chartres acudió a Versalles para protestar ante Luis por el destierro de Cristóbal de Beaumont.

—Sire —dijo apasionadamente—, es evidente que un obispo ha de tener su residencia en su propia diócesis.

Luis lo miró con frialdad.

—Entonces, os sugiero que volváis a la vuestra sin dilación.

El Parlement anunció entonces que la bula Unigenitus no era materia de fe, y se prohibió al clero que la tratase como a tal.

Con el obispo en el exilio y el Parlement instaurado de nuevo en su sede en París las tensiones se relajaron.

En esa época, Adelaida había empezado a comportarse con un comedimiento asombroso, y su astuta doncella de cámara, la condesa d'Estrades (la mujer que había fracasado en su intento de colocar a la condesa de Choiseul-Beaupré en el lugar de madame de Pompadour) decidió explotar la situación. Recordó que se levantaron ciertas sospechas cuando, durante una representación teatral en Fontainebleau, madame Adelaida se desmayó. Madame d'Estrades creyó que ése era el motivo del cambio que se había operado en la princesa.

—Me abrumaba el calor, era insufrible —se había quejado madame Adelaida.

No obstante, razonó madame d'Estrades, el resto de las damas no había pasado ningún calor.

Las faldas que madame Adelaida llevaba, con tanto vuelo, podrían resultar muy engañosas. ¿Era posible que la amada hija del rey estuviera a punto de desatar un escándalo en la corte?

No fue, por supuesto, la única que se fijó en el cambio que se había operado en Adelaida. Cuando ésta abandonó Versalles por espacio de uno o dos meses, fueron muchos los que sugirieron ese mismo motivo.

—¿Acaso no era inevitable? —se comentó entre ciertos miembros de la corte.

—Adelaida se comportaba como una aventurera —dijeron otros—; el rey se negó a disponer un matrimonio para ella, así que, si se tienen en cuenta todas las circunstancias, era casi de esperar, pero ¡qué escándalo! Sobre todo si...

De todos modos, resultaba insensato proseguir con tales conjeturas.

—Se dice que ha sido el cardenal de Soubise. Él y Adelaida se habían hecho muy amigos, desde luego.

—¡El cardenal de Soubise! Pero eso es asombroso.

—No tan sorprendente como...

Todos elevaron las cejas, y se llevaron los dedos a los labios. Era un asunto en el que se podía pensar, desde luego, pero factible de poner en peligro la posición —incluso la vida misma— de quien osara expresarlo con palabras.

Así pues, Adelaida regresó a la corte, algo menos vivaz y dicharachera que antes, algo más cauta, distinta de todos modos de la princesa capaz de intimidar a cualquiera, que tanto había divertido antes a los cortesanos.

La actitud del rey también parecía haber cambiado: estaba claro que ya no sentía el mismo afecto de antaño por ella. Tal vez Adelaida estuviese menos equilibrada que antes; o quizá hubiese dejado de ser tan joven, con lo cual la disparatada conducta que tan divertida podía resultar en una persona joven se hubiera vuelto fatigosa, agotadora en una persona ya mayor.

Luis revivió los viejos apodos que puso a sus hijas. Adelaida era «Loque» (pingajo); Victoria, «Coche» (cerda); Sofía, «Graille» (ronca), y Luisa-María, «Chiffe» (trapera). De pequeñas, estos apelativos poco halagüeños les fueron puestos, no obstante, con afecto; con el tiempo, diríase que toda muestra de afecto había desaparecido, y que esos apodos delataban el creciente desprecio que Luis sentía por sus hijas.

La actitud del rey no dejó de tener su efecto en la corte; fueron muchos los que ya no se mostraron tan respetuosos con madame Adelaida como lo habían sido antes.

El rey cogió la costumbre de invitar a Adelaida a tocar diversos instrumentos, para diversión suya y de algunos amigos. Igual que su madre, Adelaida era una nulidad para la música; igual que su madre, estaba convencida de tocar de maravilla.

Adelaida tomaba asiento ante el instrumento, tocaba con vigor y armaba mucho ruido, mientras el rey aplaudía con aparente entusiasmo; cuanto menos armónicos fuesen los sonidos que arrancase del instrumento, mayores eran los aplausos. Los cortesanos imitaban el ejemplo del rey, aplaudiendo sin cesar, mientras Adelaida sonreía, complacida, negándose a creer que no era una gran intérprete.

Luisa-María le imploró que no se dejara poner en ridículo como una estúpida, a lo cual Adelaida contestó, desabrida, que su hermana debería dominar sus celos. Luisa-María se limitó a encogerse de hombros y se marchó.

No fue éste sino uno de los muchos ejemplos del cambio de sentimientos del rey respecto a su hija mayor. Madame d'Estrades, por su parte, decidió sacar partido de la situación.

Su amante, el taimado conde d'Argenson, no había renunciado a la esperanza de expulsar a madame de Pompadour de la corte, y ella compartía con él esa misma determinación. Adelaida parecía una buena herramienta, lista para su uso. Así pues, madame d'Estrades comenzó a tantear el camino en ese sentido. Y como doncella de cámara, tuvo su oportunidad.

Un día, Adelaida afirmó que tenía la intención de ponerse uno de sus vestidos más costosos, uno de satén rosa, con adornos en forma de estrella bordados en oro.

El vestido no se hallaba en el guardarropa.

—Entonces, ¿dónde está? —inquirió Adelaida con petulancia.

—¿Lo habéis olvidado, madame? —le preguntó la condesa d'Estrades—. Ese vestido me lo regalasteis a mí.

—¿Cómo? ¿Que os lo regalé a vos? ¡Estoy segura de que no!

—Oh, sí, madame; ya lo creo. —La condesa la miraba con astucia—. Fue cuando planeabais marcharos por un tiempo de Versalles... Puede que lo hayáis olvidado, pero yo no. La cintura de ese vestido os quedaba un poco estrecha... creo recordar.

A Adelaida le centellearon los ojos igual que antes, pero adoptó un gesto de cautela.

—Ya veo —balbuceó—. Lo... lo había olvidado.

Después comenzaron a desaparecer otras prendas de su guardarropa. Aunque detestaba a la condesa d'Estrades, le daba miedo pensar siquiera en destituirla.

Esta situación no experimentó variaciones durante un tiempo. Adelaida dejó de presentarse en público con los llamativos vestidos que en otro tiempo tanto le habían gustado. Madame de Pompadour se fijó en que llevaba unos zapatos bastante viejos, y en que, en ocasiones, iba sin medias.

A la marquesa nunca le resultó difícil averiguar lo que deseaba saber. Despreciaba a madame d'Estrades, y no había olvidado ni mucho menos el papel que desempeñó en el asunto Choiseul-Beaupré. No deseaba dar la impresión de que deseara vengarse de aquella mujer por ese asunto, pues prefería que la corte pensara que el asunto tenía tan poca importancia que, ella al menos, podía permitirse ignorarlo. No obstante entendió que existía un medio de librar a la corte de una enemiga acérrima y convertir, al mismo tiempo, a otra enemiga en una amiga suya.

Pidió ser recibida por madame Adelaida. Fue muy indicativo del cambio observado en la personalidad de la princesa el hecho de que accediera a ello. La madame Adelaida que la marquesa encontró esperándola era una persona bien distinta de aquella altanera y terca joven de hacía bien poco tiempo.

La marquesa se comportó como si, en vez de enemigas, fuesen amigas de toda la vida; y Adelaida, que se hallaba reducida a un estado de constante tensión nerviosa por el acoso de la cruel madame d'Estrades, se sintió casi predispuesta a mostrar su afecto a la amable marquesa.

—Perdonadme que venga a veros de esta forma —comenzó madame de Pompadour—, pero tengo la impresión de que no sois tan feliz como antes. Por otra parte, quisiera haceros una consulta respecto de una dama de vuestro servicio.

—Continuad, os lo ruego —dijo Adelaida con ansiedad.

—Me refiero a madame d'Estrades.

Adelaida entrelazó los dedos de ambas manos y pareció dudar por un instante entre estallar de furia o romper en llanto.

—Creo que trama alguna intriga con su amante —prosiguió la marquesa—. Entiendo que no es una dama digna de confianza. No obstante, es vuestra

doncella de cámara, y creo que no debería utilizar mi influencia para que fuese destituida sin contar con vuestro permiso.

Adelaida se esforzó por conservar su dignidad.

—Si esa mujer es culpable de tramar una intriga, no me opondré en modo alguno a su destitución.

—Así pues, Alteza, ¿cuento con vuestro permiso para llevar a cabo mis investigaciones y, si compruebo que mis sospechas tienen fundamento, hacer que sea destituida?

—Tenéis mi permiso —respondió Adelaida. Sus ojos brillaban de alegría ante la idea de verse liberada de una situación cada vez más insufrible.

Pocas semanas más tarde, madame d'Estrades recibió una orden del rey para que abandonara Versalles y se dirigiera a Chaillot. Su destitución de la corte se llevó a cabo con gran cautela, pues no podía olvidarse que era la amante del poderoso conde d'Argenson y, además, conocedora de los secretos de madame Adelaida. Por tanto, con su destitución se le hizo entrega de una generosa pensión, y se retiró a una cómoda finca.

Adelaida, libre de sus maniobras, recobró en parte su antiguo vigor, pero no logró recuperar del todo la posición que había ocupado en otro tiempo. La belleza que había poseído la abandonó casi por completo debido a las tensiones de los últimos meses; aún tenía el poder de dominar a sus hermanas, débiles de mente, pero a nadie más. Las pobres Loque, Coche y Graille se habían convertido en el hazmerreír de la corte. En cuanto a Chiffe, por inteligente que fuese, sólo podía inspirar compasión, debido a su deformidad.

La familia del rey había dejado de procurarle grandes placeres. Debía buscar en otros lugares una huida a su aburrimiento, cada vez mayor.

La marquesa arrepentida

La marquesa padecía una gran ansiedad debido a las aspirantes al papel de maîtresse-en-titre.

Madame du Hausset había desempeñado un papel fundamental a la hora de impedir que una de las muchas jóvenes deseosas de obtener ese título llegara a alcanzar tal posición.

Se trataba de la esposa de un financiero muy adinerado que en un baile en Versalles, al que fueron invitados algunos personajes no pertenecientes a la alta nobleza, logró llamar la atención del rey.

La dama escribió al monarca después de su encuentro, y recibió respuesta; por fortuna para la marquesa, esta respuesta cayó en manos del financiero, el cual, abrumado con sólo pensar que su esposa pudiera convertirse en amante de cualquier otro hombre, aunque fuese el rey, estaba determinado a poner fin al asunto.

Llevó la carta a madame Du Hausset y le pidió consejo. Ella se la mostró de inmediato a madame de Pompadour.

La marquesa era demasiado sensata para apresurarse a enseñar la carta al rey; entre otras razones, porque el caso era demasiado parecido al de madame de Choiseul-Beaupré. Decidió poner fin al asunto sin aparentar que estaba enterada de ello.

Citó a monsieur Berryer, teniente general de la policía, y le pidió que sometiera la carta a la consideración del rey, pero sin decir a Luis de dónde la había obtenido.

Berryer, deseoso de complacer a la marquesa, hizo lo que ésta le había pedido, y Luis se quedó perplejo al tener conocimiento de que una carta suya privada había pasado, según entendió, de manos de la destinataria a manos de un oficial de la policía, con lo que supuso que la mujer se había jactado en público del interés que él sentía por ella.

Las mujeres tan indiscretas jamás podrían contar con sus favores; así que de ese modo terminó la historia de la aspirante.

La duquesa de Narbonne-Lara, una joven dama, tan bella como poco exigente, le había complacido; no pedía nada a cambio de su sumisión, pero tardó muy poco en quedarse en estado. Luis sentía verdadera aversión por las mujeres embarazadas, a menos que estuviese muy enamorado de ellas. La duquesa abandonó la corte para instalarse en Parma, donde pasó al servicio de la hija mayor de Luis, madame Première.

Otra mujer —y ésta produjo mucha más inquietud en la marquesa que todas las demás— fue la marquesa de Coislin.

Era una mujer de gran ambición, decidida a obtener del rey altísimos favores. Sabedora de que le resultaría muy difícil alcanzar la cúspide que tanto ansiaba mientras madame de Pompadour gozase de la confianza del rey, decidió intentar por todos los medios que la marquesa fuera expulsada de la corte.

Esta mujer llegó a sembrar verdadero pánico en el ánimo de la marquesa, ya que ni siquiera titubeó a la hora de alardear ante toda la corte del éxito logrado, a la vez que hacía veladas alusiones sobre sus intenciones durante las habituales partidas de cartas.

Una vez más, no obstante, la suerte se alió con la marquesa. En el fondo, madame de Coislin era una mujer vulgar, demasiado segura de sí misma. Sus exigencias eran intolerables, y al cabo de unas semanas de gozar del favor real, ya había comenzado a conquistar honores especiales para sus familiares y amigos.

De este modo, no sólo fue la marquesa quien contempló con alarma el ascenso de madame de Coislin hacia la cúspide del poder.

Por supuesto, se hicieron no pocas comparaciones entre madame de Pompadour y madame de Coislin; se comentó, por ejemplo, el talante cortesano y distinguido de la primera. Su costumbre de considerar a todo el mundo como si fuese su amigo, al menos mientras los demás no demostraran lo contrario, dio pie a la alabanza. En la corte no faltaron quienes comenzaron a decir que si en el fondo se trataba de elegir entre dos diablesas, sería preferible optar por la menos perversa, es decir, por madame de Pompadour.

Todas las cartas que se remitían por correo debían pasar por la censura. El rey podía leer las que deseara. De esta manera, en sus manos cayó una carta escrita por un miembro del Parlement y dirigida a un amigo suyo. En ella, el remitente se detenía en comentar un poco la personalidad de la nueva amante del rey, comparándola con madame de Pompadour. Señalaba que nadie en su sano juicio esperaría que el rey prescindiera de sus amantes; no en vano muchos franceses de a pie se creían con todo el derecho del mundo a

permitirse tales complacencias. No obstante, sería desaconsejable que el rey prescindiera de la amante que tenía, una mujer de corazón amable, y ya enriquecida, para sustituirla por una mujer en modo alguno amable, a la que además le quedaba por hacer su fortuna. Una mujer como ésa, seguía diciendo la carta, podría, con el tiempo, dominar del todo al rey, hasta el punto de ponerlo en una situación amarga y conflictiva por lo que a sus ministros se refería.

Luis quedó hondamente impresionado al leer esa carta. Recordó los años durante los cuales había cultivado una afectuosa relación con madame de Pompadour. La marquesa de Coislin era bastante atractiva, pero muy exigente; y nunca llegaría a gustarle de veras alguien que manifestara a las claras su enemistad con su querida amiga la marquesa.

Poco tiempo después de que esa carta llegara a sus manos, madame de Coislin dejó de frecuentar Versailles.

Ahora bien, alarmas como ésta, los sobresaltos, resultaban sumamente fatigosos para la marquesa. Si bien su plan de poner al alcance del rey a unas cuantas muchachas de clase baja había tenido un éxito moderado, dejaba mucho que desear. Tal vez se debiera a que no había pensado con el debido detenimiento en su idea, dejándola casi por completo en manos de Le Bel.

Luis era insaciable. Eso era algo que la marquesa debía recordar. Capaz de lidiar con sus pequeñas grisettes en el trébuchet y también de dedicar sus atenciones a cualquier cortesana que lograra ganarse sus favores.

Por consiguiente, debía pensar con toda atención en ese asunto.

La Petite Morphise había perdido finalmente todo encanto a ojos de Luis, por lo cual éste le encontró un marido adecuado, monsieur de Beaufranchet. La pequeña Luisa O'Murphy había recorrido un largo trayecto, siempre ascendente, desde que abandonó la tienda de ropas usadas de su madre, y eran muchas las jovencitas de un París asolado por el hambre que recordaban su infancia, así como el destino que les habría esperado si hubiesen tenido la gran suerte de conquistar el afecto del rey.

Abundaban las madres que se decían: lo que le pasó a la joven Luisa O'Murphy bien podría pasarle a mi Juana, a mi María, a mi propia Luisa.

Le trébuchet, en el ático de Versailles, había dejado de ser un secreto. Los pajarillos que anidaban allí eran muy dados a canturrear ruidosamente; nadie habría podido confiar en que tales cantarinas permaneciesen mucho tiempo en silencio. Los aposentos de madame Adelaida estaban bastante próximos a los

del rey, y a menudo se percataba de la presencia de las muchachas, debido a la gran animación que desplegaban.

En palacio era bien conocida la existencia del trébuchet, pero la etiqueta versallesca exigía que se ignorase por completo. No obstante, no era en modo alguno fácil ignorar algo que se imponía por sí solo a la atención de cualquiera.

La marquesa llamó un día a Le Bel, para hablar con él de este asunto.

—El ruido que proviene de esos aposentos del ático es excesivo —le dijo.

Le Bel abrió ambas manos, en un gesto de impotencia.

—Madame, es imposible preservar el silencio allí.

—Lo sé; por eso creo que una idea sensata sería vaciarlos.

Le Bel pareció pasmado.

—¿Es acaso deseo de Su Majestad...? —comenzó a preguntar.

—Aún no lo hemos comentado —lo interrumpió la marquesa—. Pero estoy convencida de que el rey comprenderá cuan deseable es que las habitantes de esos aposentos sean transferidas a otro lugar. Vos mismo podéis considerarlo.

—Desde luego, madame —dijo Le Bel. Y se retiró pensativo.

En muy poco tiempo, Le Bel encontró lo que estaba buscando. Llamó la atención del rey hacia una zona de Versalles llamada el Pare aux Cerfs, lo bastante próxima a palacio para que le fuese posible llegar sin que apenas se notara su presencia en el camino, pero no menos resguardada casi por completo de las ociosas miradas de los paseantes.

La casa, en un claro del bosque, tenía una sola planta, dividida en diversas estancias, cada una de las cuales estaba equipada con todo lo necesario.

Le Bel se aplicó a la tarea con auténtico placer. Se había dado perfecta cuenta de que facilitar al rey un burdel para su uso privado era una idea excelente: muchos de los momentos de azoramiento e inquietud que había tenido que sufrir cada vez que conducía a las muchachas de clase baja, que no dejaban de reír, por las escaleras privadas de Versalles, pasarían de esa manera a la historia.

Decidió contratar a su propia ama de llaves, madame Bertrand, en quién tenía puesta toda su confianza, para que se hiciera cargo del establecimiento, a sabiendas de que su capacidad y su discreción eran todo cuanto necesitaba.

Comentó la cuestión con ella y le pidió consejo.

—Es preciso —le dijo— que tengáis total autoridad sobre las muchachas.

—Para esa tarea podéis confiar en mí, monsieur. Y si me permitís haceros una sugerencia...

—Os lo ruego, madame Bertrand.

—Imagino que esas muchachas procederán de todas las clases sociales que es posible encontrar en París. Unas serán burguesas, otras no pasarán de ser simples grisettes, algunas serán modistas, no faltarán las sombrereras, en fin...

—Desde luego: serán seleccionadas no en virtud de su estatus social, sino estrictamente en razón de su encanto físico.

—Si supieran que es el rey quien las mantiene, monsieur, no tardarían en darse aires de grandeza.

—Es muy probable, ya lo creo.

—Urdirán toda clase de intrigas... E incluso se pondrán la zancadilla unas a las otras. Es preferible que, en la medida de lo posible, las mantengamos bien separadas. Por otra parte, monsieur, yo creo que sería sensato darles la impresión de que su benefactor es un noble acaudalado.

—Es una idea excelente, madame Bertrand. Una idea que con toda seguridad será del agrado de Su Majestad. Todas las muchachas serán, desde luego, muy jóvenes, puesto que así las prefiere el rey. No le agradan del todo aquellas que hayan tenido demasiadas aventuras. Comprenderéis que se muestre aprensivo por lo que respecta a su salud.

—Podéis confiar en mí, monsieur, que yo cuidaré de la salud de las jóvenes, aparte de mantener a toda costa el debido secreto.

—Madame Bertrand, estoy convencido de que os haréis acreedora a la gratitud del rey.

—Sé bien qué se espera de mí, y sé muy bien cómo conseguirlo —repuso.

Madame Bertrand demostró con creces que lo había dicho en serio. Muy pronto, la casita del Pare aux Cerfs estaba lista para acoger a sus primeras habitantes.

Dividió con cuidado la casa en una serie de pequeños aposentos, dispuso que cada una de las jóvenes tuviera dos sirvientes a su disposición —un mayordomo y una doncella—; al mismo tiempo, impuso en todas ellas su severidad, y jamás consintió que salieran de la casa sin ir debidamente acompañadas.

No obstante, madame Bertrand comprendió que era necesario mantener ocupadas y entretenidas a sus pupilas cuando el rey no las visitara. Por consiguiente dispuso que las enseñaran a bailar, a pintar y a cantar. Acudieron a la casa los profesores de cada una de las materias. A veces se les permitía ir al teatro, pero siempre acompañadas. Incluso se reservó un palco especial para ellas, en el cual tomaban asiento junto a su dama de compañía, que se

encargaba de guardarlas de las atenciones amorosas de cualquier joven, así como de la excesiva curiosidad del público.

Muchas de las jóvenes que acudieron al Pare aux Cerfs gracias al buen oficio de Le Bel procedían de hogares muy pobres. Vivir en un lugar semejante les parecía el sumun del lujo; y la encantadora cortesía de su benefactor, que suponía un contraste radical con las gentes de toscos modales e incluso de manifiesta brutalidad entre las que habían pasado la mayor parte de sus vidas, se ganó de inmediato toda su simpatía.

Además, cuando los servicios de una determinada muchacha dejaban de ser requeridos en el Pare aux Cerfs, se le hacía entrega de un regalo que para ella parecería de una riqueza excepcional; si quedaba embarazada, se disponía su inmediato matrimonio con algún ciudadano capaz de sentirse un hombre afortunado, ya que la tenía a ella así como la generosa dote de que iba acompañada.

La marquesa, al valorar el establecimiento del Pare aux Cerfs, creyó que de ese modo había logrado establecer una fuerte resistencia ante mujeres como la condesa de Choiseul-Beaupré y la marquesa de Coislin, que no en vano eran serias amenazas contra su propia seguridad.

La muerte de Alexandrine había tenido un acusado efecto en la marquesa. Renunció a buena parte de sus frivolidades: pasaba menos tiempo en su *toilette* e iba a misa dos veces al día.

La corte en pleno estaba al corriente de que había dejado de ser la amante del rey, a pesar de lo cual seguía ocupando un puesto no menos importante: el de amiga y consejera real.

De vez en cuando celebraba reuniones de costura, en el transcurso de las cuales las damas de la corte cosían ropas para los pobres. Sus enemigos, al darse cuenta del cambio de costumbres, lo comentaban con sardónicas sonrisas.

—La salud de la marquesa empeora más deprisa de lo que pensábamos —se decían unos a otros—. Fijaos; se prepara para abandonar este mundo investida por un aura de santidad, en imitación de madame Mailly.

Otros recordaron a madame de Maintenon. ¿No podría darse el caso de que la Pompadour estuviese esperando a que se produjera la muerte de la reina para contraer matrimonio con el rey?

—La reina debería andarse con cuidado —murmuraban los enemigos más venenosos de la marquesa.

Pero ella ignoró los comentarios y, a su manera, siguió practicando la piedad.

Los jesuitas, a pesar de todo, no podían olvidar que ella era su enemiga.

La culpaban —injustamente— por el conflicto que se había desatado en torno a la bula Unigenitus, que desde su punto de vista no se había resuelto de una manera satisfactoria. Tras el decreto por el cual el Parlement proclamó que la bula Unigenitus no era un artículo de fe, el papa Benedicto XIV había declarado que todos los hombres tenían derecho a recibir los sacramentos. Esto supuso un duro golpe para aquellos que habían luchado con denuedo por salvaguardar los contenidos de la bula; por supuesto, los jesuitas no se sintieron en modo alguno complacidos y pensaron que la marquesa era en gran medida responsable de las decisiones que había adoptado el rey, por ello mostraron su hostilidad hacia ella.

Ella en cambio buscó la ayuda de los jesuitas para intentar reformarse.

Comenzó por moldear su vida siguiendo el ejemplo de María Leszczyńska. Celebraba las mismas reuniones de costura, leyendo en ellas libros teológicos y rezando.

Aunque María Leszczyńska no recibió con entusiasmo esta transformación, tampoco pudo rechazarla de plano. Contemplaba a la marquesa con una envidia de la cual no estaba ausente la admiración. ¿Cómo no admirar honestamente a una mujer que, en el fondo, les estaba enseñando de qué manera hubiera podido mantener ella su posición, con tal de que hubiese sido lo bastante astuta y previsora? Madame de Pompadour, incapaz de satisfacer las necesidades sensuales del rey, seguía siendo pese a todo no ya su amiga, sino también la persona más importante de la corte. ¿No era acaso posible que, si María Leszczyńska hubiese sabido actuar con esa sabiduría, hubiera terminado por ocupar el lugar que hoy pertenecía por derecho propio a madame de Pompadour?

Todas las miradas de la corte estaban puestas en la marquesa. Todos se preguntaban cuál sería el resultado de esa nueva fase por la que ella se iba adentrando.

El rey se encontraba en su Parc aux Cerfs. Madame de Pompadour sentía gran preocupación por el estado de su propia alma. No cabía duda alguna de que cuando fuese reconocida por todos como una mujer reformada y de carácter piadoso, el respeto por ella no disminuiría en lo más mínimo; al contrario, iría en aumento. Y tal vez él siguiera su ejemplo.

Entretanto, era necesario que madame de Pompadour fuese absuelta de todos sus pecados y que se le permitiera participar en la celebración de los

sacramentos. Por eso ordenó que llamaran a un sacerdote para que rezase con ella y la instruyera en el camino del arrepentimiento.

Eligió al padre Sacy, el confesor del rey.

Entretanto, nubarrones de guerra habían empezado a congregarse sobre el cielo de Francia.

La paz firmada en Aquisgrán había resultado mucho más provechosa para los ingleses que para Francia, y este hecho continuaba siendo causa de rencor. El gobierno inglés no perdía de vista los asuntos de Francia; la paz había traído consigo que Madras pasara a manos de Inglaterra, si bien los ingleses miraban con auténtica codicia muchos otros territorios asiáticos.

Vigilaban en particular a un comerciante francés llamado Joseph Dupleix, propietario de una factoría en Chandernagore, que se había convertido en gobernador de las colonias francesas. Dominaba las tierras comprendidas entre el río Narbada y el cabo Comorín. No obstante, un emprendedor inglés llamado Robert Burke, que había ido a la India en calidad de funcionario de la Compañía de las Indias Orientales, estaba determinado a que los ingleses detentaran la supremacía en la India. Clive era un administrador mucho más inteligente que el francés, y también contaba con un mayor apoyo de su Gobierno; además, los franceses estaban más que ansiosos por mantener una relación amistosa con sus vecinos del otro lado del Canal de la Mancha, por lo cual cedían de continuo a las exigencias inglesas en la India.

Inglaterra no sólo estaba decidida a conquistar la supremacía en la India: también quería dominar Canadá. Constantemente atentos a cualquier posibilidad de incrementar su comercio exterior, intuyeron que los franceses podrían constituir una barrera en Canadá. En junio de 1755, Boscawen, el almirante inglés, apresó dos fragatas francesas, aun cuando no se habían declarado las hostilidades entre ambos países. Los franceses se vieron cogidos por sorpresa y perdieron trescientos navíos en la batalla que se libró a continuación. Como resultado de ello, los embajadores franceses en Londres y en Hanover fueron llamados a consultas de inmediato a París.

Era preciso tomar represalias. Richelieu, que se había distinguido en Fontenoy, se puso al frente de las tropas enviadas a Mahón, capital de Menorca. Tomaron la fortaleza por asalto, y la victoria de los franceses fue muy similar a la que habían obtenido los ingleses en tierras canadienses. A resultas de ello, los ingleses llamaron a Londres al almirante Byng, que no había logrado impedir la victoria de Francia, y fue ejecutado en Portsmouth,

acusado de traición, pero sobre todo «pour encourager les autres», como comentó Voltaire.

Antes de que los franceses pudieran lanzarse a una gran guerra contra su enemigo del otro lado del Canal, debían asegurarse la paz en el resto de Europa.

En este estado de cosas, María Teresa de Austria vio que se le ofrecía la posibilidad de recuperar Silesia, territorio que había perdido durante la guerra de Sucesión.

Su embajador, el príncipe Von Kaunitz, llevaba mucho tiempo intentando conseguir una alianza con Francia. Kaunitz, que de puertas para afuera podía parecer un pisaverde, era, en realidad, un astuto estadista; rápidamente se dio cuenta de que la mejor manera de coronar con éxito todos sus esfuerzos en Francia era ganándose la amistad de madame de Pompadour.

Intentó hacerlo, pero María Teresa se vio ante el dilema de obrar con eficacia política o con arreglo a los dictados de su conciencia. Consideraba indigno de su persona tener cualquier tipo de relación con una mujer que, a su juicio, era una pecadora.

Ahora bien, María Teresa tuvo siempre en consideración las necesidades de su país por encima de los dictados de su conciencia. En cambio, su marido, el duque de Lorena, que había recibido la corona imperial al término de la guerra de Sucesión, aunque rara vez se entrometía en cuestiones de política, no pudo por menos que sonreír cínicamente al pensar en su devota María Teresa aliada con la notoria madame de Pompadour.

Se había reído porque María Teresa, la pía y altiva emperatriz, había tenido que considerar la posibilidad de granjearse la amistad de una mujer de fácil virtud y de extracción burguesa, para tenerla como aliada. Era de todo punto imposible, según dijo el padre de los dieciséis hijos que tuvo María Teresa, tener algo que ver con una mujer de una reputación como la de la Pompadour.

Podría haber sido que estas ideas hubiesen llegado a conocimiento de madame de Pompadour, y que por esa razón quiso cambiar de vida y de costumbres de una forma tan radical.

En cualquier caso, Kaunitz, con gran contento, informó a la emperatriz que la marquesa estaba a punto de convertirse a una vida de piedad.

El Delfín observaba con gran interés el desarrollo de los acontecimientos.

Estaba más decidido que nunca a lograr la definitiva expulsión de la marquesa fuera de la corte.

Estaba pasando por momentos emocionalmente intranquilos. Siempre había deplorado la moral de su padre, y le parecía increíble que él mismo pudiera tener una aventura amorosa con una mujer que no fuera su esposa; no obstante, esto era exactamente lo que había ocurrido.

Un día fue a ver el trabajo de Fredon, un pintor que él admiraba; y en el taller del artista conoció a una mujer joven y muy bella, y se detuvo a charlar acerca de la obra del artista, al cual ella también admiraba mucho.

Había tenido una fe tan inconvencible en su propia vida de virtud, que al principio ni siquiera se sintió alarmado por el interés que aquella mujer despertaba en él. Le dijo que se llamaba madame Dadonville, y que era una apasionada del arte.

Deberían encontrarse de nuevo alguna vez en otro salón de algún artista, sugirió el Delfín. Tal vez en el de Fredon, ¿por qué no? Y ella repuso que sería muy interesante verle en otra ocasión.

Se encontraron varias veces más, y, de pronto, el Delfín entendió qué gran significado había empezado a tener cada uno de aquellos encuentros para él, hasta el punto de pensar que sería aconsejable darlos por concluidos.

Y puso fin a esos encuentros, aunque de esa manera descubrió que, de hecho habían sido mucho más importantes de lo que él mismo estuvo dispuesto a reconocer.

Pero él era un hombre virtuoso. ¿Qué daño podría derivarse de un encuentro ocasional?

Poco después comenzó a hacerse nuevas preguntas. Un hombre no podía ser tachado de libertino porque tuviera una amante. Cada vez que miraba a quienes lo rodeaban y estudiaba sus vidas, sonreía tranquilo ante los escrúpulos que le invadían.

Pensó en María-Josefa. Era una buena mujer y lo adoraba, pero nadie podría negarle jamás que se había casado con ella por estricta obligación.

¿Debería ser prohibido el placer? Eso era lo que más le inquietaba; y toda su obsesión. La tentación empezaba a ser irresistible por el mero hecho de que madame Dadonville también había empezado a preguntárselo.

De esta forma, el Delfín había sido infiel a su esposa por vez primera, y después de la primera vez hubo una segunda, y luego una tercera, y la cuarta..., hasta que terminó por perder la cuenta de las veces. ¿Podría haber sido de otro modo? Estaba enamorado de madame Dadonville.

Habían dado en encontrarse con regularidad.

Este desliz consentido no le llevó a sentir más condescendencia hacia la marquesa de Pompadour. Su padre había tenido un sinnúmero de amantes. En

cambio, su aventura amorosa era muy diferente, de eso estaba convencido. Seguía decidido a lograr que madame de Pompadour fuese expulsada de la corte.

Por consiguiente, cuando tuvo noticia de que se había propuesto reformar su vida y de que había requerido los servicios del padre de Sacy, hizo llamar al sacerdote.

—Muy bien, padre —le dijo—. Tengo entendido que una nueva penitente requiere vuestros servicios.

—Así es, monseigneur —repuso el sacerdote.

—¿Y vais a confesarla y a llevarla por la senda de la virtud?

—Es lo que ella desea.

El Delfín se echó a reír.

—Vais a dejar vuestra sotana en ridículo, padre. Sobre todo si le dais la absolución mientras no cambie de manera de vivir.

—Tengo entendido, monseigneur, que en la actualidad lleva una vida de virtud, que ha renunciado a los placeres de la carne y que no es sino una buena amiga del rey.

El Delfín volvió a reír.

—Veo que estáis dispuesto a trabar amistad con una mujer que ha sido acérrima enemiga de los jesuitas.

—Está verdaderamente arrepentida...

—¡Arrepentida! —gritó el Delfín—. Pero..., padre, ¿dónde ha ido a parar vuestra sensatez? ¿No os dais cuenta de lo que significa en realidad todo este despliegue de piedad? Está deseosa de aliarse con la emperatriz María Teresa; más decidida que nunca a lograr que la desgracia caiga para siempre sobre los jesuitas.

El padre de Sacy inclinó la cabeza. Entendió que si diese a la marquesa lo que ésta le había solicitado, incurriría en una mortal ofensa contra el Delfín. Desde la derrota sufrida a raíz de la bula Unigénitas, los jesuitas habían buscado con denuedo su apoyo: daban por sentado que cuando él fuese el rey, tendrían asegurada su posición en la tierra.

Era imperativo no ofender al Delfín bajo ningún concepto.

El padre de Sacy inclinó la cabeza ante la marquesa.

—Madame —le dijo—, lamento profundamente no poder seros de ninguna utilidad. Vos habéis de dar el primer paso antes de que me sea posible absolveros de vuestros pecados.

La marquesa sonrió.

—Pero, padre mío —dijo—, yo ya he dado ese paso. He renunciado a mis pecados y he pedido el perdón. Estoy dispuesta a llevar una vida de virtud en lo sucesivo.

—Madame, sólo existe un camino para conseguir tal cosa.

—No os comprendo. Yo ya he...

—No, madame. La Iglesia exigirá que mostréis vuestro verdadero arrepentimiento ante el mundo entero, y sólo existe una forma de que obtengáis la absolución.

—¿Cuál es?

—Debéis abandonar la corte, renunciad al puesto que ocupáis, regresad junto al esposo que abandonasteis al venir a Versalles y vivid con él en paz.

Ésa fue una de las insólitas ocasiones en que la marquesa perdió los estribos.

—Ya veo, señor mío —dijo—, que sois un jesuita de los pies a la cabeza.

—Madame, desde luego que lo soy. Y esto lo sabíais de sobra cuando me ordenasteis venir.

—¡Jesuita! —gritó la marquesa—. Os estáis recreando en vuestro poder sobre mí..., o en lo que vos imagináis que es vuestro poder. La Compañía a la que pertenecéis no aspira más que a verme lejos de la corte. Pues dejadme deciros algo, señor jesuita: jamás abandonaré la corte por mi propia voluntad. Sólo me iría si tuviese que complacer a Su Majestad, pero nunca lo haría para servir a los propósitos de la Compañía de Jesús. Olvidáis, según veo, que tengo tanto poder en la corte (más incluso) como vos y vuestra Compañía. Y mientras las cosas estén así, vos sois un imbécil si pretendéis dictar mis normas de conducta.

—Madame, me he limitado a comunicaros el precio de la salvación.

—Yo me limito a ordenaros que salgáis al instante de aquí.

El padre de Sacy se retiró en el acto. Al marcharse, la sensatez de la marquesa se sobrepuso a su cólera.

¿Para qué perder los estribos con aquel individuo? Todo lo que tenía que hacer era requerir la presencia de un sacerdote que estuviera dispuesto a oír su confesión y a otorgarle el perdón sin fijar condiciones.

No sería difícil.

La marquesa hizo pública su confesión al erigir una nueva galería en el convento al que recurrían los penitentes de moda: el convento de los capuchinos en la Place Vendôme.

María Teresa descubrió que, de ese modo, su conciencia no se interponía ya entre ella y madame de Pompadour: disponía de total libertad para

negociar con la dama de quien todos sabían que era, si no de nombre, el Primer Ministro de Francia.

María Teresa firmó el primer tratado de Versalles en mayo de 1756. Federico de Prusia, entretanto, había firmado una alianza con Jorge II de Inglaterra contra Francia. De este modo, al estar ya envuelta en una guerra contra los ingleses, Francia tendría que afrontar la amenaza de mantener una guerra con dos frentes. Federico invadió Sajonia sin advertencia previa, atacando directamente a María Teresa. Las potencias europeas habían comenzado a alinearse en preparación de un conflicto de grandes dimensiones. La guerra de los Siete Años había comenzado. Por entonces, la esposa del Delfín vivía días de desdicha.

Su padre se había convertido en víctima de la guerra: al aproximarse a sus dominios los ejércitos de Federico de Prusia, había huido a Varsovia, dejando a su madre en Dresde, para que negociara con los enviados del rey prusiano.

Fue sin duda ninguna un amargo revés para María-Josefa, si bien había acusado otro que le dolería más incluso.

Pensó que seguramente había sido la última de toda la corte en enterarse de la infidelidad de su esposo. Pero saber ese detalle no alivió sus pesares.

Lo que tanto había temido desde siempre, por fin había ocurrido. Él amaba a otra, la amaba de verdad, no porque esa otra mujer se lo hubiera impuesto, ni tampoco porque ella estuviese decidida a cumplir con su deber, sino porque el despliegue de sus encantos lo había encandilado de manera tal que no había nada que hacer.

El Delfín, por su parte, estaba taciturno y truculento.

A veces era todo ternura, y la llamaba su pequeña María-Josefa querida, recordando el tiempo en que ella salió victoriosa de su lucha con la muerte, indemne a la desfiguración de la viruela, riesgos afrontados por cuidarle, a él precisamente en su enfermedad. Cuando le hablaba así, ella misma tenía que marcharse rápidamente, pues temía estallar en llanto y acabar por implorarle que abandonase a esa mujer.

En otras ocasiones, él se paseaba por los aposentos de su esposa, casi como si no fuese asunto suyo el sufrimiento que la acosaba, antes al contrario, la consideraba estúpida por sufrir, por no comprender que todo hombre ha de tener una amante.

Sus damas de compañía sacudían la cabeza con gesto filosófico. El Delfín había sido siempre fiel hasta entonces, y su conducta en este sentido era ciertamente destacable. ¡Cuántas mujeres conocían ellas, parecían dar a

entender, cuyos esposos tomaban una sola amante con el transcurso de los años!

Para ella, una sola amante era tan difícil de soportar como si hubiesen sido diez; tal vez incluso fuera más duro. «Si hubiese sido como su padre —se decía ella—, ya me habría acostumbrado a sus infidelidades».

La reina, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, comenzó a pasar más tiempo en compañía de su nuera.

Ella misma recordaba demasiado bien aquellos días en que descubrió el enamoramiento del rey por madame de Mailly.

La pobre María-Josefa sufría lo mismo que María Leszczyńska había sufrido.

Cuando su nuera la visitaba, la reina despedía a sus damas de compañía; después hacía que la esposa del Delfín tomara asiento a sus pies, que apoyara la cabeza en su regazo, y le acariciaba los cabellos.

—Llorad si queréis, hija mía —le aconsejó la reina un día—. Aquí nadie puede veros; nadie, excepto yo. A veces es bueno llorar. Así se limpia el alma de la amargura que la mancha.

Y la esposa del Delfín sollozó hasta quedar rendida; luego se sentó, ya más calmada.

—Pasaré —le dijo María Leszczyńska—. Siempre termina por pasar...

—No creí que esto pudiera ocurrirnos... a nosotros dos. Éramos distintos de los demás.

—Todos somos distintos, o al menos eso pensamos, hasta el día en que descubrimos que todos somos iguales. Sois igual que era yo, hija mía. Y el Delfín es igual que su padre.

—Pero con el rey son tantas...

—En su juventud podría habersele tenido por un hombre fiel. Sólo más tarde empezó a haber tantas mujeres en su vida.

—¿Queréis decir que mi Luis...?

—¿Y quién lo sabe, hija mía? Es preferible estar preparados para cualquier eventualidad.

—Creo que me moriría.

—No, seguiréis viva, igual que yo.

—Vuestra Majestad me procura un gran consuelo.

—Tal vez seáis vos quien me consuela a mí. Mi pena fue muy parecida a la vuestra. En fin, no lloréis más, pues de nada sirven las lágrimas. Las reinas... las esposas de los delfines... han de aprender a aceptar lo que la vida les depara.

—Lo sé, Majestad.

—Cuando él vaya a veros, no debéis dar muestra alguna de resentimiento. Seguiréis siendo su amiga, y si sois sabia, no tendréis que perder su amistad.

—No entendéis... —lloró la esposa del Delfín, gritando con vehemencia—. Lo nuestro había sido la perfección, y ahora... ahora está mancillado.

—Sí, pero no le deis muestra de resentimiento. Seguid siendo su amiga. Aceptad mi consejo. Si yo hubiese sido una mujer más sabia, seguramente habría sido más feliz. Os mostraré una cosa. Ayer mismo recibí una carta del rey. Todas nuestras comunicaciones se cursan por escrito. Hace ya tiempo que no le interesa hablar conmigo. —La voz de la reina tembló levemente—. Pero esta carta... ¿debería mostraros su contenido? Se trata de una requisitoria del rey, para que nombre a determinada dama entre mis dames du palais.

—¿Y quién es esa dama?

—Madame de Pompadour, por supuesto. Daos cuenta: no basta con que él la honre a cada paso. Yo también debo hacerlo.

María-Josefa se había puesto en pie de un salto.

—Yo no me rebajaría. Si trajese a esa mujer a mi presencia...

—Dejadme deciros cómo he contestado a esa requisitoria, niña mía.

—Sí, os lo ruego, Su Majestad.

—He escrito a mi esposo diciéndole que tengo un Rey del Cielo que me da la fuerza necesaria para resistir mi carga, y que tengo en la tierra un rey al cual debo siempre toda mi obediencia.

La esposa del Delfín apretó los puños.

—¡Vos no le amáis como yo amo al Delfín! —exclamó.

—Mi querida hija, calmaos —contestó la reina—. Con el tiempo aprenderéis la templanza... como yo la he aprendido. Comprenderéis que las mujeres como nosotras hemos nacido para resistirlo todo sin quejarnos.

Entonces, la esposa del Delfín se hincó de rodillas y, en silencio, enterró el rostro en el regazo de la reina.

María Leszczyńska sonrió con tristeza a la vez que ponía con suave ternura su mano sobre la cabeza de su nuera.

El pueblo no salía de su asombro. ¡Francia estaba en guerra, y Austria era su aliada! Semejante vuelco de la política no fue ni mucho menos fácil de entender, ya que los austriacos habían sido sus enemigos desde hacía mucho tiempo, y los franceses no se fiaban de ellos.

Francia estaba comprometida en una guerra en las colonias y en otra guerra en Europa, lo cual entrañaba un inminente aumento de los impuestos.

El pueblo no quería la guerra; quería pan.

Por si fuera poco, madame de Pompadour había sido nombrada dame du palais en la casa real de la reina, y había comenzado a hacer gala de su piedad. El pueblo no se fiaba de madame de Pompadour, y tampoco respetaba al rey.

Madame de Pompadour era, de hecho, primer ministro de Francia, según se decía. Y Francia se había enzarzado en una dura pugna en dos frentes.

«Se mire por donde se mire —dijeron los habitantes de París—, éste es un día muy triste para Francia».

El Parc Aux Cerfs

El rey halló gran solaz durante toda esa época al tener la posibilidad de escaparse de palacio sin que nadie notara su ausencia para acudir a la casita del bosque que se conocía ya como Parc aux Cerfs, en la cual una, dos y hasta tres encantadoras jovencitas aguardaban en todo momento ansiosas a que él llegara.

Era un gran placer entrar en esa casa como si fuera un noble adinerado, y llamar a Luisa... a Juana... a como se llamara la favorita del momento, para oír de inmediato unos pasos leves que bajaban a la carrera, para ver después a una encantadora niña, pues casi ninguna era del todo una mujer, que se arrojaba alborozada en sus brazos.

Había sido una brillante idea seleccionar a aquellas jovencitas en los barrios más pobres de París. De esa forma su gratitud quedaba garantizada. Le Bel era un auténtico experto; pasaba gran parte de su tiempo recorriendo con ojo atento las calles de París para escoger a las candidatas a pasar una temporada en la casita.

La buena fortuna de alguna de las internas era ya conocida por el pueblo, y las madres se preguntaban unas a otras de qué manera podrían lograr que sus hijas fuesen recibidas en ese establecimiento, en el que tenían asegurada no sólo una comida muy por encima de la media normal, sino también ropas espléndidas, una vida llena de lujos que se prolongaba durante el tiempo que se considerase oportuno en función de sus méritos, y, para terminar, un regalo impresionante y, tal vez, una buena boda.

Le Bel parecía no tener mayor dificultad en mantener la provisión; rara vez se juntaban más de tres muchachas que residieran en el Parc aux Cerfs. En realidad, no había espacio para más, y el rey tampoco deseaba que el lugar semejase un harén. Tres era un número placentero y, como era posible despedir a las muchachas en cuanto su encanto empezara a menguar, difícilmente podría haberse ideado una disposición más satisfactoria.

Residía en la casa una niña deliciosa, y el rey había dado en pasar mucho tiempo a su lado. Le había dado un nombre de su gusto, Luiseta. Le

encantaban los apodos, y como sus amiguitas tampoco sabían quién era él en realidad, también prefería mantener sus identidades en el anonimato.

Luiseta tenía unos ojos brillantes e inteligentes, una característica que tal vez no hubiera resultado tan atractiva si no hubiese ido acompañada por una presencia física realmente encantadora. Sabía ser sumamente apasionada, y en ocasiones seguía recordando a una niña; se sentaba en las rodillas del rey y examinaba sus ropajes. Le decía que eran finísimos, y lo sabía porque había tenido por costumbre ir a la Place de Grève los lunes, cuando tenía lugar la venta de ropas de segunda mano.

Cogía la tela entre sus dedos y la palpaba, ladeando la cabeza.

—Debe de haberos costado una fortuna —decía—. Es una tela espléndida. Mi señor, desde luego, debéis de ser un hombre muy rico.

De todos modos, eso era obvio. Sólo un hombre muy rico podría permitirse el lujo de disponer para sí de un lugar como el Parc aux Cerfs.

Un día, el rey llegó con la orden del cordon bleu sobre la casaca, detalle en el que Luiseta se fijó de inmediato.

De todos modos prefirió no mencionarlo: sabía que su benefactor se impacientaba si se le hacían demasiadas preguntas, y cuando estaba algo irritado, aunque no lo mostraba, era muy capaz de llamar a otra de las jovencitas para que lo acompañase, e incluso para que lo monopolizase, con el resultado de que Luiseta era de inmediato despedida a sus aposentos.

Eso era algo que a Luiseta le costaba mucho trabajo soportar. Estaba totalmente encandilada con su nueva vida; el Parc aux Cerfs le parecía de un lujo infinito, pero su felicidad sólo era completa cuando el propietario del establecimiento acudía de visita, y ella era la elegida para estar con él, ya que se había enamorado rendida y apasionadamente.

Nunca hubiera ni soñado que existiera una persona como él. Llevaba sus años con auténtica elegancia, y aunque carecía de la frescura de la juventud, lo compensaba con su ternura y con su exquisito talante cortesano. Luiseta jamás había oído una voz tan melodiosa, nunca había visto moverse a nadie con tanta galanura. La costumbre que él tenía de cogerle la mano y besársela cada vez que se encontraban, le hizo ver con toda claridad que se encontraba en un mundo muy alejado de la tosquedad y la crudeza de los faubourgs.

Allí estaban, a su alcance, todos los signos del romance: la huida de una prisión y su acogida en un palacio en miniatura; dormir en un lecho que tenía forma de concha de mar, con sábanas de satén rosa pálido, después de haber dormido sobre un jergón; llevar ropas deliciosas, tener joyas, disponer de comida y de vino en abundancia, aprender lo que una damisela debía saber y,

sobre todo, ser amada por un hombre cuya galantería era el no va más, constituía para ella tal encanto que le parecía cosa de otro mundo. Como tenía más imaginación que sus compañeras, Luiseta se preguntaba a menudo si no estaría muerta, y aquello no sería el Paraíso.

—Si esto es lo que sucede cuando una se muere —dijo un día a madame Bertrand—, y si la gente lo supiese, todo el mundo querría morirse cuanto antes.

Madame Bertrand se quedó de una pieza. Se santiguó apresuradamente. «He ahí —pensó— a alguien a quien hay que vigilar con un poquito más de cuidado».

Tras la visita del rey, Luiseta se dirigió a madame Bertrand.

—Ma mère —pues las muchachas consideraban a madame Bertrand como una madre superiora, y así la trataban—, me he dado cuenta de que mi señor hoy llevaba puesto el cordon bleu.

—Tenéis la vista muy aguda, niña —replicó madame Bertrand.

—Pero era el cordon bleu, de veras. Estoy segurísima.

—Bien, ¿y qué?

—Me pregunto quién será, si puede llevar el cordon bleu.

En ese momento, madame Bertrand tomó una súbita decisión; entendió que una niña tan lista como Luiseta podría recabar información suficiente, y que le bastaría con sumar dos y dos para descubrir la realidad. Por consiguiente, decidió llevarla por una pista falsa.

—Es un gran caballero, muy rico y muy importante —dijo.

—Todo eso ya lo sé —murmuró Luiseta con aire de recato.

—Os diré una cosa más. Viene de Versalles.

Luiseta hizo un gesto de asentimiento. Ya lo había supuesto.

—Y es un gran amigo del rey —añadió Luiseta.

Madame Bertrand la miró cortante.

—¿Por qué decís tal cosa?

—Porque es tan distinguido que hasta el rey debe haberse fijado en él, para honrarlo con su amistad.

—Es un conde de Polonia —dijo madame Bertrand apresuradamente—. Pertenece a la familia de la reina, que, como sabréis, es polaca.

Luiseta asintió y madame Bertrand vio que otra de las jóvenes acababa de aparecer en la sala, y que estaba escuchando la conversación.

Madame Bertrand confirmó a Le Bel lo ocurrido, aunque de mala gana, y Le Bel tuvo que informar al rey.

Al monarca le hizo gracia, y le divirtió ser considerado miembro de la familia de su esposa, quizá incluso pariente cercano de ella.

Llegó un día en que, al presentarse el rey en el Parc aux Cerfs, pasaba unas cuantas horas con una jovencita que no era Luiseta.

En tales ocasiones, ella se sentía desolada.

Resultaba inútil que madame Bertrand intentara mantener separadas a las muchachas, para que ninguna de ellas supiera si las demás gozaban de mayores favores. Todas eran siempre conscientes de que el rey había llegado a la casa; el talante de madame Bertrand parecía transformado. Había instaurado en la casa un aire ceremonial que se detectaba de inmediato.

Luiseta en concreto se dio perfecta cuenta de ello, y siempre estaba segura de que él se hallaba en la casa, aun cuando no le hubiese oído llegar.

Salió a hurtadillas de sus aposentos, y oyó un rumor de voces procedente de los aposentos de otra muchacha. Era la voz de él, sin duda.

«¡Si al menos fuese ésta mi casa! —pensaba—. ¡Si fuese mía y de nadie más! ¡Si viniese a verme sólo a mí!».

Se sentía desdichada, incapaz de quedarse en sus aposentos; bajó a hurtadillas las escaleras, hasta la sala de recepción.

Ya no le cabía duda alguna de que él estaba en la casa, pues se había despojado de su abrigo y lo había depositado sobre una de las mesas.

Se acercó a acariciar el tejido con las yemas de los dedos. Se lo llevó a los labios y, al hacerlo, oyó crujir un papel en uno de los bolsillos.

Luiseta era curiosa por naturaleza, y durante su estancia en el Parc aux Cerfs había aprendido a leer. Introdujo la mano en el bolsillo y estuvo segura de que los papeles eran cartas. Miró a su alrededor.

Nadie la vería si en esos momentos cogiese las cartas y las leyese. Las tocó con gesto furtivo. A él no le agradaría saber que ella había leído sus cartas; madame Bertrand, si lo descubriese, pensaría que era su deber comunicárselo a él.

Luiseta lo sabía de sobra, a pesar de lo cual la tentación le pareció irresistible.

Eran dos cartas. Pasó la vista apresuradamente y, con tropiezos, intentó descifrar qué decían.

Las dos iban encabezadas con «Señor», y había referencias a «Vuestra Majestad». Terminaban diciendo «el más humilde servidor de Vuestra Majestad».

Iban dirigidas, pues, al rey. Una de ellas estaba firmada con un apellido que no le era desconocido del todo: d'Argenson. Era un ministro de los más importantes, a pesar de lo cual firmaba como «el más humilde servidor de Vuestra Majestad».

Luiseta metió las cartas en el bolsillo del abrigo.

Acababa de hacer un gran descubrimiento. El propietario del Parc aux Cerfs, su amante, no era un conde de Polonia, ni mucho menos. Era el rey de Francia.

Volvió a toda prisa a sus aposentos y se encerró en su dormitorio. Aunque su educación no fuese muy buena, tenía una inteligencia natural. Se imaginó en el momento de postrarse de rodillas ante el rey, la próxima vez que la visitara; se imaginó en el instante en que le llamaría «sire», diciéndole que era la más humilde servidora de Vuestra Majestad.

Ahora bien... Él no había deseado que se le reconociera, de modo que el rey nunca debería llegar a saber que ella había descubierto su identidad.

No obstante, Luiseta era lo bastante inteligente como para caer en la cuenta de que el secreto de él debía ser también su propio secreto.

El asunto Damiens

Aquel invierno fue uno de los más fríos de cuantos los franceses recordaban. Hasta los ríos se congelaron. Las gentes morían como moscas y no sólo en París, sino también en el campo, víctimas del hambre y del frío.

La guerra había supuesto una gran carga añadida. Se disparó el precio del pan y los impuestos aumentaron. Llegó a gravarse incluso la entrada de alimentos en París.

La opinión pública se había manifestado contraria a la guerra. Los franceses, el pueblo llano, se negaban a admitir a los austriacos en condición de aliados; en las calles se decía que la marquesa había persuadido al rey para que firmase esa alianza sólo por la amistad que ella tenía con María Teresa, que le había adulado al llamarla «querida amiga y prima». Luis tenía fama de haber cedido a esa alianza antinatural también por el deseo de ver casada a su nieta, la hija de madame Première^[12], con José, hijo de María Teresa.

Machault y d'Argenson se habían opuesto con todas sus fuerzas a la alianza con Austria. Machault había resultado ser un celoso ministro de Finanzas cuando sustituyó a Orry en el puesto. Había planeado las reformas necesarias, pero el clero proclamó que era un hombre impío, ya que cerró muchos conventos e impidió que se fundasen nuevas instituciones religiosas, afirmando que el desarrollo del comercio y de la agricultura era infinitamente más importante para la nación. Luis se había visto obligado, contra su voluntad, a retirarle del cargo y a transferirlo al ministerio de Marina. Con ese traslado terminó una reforma financiera a gran escala. Luis tenía un gran respeto por el hombre, si bien actuó en contra de sus consejos en lo tocante a la alianza con Austria.

D'Argenson, ministro de la Guerra, había sido desde hacía mucho tiempo uno de los favoritos del rey. Era, en todos los sentidos, el perfecto cortesano, muy distinto del memorialista, su hermano, el conde d'Argenson, al cual llamaban por su fealdad d'Argenson le bête, para distinguirlo de su apuesto hermano menor, el marqués.

Como la culpa de la guerra no podía recaer por completo sobre sus ministros, la impopularidad del rey fue en aumento.

Había sido de todo punto imposible mantener en absoluto secreto la existencia de un establecimiento como el Parc aux Cerfs. Desde el punto de vista del rey podría haber sido muy ventajoso que no se intentara siquiera mantenerlo en secreto, ya que todo lo que el pueblo no logró descubrir acerca de aquel lugar estuvo compensado con sus disparatadas imaginaciones.

También había infinidad de madres incapaces de dar de comer a sus hijos, deseosas de colocar a sus hijas en una casa en la que con toda seguridad tendrían garantizado el alimento y el calor. Muchas de esas jovencitas estaban destinadas desde el principio a la prostitución; y, desde luego, muchas fueron incluso educadas con ese futuro en mente. En ese supuesto, tendrían muchísima más suerte si pudiesen ingresar en el burdel privado del rey, en el cual se las trataba con todo lujo y del que, además, salían con una generosa dote.

Así, mientras los ciudadanos de París vociferaban para expresar la indignación que el Parc aux Cerfs les producía, no eran pocos los que deseaban que sus propias hijas fueran admitidas en la casa. Y cuando no lograban su propósito, la cólera que sentían contra el rey aumentaba en proporción.

Por la capital circulaban cuentos disparatados.

—Ciudadanos, ¡guardad a vuestras hijas! Hoy las raptan para que aplaquen la lujuria de un viejo lascivo.

—E insiste en que sean jóvenes y tiernas. Dicen por ahí que las prefiere incluso de diez años de edad. ¿No es acaso escandaloso?

—¿Cuánto podrá costar, pensadlo bien, mantener semejante establecimiento? ¡Millones, a buen seguro! Amigos míos, mientras gritamos para que se nos den unos cuantos sous de pan, Luis despilfarra millones en sus placeres.

El rey nunca había alcanzado tales cotas de impopularidad. Evitó su presencia en París incluso en acontecimientos oficiales. Adelaida empezaba a estar más histérica que nunca, alerta siempre, pensando que en todos los rincones podría haber asesinos. Intentó incluso rehabilitar una ley medieval, según la cual sólo a quienes pudiesen demostrar que su nobleza se remontaba hasta trescientos años de antigüedad se les permitiría acercarse al rey.

Adelaida y sus ideas fueron objeto de burlas; le dijeron que la antigua nobleza de alta cuna no era más digna de confianza que cualquier otra clase social.

Entretanto, los rumores persistían. Llegó a decirse que en el Parc aux Cerfs había instaladas ya nada menos que dos mil jovencitas. El rey las compraba por todas partes, tal como un sultán habría hecho.

Y había aumentado el precio del trigo para poder pagar sus dudosas transacciones.

—Ciudadanos, cuanto más elevado sea el precio que exija por el trigo, mayores fondos tendrá a su disposición para comprar a sus jovencitas.

El rey hizo caso omiso de esos rumores. Seguía hallando entretenimiento intelectual en los aposentos de la marquesa, y entretenimientos de índole puramente física en el Parc aux Cerfs.

En los cafés se discutía con entera libertad el estado de la nación. Se deploraba la guerra, se consideraba con detenimiento el precio del pan, y, sobre todo, se meditaba acerca de la desoladora perspectiva de una ciudad en la que no era infrecuente que la gente se desmayara de hambre por la calle, o muriese sobre los adoquines.

Había un hombre que tenía por costumbre ir de un café a otro; tomaba asiento y, con los ojos relucientes escuchaba con avidez todo lo que se decía, a la vez que asentía con vigorosos movimientos de cabeza; de vez en cuando añadía un comentario a lo que se estaba diciendo.

Un día se hallaba sentado ante una mesa escuchando la conversación.

—Y tú... —le dijo uno de los contertulios—, tú ¿qué tienes que decir a todo esto? ¿Estás con nosotros? ¿Qué te parece cómo está Francia, eh? ¿Qué opinas de un rey que gasta millones en su casa de placer y que envía a sus exploradores a que raptan o compran a las niñas de la calle?

El hombre se puso en pie y apretó los puños.

—Esto es lo que yo pienso —dijo—. No deberíamos permitir que las cosas sigan así. Hay que poner fin a todo esto.

—Y quién va a encargarse de ponerle fin, ¿eh?

—Uno que sea elegido para hacerlo.

—¡Venga! ¿Estás diciendo que deberíamos formar una sociedad y elegir entre nosotros a uno que pueda dar una lección al rey?

—Tal vez sea Dios mismo quien lo elija —dijo el hombre.

Sus compañeros se miraron unos a otros, sonriendo. Era un fanático; quizá resultase divertido oírle hablar.

—¿Habéis dicho Dios, amigo mío?

—Sí —respondió—. He dicho Dios. —Se volvió de tal forma que los miró a todos—. He visto grandes injusticias a lo largo de mi vida. Fui

sirviente de monsieur de la Bourdonnais. ¿Habéis oído hablar de él, ciudadanos? Llegó a ser gobernador de la India, y prestó un gran servicio a su país. ¿Qué obtuvo como recompensa? La ruina, amigos míos, después de pasar tres años encarcelado en la Bastilla. También estuve al servicio de monsieur Bèze de Lys. Fue un buen hombre, e intentó abolir la cruel práctica de las lettres de cachet. ¿Su recompensa, me decís? Recibió una lettre de cachet que dio con sus huesos en Pierre-Encise. ¿No conocéis Pierre-Encise, ciudadanos de París? Está cerca de Lyon, y es una de las prisiones más crueles que existen en toda Francia.

—Habéis visto muchas injusticias —dijo uno de los hombres sentados a la mesa—. Y nosotros también, todos nosotros. Basta con mirar las calles de París hoy en día. ¿No diríais acaso que los parisinos sufrimos tanto o más que esos caballeros a quienes habéis servido?

—Ah, amigo mío. Es preciso advertir al rey. Tal vez aún disponga de muchos años por delante. Una advertencia ahora, a tiempo, antes de que sea demasiado tarde..., es todo cuanto necesita.

—¿Y quién va a hacer esa advertencia a un sultán que no piensa en otra cosa que en su harén?

—Alguien tiene que hacerlo —repuso con suavidad.

El hombre se puso en pie y se marchó.

Era hora de regresar al trabajo que llevaba a cabo en casa de cierta dama que, por casualidad, era la amante del marqués de Marigny, hermano de madame de Pompadour.

—¿Por qué llegas tarde, Damiens? —le dijo uno de sus compañeros—. ¿En dónde has estado?

—Me he parado a charlar en un café —dijo.

—¿A charlar en un café? —preguntó el otro criado—. ¿Y qué se dice últimamente en los cafés?

—Cosas que hacen hervir la sangre de indignación y sangrar el corazón de piedad por la miseria del pueblo.

—Oh, sigues siendo el mismo de siempre. En fin, ahí tienes sopa preparada, si te apetece un tazón.

Damiens tomó asiento a la mesa y comenzó a mojar pan en la sopa.

—Aquí comemos de sobra —dijo—, porque tenemos el respaldo del hermano de la mujer más perversa que hay en Francia, mientras que ahí fuera, en las calles, la gente se muere de hambre.

—Entonces deberías agradecer a tu suerte el hecho de estar en un buen sitio. Eso es todo.

—Hay injusticia... Una cruel injusticia... —murmuró Damiens—. Pero es preciso hacer algo. Un día Dios decidirá que hay que hacer algo.

Su compañero lo dejó a solas para comentar a otro de los criados que Damiens estaba cada vez más loco.

Las grandes salas del palacio de Versalles no eran fáciles de caldear, por lo cual no resultaban ni cómodas ni acogedoras con un invierno tan crudo. El rey decidió que la corte se trasladase al Trianon.

Adelaida fue a visitar a su padre acompañada por Sofía. El rey elevó las cejas con perplejidad, ya que Adelaida últimamente no solía hacer acto de presencia si no era en compañía de sus dos hermanas. Las dos caminaban tras ella, como si fuesen sus damas de compañía y sus criadas, al tiempo que ella las trataba con gran altanería.

—¿Y dónde está hoy nuestra Coche? —preguntó Luis.

—Madame Victoria está en cama, sire —contestó Adelaida—, y mucho me temo que quiera levantarse. De hecho, yo se lo he prohibido expresamente. Tiene fiebre, y este aire tan frío podría sentarle muy mal.

—Pobrecita Coche —dijo Luis—. ¿Cómo se sentirá en Versalles a solas, sin su Loque y su Graille?

—Vendremos a diario a visitarla —replicó Adelaida.

—Me alivia saberlo. ¿Estáis listas para emprender viaje?

—Desde luego, sire.

Y así partió la corte hacia el Trianon^[13], en aquel crudo mes de enero. Victoria se quedó en Versalles hasta que se recuperase de la fiebre.

Roberto Francisco Damiens sabía que él era el elegido. Aún no había entendido del todo qué debía hacer, pero creía firmemente que cuando el momento llegase, le sería revelado.

No podía permanecer por más tiempo en la residencia de la amante de Marigny. Ni seguir comiendo alimentos que el hermano de madame de Pompadour le proporcionara mientras el pueblo de París se moría de hambre.

Se fue de París. Le dio la sensación de que cada paso que daba lo encaminaba hacia Versalles.

Cuando llegó ante el palacio había anochecido. Encontró una posada en la que se alojó para pasar la noche.

Se reunió con los que estaban sentados ante la mesa y preguntó si existía la más remota esperanza de ver al rey.

—El rey está en el Trianon —le dijeron—. De toda la familia real, sólo madame Victoria se ha quedado en Versalles. La corte se desplazó en pleno al Trianon hace un rato. Allí por lo visto hace menos frío.

—¿El Trianon? —exclamó Damiens—. Eso no está muy lejos, ¿verdad?

—Nada más atravesar el parque —dijo la posadera.

—Entonces, tal vez pueda ver al rey.

—Monsieur, tenéis un extraño aspecto. ¿Os encontráis enfermo?

—Estoy enfermo —dijo Damiens—. Tal vez deberían sangrarme. Oigo extraños ruidos en mi interior. ¿Será síntoma de la fiebre? Sí, tal vez debería llamar a un médico para que me sangrara.

—Para nada —dijo la posadera mientras le tocaba la frente—. No tenéis fiebre. Y con este tiempo dudo mucho que queráis que se os sangre. Lo que sí os hace falta, monsieur, es una bebida bien caliente y acostaros bien abrigado. Sois un hombre de suerte, pues habéis venido a la mejor posada para recibir tales atenciones.

Damiens tomó la vela y se alumbró hasta llegar a su cama, pero se despertó muy temprano a la mañana siguiente. Se quedó toda la mañana en la posada, y por la tarde salió; sus pasos lo guiaron hacia el parque.

Estaba desierto, y el viento era cortante. Cerca ya de palacio se encontró con un hombre que, como él, parecía esperar a alguien.

—Buen día, monsieur —le saludó el hombre—. ¡Qué tiempo de perros!

—Confiaba en ver al rey —dijo Damiens.

—Yo también espero a Su Majestad. Tengo un nuevo invento que enseñarle. Al rey le interesan los inventos.

—Así que estáis esperando al rey. Pero tengo entendido que la corte se encuentra en el Trianon.

—Así es —dijo el inventor—, pero más avanzado el día vendrá por aquí a visitar a madame Victoria, que se ha quedado en Versalles, pues tiene algo de fiebre. Mucho me temo que eso mismo me pasará a mí si sigo dando vueltas con este vendaval. Y también podría darse el caso de que Su Majestad decidiera, después de todo, no visitar hoy a su hija. No se puede estar seguro. ¿También vos tenéis asuntos que tratar con el rey?

—Oh, sí —repuso Damiens—. Yo también.

El inventor miró al hombre que vestía un largo abrigo marrón y un sombrero que le ocultaba a medias el rostro.

—¿Buscáis su ayuda? —preguntó el inventor.

—No —respondió Damiens—. Busco más bien darle yo la mía.

Desde luego, se dijo el inventor, aquel hombre era un poco extraño. El viento soplaba cada vez con más fuerza.

—Yo no creo que me quede a esperar —murmuró el inventor—. Estoy casi seguro de que Su Majestad no querrá afrontar hoy semejante vendaval. Le deseo buenos días, monsieur, y que tenga mucha suerte.

—Gracias, amigo mío —dijo Damiens—. Que Dios lo acompañe.

A solas en el parque, Damiens paseó de un lado a otro, buscando la protección de los árboles para resguardarse del viento y frotándose las manos para entrar en calor. Del bolsillo sacó una navaja que tenía dos hojas, una más grande que la otra.

Mientras estaba así oyó el ruido de un carruaje que llegaba; las ruedas trituraban la gravilla. Guardó apresuradamente la navaja y, al ver que el carruaje seguía su camino hacia palacio, echó a correr tras él.

Eran las cuatro y media más o menos; empezaba a oscurecer. Para cuando Damiens llegó a palacio, el rey ya había entrado en compañía de su séquito. Un reducido grupo se había congregado en la Cour Royale para ver a Luis.

El carruaje del rey iba cerrado; los postillones conversaban con el grupito, a la débil luz de los faroles.

—No se quedará mucho tiempo —dijo uno de los postillones sin darle mayor importancia—. Ha venido a visitar a madame Victoria.

Alguien murmuró que se habría quedado mucho más tiempo si la enferma hubiese sido madame de Pompadour.

Damiens se apoyó de espaldas contra la pared, a la espera.

Luis estaba aburrido, aunque una Victoria febril y agotada fuera mucho menos irritante que una Victoria en perfecto estado de salud. Estaba quieta en el lecho y se limitaba a sonreír débilmente a sus visitas, de modo que tampoco era necesario trabar conversación con ella.

Se había llevado a Richelieu para animar la compañía, junto con el duque d'Ayen, que era uno de sus amigos íntimos y desempeñaba las funciones de capitán de la guardia. También estaba presente el Delfín. De hecho, su visita era precisamente debida a él, ya que no estaba dispuesto a permitir que aquel joven convencido de estar en posesión de la verdad fuese un modelo de virtud, capaz de desafiar a los duros vientos de enero para visitar a su hermana enferma. El rey estaba decidido a demostrar que era tan buen padre como buen hermano era el Delfín.

Permanecieron dos horas en Versalles, conversando junto al lecho de Victoria, antes de preparar su regreso al Trianon; eran casi las seis y media

cuando Luis bajó por la Petit Escalier du Roi, por la fachada este de la Cour des Cerfs, y cruzó la Salle des Gardes, en la planta baja del castillo.

El Delfín caminaba a su lado, y Richelieu y el duque d'Ayen seguían sus pasos algo más rezagados, seguidos a su vez por cuatro ayudantes.

Cuando Luis salió a la Cour Royale, un hombre se desembarazó súbitamente del resto de los presentes y de los guardias y se le acercó.

—Me han golpeado —exclamó Luis de pronto.

Al llevarse la mano al costado, notó que estaba húmedo y pegajoso.

—Me han herido —declaró—. Ha sido un hombre que llevaba sombrero.

—¡Apresadle! —exclamó el Delfín—. Apresad a ese hombre del sombrero.

Los guardias ya habían reducido a Damiens. Alguien le quitó el sombrero de un golpe.

—Ése es —dijo el Delfín—. Ni siquiera se quitó el sombrero al ver aparecer al rey. Ése es el hombre. Me he fijado bien en su sombrero.

Damiens fue conducido por los guardias.

Con la ayuda del Delfín, de Richelieu y de Ayen, el rey pudo regresar a palacio y subir por la escalera a los petits appartements.

—Así... —gimió— que se han decidido a matarme. ¿Por qué me hacen esto a mí? ¿Qué les he hecho yo?

—Señor —dijo Richelieu—, no digáis nada. Os hará falta toda vuestra fuerza.

—Llamad de inmediato a los médicos —ordenó el Delfín—. Que no se retrasen. Cada instante que pasa es precioso.

El rey se tendió en su lecho y la casaca le fue cortada para desvelar la herida. Cuando llegó el primero de sus médicos ya se había descubierto que la herida no era demasiado profunda; la hoja del cuchillo debía de haber sido pequeña y, gracias al mal tiempo, tuvo que penetrar antes varias capas de tela.

Luis estaba convencido de haber sido asesinado. Recordó la muerte de su antepasado Enrique IV, que fue asesinado por un monje loco llamado Ravailac cuando estaba en la plenitud de su vida.

—Éste es —exclamó— el destino de los reyes.

Habían llegado otros médicos; la reina y las princesas, al tener noticia de lo ocurrido, se apiñaron en la cámara real.

Era preciso sangrar al rey, dijeron los médicos, y así se hizo. Entretanto, el rumor llegó de Versalles a París.

—Luis ha sido asesinado. Hoy mismo un asesino lo ha atacado en Versalles.

La noticia pasó de casa en casa; las gentes, a pesar del frío reinante, se echaron a la calle para comentarla. Convencidos de que se estaba muriendo, los parisinos descubrieron que no le odiaban tanto como lo habían odiado el día anterior.

Había sido apartado del cumplimiento de su deber, dijeron, por esa mujer. Él era el rey de Francia, un hombre de buen corazón. Y se estaba muriendo, víctima de un asesino.

Luis, víctima a su vez del pánico que le invadió al considerar sus muchos pecados, solicitó que se le administrase la Extremaunción. Fue como si volviese la perpetua pesadilla: iba a morir sin haber tenido tiempo suficiente de arrepentirse.

—Sire —le dijeron los médicos—, vais a recobraros. La herida no es demasiado profunda, y ninguno de nosotros considera que sea fatal.

—Estáis engañados —respondió Luis—. La hoja estaba envenenada.

—No hay pruebas de que así fuese, señor.

—Siento que la muerte se aproxima —dijo el rey—. Llamad a mis confesores.

Su montero, Lasmartes, entró apresuradamente, sin ninguna ceremonia, en los aposentos del rey. Llegó corriendo junto al lecho y se arrodilló.

—Sire —gritó—, no puede ser. No puede ser.

—Así ha sido, mi buen amigo —dijo el rey.

Lasmartes insistió en examinar la herida, a pesar de los esfuerzos de los médicos por impedirselo. Siempre había tenido una gran familiaridad con el rey; durante sus expediciones de caza, a menudo se comportaba como si entre ellos no existiese ninguna diferencia de rango.

—Sire —exclamó Lasmartes con una generosa sonrisa—, esta herida no es fatal. En cuatro días de nuevo volveremos los dos a cazar un espléndido ciervo.

—Mi buen amigo —dijo el rey—, tan sólo deseáis animarme. Sé que se han llevado a cabo intrigas contra mi persona, y éste es el resultado de una de ellas. La herida es pequeña, pero la hoja estaba envenenada. Vos y yo mismo hemos cazado ya nuestro último ciervo juntos. Adiós, mi buen montero; a mí ya sólo me resta hacer las paces con Dios.

El Delfín indicó a Lasmartes que se fuese, y el rey llamó a su hijo.

—Os dejo un reino —le dijo— que tiene graves problemas. Ruego a Dios que sepáis gobernarlo mejor que yo. Que se sepa que perdono a mi asesino.

Ahora... os lo suplico, traedme a un sacerdote, para que pueda hacer las paces, con Dios.

Una de las muchachas que había salido con su dama de compañía, como de costumbre, llevó la noticia al Parc aux Cerfs.

—¡Qué movimiento! Nunca había visto nada parecido. Había gente por todas partes... Se gritaban los unos a los otros. Pregunté de qué se trataba, y ¿sabéis qué? El rey ha sido asesinado. ¿Qué os parece?

Madame Bertrand palideció, pero no dijo nada.

Luiseta se quedó mirando a la jovencita que acababa de llegar con la noticia, pero no la vio. Lo estaba viendo a él, al conde de Polonia... con un cuchillo clavado en el cuerpo.

No pudo decir ni palabra, ni siquiera pudo pensar, dio media vuelta sin hacer ruido y corrió hacia sus propios aposentos.

Madame Bertrand estaba demasiado preocupada, pensando en el futuro, para fijarse en ella.

Luiseta se encerró en su dormitorio; se tumbó en la cama y permaneció así durante dos días, negándose incluso a probar bocado.

—Tiene fiebre —dijeron las otras—. Hay una epidemia de fiebre. Madame Victoria ya la ha tenido; por eso fue a visitarla el rey el día en que...

Cuando la noticia llegó a oídos de la marquesa, se quedó boquiabierta.

¡Luis... moribundo! No pudo creerlo. No se atrevió a creerlo. Siempre había dado por sentado que sería ella la que muriese antes que él.

Su queridísimo amigo... ¡se estaba muriendo! ¿Qué iba a ser de ella cuando se quedase a solas frente a sus enemigos, sin la protección que Luis le había dado? Era como verse arrojada a un pozo lleno de perros hambrientos, sedientos de sangre.

El abad de Bernis, que había sido su amigo desde los tiempos en que llegó a la corte, y que, de hecho, fue encargado por el rey para prepararla de acuerdo a su nuevo papel de amante, fue quien le dio la noticia.

Ella lloró con él, perdiendo su compostura hasta ponerse histérica.

—Debéis estar preparada para lo que pueda pasar —le dijo el abad—. Y cuando llegue el momento, habréis de encomendaros a la Providencia.

—Iré a verlo de inmediato —exclamó—. Cuando está enfermo, soy yo quien debe hallarse junto a él.

—Está con su confesor, madame —le explicó el abad—. En tales momentos, vos no tenéis sitio a su lado.

Se quedó de una pieza, al caer en la cuenta de lo que eso significaba.

—Soy su buena amiga. Nuestra amistad ya no es pecaminosa, desde hace mucho tiempo.

—Mucho me temo, madame, que si vos hicieseis acto de presencia en sus aposentos, su confesor se marcharía al punto. Y ha sido el rey quien ha solicitado su presencia. Ni siquiera ha preguntado por vos.

Se tapó el rostro con las manos y lloró en silencio. Empezaba a ver que aquello era el final de todo lo que había hecho que su vida mereciese la pena.

—Madame —prosiguió el abad—, os ruego que mantengáis el ánimo y que no perdáis la calma. Os mantendré informada de todo lo que suceda. Podéis confiar plenamente en mi amistad. Dividiré mis servicios entre mis obligaciones y la amistad que os tengo.

—Gracias —susurró ella—. Sois mi buen amigo.

Cuando el abad la dejó a solas, madame Du Hausset acudió a decirle que el doctor Quesnay esperaba para verla.

Fue llevado de inmediato a su presencia; ella le cogió ambas manos y lo miró, lacrimosa y desolada, a los ojos.

—Vamos, vamos —dijo Quesnay—, no hay razón para que estéis tan triste. No ha sido más que un rasguño, os lo aseguro. Nada más que un rasguño.

—¿Creéis que podrá recuperarse?

—Estoy totalmente seguro. Media un mundo entero entre la indisposición de un rey y la de uno de sus súbditos. Os digo de veras que si no fuese el rey, estaría en perfectas condiciones para salir de caza o para bailar en uno o dos días.

—Me animáis, mi buen amigo. ¿Es ése el motivo que os mueve al hablarme? ¿Es que consideráis necesario animarme?

—No, madame. Si pensase que corre peligro, no lo haría. Pero no es así, os lo aseguro. Podéis estar tranquila. El Delfín permanece constantemente a su lado, al igual que sus sacerdotes. Todos pretenden cambiar su estilo de vida.

—¿Queréis decir... que intentan persuadirle para que me repudie?

—Recuerdo lo que ocurrió en Metz, madame.

—Sí, lo sé. A madame de Châteauroux, que le había seguido al frente de batalla, le ordenaron marcharse y luego fue expulsada, con la consiguiente

humillación. No permitiré que esto me suceda a mí; prefiero marcharme por mi propio pie antes de que me expulsen.

—No cometáis imprudencias —le aconsejó—. Esperad. Siempre es preferible actuar con cautela.

—Sí —dijo la marquesa—; esperaré. Sé que, a su debido tiempo, él me hará llamar. El Delfín... sus sacerdotes sólo conseguirán deprimirlo. En muy poco tiempo, ya lo veréis. Sí, esperaré. Es sólo cuestión de saber esperar. Luego, todo volverá a ser como era antes... como si ese loco nunca se le hubiese acercado.

El doctor le sonrió. Tenía un gran aprecio por ella. Echó unos polvos en un vaso y se lo entregó a madame Du Hausset.

—Añadid un poco de agua —dijo— y dádselo a la señora. Le ayudará a dormir bien esta noche, y así podrá tener el descanso que precisa. Y... cuidado de ella. Ahora necesita más que nunca de vuestra atención.

Madame du Hausset asintió y se dio la vuelta, para que el médico no viese la emoción que sentía, una emoción de la que él estuvo perfectamente al tanto.

Machault y d'Ayen avanzaron hacia la sala de guardia, en donde Damiens se hallaba detenido.

El duque d'Ayen estaba furioso, colérico, porque el ataque había tenido lugar encontrándose él, el capitán de la guardia, en presencia del rey: su deber habría sido impedirlo. Y, por supuesto, estaba decidido a demostrar al rey y a todo el mundo que consideraba aquel ataque como el acto de un traidor ante el cual no debería tener ni un ápice de misericordia. Asimismo, el duque d'Ayen era hijo del mariscal duque de Noailles, y tan partidario de los jesuitas como su padre, por lo cual había decidido que, si fuese posible, extraería de Damiens la información necesaria para implicar a los jansenistas en el complot.

Machault, por su parte, era enemigo de los jesuitas, y había tomado la resolución de que Damiens era un instrumento en manos de la Compañía de Jesús. Creía que el atentado había formado parte de una conjura para asesinar al rey, y para lograr el ascenso del Delfín al trono, y como éste se había mostrado siempre firme partidario de los jesuitas, la conclusión de que Damiens había actuado como agente de ellos parecía muy razonable.

De esta manera entraron estos dos hombres tan poderosos en la celda del infortunado Damiens, decidido cada uno de ellos a extraerle una confesión que implicara a un protagonista distinto en un conflicto político.

Damiens los recibió con calma. En su rostro aleteaba una sonrisa de embeleso, aunque ya había sido maltratado por los guardias, por lo cual estaba magullado y sangraba.

—Decidme —dijo Machault—. ¿Estaba envenenada la hoja?

—Juro que no estaba envenenada —exclamó Damiens.

—¿Cómo aspirabais a matar al rey... con la hoja de una navaja pequeña?

—No deseaba matar al rey. Tan sólo quería darle una lección.

—¿Qué lección?

—Que aprenda a zafarse de sus perversas costumbres y a alejarse de sus malignos consejeros, para gobernar a su pueblo con sabiduría.

—¿Quién os ordenó que hicierais tal cosa? —preguntó d'Ayen.

—Nadie.

—Eso es mentira.

—No lo es. Lo hice sólo por Dios y por el pueblo.

—¿En nombre de la religión? —dijo d'Ayen—. Explicadme, ¿qué queréis decir?

—El pueblo se muere de hambre. Vive sumido en la miseria.

—Alguien os ha pagado para hacerlo —indicó Machault—. ¿Quién ha sido?

—Os digo que lo hice yo solo, por la gloria de Dios y de su pueblo. Nunca quise matarle. Si lo hubiese deseado, podría haberlo hecho.

—¿Os lo ordenaron los jesuitas? —preguntó Machault.

—Os juro que no.

—Pues si no han sido los jesuitas... habrán sido los enemigos de los jesuitas —sugirió d'Ayen.

—No, no me lo ha ordenado nadie. Lo hice por la gloria de Dios.

—¿Por qué os quejáis de pobreza? ¿Acaso no estabais sirviendo en casas en las que se os daba bien de comer?

—Lo que es bueno para uno solo, no puede ser bueno para nadie —repuso Damiens.

—Se nota que ha tenido algún cómplice —dijo d'Ayen.

—Y los descubriremos —añadió Machault.

—Podéis hacerme lo que os plazca —exclamó Damiens—. Podéis torturarme... o crucificarme... Sólo cantaré de alegría, por haber muerto como nuestro Señor.

—Es un farol —dijo Machault—. Veamos si lo dice en serio. A ver si vale tanto como sus palabras.

Ordenó que el prisionero fuera desnudado y atado al catre; se trajeron a la celda braseros y hierros al rojo.

Machault y d'Ayen observaron cómo era desgarrada la carne de los muslos del prisionero con hierros candentes. Aunque la víctima sudaba y gemía por el terrible dolor, sólo acertó a balbucear:

—Lo hice... Yo sólo... Lo hice... Por la gloria de Dios y por el pueblo.

Luis ordenó que se cerraran los cortinajes en torno a su lecho, y permaneció acostado, triste y meditabundo.

Habían pasado trece años desde que estuvo a punto de morir en Metz, habían pasado trece años desde que sus confesores acudieron junto a su lecho y él juró que viviría de acuerdo con las normas, siempre y cuando sobreviviera a aquel trance. Una vez restablecido, había seguido arrepintiéndose durante un tiempo, pero muy pronto olvidó todas sus promesas.

Había cambiado mucho a lo largo de esos trece años. En aquellos tiempos era fiel a madame de Châteauroux, a su maîtresse-en-titre. En cambio, ya había perdido la cuenta de las mujeres que le habían procurado placer. Ni siquiera acertaba a recordar cuántas habían pasado por el Parc aux Cerfs.

Sentía desprecio por sí mismo y por su manera de vivir, pero se había vuelto cínico, y era demasiado inteligente para engañarse a sí mismo, de manera que no creía que pudiera arrepentirse de veras.

Al contemplar las esperanzas que tenía de llevar una vida satisfactoria en el futuro, se sintió realmente entristecido.

Se había dado cuenta de que aquella indisposición pasajera había sido más mental y espiritual que física, pues ya estaba convencido de que la hoja nunca llevó veneno. Las respuestas del prisionero durante el interrogatorio habían sido las de un simple fanático.

A pesar de todo, debería intentar al menos llevar una vida más acorde con las normas. Tendría que prestar atención a los sacerdotes; ordenar que uno de ellos celebrara misa en Versalles, y él asistiría a ella con frecuencia. Dejaría de visitar el Parc aux Cerfs, al menos durante un tiempo, y tampoco llamaría a madame de Pompadour. Era cierto que ella no era ya su amante, en el pleno sentido de la palabra, pero sí lo había sido, y mientras siguiera tratándola como a una amiga especialmente querida, la Iglesia lo miraría con hosquedad, por lo que no le ayudaría a arrepentirse.

Los médicos entraron para cambiarle los vendajes.

Todos afirmaron el placer que les producía ver que se curaba con rapidez.

—Alabado sea el cielo, sire —dijo uno de ellos—. La herida no era profunda.

—Esta herida ha tenido más hondura de la que imagináis —contestó Luis con manifiesta melancolía—. Me ha llegado al corazón.

Durante aquellos días, el Delfín parecía haberse crecido. No faltaba de estar junto al lecho del rey; manifestaba su gran pesar y una intensa devoción filial. Nadie hubiera supuesto, de no haber estado al corriente, qué tensión había regido las relaciones entre el rey y su hijo en los últimos tiempos.

El Delfín parecía haber olvidado por completo sus diferencias. Se conducía con dignidad, en su papel de rey provisional de Francia, al mismo tiempo que expresaba su reluctancia para asumir un papel que sólo sería suyo a la muerte de su padre.

Solicitaba el consejo del rey en todos los asuntos, lo consideraba con gravedad y se comportaba con tal modestia que los ministros comenzaron a creer que el Delfín llegaría a ser, en un día no muy lejano, el rey que Francia necesitaba.

El pueblo le tenía aprecio. Era famoso por su piedad, por lo que le habían perdonado la debilidad de tener una única amante, madame Dadonville, a la cual seguía siendo fiel. La esposa del Delfín no era una mujer atractiva, aunque por lo general se daba por sentado que, con su gran piedad, equiparable a la del propio Delfín, y con su modestia, llegaría a ser una estupenda reina de Francia.

Pero a pesar de todas sus virtudes, eran muchos los que sentían una gran inquietud al pensar en la futura coronación del Delfín. Por inteligente que pudiera ser, por piadoso que ciertamente era, muchos temían que se convirtiera en un monarca fanático. Si llegase al poder, los jesuitas ascenderían con él, y harían todo lo que estuviera a su alcance por tomar las riendas del Estado. El Parlement, por consiguiente, entraría en declive, y la Place de Grève quedaría encharcada con la sangre de los mártires.

Un país en que los filósofos tenían permiso para expresar libremente sus ideas era preferible a un país controlado con extrema rigidez por los fanáticos. Un rey indolente, amigo de los placeres, sería siempre una amenaza menor en comparación con un rey decidido a dejar el gobierno en manos del fanatismo.

El Delfín demostró lo que podía esperarse de él cuando, temeroso de que el juicio de Damiens pudiera revelar algunas pruebas contra los jesuitas, ordenó que se celebrara a puerta cerrada; además, no iba a ser enjuiciado por el Parlement, sino por una comisión secreta.

Una decisión como ésta, aunque tenía por objeto proteger a los jesuitas, en realidad fue bastante perjudicial para ellos, ya que el pueblo llano, al creer que el Delfín deseaba proteger a una comunidad a la que siempre había dado todo su apoyo, quedó convencido de que los jesuitas habían estado tras la trama planeada para asesinar al rey. Para el pueblo, Damiens sí fue una herramienta en manos de los jesuitas.

El pueblo había mostrado su hostilidad cuando el rey atravesó en su carruaje las calles de la capital. Nadie había exclamado «Vive le Roí!», pero ahora que se iba restableciendo del atentado que podría haber terminado con su vida, regresó al pueblo, al menos en parte, el viejo afecto por el rey.

Las gentes, hambrientas y siempre dispuestas a protestar con calor, por no hablar de la excitación que pondría provisionalmente fin al aburrimiento y a la miseria de sus vidas, estaban dispuestas a rebelarse. Deseaban algún chivo expiatorio, de modo que por la capital comenzaron a oírse gritos en contra de los jesuitas: «¡Abajo con los jesuitas!».

Las noticias se extendieron con rapidez: la muchedumbre se había puesto en marcha, con el objetivo de llegar hasta el Colegio Jesuita de Luis el Grande.

Los aterrorizados padres cuyos hijos estudiaban en dicho establecimiento corrieron para rescatarlos. Doscientos muchachos estaban abandonando el colegio cuando las masas se reunían en torno al convento, insultando a los jesuitas.

El París de la época aún no estaba inflamado por los agitadores, al menos no hasta el extremo que se alcanzaría con los asesinatos y el pillaje, pero el humor reinante era tenso. Los padres declararon que sus hijos no regresarían a ese colegio. Con ello Luis el Grande, una de las más ricas instituciones de la Compañía de Jesús sufrió un duro golpe.

La marquesa estaba cada vez más frenética. Iban pasando los días y el rey no la había mandado llamar; por lo tanto, no tenía ningún medio para acceder a su presencia.

Sus amistades intentaban en vano darle algún consuelo. Quesnay la visitaba sin cesar, igual que el abad de Bernis, el duque de Gontaut, el príncipe de Soubise y la duquesa de Mirepoix.

—Según se mire —comentó madame de Mirepoix—, en la actualidad, el rey se halla en manos del Delfín y de sus partidarios. Pero tan pronto pueda librarse de ellos ordenará que le visitéis.

—Eso pensaba yo —dijo la marquesa—, pero debo confesaros, querida amiga, que a medida que los días van pasando me siento cada vez más ansiosa.

—Pero no debéis caer presa de la inquietud, porque eso es perjudicial para vos. Habéis mantenido vuestra posición durante todos estos años gracias a vuestra sensatez, y no creo que hayáis perdido esa excelente cualidad. De hecho, yo diría que la habéis aumentado.

Madame de Mirepoix era una alegre contertulia, y la marquesa, que desde hacía mucho tiempo la tenía por una de sus mejores amigas, se refería a ella como a su petit chat (gatito).

—Bien —le dijo—, no sabría expresaros cuan feliz me hace tener a mis buenos amigos a mi lado. Sólo en momentos como éstos sabemos reconocerlos. ¿Qué podría hacer yo sin vos, petit chat, y sin mi querido Bernis, sin Quesnay y los demás? De todos modos, la lealtad de estas personas me llama la atención y me alarma cuando pienso en mis falsos amigos.

—Queridísima madame, ¿a quién os referís?

—No he sabido nada de d'Argenson ni de Machault desde que el atentado del rey tuvo lugar. Y eso me resulta extraño.

—Madame, d'Argenson nunca fue amigo vuestro.

—Eso es verdad. No puedo olvidarme del papel que desempeñó en el asunto Choiseul-Beaupré. Quizá nadie debiera contar con verle en momentos como éstos, desde luego, pero... ¡Machault! Ése sí pensé que era mi amigo. ¿Es que no le he ayudado constantemente a mantener su posición? ¿Qué quiere decir esto entonces? ¿Por qué me rehúye ahora?

—Podría significar, madame, que se ha puesto de parte de vuestros enemigos. Tal vez piense que al rey ya no le quedan muchos años de vida, y desee congraciarse con el Delfín.

—No hay duda de que debe ser algo así. ¡Qué buen amigo me ha resultado al final!

—Madame, os lo imploro, mantened el ánimo. El rey se restablecerá y, cuando esté bien del todo, la primera persona que deseará ver seréis vos, marquesa.

A la larga, Machault sí visitó a la marquesa.

Había tomado una determinación. No se atrevió a hablar de ella con el rey, pero se sentía incómodo mientras la marquesa permaneciera en Versalles.

Si ella lograra reconquistar sus favores, él tenía los días contados; de eso era consciente. Se había arriesgado demasiado en campo abierto, destacándose como enemigo de ella, pues durante los primeros momentos después del atentado, llegaron a creer que el rey se estaba muriendo, y que el Delfín sería coronado pronto, quizá en menos de una semana. Por su excesiva ansia de mostrar su disponibilidad y su deseo de servir al Delfín, había traicionado a la marquesa de Pompadour.

Aunque había actuado quizá con demasiadas prisas, no había dado por perdidas sus esperanzas. Si madame de Pompadour pudiese ser inducida a abandonar la corte, tal vez el rey se resignara a aceptar su partida sin protestar. Luis era un hombre de costumbres; muchos creían que visitaba a la marquesa por el mero hecho de que ella estaba allí cerca. Si no la tuviese tan a mano, tal vez la olvidara pronto, para pasar en cambio el tiempo con otras amistades.

En Metz, cuando todos creyeron que el rey se moría, los enemigos de madame de Châteauroux dispusieron lo necesario para que fuese destituida. Había llegado el momento de emprender una acción no menos osada en el caso de madame de Pompadour.

De este modo, la marquesa a la vez que recibía el consuelo de sus buenos amigos, tuvo el aviso de que Machault se disponía a visitarla. Solicitó a sus amigos que la dejaran a solas y se preparó para recibirle debidamente.

—Y bien, monsieur de Machault —le dijo al verle entrar—, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Madame —respondió el custodio de los sellos reales—, con gran pesar vengo a cumplir una misión.

—¿De qué misión se trata?

—He venido a pedirlos que os vayáis de Versalles.

—¡Y vos tenéis que pedírmelo!

—Actúo según las instrucciones recibidas del rey —mintió Machault.

La marquesa se sintió tan conmovida que temió traicionar sus sentimientos en presencia de un hombre que, ahora lo sabía, era enemigo suyo.

—Creedme, madame —siguió diciendo Machault—, que actúo muy a mi pesar y con gran relucencia. Recordaréis lo ocurrido con madame de Châteauroux en Metz. El rey desea cambiar su forma de vida, y vos, por desgracia, formáis parte de esa vida a la que ahora desea volver la espalda.

—¿Qué se espera de mí? —preguntó ella, horrorizada al notar el temblor en su propia voz.

—Madame, sólo que abandonéis la corte sin más dilación. Seguid mi consejo y marchaos tan lejos de Versalles como os sea posible. Es lo más sensato que podríais hacer.

La marquesa no respondió. Se quedó quieta, sin ver siquiera al custodio de los sellos. Estaba acordándose de su encuentro con el rey en el bosque de Sénart, en aquellos viejos tiempos, cuando se conocieron; recordó a la pitonisa que, cuando ella tenía sólo nueve años, le había dicho que era un genuino morceau du roi, determinando así su destino en lo sucesivo.

Todo eso había terminado por conducir a un momento como ése. Ahora que ya no era joven, que estaba débil y enferma, se veía obligada a renunciar a la única vida que para ella tenía significado.

Machault hizo una reverencia sobre la mano de la marquesa y se dispuso a salir.

—Adiós —dijo ella entonces—, ¡amigo mío!

Madame du Hausset corrió a su lado.

—Madame, queridísima marquesa, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué ha hecho ese hombre?

—Ha venido a entregarme mi congé, Hausset. Eso es todo. Todo ha terminado. He dejado de ser amiga del rey.

—Eso es imposible, madame.

—No, Hausset. Ha venido a transmitirme el deseo del rey. Creo que mejor será si empezáis a preparar el equipaje cuanto antes. Nos vamos de Versalles.

—¿Adónde?

—Iremos a París.

—¡A París! Madame, sabéis de sobra qué temperamento gastan los parisinos. Y allí os odian.

—Tal vez ahora que he perdido el amor del rey pierda también el odio que la gente de París me profesa.

—Oh, madame... Madame... Dejadme que os ayude a acostaros. Necesitáis descansar. Empezaréis a toser de nuevo... y entonces...

—Y entonces... entonces... —dijo la marquesa con tristeza—, ¿qué puede importar, Hausset? ¿Cuántas semanas me quedan, según vuestro entender?

—Muchas semanas, muchos años, madame, si llevamos el debido cuidado.

—Tengo algunos buenos amigos, Hausset. Quizá las semanas venideras también les pongan a prueba.

—Hay alguien que viene a visitaros, madame.

—Id a ver quién es.

Madame du Hausset regresó en compañía de madame de Mirepoix.

—¿Qué significa esto? —inquirió la visitante.

—Sentaos a mi lado, petit chat —dijo la marquesa—. Me marchó de Versailles.

—¿Por qué? —quiso saber madame de Mirepoix.

—Querida, porque tengo orden de marcharme.

—¿El rey...?

Madame de Pompadour asintió.

—¿Habéis recibido vuestra lettre de cachet?

—Viene a ser lo mismo, Machault ha venido a visitarme, hará una hora más o menos, para comunicarme que es deseo del rey que me marche de inmediato.

—¡Machault! ¡Viejo zorro!

—Es el custodio de los sellos.

—Gracias al Cielo sólo es el custodio de su propia conciencia. Decidme, ¿habéis recibido algún papel del rey por escrito?

—No, nada.

Madame de Mirepoix se echó a reír a carcajadas, con evidente ironía.

—Lo miréis como lo miréis —dijo—, esto es una intriga de monsieur de Machault. Luis no sabe nada de esto. ¿Creéis que os destituiría así, sin mediar palabra?

—Ya conocéis a Luis. Está dispuesto a cualquier cosa con tal de ahorrarse una situación desagradable.

—Antes de que esto sucediera, ¿no se mostró el rey tan afectuoso como siempre con vos?

—Así es.

—Al principio lo asustaron con tanto hablarle del arrepentimiento. Por eso no ha podido veros. Pero ahora se encuentra mucho mejor. Podéis estar segura de que en pocos días querrá estar con vos. Recordad a madame de Châteauroux.

—¡Qué fue destituida!

—Y que después regresó. De inmediato, algunos enemigos de, madame de Châteauroux se sintieron muy inquietos.

Madame du Hausset entró para anunciar la visita del doctor Quesnay.

—¿Qué es esto que me han dicho? —preguntó.

—¡Dios mío! —exclamó la marquesa—. ¿Tan pronto se habla ya de esto?

—Machault ha estado por aquí —explicó madame de Mirepoix—. Ha dicho que venía a transmitir las órdenes del rey, para que la marquesa abandone Versalles de inmediato.

—Machault es como el zorro de la fábula —dijo el médico—, cuando en una merienda dice a los demás animales que están en peligro, y que deben salir corriendo cuanto antes. Así se asegura un festín mayor que el que hubiera tomado en la fiesta.

—El doctor tiene razón —dijo madame de Mirepoix—. Machault carece de autoridad, no está autorizado por el rey. Actúa por su cuenta y riesgo. No le hagáis caso. Quedaos. Recordad que quien abandona la partida es que la ha perdido.

—¡Oh, amigos míos!, ¡mis queridos amigos! —exclamó la marquesa—, ¡qué consuelo me dais! Creedme, mejor que el consuelo es incluso vuestro acertado consejo. El rey nunca me abandonaría, de eso estoy segura. Hausset, si ya habéis hecho el equipaje, deshacedlo. ¡Nos quedamos en Versalles!

Todo el mundo estaba convencido de que el rey se encontraba ya fuera de peligro, si bien siguió melancólico. Parecía imposible sacarlo de ese estado. Tomaba asiento en una recepción, ante sus invitados, y se quedaba con la mirada perdida, sin decir palabra. Había decidido cambiar de vida y de costumbres, vivir de acuerdo con la piedad, pero de ninguna manera estaba disfrutando de esa existencia.

Los cortesanos se estrujaban el seso por hallar algún comentario ingenioso, cualquier cosa que lo divirtiera. No obstante, por apropiada que fuese una bon mot, ni rastro de sonrisa aparecía en el rostro del rey; hasta los más brillantes comentarios, a lo sumo, le arrancaban un murmullo de aprobación, tras el cual Luis volvía a sumirse en su estado depresivo.

Ni siquiera el propio Richelieu fue capaz de ganarse una sonrisa del monarca. Los relatos de sus múltiples aventuras amorosas no encontraban un atento interlocutor y, a pesar del empeño del duque por contar historias cada vez más escabrosas, no consiguió entretener a Luis.

Eran las ocho de la tarde y se había reunido una pequeña concurrencia en los aposentos privados del rey, en donde Luis, aún convaleciente y vestido con su bata y su gorro de dormir, presidía la reunión. El Delfín y su esposa se hallaban presentes, y aunque era la hora de cenar, nadie hizo ademán de levantarse, hasta que el rey no diera su consentimiento. Diríase que se había olvidado del tiempo; estaba de pie, apoyado en un bastón, mirando por la ventana.

Richelieu se encontraba a su lado, e intentaba por todos los medios, desesperado, divertirle con el relato de una de sus experiencias.

—Esta vez, sire —le decía—, fue madame de Popelinière. Su marido había descubierto nuestra intriga y estaba determinado a ponerle fin, de modo que albergó a su esposa en París, le puso un guardián y de ese modo creyó estar a salvo. Señor, no existía forma humana de entrar en aquella casa. Estaba bien guardada por sus fieles criados. Muchos habrían reconocido la derrota y se habrían dedicado a otros menesteres más placenteros, pero no era ése mi caso.

El rey bostezó y siguió mirando por la ventana.

Richelieu siguió con su relato, como si nadie le hubiese perturbado.

—Y os preguntaréis qué hice yo, sire.

—No lo he preguntado —dijo el rey.

—Sire, estáis debilitado por este ataque reciente y yo tan sólo deseaba ahorraros la fatiga al formular la pregunta por vos. ¿Qué hizo el villano de Richelieu? Señor, adquirí la casa de al lado. Descubrí en qué parte se hallaban los aposentos de la dama. Había una espléndida chimenea en su habitación; en la mía, también. Hice llamar a unos cuantos albañiles y en cuestión de pocos días transformamos las chimeneas en sendas puertas, difíciles de ver para un observador distraído. La visité cada vez que me vino en gana, a cualquier hora del día o de la noche, por ese sencillo conducto. Creedme, señor, si os digo que hoy están a la venta en París copias de la chimenea de madame de Popelinière.

—Os creo —dijo el rey—, puesto que sois perfectamente capaz de tal villanía.

—Sire, me apuesto cualquier cosa a que, cuando os encontréis restablecido del todo y seáis el de siempre, os volveré a contar la historia y os haré reír.

—He oído ya muchas historias como ésa —dijo el rey—. Conozco perfectamente cuántas damas consideran que ser amantes del duque de Richelieu es una de las inevitables obligaciones de la vida cortesana.

—Demos gracias a todo el santoral porque eso mismo no se diga del rey, que es fiel amante de sus súbditas.

El rey no sonrió, y tampoco recriminó al duque. Simplemente, parecía aburrido.

—Veo que la esposa del Delfín tiene hambre. Es hora de que vayáis a cenar, querida.

—Muchas gracias, sire —dijo la esposa del Delfín, y se retiró.

El rey la miró con ojos lánguidos, y de pronto pareció tomar una decisión. Miró a los presentes y vio a una de las damas, la duquesa de Brancas, que llevaba una larga capa.

—Madame —le dijo—, ¿queríais prestarme vuestra capa?

Sorprendida, ella se despojó de la prenda de inmediato.

El rey se la echó sobre los hombros y se retiró. Todos los presentes se le quedaron mirando, boquiabiertos. El Delfín hizo ademán de seguirle, pero nada más salir de la estancia Luis se volvió hacia su hijo.

—¡Deseo estar a solas!

El Delfín hizo una reverencia y volvió junto a los demás.

Se hizo el silencio cuando se reunió con ellos. Pero no cupo duda alguna: en la mente de todos los presentes estaba el lugar al cual encaminaba sus pasos el rey.

—Madame —dijo madame Du Hausset—, alguien ha venido a visitaros.

La marquesa se sobresaltó, sin poder contener un grito de alborozo.

—Querida mía —dijo el rey—, ha pasado tanto tiempo desde la última vez...

Ella se arrodilló a sus pies y le besó ambas manos, humedeciéndolas de inmediato con sus lágrimas. Pero enseguida él hizo que se incorporase.

—Pero si vais en bata. ¡Y sólo lleváis esa capa por todo abrigo! Con el tiempo que hace...

—Mi queridísima amiga —dijo el rey—, no os preocupéis por mi bienestar. Ya me he repuesto del todo.

—¡Alabados sean los santos! ¡Oh, sire, he pasado los peores momentos de toda mi vida!

—Lamento profundamente haber sido el causante de ello.

—No, sire, eso no importa, pues ahora vuelvo a ser feliz.

—Conversemos —dijo el rey—. Nada me complacería tanto.

—Todo lo que plazca a Vuestra Majestad será siempre un gran placer para mí.

—Lo sé, lo sé. Han intentado convertirme en un monje.

Ella lanzó una carcajada, y él se unió a sus cristalinas risas.

—La vida de un rey no es siempre un lecho de rosas —dijo él—. Pero creo que prefiero vivir así, en vez de ser un monje.

—¡Vuestra Majestad... hecho un monje! ¡Oh, no! Eso no podemos permitirlo.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Veros de nuevo me abruma.

—Creo que habéis sufrido tanto como yo.

—Pero habéis venido a visitarme, y soy feliz de nuevo.

—Me escapé de la concurrencia —dijo el rey—. Me resultan de lo más aburridos. Ahora que estoy con vos, me siento más animado. Ahora sí soy capaz de reír de nuevo.

—Sire, ¿puedo invitaros a cenar conmigo esta noche?

—Acepto vuestra invitación con diligencia.

—En tal caso, disfrutaremos de una de nuestras cenas íntimas. Invitaremos sólo a los más divertidos. ¡Cuánto me alegro de no haber permitido que monsieur de Machault me alejase de Versalles!

—¿Machault ha intentado hacer eso?

—Se dio muchos aires de importancia, sire. Le faltó muy poco para gritar... «le Roi est mort», y no perdió ni un instante en rendir sus respetos al Delfín.

—Me desagrada la conducta de Machault.

—Él, junto con d'Argenson, me han causado gran inquietud y bastante humillación.

—¡Eso es imperdonable! —exclamó el rey.

A la marquesa le centellearon los ojos por la inmensa alegría del triunfo, pero no dijo ni una palabra más acerca de sus enemigos. Se trataba de un momento trascendental: ni reproches, ni recriminaciones, sólo trazar planes para el placer del futuro.

No obstante se dio cuenta de que la experiencia lo había extenuado, y su primera tarea fue la de devolverle toda su confianza. A menudo, parecía no preocuparse en absoluto por haber perdido el visto bueno de su pueblo; sin embargo, pensar en que las gentes le odiaban tanto que una parte del pueblo había decidido tramar su asesinato, era para el rey causa de una honda depresión.

La marquesa se apresuró a disipar semejantes impresiones.

—¿Sabéis, sire? —le dijo—. Han sido muchos los que deseaban haceros creer que este horroroso atentado ha sido obra del pueblo, pero nada podría estar tan lejos de la verdad. Ese Damiens es sólo un loco; no ha existido ninguna conspiración contra Vuestra Majestad.

—Ojalá pudiera estar tan seguro como vos.

—Sire, para mí es obvio. Cuando el pueblo tuvo noticia de lo ocurrido, cundió el espanto. Envié a mis sirvientes a París para que hablaran con los parisinos y se enteraran de lo que estaba ocurriendo. No encontraron a uno

solo que no se sintiera ultrajado por lo sucedido. Y sólo expresaron amor hacia vuestra persona. Por cierto, el Colegio de Luis el Grande, de la Compañía de Jesús, estuvo en peligro de ser asaltado por las masas. París entero quedó horrorizado, al igual que el Parlement.

—Me consoláis con la misma finura de siempre.

—Sire, podría decirse que es bueno que esto haya ocurrido, porque ahora habréis de tomar las mayores precauciones posibles para que nunca vuelva a ocurrir nada parecido.

El monarca asentía y sonreía mientras la marquesa trazaba rápidamente sus planes. Tenían que organizar una entretenida velada, digna del rey, que al fin y al cabo hacía tiempo que no disfrutaba de tales placeres. Tal vez una pieza teatral; nada de cartas, pues quizá él hubiese decidido no volver a jugar; nada de bailes, aún no estaba en buenas condiciones. Pero disfrutaría con una pieza teatral, y tal vez ella misma representase el papel principal.

Madame du Hausset oyó las risas de su dueña, mezclándose con las del rey.

«Madame la marquesa tiene verdadero genio —pensó—. Una vez más ha vuelto a salir indemne de una difícil situación».

Y cuando el rey regresó a sus aposentos, todos los que le vieron se percataron de que la melancolía que sentía le había abandonado. Sonreía para sí.

Las noticias se extendieron con rapidez.

—La marquesa vuelve a contar con el favor del rey; Su Majestad la ama con más devoción que nunca.

D'Argenson y Machault oyeron la novedad y se echaron a temblar.

La marquesa debía cumplir dos tareas diferentes. No le procuraban ningún placer, pues le fastidiaba sobremanera granjearse enemigos, pero no era menos cierto que esos dos hombres le habían manifestado a las claras que, siempre y cuando se les permitiera seguir en la corte, serían una constante amenaza para ella.

Asegurarse la caída de d'Argenson no le resultó difícil. En cambio, el rey tenía en gran estima los poderes de Machault.

De todos modos, los insultos que los dos habían proferido contra ella no podían ser pasados por alto, y el rey, que con tanta presteza había terminado con su melancolía, estaba deseoso de recompensar a la marquesa por haber sabido devolver la luz a su vida.

Era verdad que Francia estaba en guerra, que se enfrentaba a una situación muy peligrosa, que debía hacer uso de sus estadistas más taimados y expertos; con todo y con eso, no era posible pasar por alto los insultos de que la marquesa había sido víctima.

El 1 de febrero, d'Argenson recibió su lettre de cachet de parte del rey.

«Monsieur d'Argenson, como vuestros servicios no me son necesarios ya, os ordeno que hagáis llegar vuestra renuncia al despacho del Secretario de Estado para la Guerra, y que os retiréis a vuestra finca de Ormes».

Fue la destitución que tanto temían todos los que, de un modo u otro, confiaban en llegar a lo más alto de la corte.

D'Argenson montó en cólera. Por fin le había llegado la hora. Sabía de sobra que la marquesa habría sido feliz si ese desenlace hubiese tenido lugar con anterioridad. Ahora, se veía muy claro, ella le había ganado la partida. No obstante, estaba perplejo, ya que no hacía siquiera un mes que él creyó haber ganado la disputa.

Madame d'Argenson le ofreció su consuelo.

—Esto no es el final —le dijo—. Después de todo, se puede vivir bien aunque sea lejos de Versalles.

—Madame —respondió él—, me marcharé de Versalles e iré a Ormes tal y como el rey me ha ordenado. Pero no es necesario que vos renunciéis a la vida que lleváis aquí. No habéis sido desterrada.

Madame d'Argenson dio media vuelta y se alejó, contrita. Lo había entendido. Él no iba a necesitarla. Su amante, madame d'Estrades, compartiría con él su destierro.

La carta recibida por Machault fue de naturaleza y estilo bien diferentes. Luis le dio a entender que lo destituía no sin cierto pesar.

«Pese a tener sobradas razones para creer en vuestra probidad, las circunstancias me obligan a pedir os vuestra renuncia. Conservaréis vuestro salario y vuestros honores. Podéis confiar en mi amistad y en mi protección, así como pedirme los favores que creáis oportunos para vuestros hijos».

El rey se sintió claramente incómodo al destituir a un hombre al que había tenido en altísima consideración, pero con eso no hizo sino mostrar cuán hondo era el respeto que la marquesa le inspiraba. La única falta cometida por Machault, a ojos de Luis, había sido humillar a madame de Pompadour; aunque, como bien decía el propio Luis, aunque Machault era un hombre íntegro y capaz, semejante desliz, cometido contra la amiga más querida del rey, había sido suficiente para provocar su destierro.

Fue una lección para la corte en pleno.

Todo el que se propusiera deteriorar la posición de la marquesa cometería una ligereza imperdonable.

Así, después de pasar los días más angustiosos de su vida, la marquesa salió del aprieto fortalecida y más poderosa que nunca.

Luis olvidó pronto su deseo de llevar una vida muy distinta a la que llevaba antes del atentado. No tuvo que pasar mucho tiempo hasta que volvió a recorrer el trayecto que separaba Versalles del Parc aux Cerfs.

Madame Bertrand le saludó con gran placer, y le comunicó que ése era el día más feliz de su vida. No faltó a la verdad en decirlo, ya que había temido la posibilidad de perder su muy lucrativo empleo.

—Y hoy, sire —le dijo—, ¿querréis ver a...?

Luis sopesó las posibilidades.

—Decidme, ¿cómo se encuentran? ¿Qué piensan de mi larga ausencia?

—Piensan simplemente, sire, que habéis estado ausente de la corte. Eso es lo que les dije. Han esperado con gran impaciencia que les anunciara vuestro regreso. Me preguntaban a diario por vos. Todas están bien... salvo Luiseta. Ha pasado una mala racha.

—Lo lamento —dijo Luis, y decidió que como estaba indispuesta no preguntaría por ella en esta visita.

Pero mientras hablaba con madame Bertrand, oyeron que alguien entraba por la puerta y al volverse vieron que se trataba de Luiseta.

Madame Bertrand se puso en pie, con ademán severo e imponente. Las muchachas no estaban autorizadas a entrar en aquella estancia.

Luis se dio cuenta de que Luiseta había cambiado; estaba menos rellenita, y parecían habersele agrandado los ojos. Pero estaba más hermosa, sobre todo cuando una sonrisa de inmensa felicidad iluminó su rostro y exclamó:

—Por fin, mi lord, mi rey, estáis repuesto. Me alegra ver que ese asesino no ha podido haceros daño.

Madame Bertrand se quedó sin habla. Sólo el rey, con su elegancia de costumbre, ocultó la desazón que también le había invadido al comprobar que aquella muchacha conocía su identidad y que acababa de delatarla.

Luiseta se había arrojado ante sus pies, sollozando sin ningún control, a la vez que le besaba la mano.

—Levantaos —dijo madame Bertrand— e id a vuestros aposentos de inmediato.

Luiseta continuó sollozando de alegría sin hacer caso de su orden. Madame Bertrand la cogió por los hombros y la obligó a ponerse en pie de un tirón, sin contemplaciones.

—¿Os habéis vuelto loca? Ni siquiera sabéis lo que decís. Habéis tenido alucinaciones.

—No seáis demasiado dura con la niña —pidió Luis—. Querida, calmaos —dijo a la joven.

—Yo lo sé... sois el rey —sollozó Luiseta—. Vi las cartas que llevabais en el bolsillo. Cuando supe que esa sabandija había intentado mataros... estuve a punto de morir.

—Vamos —dijo Luis—, estáis alterada. Dejad que os lleve a vuestros aposentos, y cenemos juntos. Allí podréis hablarme de vuestras inquietudes, que ya no tenéis por qué sentir. Así lo haremos, ¿eh?

—¡Habéis vuelto! —exclamó—. ¡Estáis bien! Ahora ya no tengo deseos de morirme.

El rey hizo una seña a madame Bertrand, y él mismo subió con Luiseta a sus aposentos. Allí permaneció durante unas horas y cenó con ella.

Cuando se fue, Luiseta se había quedado sumamente tranquila.

Madame Bertrand lo aguardaba, mientras él se disponía a partir.

Temblaba de ansiedad.

—Sire —exclamó—, no conocía yo la maldad de esa muchacha.

—Es una desgracia —dijo Luis—, pero la culpa ha de recaer sobre mí. Fue un descuido por mi parte dejar la casaca en un lugar en el que ella pudo examinar el contenido de mis bolsillos.

—He hecho todo lo posible por preservar el anonimato de Vuestra Majestad.

—Lo sé —dijo el rey—. No deseo que estas muchachas puedan marcharse y hablar con cualquiera de lo que aquí les ha ocurrido; la historia del conde de Polonia... fue una idea excelente. —Luis abrió ambas manos; pareció pesaroso.

—¿Es preciso que la despida, sire?
—No veo que haya otra alternativa.
—Dijo que se volvería loca si no pudiese veros nunca más.
—¿Loca? —dijo el rey—. Esta noche, esa muchacha estaba histérica. Bien se podría pensar que existe una semilla de locura en esa niña.

Madame Bertrand permaneció en silencio.

—Sois una buena mujer, madame Bertrand —prosiguió el rey—. Cumplís bien con vuestro trabajo. No creo que fuese sensato que me encontrara aquí con nuestra amiguita la próxima vez que venga a visitaros.

Madame Bertrand inclinó la cabeza. Lo había entendido. En el fondo, eso era de temer cuando se trataba con las muchachitas de los faubourgs, es decir, que nunca hubiesen aprendido a contenerse, que cuando lloraban se arrancasen los cabellos y hablaran de suicidarse, lo cual resultaba sumamente desagradable para el rey. Tal conducta era tan ajena a la etiqueta de Versalles en la que él se había educado que le resultaba de todo punto intolerable.

Damiens se hallaba tendido en su celda, en la Conciergerie^[14]. Allí había sido conducido desde Versalles. A pesar del dolor que sentía, se encontraba sumido en una especie de trance.

Tenía encadenados los tobillos y las manos; no podía ni siquiera tenderse con una mínima comodidad. Había padecido toda clase de torturas desde aquel día ventoso en que, con la navaja en la mano, abordó al rey.

Habían intentado por todos los medios extraer una confesión de él, pero siempre se rió en la cara de sus torturadores, sin decirles otra cosa que la pura verdad.

—Lo hice por el pueblo y por la gloria de Dios —repetía sin cesar.

Su juicio había tenido lugar en la Grande Chambre^[15] en donde se condujo con gran dignidad. Les dijo con toda sinceridad que no sentía animadversión personal alguna contra el rey, y que sólo había deseado expresar una protesta acerca de sus costumbres licenciosas y, sobre todo, acerca de la mísera condición en que vivía el pueblo.

Lo habían sentenciado a muerte, y la pena tendría lugar de la forma más dolorosa que se pudiera imaginar. Iba a ser descuartizado en la Place des Grève.

Diez mil personas se habían congregado en las calles de París para asistir a la ejecución de Damiens. Estaban en los tejados, asomadas a los balcones.

En la Place des Grèves se hallaba Damiens, conducido desde la prisión para sufrir el más tremendo de los tormentos, aparte de estar presente durante los preparativos de su bárbara ejecución.

Así estuvo mirando, durante media hora, mientras se encendía la hoguera, se terminaba de construir el banco del tormento y se enjaezaba a los caballos.

La muchedumbre contemplaba los preparativos, fascinada y horrorizada. Era una condena a muerte que había sido bastante normal en tiempos de Enrique IV, y que fue aplicada a Ravailiac por haber asesinado al rey. Pero los tiempos habían cambiado; la gente se había vuelto sensible, más civilizada. Los filósofos habían logrado cambiar determinadas opiniones, y muchos ciudadanos fueron incapaces de contemplar tan horrendo espectáculo.

Damiens gimió sonoramente cuando le fueron pinzadas las carnes con hierros candentes; esta tortura duró una hora, a la vez que el plomo al rojo era vertido gota a gota en sus heridas, para causarle el mayor dolor que fuera posible y, al mismo tiempo, prolongar su agonía.

Más muerto que vivo, fue encadenado por anillas de hierro al banco de descuartizar. Le ataron gruesos cordajes a las extremidades, cada una de las cuales fue a su vez afianzada a un caballo salvaje.

Los animales, al huir despavoridos en las cuatro direcciones, no llegaron a terminar el trabajo del todo. El verdugo, en un súbito acceso de piedad, cortó de un tajo el último miembro tembloroso, desgajándolo del cuerpo, que entonces fue quemado.

Fue una visión nauseabunda. La muchedumbre permaneció en silencio. Algunos llegaron a decir después que era increíble que un espectáculo semejante, tan bárbaro, hubiese tenido lugar en el año de 1757.

El rey no deseó tener ninguna noticia de la ejecución: era una de esas desagradables cuestiones, que siempre había intentado ahorrarse.

Cuando oyó que una determinada mujer, con la esperanza de complacerle, había presenciado la ejecución muy de cerca, viendo con delectación cada detalle, se cubrió el rostro con ambas manos y exclamó:

—¡Qué ser tan asqueroso!

Así concluyó el *affaire* Damiens.

Y a medida que las masas se dispersaban, un carruaje traqueteaba por las calles de París. Dentro iba una muchacha pálida, aturdida, con una mujer a su lado.

Luiseta, camino de un manicomio, nunca más volvería a ver el Parc aux Cerfs, ni tampoco al amante en quien descubrió a la persona del rey de

Francia.

El advenimiento de Choiseul

La guerra no se iba desarrollando de manera beneficiosa para Francia. Aunque los soldados franceses tenían fama de ser los mejores del mundo, sus mandos eran quizá los peor preparados, lo cual era debido, sobre todo, a que si ocupaban lugares tan importantes y de tanta responsabilidad no era por su capacidad para cumplir con su deber, sino porque se les había otorgado el mando para complacer a alguien con cierto encanto o no menor influencia, no importaba quién fuese.

Francia necesitaba un hombre fuerte que tomara las riendas de los asuntos de Estado, pero lo cierto era que el país estaba siendo gobernado por una mujer. Una mujer tan inteligente como encantadora, culta y de temperamento artístico —cualidades que nadie ponía en duda, igual que su proverbial finura—, pero que no era capaz de ver más allá de los límites de Versalles; su propósito no era garantizar una posición de seguridad a Francia entre el concierto de las naciones europeas, sino conservar su propia posición en la estima del rey. Por si fuera poco, era bastante incapaz de comprender a fondo la estrategia que se necesitaba en las peligrosas relaciones diplomáticas con el resto de los países.

Sus amigos deseaban alcanzar toda clase de honores. Ella amaba a sus amigos, cómo no, y deseaba demostrarles que podían contar con su amistad; en consecuencia, recibían los honores deseados, al tiempo que Francia perdía batallas sin cesar.

El príncipe de Soubise le había manifestado su lealtad cuando ella vio peligrar su precaria situación después del asunto Damiens, y como deseaba darle muestras de su gratitud, el príncipe de Soubise fue nombrado comandante del Ejército.

Soubise era tan frívolo como afeminado: y, bajo ningún concepto, era el hombre indicado para cumplir con tan alta responsabilidad; así partió a la guerra provisto de todo, salvo de un espíritu militar. Al Ejército tenía que seguir buen número de barberos, ya que la moda de Versalles exigía que sus servicios fuesen muy necesarios. Soubise, y otros muchos como él, no tenían

la menor intención de cambiar de costumbres por el mero hecho de estar en guerra. Era preciso dar entretenimiento a los soldados; por ello, los actores itinerantes siguieron también al Ejército. Tenía que haber además mujeres, por descontado, y a los soldados se les veía, en todas las ciudades por las que pasaban, con sus amantes del brazo. Las mujeres necesitaban a su vez las comodidades de París; por lo tanto, las acompañaban las modistas, los parfumeurs y hasta los sastres, sin contar a los inevitables peluqueros.

Ningún oficial habría pensado siquiera en presentarse a cumplir su deber hasta no tener la peluca bien rizada y empolvada. Había salido la moda, gracias a la corte, de que los hombres se dedicasen al bordado; a muchos oficiales se les veía con sus bastidores de bordar mientras sus amantes tocaban instrumentos musicales para entretenerles, al tiempo que cantaban o bailaban, cuando no se limitaban a coser también sus bordados al lado de ellos.

Todo esto, sin dejar de ser tan colorido y casi tan placentero como estar en París o en Versalles, de poco o más bien de nada, serviría a la hora de ganar la guerra.

Los ingleses y los hanoverianos, duros y curtidos, eran mucho menos elegantes y mucho más militares.

La incompetencia de Soubise quedó al descubierto en Rosbach, cuando los veinte mil hombres de Federico de Prusia lograron la victoria sobre sesenta mil soldados a las órdenes del príncipe.

—El Ejército de Francia —comentó después Federico—, parecía a punto de lanzar un ataque contra mí, pero no sólo no me hicieron el honor, sino que huyeron en desbandada con la primera descarga de nuestros cañones. No me dejaron echarles el guante.

El terreno conquistado ofreció un panorama extraordinario al Ejército de Federico. Los barberos habían huido, dejando atrás las pelucas y los polvos; los parfumeurs habían abandonado sus frascos, los oficiales sus bordados, las mujeres sus prendas más de moda.

No hubo botín que contentase a los soldados de Prusia, que carecían del concepto de elegancia prevaleciente en Versalles y en París; los perfumes, los rulos y las delicadas prendas de mujer no tenían para ellos ningún sentido; los encajes sólo les sacaban de quicio, ya que los prusianos no estaban educados para apreciar los bordados.

Federico se mostró amable con los prisioneros que capturó, disculpándose por la imposibilidad de mantenerlos en un estado similar al que se habían acostumbrado.

—Caballeros —les dijo—, debéis perdonar mi falta de preparación. No esperaba vuestra visita tan pronto, ni tampoco en tal cantidad.

Soubise, desesperado, escribió a Luis. «Me dirijo a Su Majestad siendo presa de una gran desesperación. La derrota de vuestro Ejército ha sido absoluta».

La noticia de la derrota de Rosbach se recibió en París con asombro y pesimismo, aunque los irónicos parisinos no tardaron en reírse: se reían del rey, por permitir que la marquesa nombrara a sus generales, y se reían de Soubise por su manifiesta incompetencia.

Como de costumbre, expresaron sus sentimientos con cantinelas y epigramas; los cuentos acerca de Soubise y de la batalla de Rosbach circularon pronto por los cafés.

Las caricaturas se hicieron muy populares. Una en concreto retrataba a Soubise con un farol en la mano, buscando a su Ejército, mientras debajo se leía el rótulo siguiente: «¿Dónde está mi Ejército? Creo que alguien me lo ha robado. O lo he dejado fuera de su sitio. ¡Ah, alabado sea el Cielo, ahí está! ¡Maldición! ¡Si es el enemigo!».

En otra, aparecía Federico contemplando cínicamente a un Soubise encadenado. «¿Qué prisionero es éste?, —decía Federico—. ¡El príncipe de Soubise! Liberadlo de inmediato. Nos será mucho más útil si sigue al mando de los franceses».

No obstante, bajo el cinismo de estos comentarios era perceptible una gran intranquilidad.

—¿Qué estamos haciendo en el mismo bando que Austria? —se preguntaban las gentes—. ¿No han sido siempre los austriacos enemigos de Francia?

La esposa del Delfín llegó al extremo de visitar personalmente a la marquesa.

—Os lo ruego —exclamó—, dejad de nombrar generales, madame.

Pero la marquesa nunca se había sentido tan segura de su poder como en esta época. Cuando volvía la vista atrás y repasaba los años vividos, al comprobar que siempre había salido sana y salva, e incluso fortalecida, de las vicisitudes de Versalles, no le cabía la menor duda de que ella sabría guiar a Francia a la victoria. Llegó incluso a estudiar los mapas y a trazar planes de acción. Cuando Bernis, ministro de Asuntos Exteriores, abrumado por la derrota de Rosbach, le insinuó la conveniencia de proponer al enemigo un tratado de paz, y cuando el rey reconoció que estaba ya hastiado de la guerra,

la marquesa siguió determinada a continuar. Se había situado al frente de los partidarios de la guerra.

«Los que abandonan la partida son los que pierden», decidió.

Había que proseguir la guerra.

Otro de los generales de Francia era el duque de Richelieu, que había recibido el mando del rey simplemente por su contrastada capacidad para entretenerle.

Podría parecer extraño que este roué ya envejecido, e incluso achacoso, hubiera querido ir a la guerra, siendo como era un amante del lujo y de la elegancia. Pero tenía sus propias razones. A lo largo de su extravagante vida, debido a sus derroches, había contraído un montón de deudas; y aunque por el momento iba logrando mantener a raya a sus acreedores, se había dado cuenta de que no podría seguir así indefinidamente. Tenía que engrosar sus arcas. Y se hizo a la idea de que yendo a la guerra, y derrotando a sus enemigos, regresaría con el botín a Versalles convertido de nuevo en un hombre muy rico.

De este modo, mientras Soubise desplegaba sus debilidades ante los prusianos, pecando tal vez de idealismo, aunque fuese un incompetente redomado, Richelieu se dedicó a realizar incursiones no tanto contra los ejércitos enemigos, sino más bien contra los civiles.

Tales métodos, aunque eran seguidos con buen ánimo por algunos de sus oficiales, que se aprovechaban al sacar tajada de las ganancias, crearon sin embargo una alarmante falta de disciplina entre las tropas del duque de Richelieu. A la sazón, una vez tuvo ganancias suficientes para quedar satisfecho y para satisfacer a sus acreedores, Richelieu se retiró del ejército y regresó a la corte, dispuesto a construir para su propio disfrute un fantástico palacete en París.

Los parisinos, al ver cómo ganaba cada día en esplendor, le llamaron «La bandera de Hannover».

Con el retiro de Richelieu, Luis de Borbón, el conde de Clermont, ocupó su puesto. La elección del conde para tan destacado puesto fue recibida con incredulidad e incluso con burlas en toda Francia. A sus cincuenta años de edad, era biznieto del famoso Conde, así como abad de Saint-Germain-des-Prés. Aunque había tomado los hábitos, era hombre famoso por su libertinaje; lo cierto era que se había destacado en la guerra, a las órdenes de Mauricio de Saxe, si bien demostró de inmediato que, pese a ser un hombre capaz de

trabajar a las órdenes de un gran comandante, estaba poco o nada preparado para ser él quien diera las órdenes.

Carente de toda visión de futuro, no se dio cuenta de cuál era la cuestión más importante; tan sólo le preocupaban los detalles, y fracasó estrepitosamente en Crefield, tal y como Soubise había fracasado en Rosbach, quizá porque tuvo enfrente al «Ejército de Operaciones», a las órdenes del inglés Pitt, y a las tropas de Fernando de Brunswick.

Los franceses se hallaban en una situación desesperada.

Hubo que tomar medidas de tipo económico en Versalles para hacer frente a los desastrosos costes de la guerra. Así pues, se hizo especial hincapié en mostrar una gran generosidad en la reducción de toda extravagancia. Muchos de los planes arquitectónicos del rey y de la marquesa quedaron en suspenso, y se suprimieron las representaciones teatrales; para paliar el aburrimiento, aumentó la intensidad con que se jugaba a las cartas. Pocas cosas producían mayor alegría al rey que jugar a las cartas con apuestas desmesuradas, ya que si bien el tesoro debía reducir las deudas de un modo u otro, él sí se embolsaba las ganancias.

Deseoso por estar al frente del Ejército, el Delfín contemplaba con inquietud el estado de la situación. Siempre se había imaginado como un gran soldado, y se hallaba convencido además de que el momento de que alguien como él salvase a Francia del desastre había llegado.

La esposa del Delfín también estaba segura de que su marido era el hombre más indicado.

Siempre le había respaldado con todo su corazón. La pobre María-Josefa sufría mucho: madame Dadonville había dado un hijo al Delfín, y el pequeño Augusto Dadonville era motivo de gran alegría para su padre.

A pesar de todo, María-Josefa intentaba no reprochar su conducta a su marido, y jamás hacía referencia a madame Dadonville. En cuanto al Delfín, estaba al tanto de la magnanimidad de su esposa, y sentía un intenso anhelo por escapar de ella. ¿Alcanzaría su deseo con mayor elegancia que yéndose al frente?

Habló del asunto con su padre.

—Padre, ¿qué está ocurriendo con nuestros ejércitos? —dijo—. Nuestros soldados son destrozados una y otra vez debido a la manifiesta inferioridad de los mandos. ¿Quién podría darles más fuerza y mejor inspiración que vuestro hijo legítimo, su Delfín?

El rey analizó a su hijo, aunque con cara de póquer. El Delfín se había enfrentado a su padre en más de una ocasión: se había situado, sin dudarlo un instante en el bando de los jesuitas y había manifestado abiertamente sus críticas contra madame de Pompadour. Desde luego, mientras se prolongó la indisposición del rey después del atentado perpetrado por Damiens, se había comportado con decoro al menos hasta cierto punto, si bien su comportamiento podría ser sólo debido a su percepción del estado de ánimo prevaleciente en el pueblo, que había mostrado por entonces un insólito afecto por su padre.

No, al rey desde luego no le agradaba su hijo en demasía. No confiaba en él.

Y por si fuera poco, madame de Pompadour ya había nombrado al duque de Broglie sucesor de Clermont al frente del Ejército.

—Vuestra solicitud me llega a lo más hondo —dijo el rey con segundas—, pero no debéis dejar que el pánico os venza, hijo mío. La guerra se ha vuelto en contra de nosotros, pero las actividades apenas han comenzado. No olvidéis en qué posición os encontráis. Sois el heredero del trono. Nunca permitiría que afrontaseis tan graves peligros. De ninguna manera, hijo mío, si bien me complace sobremanera saber que sois de la misma naturaleza guerrera que vuestros antepasados. Os prohíbo que abandonéis la corte.

El Delfín salió furioso de los aposentos del rey, para ir a los de su esposa.

—El destino de Francia —exclamó— sigue estando en manos de esa mujer.

En todo el país, eran muchos los que, con notable aprensión, pensaban que tenía razón.

Convencido de que Francia se aproximaba poco a poco a uno de los momentos más desastrosos de su historia, el abad de Bernis, teniendo en cuenta la expresa decisión de la marquesa, es decir, no firmar la paz, sentía dos deseos distintos: el primero, conseguir el capelo cardenalicio; el segundo, renunciar a su puesto, o al menos contar con un ayudante.

Bernis siempre había pensado que el capelo cardenalicio sería como una especie de paraguas que lo protegería de todas las tempestades que pudieran amenazarle.

A duras penas podría ser considerado un hombre ambicioso; los honores le habían llegado uno a uno, sin que los hubiera obtenido por méritos propios y sin empeñarse en lograrlos. Había nacido en la pobreza, pero logró hacer una considerable fortuna, y con eso se habría dado por satisfecho. Pero como

el rey le había escogido personalmente para que enseñara a la marquesa de Pompadour —a madame d’Etioles, pues así era conocida entonces— los modales propios de la corte de Versalles, la marquesa lo escogió a su vez como amigo, y de ese modo había llegado a ser uno de los más importantes ministros de Francia.

Al igual que muchos de sus compatriotas, era un hombre de exacerbada sensualidad, habiéndose convertido en una especie de libertino, que alcanzó notoriedad por haber tenido una historia de amor nada menos que con madame la infanta, la hija mayor de Luis.

Asimismo era un hombre que siempre se encontraba prendado de las mujeres, e incluso sometido a ellas. Madame la infanta le expresó sus exigencias en su día, y ahora era madame de Pompadour la que había dispuesto por qué camino debía transitar.

A pesar de todo, anhelaba la paz, pues le abrumaba la trágica situación en que se hallaba su país, y no veía en el futuro más que las derrotas ya sufridas en el continente, por no hablar de la pérdida del imperio colonial francés a manos de los celosos colonos ingleses. Los franceses ya habían perdido algunas posesiones en Canadá y en la India, mientras que otras muchas se hallaban en una situación muy comprometida.

Así, a pesar de la marquesa, desplegó toda su elocuencia ante la reunión del Consejo: se mostró partidario de iniciar las conversaciones de paz.

Señaló incluso el hecho de que Clive estaba saliéndose con la suya en la India, sin contar con que Luisiana y Canadá necesitaban ayuda urgente.

Los miembros del Consejo titubearon. La paz parecía la única respuesta a sus dudas.

Pero a la marquesa no se le derrotaba con facilidad.

Madame de Pompadour estaba sentada con tres de sus damas de compañía, tres de sus mejores amigas. Las tres eran de Lorena: madame de Mirepoix, madame de Marsan y la duquesa de Gramont.

Cada una de ellas se había beneficiado de la amistad de la marquesa; madame de Mirepoix era su *confidante*, madame de Marsan había obtenido el puesto de institutriz de las hijas del rey, y la duquesa de Gramont era, como madame Mirepoix, depositaria de las confidencias de la marquesa. La duquesa no había alcanzado aún la posición que se había propuesto gozar en la corte, pero sin duda era la más ambiciosa de las tres.

Con sus amigas, la marquesa estaba comentando la debilidad manifestada por Bernis, y el modo en que había desbaratado sus deseos por medio del

discurso que pronunció ante el Consejo, a resultas del cual casi se habían iniciado las conversaciones de paz.

—Jamás olvidaré, gatita mía —estaba diciendo la marquesa—, que después del asunto Damiens, cuando estaba yo a punto de abandonar Versalles para siempre, me dijisteis que quien abandona la partida la está dando por perdida. Y eso es lo que el cobarde de Bernis se propone hacer ahora.

—Necesitáis a un hombre fuerte al frente de los asuntos de Estado —dijo la duquesa de Gramont.

—Desde luego, ya lo creo —repuso la marquesa—. Pero me pregunto dónde se han metido en la actualidad los hombres fuertes de Francia.

—Yo conozco a uno que ahora está al servicio de su país en el extranjero, pero que de buena gana asumiría la ocasión de prestar esos mismos servicios desde aquí.

La marquesa dedicó una amplia sonrisa a la duquesa. No tuvo ninguna necesidad de preguntar quién era ese hombre, ya que tenía plena conciencia de la devoción existente entre la duquesa y el hermano de ésta.

El conde de Stainville había llevado a su hermana a la corte algunos años antes. Formaban una pareja muy unida; según se comentaba, demasiado unida.

Aunque la duquesa había sido chanoinesse en un convento, vida para la cual no sólo no tenía aptitudes, sino tampoco la debida vocación; y aunque el conde se había propuesto ascender hasta la cúspide del poder en la corte, los dos vivían juntos abiertamente, sin ocultarlo a nadie, con el consiguiente asombro de quienes los veían.

Stainville había sido de grandísima ayuda a la marquesa en el asunto de Choiseul-Beaupré, y desde entonces ella había decidido convertirle en su firme aliado. Su hermana se había convertido en su buena amiga, y él tenía sus misiones diplomáticas. No obstante, era natural que un hombre como Stainville tuviese miras más altas que el simple puesto de embajador, ya que además deseaba estar en Versalles con su hermana. La virtuosa y bellísima esposa que la marquesa le había proporcionado le había acompañado en su misión diplomática, aparte de haber puesto su inmensa fortuna a su entera disposición y de perdonarle sus muchas aventuras amorosas extraconyugales. Aparte de ser tan virtuosa, tenía un encanto excepcional.

Stainville, no obstante, estaba persuadido de que ninguna mujer llegaría a compararse con su alta, ampulosa y ambiciosa hermana. Le había encontrado

asimismo un viejo esposo, el duque de Gramont, al cual abandonó poco después de celebrarse la boda.

—¿Y bien? —preguntó la marquesa con una sonrisa.

—Me refiero, por supuesto, a mi hermano —dijo la duquesa—. Está ansioso de tener la oportunidad de emplear su indudable talento allí donde mejor pueda servir a Francia.

La marquesa quedose pensativa.

Era la respuesta, cómo no. Traer a Stainville a la corte, y que sustituyera a Bernis. Ya había demostrado antes que era un fiel amigo de la marquesa: que siguiera siéndolo.

El conde de Stainville había regresado de Austria para ocupar el puesto de Bernis, que recibió por su parte el capelo cardenalicio y fue enviado a Soissons. Stainville fue nombrado duque de Choiseul, y con este hombre tan brillante como enérgico regresó la esperanza a Francia.

Choiseul era brillante: nadie lo ponía en duda. Bastante feo, tenía sin embargo tal encanto que en cualquier reunión social se convertía de inmediato en el centro de atención.

De baja estatura, aunque esbelto, con la frente muy despejada, ancha, los ojos pequeños, pelirrojo y unos labios gruesos, pero quizá su nariz pequeña y retroussé era la que daba a su rostro un aire de comicidad que, en cualquier otro hombre, le habría dejado sin dignidad alguna.

Extremadamente ingenioso; a menudo, lo era con crueldad. Sus aventuras amorosas habían sido tan innumerables quizá como las de Richelieu, aunque a ninguna mujer había llegado a profesar el desmedido afecto que sentía por su hermana. De una extravagancia enorme; tenía la fortuna de que su esposa era una de las mujeres más ricas de toda Francia. Su generosidad rayaba en la intrepidez. Todo el que fuese a visitarle a la hora de la cena sería invitado a gustar lo que se sirviera en su casa. Por este motivo tenía dos amplias mesas en su salón comedor. La primera estaba preparada para treinta y cinco comensales, nada menos; caso de que se sumaran otros invitados sin haberse anunciado, se preparaba de inmediato la segunda.

Muchos decían que era ateo, aunque de vez en cuando se dejaba ver en las ceremonias religiosas; no obstante, estaba claro que lo hacía sólo por respeto a las convenciones sociales. Tenía un tremendo respeto por el intelecto, y buscaba a sus auténticos amigos entre filósofos y librepensadores, a los que acogía en su casa de mejor grado que a aquellos de talante más religioso.

Mantenía una correspondencia regular con Voltaire, y siempre estaba dispuesto a estudiar las nuevas ideas.

Era un hombre bien considerado en casi todos los bandos, con una confianza suprema en su propia capacidad a la hora de labrarse la fama y de librar a Francia del marasmo del fracaso en el que parecía hundirse a ojos vista. No le importaba en absoluto la opinión de los demás.

Hacía el amor con ardiente pasión con todas las mujeres cuyos encantos le hubieran atraído, si bien las suyas eran aventuras de corta duración. Nunca hizo el menor intento por disimular la relación que mantenía con su hermana. No cabe duda de que creó una nueva costumbre en la corte. Muchos galanes que tenían por hábito apuntarse a las nuevas modas, dieron en profesar un desmedido amor a sus hermanas.

En algunos sectores, a Choiseul se le llamaba con ironía Tolomeo, por la dinastía de los reyes egipcios que se desposaron con sus hermanas.

El duque d'Ayen dijo a madame de Pompadour que le gustaría muchísimo seguir la moda, pero que como tenía tres hermanas le resultaba muy difícil elegir, porque las tres carecían de encanto.

A Choiseul le agradaba la crítica. Tenía una inmensa confianza en sí mismo y en su futuro. Era capaz de pasar la mitad de la noche dedicado a los placeres de la carne y estar al día siguiente listo para desplegar su tremenda energía en los asuntos de Estado, una energía en modo alguno deteriorada por los desmanes de la noche anterior.

Era creencia general que, a menudo, en los momentos de mayor presión, aparecía el hombre más indicado, un hombre de genio, en cuyas manos podía depositarse el timón del Estado, que parecía a punto de encallar en los acantilados de la derrota, el hambre y, quizá, la revolución.

Luis pensó que había encontrado a ese hombre, y que era el duque de Choiseul.

Mademoiselle de Romans

Luis procuró casi a la desesperada olvidar la guerra y los problemas que suponía y, siendo como era, halló naturalmente su mayor consuelo entre las atractivas jovencitas que Le Bel le fue buscando.

La mayoría de ellas llegaba por medio del Parc aux Cerfs, aunque algunas le entusiasmaban de tal manera que las separaba del establecimiento para colocarlas a cada una en una casa propia.

Mademoiselle Hainault era hija de un próspero comerciante. Su deslumbrante belleza había llamado la atención de Le Bel; como hasta los prósperos comerciantes entendían las inmensas ventajas que podían derivarse del hecho de que una de sus hijas fuese entregada al rey, su familia no puso el menor impedimento. Sí insistieron, no obstante, en que al ser hija de una respetable familia de clase media, de ninguna manera podía ser una de las internas del Parc aux Cerfs.

Tras haber visto a la muchacha, a Luis le pareció razonable la exigencia de sus padres. De esa forma, mademoiselle Hainault tuvo casa propia; cuando al cabo de unos años Luis se hubo cansado de ella, le dio por marido un marqués. Ella, por su parte, dio dos hijas a Luis.

Otra jovencita que recibió muy especiales favores fue la hija ilegítima del vizconde de Ravel, Lucía-Magdalena d'Estaing, que también dio dos hijas al rey.

Madame de Pompadour contemplaba con benignidad tales relaciones, ya que así el rey se entretenía, sin que ella sintiera ni la más mínima señal de aprensión. Sabía de sobra que como las consecuencias del atentado de Damiens habían provocado la caída en desgracia de hombres tan poderosos como d'Argenson y Machault, muy valiente tendría que ser el hombre o la mujer que desafiara su poderío.

Ahora bien, hasta la marquesa, siempre atenta y vigilante, comenzó a percatarse de que el rey no visitaba ya el Parc aux Cerfs con la misma codicia que en otros tiempos, por lo cual comenzó a sospechar que había vivido un exceso de grisettes.

De ser cierto, ello sólo podía significar que el peligro era inminente, ya que cabía la posibilidad de que una dama de la corte, ayudada por algún poderoso benefactor suyo, requiriera las atenciones del rey.

Temía que Le Bel, al buscar a las mujeres capacitadas para complacer a su amo, las eligiera de acuerdo a sus gustos: nada más razonable. ¿No podría ello dar por resultado un torrente de jovencitas de características muy similares, que inundaría el Parc aux Cerfs? ¡No era de extrañar que Luis empezara a cansarse de ellas!

Así, era preciso encontrar una belleza de una clase radicalmente distinta. La marquesa decidió que enviaría a sus propios exploradores en busca de tal mujer.

Ordenó llamar a Sartines, teniente de la policía, y le dijo que registrara París de arriba a abajo en busca de una muchacha que fuese hermosa, pero no de una hermosura convencional; era preciso que tuviese algún rasgo asombroso en su presencia física; dicho de otro modo, debía tratarse de alguien que sobresaliera por ser distinta de las demás.

Sartines entendió que éste iba a ser uno de sus deberes más importantes. Con un mínimo de sensatez, tenía que complacer a la marquesa, por lo cual dio de inmediato comienzo a la búsqueda.

La tarea iba a ser difícil, ya que las inagotables aventuras del rey parecían haberle llevado a conocer a todas las mujeres, de todas las formas y tamaños posibles.

Un día se hallaba en una casa de juego, hablando con la propietaria, que le refería su nostalgia por la infancia pasada en Grenoble.

—Ah, monsieur... ¡Si mis padres me vieses ahora! ¡Qué diferencia...! Aquella casa tan apacible, en la plaza. Un padre tan estricto, atento siempre a cuidar de sus hijas... ¿Y qué ha sido de todo eso? Una de ellas ha terminado en París, al frente de una casa de juego.

Sartines asintió. Era una mujer muy hermosa, y él no se sentía de humor para probar suerte en las mesas de juego. La invitó a beber y ella aceptó de buena gana, pero él se dio perfecta cuenta de que sus pensamientos estaban muy lejos, en aquella apacible casa de Grenoble.

—¡Ah, ya lo creo! Mi padre sí supo cuidarnos, a mí y... a mi hermana. Ojo, que a ella sí tuvo que cuidarla con mucha atención. Fui a verles, a los dos, hace tan sólo unos meses. Tuve que hacerme pasar por una mujer muy respetable, claro está. Ni hablar de la casa de juego, monsieur teniente. De haberle hablado de todo esto, jamás me habría permitido ver a mi hermana. Es

bellísima, tan bella que nunca he visto nada igual. Es como una de las estatuas que suelen verse en los jardines. De hecho, es la mujer más alta que conozco.

—La mujer más alta que conocéis... —murmuró el teniente—. Decidme, ¿qué estatura tiene mademoiselle?

—Mademoiselle de Romans mide un metro noventa, os lo juro. Es exacta a esas diosas de mármol. Siempre había pensado que no podía existir una mujer semejante, más alta que todas las demás, perfectamente formada, con los ojos y el cabello negros. Mi hermana es una diosa, monsieur. Si la vieseis, podríais entender a la primera por qué no se le permite salir de casa sin carabina.

—Si la viese, seguro que estaría de acuerdo con vos —dijo el teniente sonriendo.

Estaba decidido a verla... sin dilación.

Tan pronto puso Sartines los ojos en mademoiselle de Romans se dio cuenta de que la búsqueda que madame de Pompadour le había encomendado había concluido.

La vio en compañía de sus padres. El magistrado de Romans era a ojos vista un hombre tan severo como farisaico, pero el teniente no experimentó mayores escrúpulos. Los honores a los que iba a acceder convirtiéndose en la amante del rey eran iguales a los que mademoiselle de Romans podría obtener por medio de cualquier matrimonio que lograra hacer en Grenoble, siempre y cuando se contabilizaran los honores mediante las ganancias materiales; el teniente quedó convencido de que el magistrado de Romans no tendría otra escala para medirlos.

Pidió ser invitado a la casa, aduciendo que había llegado de Versalles a tratar un asunto de la máxima importancia. La palabra mágica, «Versalles», le abrió las puertas de inmediato. Mientras degustaban una copa de vino, el teniente dijo:

—Vuestra hija es la joven más bella de Grenoble, y quizá de toda Francia. El magistrado parecía complacido.

—¡Qué preciada pertenencia! —siguió diciendo el teniente—. Y está claro que no sólo es bella, sino también virtuosa.

—La hemos guardado como es debido —dijo el magistrado—. De todos modos, monsieur, ¿os parece que hablemos del asunto que os trae por aquí?

—Ella es mi asunto, monsieur de Romans. Quiero llevarla a Versalles.

—¿Con qué propósito?

—Eso dependerá de vuestra propia hija. Podría hacerse acreedora a una envidiable posición en la corte, monsieur. Por otra parte, es un pecado que oculte al mundo entero una belleza tan sobresaliente y virtuosa como es la suya, por no hablar de impedir que ella goce de las ventajas que sus propios méritos podrían depararle.

Monsieur de Romans apoyó ambos codos sobre la mesa y miró con fijeza al teniente.

—Mi hija tiene muchísimos pretendientes, monsieur. No hay uno solo que hasta la fecha me haya parecido digno de ella. Me haría falta una proposición excelente antes de ponerme a considerar vuestra sugerencia. Debo pensar en el futuro de mi hija.

—Sois un padre muy sabio, monsieur. Hagamos un trato. Dejad que me la lleve a Versailles, desde luego que con el mayor decoro, por descontado. Puedo aseguraros que no existirá la menor dificultad para que el rey se fije en ella. Por si fuera poco, estoy convencido de que en el momento en que el rey mire a mademoiselle de Romans, se sentirá tan extasiado ante su belleza que, sin la menor duda, él mismo os hará esa excelente proposición en la que tanto insistís.

—Tendría que ser una proposición sumamente excelente —dijo el magistrado.

—Dispongámoslo de este modo. Llevadla a Versailles. Si la... proposición no es de vuestro gusto, podéis traérosela de nuevo aquí para que siga llevando su vida de reclusión. Estoy convencido de que a la larga encontrará un marido digno entre la alta burguesía de Grenoble. Eso sería sin duda muy satisfactorio para una joven dama de su posición en sociedad, para alguien que no tenga grandes ambiciones, en realidad.

Los ojos del abogado brillaron de codicia y determinación.

Su hija iba a marcharse a Versailles. Previo un futuro brillante, en aras del cual tanto él como su esposa tendrían que tragarse sus escrúpulos y los reparos que pudiera producirles el hecho de que su hija contrajera una unión no bendecida por la Iglesia. Pero era imposible predecir si esa unión no terminaría por desembocar en un espléndido matrimonio con un miembro de la haute noblesse. ¡Qué distinto sería ese futuro en comparación con el que le habría tocado en suerte si hubiese continuado residiendo bajo cobijo, en Grenoble!

Nada más verla, el rey quedó encantado.

Dijo que parecía una diosa, que era Minerva personificada, con sus perfectas formas; una mujer que destacaba por encima de todas las demás en lo tocante a la perfección de su físico, alguien que no podría ser de este mundo.

Sartines informó al rey de que su padre era un magistrado sumamente respetable, y que, por tanto, no permitiría que su hija pasara a ser una de las internas del Parc aux Cerfs.

—Por supuesto que no —dijo el rey—. Disponed un establecimiento privado para ella. De inmediato. Y que sea tan lujoso que pueda complacer a sus padres, ya que siento por ellos un gran agradecimiento, toda vez que han traído al mundo a semejante hija.

Aún no tenía diecinueve años de edad, y estaba perpleja por el modo en que su suerte había cambiado. Tenía una muy buena educación, hecho que sin duda habría intranquilizado a la marquesa si lo hubiese llegado a saber. Por otra parte, la ternura y el encanto de su real amante vencieron pronto su resistencia inicial. De inmediato se sintió a sus anchas, gracias a la elegancia del talante del rey. Debía olvidarse que era el rey, le dijo Luis. Cuando estuvieran juntos los dos, él iba a ser Luis de Borbón, y a cada día que pasara iba a estar más enamorado de mademoiselle de Romans.

Sartines había coronado con notable éxito la búsqueda de una muchacha que fuera distinta de los preciosos juguetes que complacían a Luis sólo durante una breve temporada.

Luis creía que esa inteligente y joven amazona tendría siempre la capacidad de deleitarle.

Estaba convencido de que jamás se cansaría de ella.

Era gentil por naturaleza, y eso le atraía; él no pedía imposibles, aunque en ningún momento se olvidó de que no era una grisette, sino la hija de un respetable magistrado.

Luis ansiaba hacerle regalos en abundancia. Dispuso enseguida de un magnífico carruaje privado en el que se paseó por las calles de París, arrancando de quienes vieron su estatuaría belleza muchos comentarios de admiración. Debido a su notable estatura, nunca llevaba el cabello recogido en lo alto, sino suelto sobre los hombros. Las mujeres de París no tardaron en seguir su moda, y comenzaron a peinarse à la Romans.

La gente se acercaba paseando a su deliciosa residencia de Passy para verla, para fijarse en lo que llevaba puesto, en el peinado que se había hecho.

Por todo París y por Versalles empezó a llamársele la petite maîtresse, apelativo que en parte se le dio con cierta ironía y, en parte, para diferenciarla

de la grande maîtresse, madame de Pompadour.

Madame de Pompadour sonreía con gracia a la recién llegada, aunque al cabo de un tiempo comenzó a preguntarse si Sartines no se habría excedido en el celo con que cumplió el deber de encontrar a una jovencita distinta de todas las demás.

¿Fue tan sensato y aconsejable por su parte como había pensado al principio dar semejante orden?

Como tenía informadores en todos los rincones, y como lógicamente no pasó por alto la residencia de mademoiselle de Romans, se enteró de que la petite maîtresse del rey a menudo le recibía reclinada sobre un diván de tafetán, totalmente desnuda, si bien su cabellera era tan larga que le formaba una ondeada túnica entre negra y azulada, a través de la cual su piel alabastrina relucía como las estatuas de los jardines de Versalles.

La marquesa contuvo una mueca de dolor. Debía mantenerse vigilante y no perder de vista a la petite maîtresse.

El duque de Choiseul estaba deleitado por la buena suerte que le había salido al paso.

Se había colocado al frente de los ministerios de Asuntos Exteriores, de la Guerra y de la Marina; como el país seguía estando en guerra, era, casi de hecho, el hombre más importante y poderoso de Francia.

De naturaleza optimista, se negaba a deprimirse a raíz de una derrota; tenía una fe ilimitada en sus propios poderes a la hora de gobernar y, al margen de los desastres que pudieran caer sobre Francia, estaba seguro de que él, el gran Choiseul, el hombre del momento, lograría llevar a su país a la gloria y capear todos los temporales.

Estaba totalmente entregado a la causa de Austria por ser natural de Lorena; y como el marido de María Teresa de Austria era el duque de Lorena, existía una cierta conexión que lo relacionaba personalmente con la casa imperial. Estaba decidido a mantener y salvaguardar la alianza, por muy impopular que pudiera ser.

Era un hombre veleidoso con gran ingenio, por tanto capaz de entusiasmar al rey. Si los asuntos del país se hallaban en una situación de suma insatisfacción, Luis prefería verlos desde un ángulo optimista, le agradaba estar en compañía de hombres como Choiseul, capaces de tomarse a la ligera los problemas de Francia y de insistir en las perspectivas más halagüeñas, de infundir el contento en el espíritu de Luis y de hacer posible que continuara dedicándose a sus placeres, sin ningún remordimiento de conciencia.

Choiseul había logrado la firma del tercer Tratado de Viena, por el cual prometió a María Teresa la ayuda de cien mil soldados franceses. Por el Tratado la emperatriz se aseguró que Francia no firmaría ningún tratado de paz hasta que Federico de Prusia no hubiese devuelto Silesia a Austria. No fue por tanto de extrañar que María Teresa quedara más que satisfecha con ese tratado, en particular porque a cambio de todos estos beneficios no se le exigía ayudar a Francia en su guerra contra Inglaterra. No obstante, Choiseul había obtenido la lealtad de la zarina Isabel, ya que Rusia sí estaba dispuesta a ayudar a Francia contra sus enemigos.

La marquesa persuadió al rey de que Choiseul era el estadista más brillante que había tenido Francia desde los tiempos de los cardenales Richelieu y Mazarino.

Entretanto, Choiseul eligió con sumo cuidado a sus subordinados, a hombres en los que podía confiar por completo. Muchas de sus acciones fueron más arriesgadas que brillantes. Llegó a intentar una invasión de Inglaterra, olvidando con su entusiasmo del proyecto el tremendo poder de la flota inglesa. Los escuadrones franceses fueron miserablemente derrotados siempre que se lanzaron el ataque, y el resultado fue una catástrofe tan grande que los franceses dejaron de estar en posesión de una auténtica flota.

1759 fue un año de tragedias. En Canadá, el marqués de Montcalm suplicaba al Gobierno que le enviara ayuda para combatir contra los ingleses. Murió en Quebec en septiembre, y aunque también murió el general Wolfe, comandante de las tropas británicas, la batalla concluyó con una resonante victoria para Inglaterra.

Choiseul se dio cuenta de que iba a ser imposible ganar la guerra, por lo cual quiso firmar la paz con Inglaterra. No obstante, el primer ministro británico, Pitt, estaba determinado a proseguir.

El pueblo se manifestó contra la alianza con Austria; Choiseul, flexible como siempre, y muy diestro en las conjuras, miró a su alrededor en busca de un nuevo conejo que sacarse del sombrero.

Creyó que por fin lo tenía.

Fue a ver a su hermana, con la cual discutía a menudo los asuntos de Estado. Sentía un gran respeto por ella, y la pasión con que la amaba le hacía ciego ante muchos de sus defectos.

Ella le recibió con gran afecto.

Él la observó, admirado, con la cabeza ladeada, al ver en ella la amadísima compañera de su niñez, a la cual había llevado a la corte con él,

cuando los dos tenían muy poco dinero, y sólo contaban con la nobleza de su linaje.

—Estáis bellísima —le dijo.

Ella lo atrajo hacia su pecho al abrazarle. Era más alta que él, y muchos de sus enemigos decían que, con diferencia, era la más varonil de los dos.

—¿Por qué tendrá que llamar el rey a la hija de un simple magistrado, cuando tiene todo lo que puede desear aquí en su corte? —murmuró Choiseul.

La duquesa se rió.

—¿Y cómo va esa aventura amorosa con la propia Venus? —preguntó ella.

—Minerva, querida, es Minerva. Lo he sabido de labios del propio rey. Mademoiselle de Romans es tan soberbia como una diosa. Es Minerva en persona.

—Minerva —dijo la duquesa—. Pues yo habría dicho que Venus era más adecuada al talante de Luis. ¿No era Minerva impermeable a las cosas del amor?

—Han sido demasiadas las Venus que han pasado por la vida de Luis. Que se quede con su Minerva, aunque sólo sea por cambiar. ¡Cambiar, sí! Todo son cambios. Richelieu le ha metido en la cabeza la idea de que la variedad es la salsa que convierte cualquier plato en un banquete. Pero vos, querida mía, vos sí me recordáis a Minerva. No entiendo la razón...

La duquesa hizo una mueca.

—Vos no entendéis la razón. Mi querido Étienne, ¿qué ideas queréis meterme en la cabeza? Hay una persona que sí podría entender muy bien esa razón. Querido mío, es vuestra gran amiga, y la mía también. Ya sabéis por qué hemos de aguantar a nuestras pequeñas Venus salidas de entre las modistillas, a nuestras Minervas llegadas de la burguesía. Ella jamás consentiría que nosotros ocupásemos ese lugar que guarda con tanto celo, si bien ella no podría ocuparlo ya... personalmente.

—Sería peligroso... Sería muy peligroso perder su amistad.

—Gracias a su amistad, mi querido hermano, ocupáis hoy el lugar que ocupáis.

—Es decir, el que me propongo seguir ocupando.

Permaneció unos momentos en silencio. Luego, la agarró por la cintura y la condujo a un diván, donde tomaron asiento.

—Tengo un plan —dijo él sin dejar de abrazarla—. El pueblo está inquieto y revuelto, como bien sabéis. Es preciso hacer algo con la mayor celeridad. Se dice por ahí que los inglesas están contra nosotros, que los

prusianos están contra nosotros, que nuestros amigos son nuestros antiguos enemigos de antes, los austriacos. La gente se siente desanimada porque teme a nuestros enemigos y no confía en nuestros amigos. Se me ha ocurrido la idea de formar un pacto que llamaré el Pacto Familiar.

Ella asintió y sonrió con gran admiración.

—Sois un genio, querido.

Él aceptó el cumplido a la ligera. Estaba tan convencido de ello como su propia hermana.

—¿Habéis caído en la cuenta de que una considerable parte de Europa está gobernada por la familia Borbón? Francia, España, Nápoles y Parma. En tiempos de penuria, las familias permanecen siempre unidas. Propongo demostrar al pueblo francés que, muy al contrario de las opiniones que los pesimistas sostienen, Francia tiene muchos amigos en Europa. Todos dicen que sólo tenemos un aliado. ¡Sólo un aliado! Si consigo hacer firmar ese pacto, y podéis estar segura de que lo haré, podré decir a todos: «Tenemos por amigos a todos los Borbones de Europa. Juntos, plantaremos cara a nuestros enemigos. Somos una familia, desde España a Sicilia. Me basta con dar una orden para que todos vengan en nuestro auxilio^[16]».

—¿Y vendrán?

Choiseul se encogió de hombros.

—Dulcísima hermana, por el momento nuestra máxima prioridad es apaciguar al pueblo, hacer que se sientan felices. Hay que ir paso a paso.

Ella sonrió.

—Entiendo. Hemos recorrido un largo camino desde la pobreza en que vivíamos de pequeños, hermano.

—E iremos mucho más allá aún... Los dos juntos, queridísima mía. Vos y yo, juntos los dos. Nuestra querida amiga no vivirá siempre.

—¿Y entonces?

—Entonces, entonces... —murmuró Choiseul—, podría darse el caso de que el rey no tuviera que buscar a sus diosas lejos de la corte, ¿eh?

—Pero el tiempo no pasa en vano, Étienne.

—¡El tiempo! ¿Qué significa el tiempo para nosotros? Somos inmortales. No veo por qué motivo no debierais ocupar vos el sitio más destacado de la tierra. Igual que nuestra querida amiga, las otras no vivirán por siempre. Recuerdo a madame de Maintenon.

—¡Étienne!

Choiseul apoyó la mano levemente sobre los labios de su hermana.

—Silencio, mi dulce hermana, silencio por ahora. Podemos esperar. Hemos aprendido a esperar. Esperemos aún un poco más... Sólo un poco más.

—Tenéis sueños muy ambiciosos, Étienne —dijo.

—Los grandes honores, hermana mía, comienzan invariablemente siendo sueños ambiciosos.

—¡Juntos los dos, hermanos! ¿Hay acaso algún límite a las alturas a las que sabremos ascender?

—Sólo la cumbre es nuestro límite, hermana mía. Esperad y veréis. El futuro se pinta de color de rosa para el duque de Choiseul, y toda la gloria que llegue a ser suya jura compartirla con aquella a quien ama por encima de todo lo demás.

Hubo todavía ocasiones en las que era necesario, con gran pesar del rey, que se personase en París.

El pueblo había olvidado del todo el breve período en que recobró el favor de los suyos, debido a que todo el mundo pensó que estaba muriéndose, a resultas del atentado de Damiens. No le insultaban cuando avanzaba por las calles; se limitaban a mirarlo con hosquedad y en silencio. Desde luego, era tal su dignidad que parecía imposible insultarle en su presencia.

Iba sentado en su carruaje, muy erguido, al parecer indiferente al estado anímico de sus súbditos.

La muchedumbre se congregaba para verle pasar, como habían hecho siempre, y sólo cuando el carruaje había pasado de largo los presentes rompían a murmurar.

Cuando el carruaje pasó por los jardines de las Tullerías, de pronto se fijó en una niña de rubios cabellos que estaba con su padre, el cual, era claramente un viejo soldado.

La niña iba bien vestida, aunque en modo alguno con elegancia. El padre se inclinaba hacia ella. Luis pudo imaginarse qué le estaba diciendo: «Vedlo, ahí lo tenéis. Ése es el rey».

Los hermosos ojos azules de la niña estaban abiertos como platos, tal vez por la emoción. Señaló al carruaje. Luis se inclinó un poco hacia delante e inclinó levemente la cabeza, a modo de agradecimiento ante su gesto.

Vio la sonrisa que iluminaba su rostro.

Una niña encantadora, se dijo. Sólo por verla había valido la pena el trayecto.

Debía de ser muy pequeña. Supuso que no habría cumplido aún los catorce años. Las niñas de esa edad le parecían especialmente deliciosas: tenían ese aire de inocencia que después se echaba a perder.

Se preguntó quién podría ser, y se dijo qué placentero sería cogerla de la mano, abrazarla y decirle que su rey estaba muy contento al saber que tenía un súbdito como ella.

A su regreso a Versailles hizo llamar a Le Bel.

—Hoy he visto a una niña deliciosa en los jardines de las Tullerías —le dijo.

—Y Vuestra Majestad desea conocerla mejor.

—Era una criatura tan preciosa... Aunque vestida de forma extraña. Llevaba un vestido rosa y abundantes joyas, obviamente falsas. Me encantaría ver a una niña tan bella como ésa, sólo que bien vestida. Señaló hacia mi carruaje. Me encantaría tener a mano a una niña como ésa, para enseñarle a comportarse.

—Si Vuestra Majestad quisiera decirme cómo se llama...

—No sé cómo se llama. Sólo la vi al pasar por las Tullerías.

—Sire, no será fácil encontrarla si no sabemos ni su nombre ni tampoco dónde vive. Hay muchas niñas que van a menudo a las Tullerías.

—Renunciáis con demasiada facilidad —exclamó el rey.

Le Bel comenzó a sudar, con cierta visible aprensión.

—Sire, registraré todas las calles de París. Si de hecho fuera posible encontrar a esa niña, descuidad, que yo la encontraré.

—Entretanto, llamad a Sartines. Nos vendrá bien su ayuda.

Le Bel se sintió contrariado. Sabía que Sartines se había apuntado el descubrimiento de mademoiselle de Romans, pero le molestó sobremanera que el teniente de la policía se arrogase unos deberes que con anterioridad él había considerado privativos, aunque compartidos, por supuesto, con otros valets de chambre.

Cuando Sartines llegó, obviamente complacido al haber sido requerido por el rey en persona, Luis quiso que Le Bel permaneciera en la estancia mientras explicaba a los dos qué deseaba de ambos.

—Monsieur Sartines —dijo—, sois teniente de la policía. Por consiguiente, deberíais ser capaz de traerme a una niña a la que he visto hoy mismo en los jardines de las Tullerías.

—Será traída de inmediato a vuestra presencia, sire —respondió Sartines.

—Cuando la encontréis, claro —añadió el rey, mientras Le Bel esbozaba una sardónica sonrisa—. Mucho me temo que a Le Bel le parece una empresa difícil de resolver —añadió.

Sartines también sonrió.

—En la policía tenemos nuestros propios métodos.

—Tal como pensaba —dijo el rey—. Quizá podáis enseñárselos a Le Bel.

—Su Majestad ha visto a la niña acompañada por su padre en los jardines de las Tullerías —le informó Le Bel—. Rubia, de ojos azules, menos de catorce años y es bellísima. Su padre es un viejo soldado. No sabemos más de ella. No me cabe duda, monsieur, de que con vuestros eficaces métodos policiales apenas tendréis dificultad alguna en encontrar a una niña de tales características entre todos los habitantes de París.

Sartinesladeó la cabeza.

—¿Iba esa joven damisela en un carruaje, sire?

—No, iba a pie —dijo el rey.

—¿E iba bien vestida?

—No, llevaba un asqueroso vestido de color rosa que por fortuna no bastó para ocultar su belleza. Resultaba obvio que era nuevo.

—En ese caso —dijo Sartines—, está claro que si su familia no tiene un carruaje no es rica, por lo cual la damisela llevará con frecuencia ese mismo vestido cuando acuda de paseo a los jardines. Como no tiene carruaje, es muy posible que viva cerca de los jardines de las Tullerías, pues es improbable que hubiera recorrido una gran distancia a pie con un vestido de color rosa.

El rey se echó a reír, y puso una mano sobre el hombro de Sartines y la otra sobre el de Le Bel.

—Ya veis, Le Bel —dijo—, qué sabios hemos sido llamando a la policía. Id, amigos míos, y trabajad codo con codo en este asunto. No deseo ver con mala cara a mi buen amigo Le Bel. Traedme a esa niña. Decid a sus padres que jamás se arrepentirán de haberla puesto bajo mi cuidado.

El ayudante de cámara y el teniente de la policía hicieron una reverencia antes de salir a emprender su tarea.

Sartines sonreía muy contento; encontrar una niña para el rey era una ocupación mucho más beneficiosa que cazar criminales en nombre de la ley.

—Primero preguntaremos al vendedor de limonada que suele colarse en la terraza —dijo Sartines—. Si esta niña viene a los jardines a menudo, lo más probable es que él la conozca mejor que cualquier otro. Además, es un viejo amigo mío.

El vendedor de limonada no parecía muy contento de ver a su viejo amigo Sartines.

Desde luego permanecía alerta; tenía cierto aire de culpabilidad. Sartines no se había propuesto aumentar sus preocupaciones recordándole lo que pudiera pesarle en la conciencia; tan sólo había ido a verle para conseguir una información que el vendedor de limonada no tenía por qué temer facilitarle.

—Buenos días, amigo mío —lo saludó—. Qué calor, ¿eh? ¿Una limonada? Es exactamente lo que hace falta en un día como éste.

—Por supuesto —dijo Le Bel.

Se sentaron en los escalones de la terraza y se tomaron la limonada que les había servido.

—Necesitamos vuestra ayuda —comenzó a decir Sartines.

—Monsieur —protestó el vendedor de limonada—, yo no he hecho nada malo. No entiendo por qué no me deja en paz la policía.

—No deseamos interrogaros acerca de vuestras andanzas.

—Se trata de una joven damisela —dijo Le Bel.

—¿Quién es éste? —preguntó el vendedor con suspicacia, señalando a Le Bel.

—Un caballero de Versalles.

El vendedor de limonadas sonrió. Se dijo que era con toda seguridad otro policía, sólo que vestido de tal manera que parecía otra cosa.

—¿Os habéis fijado en una damisela, casi una niña, que ayer mismo estuvo aquí con su padre? —preguntó Le Bel con impaciencia—. Iba muy bien vestida, toda ella de color rosa. Su padre es un viejo soldado, y vinieron a ver pasar al rey.

El vendedor de limonada torció el gesto.

—¿Por qué? ¿Qué han hecho? —preguntó.

—Nada de lo que pueda inculpárseles.

El hombre meneó la cabeza.

—Tengo un negocio del cual ocuparme. Y no me pagan por quedarme mirando a los transeúntes.

—Pero supongo que sí miráis con atención a vuestros clientes.

Sartines había extraído algunas monedas del bolsillo, y las hizo bailotear en el cuenco de la mano.

Al vendedor le brillaron los ojos al oír el tintineo.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con todo esto?

—Vos no tenéis nada que ver —dijo Sartines—. Vos limitaos a darnos la información que os solicitamos, una información por la que estamos

dispuestos a pagar.

—Bueno, pues ya que lo decís, sí, sí me he fijado en ella. ¿Cómo no iba a llamarme la atención, con semejante vestido? Sí, me compraron una limonada. Siempre suelen hacerlo cuando vienen a los jardines.

—¿Y sabéis quiénes son?

El hombre titubeó, pero Sartines le deslizó las monedas en la mano.

—El padre de la damisela es monsieur de Tiercelin —dijo—. Está convencido de que esa niña es una belleza. Y madame también lo cree. Creen que nadie es digno de mirarla con detalle.

—Muchas gracias —dijo Sartines—. Vamos —urgió a Le Bel—. No debería sernos muy difícil encontrar el domicilio de monsieur Tiercelin, cercano por cierto a las Tullerías.

No fue difícil, en efecto. En menos de media hora, después del encuentro con el vendedor de limonada, eran recibidos en el domicilio de los Tiercelin.

—Bien —dijo Sartines—, ahora es vuestro turno, monsieur Le Bel.

La tarea que debía realizar era de lo más anodino para Le Bel. Además, le encantaba hacerlo. Rara vez se encontraba con padres que no se desbordaran de alborozo al descubrir en qué consistía su misión; en cualquier caso, con un poco de persuasión, con sólo dejarles entrever el glorioso futuro que aguardaba a sus hijas, enseguida se volvían muy comprensivos, muy atentos a sus insinuaciones.

Monsieur y madame de Tiercelin les habían hecho pasar a una salita un tanto recargada de adornos, aparte de repugnante a los ojos de quienes estaban acostumbrados a las exquisiteces de Versailles.

—Os diré en pocas palabras por qué he venido —dijo Le Bel—. Estoy al servicio del rey y he venido por orden suya. Su Majestad vio a vuestra hija ayer en las Tullerías. Le pareció una jovencita encantadora y desea conocerla mejor.

Los Tiercelin se miraron el uno al otro; obviamente, la propuesta no les sorprendía. Consideraban a su hija la niña más bonita que había en todo París. Y quizá por esa razón su padre la hubiese llevado a ver pasar al rey.

—Nuestra hija es muy joven —dijo madame de Tiercelin.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Le Bel.

—Doce años.

—El rey se ha ofrecido a ocuparse de su educación durante unos cuantos años.

—¡Para educarla... como una dama de la corte!

—Sin lugar a dudas, él se encargará de supervisar su educación personalmente.

Los padres se miraron uno a otro con ojos relucientes.

—¿Tenéis acaso alguna objeción a la oferta que el rey os hace? No se trata de una orden, sabedlo.

—Nuestra hija es una jovencita adorable —comenzó a decir monsieur de Tiercelin—. Ya ha tenido ofertas de matrimonio...

—Si pensáis que lograréis para vuestra hija un marido más valioso que el que el rey le daría, de vos depende la elección. Su Majestad no desea causaros ninguna infelicidad en esta cuestión —se volvió hacia Sartines—. Vámonos, monsieur; ya veo que ni monsieur ni madame de Tiercelin han tenido noticia de la grandísima buena suerte que cae sobre aquellos en quienes Su Majestad se interesa, paternalmente, por supuesto. No tenemos instrucciones para informar de lo ocurrido. Así que nos marchamos.

Madame de Tiercelin fulminó a su esposo con la mirada, como si lo tuviese por idiota.

—Esperad, messieurs —dijo.

Le Bel y Sartines entendieron al punto que el caso de mademoiselle de Tiercelin iba a ser tan sencillo como todos los demás.

Tal vez fuese porque Magdalena de Romans estaba embarazada —y el rey siempre había deseado ahorrarse la presencia de mujeres embarazadas—, pero volcó muchísimo su atención en mademoiselle de Tiercelin.

Llegó a Versalles siendo una jovencita vivaracha, desde luego que muy bella, despojada ya de su repugnante vestido rosa y vistiendo las prendas que le habían sido especialmente seleccionadas.

Había sido muy mimada y malcriada por su familia, y tenía por consiguiente escaso respeto por el rey. Por fortuna para la pequeña mademoiselle de Tiercelin, Luis estaba de buen ánimo y disfrutaba de sus impertinencias.

La hermosísima mademoiselle de Romans era una criatura investida de dignidad, y aunque nunca había llegado a aprender la etiqueta cortesana del todo, con una simple temporada de tutela —igual que en el caso de madame de Pompadour, por otra parte— se habría sentido muy pronto a sus anchas en los círculos cortesanos. El rey no tenía la menor intención de casar a su estatuaria amante y despedirla; sólo perseguía una mera diversión mientras aquélla estuviera indispuesta, y mademoiselle de Tiercelin se la proporcionó a pedir de boca.

A Luis, la jovencita le resultaba tan entretenida que sin vacilar decidió ocuparse de su educación por un tiempo. Y le dio no pocas lecciones en la privacidad de sus petits appartements, llegando a almorzar o a cenar de vez en cuando con ella.

Fue una experiencia que jamás había conocido; le hacía gracia saber que el Delfín estaba más contrariado que de costumbre.

Pero cuando el hijo de mademoiselle de Romans nació, el deseo de pasar más tiempo en su compañía se acrecentó, amén de sentir un gran apego por el niño que tanto se parecía a su «Bella Magdalena».

Magdalena de Romans, por su parte, era completamente feliz. Adoraba a su pequeño y sentía un gran afecto por el rey. No había sido una mujer ambiciosa mientras sólo tuvo que preocuparse de sí misma, pero ahora que tenía un hijo tan delicioso había determinado conquistar para él los más altos honores.

Cuando el rey acudió a visitarla, mientras estaba en la cama con el niño, él le manifestó el gran placer que le producía ver que se había restablecido por completo, aparte de mostrar mayor interés por el niño.

—Me siento tan feliz —le dijo ella—, que ya sólo me falta una cosa para que mi felicidad sea completa.

Estaba bellísima, con el cabello negro extendido sobre los almohadones.

—Si está a mi alcance garantizároslo, contad con ella —le prometió Luis sin poder contenerse.

—En efecto, está a vuestro alcance —repuso ella.

—En tal caso, habéis alcanzado la perfecta felicidad.

—Nuestro hijo será bautizado pronto —dijo ella—. Deseo que sea conocido en el mundo por su auténtico apellido, y que sea un Borbón.

Luis titubeó, pero le había dado su palabra, y aunque fuera perfectamente capaz de incumplir lo prometido con su consejo de ministros, le iba a resultar muy difícil hacer lo mismo en el caso de una mujer de belleza excepcional, que además se lo había suplicado con tanto encanto.

Se inclinó a besarla.

—Cuidad —dijo— del pequeño monsieur de Borbón.

La radiante sonrisa de la joven fue recompensa suficiente para él. Y siguió pensando en ella después de haberla dejado en sus aposentos.

Así pues, no estaba de humor para aguantar las petulancias de mademoiselle de Tiercelin. Una niña deliciosa, se dijo, pero impertinente. Le hacía falta una rígida disciplina, que a él le costaba trabajo administrarle.

Mandó llamar a Le Bel cuando regresó a Versalles.

—Tengo entendido —le dijo— que prometimos a monsieur y a madame de Tiercelin que daríamos a su hija la debida educación, de acuerdo con el estado que en un futuro no lejano quizá sería llamada a ocupar.

—Así es, sire.

—En tal caso, os encargo de que toméis las disposiciones necesarias para que sea internada en un convento, en donde podrá recibir esa educación.

—Así se hará, sire —dijo Le Bel.

La corte entera supo que el rey se había cansado, al menos de momento, de esa incordiosa compañera de juegos, y que había reestablecido su relación, mucho más digna, con la estatuaría mademoiselle de Romans.

Los sueños de Magdalena de Romans estaban centrados de forma casi exclusiva en el niño de ojos azul oscuro que, según aseguraba a todo el que le miraba, era hijo del rey. Se negó a consentir que ninguna de las criadas lo bañase ni lo vistiese. Dormía en su habitación, y ella se encargaba de darle de comer. Le aterraba la posibilidad de permitir que alguien lo tocara, pues ¿cómo iba a entender nadie, salvo ella misma, cuanpreciado era?

Cuando le daba de mamar, se imaginaba la gloria que le esperaba. Había sido bautizado y llevaba por apellido Borbón, de manera que ella podría inducir al rey a que lo reconociera públicamente como hijo natural suyo. A su debido tiempo, convencería al rey para que lo legitimara. ¿Por qué no iba a hacer tal cosa? ¿No había legitimado acaso Luis XIV a algunos de sus hijos ilegítimos?

Así podría llegar a ser conde, o incluso duque. Tendría un sitio seguro en la corte. Y al crecer sería tan apuesto que todo el mundo lo amaría.

—Mi pequeño —murmuraba—, ¡qué fortuna tienes asegurada! Un día serás uno de los hombres más grandes de toda Francia... —y se corrigió—. No, serás el hombre más grande de toda Francia.

Estaba tan segura de que sus planes se harían realidad que ya desde el principio había tomado la determinación de que lo trataran desde el primer momento como otro miembro más de los Borbones.

Todos sus criados debían llamar Su Alteza al niño. Todo el mundo debía hacer al menos una leve inclinación antes de acercarse a él, y en cuanto tuvo la edad suficiente lo sacó a pasear con ella por el Bois^[17]. El niño iba solo en un carruaje, mientras que ella ocupaba el pescante, junto al cochero, tal como habría podido hacer una institutriz. Deseaba que el mundo entero supiese que ella, su madre, estaba muy por debajo de él a nivel social.

Esta costumbre generó un torrente de comentarios y, como era sabido que el niño había recibido en el bautismo el apellido Borbón, no tardaron en correr rumores de que el rey había prometido a mademoiselle de Romans el reconocimiento del niño como hijo propio.

Madame Du Hausset tuvo conocimiento de la noticia, y se apresuró a comentarla con la marquesa.

—Es una situación peligrosa, madame —señaló.

La marquesa estaba apesadumbrada: ¡si al menos ella hubiese podido darle un hijo a Luis, tal como era al parecer ese niño...!

—Por lo general ha sido costumbre encontrarles marido en cuanto se quedaban embarazadas —musitó la marquesa.

—Sí, madame. No puede haber duda alguna de que los sentimientos que el rey tiene por esta otra son muy distintos.

—Es una pena. ¿Qué ha sido de la joven Tiercelin?

—Ahora asiste a una escuela en París, madame. Fue internada allí poco después de que la criatura naciera.

—¿Cómo es ese niño? ¿Es tan bello como su madre?

—Dicen que es muy bello, madame, y que tiene un sorprendente parecido con Su Majestad. Mademoiselle de Romans está tan orgullosa de él que lo lleva de paseo por el Bois todas las tardes, y además le da de mamar en público.

Madame de Pompadour quedó unos instantes pensativa.

—Hausset —dijo al cabo—, esta misma tarde saldremos a pasear por el Bois.

La marquesa salió con madame Du Hausset en su carruaje. Luego, pasearon a pie bajo los árboles.

La tarde era cálida, pero la marquesa llevaba un pañuelo de seda al cuello, algo suelto, de manera tal que la parte inferior de su rostro quedaba oculta. Su amplio sombrero le dejaba los ojos en sombra.

Aquel día no había demasiada gente por el Bois; por tanto, madame Du Hausset no tuvo la menor dificultad en conducir a su señora hacia el lugar en donde estaba sentada mademoiselle de Romans, dando de mamar a su hijo.

Madame Du Hausset se acercó a la madre y al hijo.

—Perdonadme, madame —le dijo—, pero tenéis un niño muy hermoso.

Mademoiselle de Romans le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Muchas gracias. Estoy totalmente de acuerdo con vos.

—Mi amiga querría verlo —dijo—. Sufre ahora un agudo dolor de muelas.

—Lamento saberlo —repuso mademoiselle de Romans—. Puede ser terriblemente doloroso —miró a la marquesa, que se tapó el rostro con más cuidado, entre los pliegues del pañuelo, a la vez que se acercaba. Sostuvo el niño en brazos y la marquesa se inclinó para mirarlo de cerca.

—Delicioso, delicioso —murmuró.

—¿Se parece a vos o a su padre? —inquirió madame Du Hausset.

Mademoiselle de Romans no pudo contener la sonrisa de satisfacción que le encendió el rostro.

—Según me han dicho, no puede haber ninguna duda de quién es su padre —dijo sonriendo—. Estoy segura de que estaríais de acuerdo conmigo si os dijese de quién se trata.

—¿Por qué? ¿Tengo el honor de conocerle?

Una vez más, la sonrisa forzó las comisuras de los labios de mademoiselle de Romans.

—Creo —dijo recatada— que es muy probable que le hayáis visto en alguna ocasión.

—Ha sido muy amable por vuestra parte mostrarnos a esta deliciosa criatura —añadió madame Du Hausset—. Debéis perdonar nuestra curiosidad.

—Mesdames, ha sido un placer. Habéis sido sumamente amables conmigo.

Al regresar a su carruaje, madame Du Hausset se dio cuenta de que la marquesa estaba inquieta.

—Los rumores no mienten en lo que atañe a ese niño —dijo—. Es, desde luego, espécimen perfecto, sin duda. Y en cuanto a la madre, ¿qué decir de ella, sino que es hermosísima?

Entretanto, mademoiselle de Romans no dejó de sonreír.

Besó en la frente a su hijo.

—¿Se han creído que me iban a engañar? —susurró—. ¿Acaso han pensado que no las he reconocido? Eran madame de Pompadour en persona y su fiel madame Du Hausset. Y han venido exclusivamente para admirar la belleza de Vuestra Alteza. Ahora ya sabemos que no falta mucho. ¿No dijo acaso que sois una bella criatura? Muy pronto seréis reconocido públicamente, precioso mío. Entonces todo el mundo sabrá que sois hijo del rey, y una vez hayáis sido reconocido, querido, no terminarán nunca los

honores que vos recibáis, los honores que yo pida para vos. Y como sois irresistible, los obtendréis.

Aquella tarde, en el Bois, mademoiselle de Romans estuvo muy feliz sentada con su hijo a la sombra de los árboles.

A mademoiselle de Romans le costaba mucho esfuerzo contener su exuberancia, y refirió a sus sirvientes la razón de que así fuera.

—No puede pasar mucho tiempo hasta que Su Alteza sea legitimado —dijo—. Por el momento, ya cuenta con la aprobación de madame de Pompadour. Creo que Su Majestad la envió al Bois a ver a mi hijo, para asegurarse de que es tal como su padre cree que es.

Los sirvientes se mostraron un tanto escépticos. Sin duda, madame de Pompadour se sentiría envidiosa de Su Alteza.

—Oh, no, en modo alguno —comentó mademoiselle de Romans—. Es tal encanto que tiene... que desarma a cualquiera. Basta con mirarlo para rendirse de adoración.

—Madame —le sugirieron los sirvientes—, cuando Su Alteza sea honrado como merece, es natural que su madre también lo sea.

Mademoiselle de Romans admitió que así había de ser.

Era imposible para esta madre devota contener su orgullo. Cuando llevaba al niño al Bois y la gente se detenía a admirarlo, ella explicaba a todo el mundo quién era, por qué se le daba tratamiento de Alteza Real. Y daba a entender que muy pronto había de ser públicamente reconocido.

El susurro recorrió poco a poco todo París. Qué bella es la petite maîtresse del rey; y su hijo es sin lugar a dudas uno de los niños más deliciosos de París. ¿Sabíais que está a punto de ser reconocido como hijo del rey? La marquesa tendrá que echar un vistazo a sus laureles, ¿eh? La petite maîtresse, desde luego. Me apostaría cualquier cosa a que la madre de ese niño se propone ser recibida en Versalles como maîtresse-en-titre.

La marquesa había salido a pasear con el rey por los jardines. Pasaron ante la Orangerie y estaban contemplando la Pièce d'Eau des Suisses, cuando la marquesa dijo de pronto:

—Mademoiselle de Romans, me temo, está dando bastante que hablar en la capital.

La expresión del rey se endureció, pero la marquesa estaba segura de sí misma desde el asunto Damiens, y pensó que éste era un asunto en el cual

debía intervenir, aun a riesgo de ofender al rey.

—Desde luego, el niño es una preciosidad —prosiguió—. Resulta muy comprensible el orgullo de su madre. Pero creo que esa mujer ha perdido el sentido de la proporción, y eso puede ser peligroso para ella... y para otros.

Luis hizo un alto.

—Últimamente me ha escrito unas cuantas cartas.

—¡Hay que ver! Es un tanto presuntuoso por su parte.

—De pronto se ha obsesionado por la idea de que estoy deseoso de reconocer al niño.

—Diríase que intenta forzaros, Majestad, a que toméis una decisión. Pero eso es una insensatez por su parte.

—Es una madre llena de orgullo —dijo el rey casi con ternura.

—El orgullo puede ser un peligro. Tal vez sea una pena que mademoiselle de Romans jamás haya pisado los salones de Versalles, pues aquí podría haber aprendido a conducirse con decoro. Su conducta, en estos momentos, es... cuando menos, un tanto vulgar, ¿no os parece?

—Jamás había sido así antes de que su hijo naciera —dijo el rey—. Creo que la culpa de todo está en sus sentimientos maternos.

La marquesa iba tornándose cada vez más aprensiva. Lo cierto era que el rey estaba disculpándola, y eso sólo podía significar una cosa: para él, aquella mujer era algo más que una petite maîtresse. No había pensado deshacerse de ella. La marquesa conocía muy bien al rey. Cuando mademoiselle de Romans se lo encontrara de un humor indulgente, todas sus exigencias serían cumplidas.

Era una mujer de una belleza deslumbrante, que no carecía de educación, y madre de un niño de fenomenal hermosura. La marquesa pensó que mademoiselle de Romans podría convertirse en una nueva marquesa de Pompadour; tenía- todas las cualidades necesarias para serlo.

—Siempre ha sido para mí motivo de agudo pesar —dijo ella— saber que el nombre de Vuestra Majestad es maltratado entre el pueblo llano. Mucho me temo que, en su entusiasmo por su hijo, mademoiselle de Romans es la responsable de esta desdichada situación.

Luis asintió.

—¿Me permitiríais, Majestad, explicarle a esa mujer... o, mejor aún, hacerle saber que os ha colocado en una delicada posición al importunaros y al dar una desagradable publicidad a vuestro buen nombre? Con su conducta está atrayendo sobre sí, e imperdonablemente también sobre su rey, una gran atención. Podéis confiar en mi discreción, como siempre. Creo que si esa

mujer y su hijo se marchasen temporalmente de París, habríamos hallado una feliz solución al caso. Podrán regresar cuando los rumores se hayan olvidado, cuando ya nadie recuerde qué penosa exhibición ha hecho de sí misma.

El rey se había vuelto para admirar el ornado Estanque de Neptuno.

Tenía un gran aprecio por su «Bella Magdalena», y no era menor el afecto que le inspiraba el niño. Ella, no obstante, había cambiado desde que lo trajo al mundo, y era verdad que le había causado ciertas molestias hasta el momento.

Apoyó la mano en el brazo de la marquesa.

—Sé muy bien, querida —dijo—, que puedo dejar este asunto en vuestras manos.

—Muchas gracias. Os sugiero una estancia en un convento..., no demasiado lejos de París, por supuesto, para que Vuestra Majestad pueda visitarla, si ése es su deseo.

—Me parece un plan excelente.

—En tal caso me ocuparé de todo. No tenéis por qué preocuparos más de este asunto, hay problemas más acuciantes. Monsieur de Choiseul me ha solicitado hoy mismo una audiencia. Y veo que va siendo hora de que llegue.

—Así pues, regresemos a palacio —dijo el rey.

Mademoiselle de Romans había dado de comer a su hijo, que ya dormía plácidamente en su cuna, cuando los criados acudieron a decirle que había llegado un mensajero de Versalles.

—¡Por fin! —exclamó mademoiselle de Romans—. Éste es el momento que tanto esperaba. He sido llamada a Versalles. ¿No os lo había anunciado?

Se dio la vuelta y besó al niño, que seguía durmiendo.

—Vuelvo enseguida, mi preciada Alteza —murmuró—. Muy pronto iréis de viaje a Versalles.

Bajó las escaleras. Un mensajero del rey, que no estaba solo, ya que le habían acompañado varios guardias del rey, se hallaba aguardándola.

—Traigo una carta del rey —dijo.

Ella la cogió y la leyó.

No pudo creer lo que decía. Volvió a leerla. Se sentó, sintiéndose debilitada por el miedo. Ésa no era la carta que tanto había esperado. Se trataba de una de esas temidas cartas que tanta controversia habían generado por toda Francia. Era la lettre de cachet que, sin razón ninguna, podía enviar a una persona al exilio o a la cárcel, porque ése era el deseo del rey.

Y su deseo era que ella se marchara de inmediato a un convento en las afueras de la ciudad, y que viviera allí con toda comodidad hasta que recibiera del rey la orden de regresar a su casa.

—Aquí ha habido un error —dijo—. Esta carta no es para mí.

—¿Sois mademoiselle de Romans?

—Sí..., lo soy.

—Entonces, ved que está dirigida a vos.

Le pareció que iba a desmayarse. Dos de los guardias la sujetaron y la ayudaron a sentarse.

Una de las criadas apareció en el recibidor, blanca como el papel.

—Madame... —exclamó—. Ellos están en la planta de arriba...

Pero uno de los guardias la interrumpió perentorio.

—Traed algo que reanime a vuestra señora. Está al borde del desmayo.

Sintió que recuperaba el conocimiento, y lo entendió. Había sido obra de la marquesa. Oh, qué estúpida había sido... Una estúpida por jactarse ante todo el mundo del futuro que les aguardaba a ella y a su hijo. ¡Había olvidado los obvios sentimientos de la marquesa! Poderosos ministros habían caído ante esa mujer; y ella, una sencilla joven de Grenoble, se había enfrentado con la marquesa.

No lo había hecho a propósito. Jamás habría intentado destituir a la marquesa de la posición que ocupaba en la corte.

Lo único que había solicitado era el reconocimiento de su hijo.

Y ahora... el exilio.

Los dos hombres que esperaban sintieron compasión por ella. Era hermosísima, y debido a su altura parecía perfectamente dueña de sus actos, capaz de cuidar de sí misma, razón por la cual era más merecedora de su compasión.

—Madame —murmuró uno de ellos—, se trata de un convento muy agradable. Allí sabrán cuidar muy bien de vos.

—Pero mi hijo... —empezó ella a decir.

—Vamos, madame. —Los guardias intercambiaron una mirada—. Debemos irnos. Tenemos órdenes de conducirlos allí. Un carruaje nos espera.

—Dejadme escribir una respuesta al rey.

—Tenemos órdenes de llevaros de inmediato.

—Entonces le escribiré desde allí, y vos le llevaréis mi mensaje.

—Eso es —dijo uno de los guardias para apaciguarla.

—Iré a la planta de arriba por mi hijo.

—Mirad, madame... —comenzó a decir uno de ellos.

Pero ella se había colado entre los dos y había subido las escaleras. La siguieron como si temiesen perderla de vista.

Dos de las criadas estaban en el cuarto del niño. La miraron con fijeza, demudada la expresión que, si bien no reveló nada, a ella la colmó de pronto de un súbito temor, tan intenso que no se atrevió a afrontarlo.

Corrió hacia la cuna. Estaba vacía.

—Mi hijo... —gritó—. Mi bebé...

Los guardias habían llegado a su lado.

—Madame —dijo uno, cogiéndola del brazo con suavidad—, no podéis llevaros al niño al convento, lo sabéis de sobra.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde, dónde, dónde?

—Mirad, madame, habrá quien lo cuide con mucho afecto. Os aseguramos que será así.

—Lo quiero aquí —sollozó—. Quiero a mi hijo.

Los guardias se limitaron a menear la cabeza y a mirar al suelo. Les daba vergüenza las lágrimas que, se temían ellos, pudiera derramar.

Pero mademoiselle de Romans no los habría visto: se había arrojado junto a la cuna vacía y lloraba desconsolada por su hijo.

El último viaje a París

La guerra de los Siete Años había terminado por fin. Los franceses habían quedado en libertad al menos para lamerse las heridas y mirar a su alrededor, para testimoniar la larga lucha, la pérdida de los valerosos soldados y de muchísimo material, sin hablar de los impuestos que los extenuaban y que eran consecuencia directa de la guerra.

Sólo pudieron interpretar el fin como una estrepitosa derrota.

Canadá había pasado en su totalidad a manos de los ingleses; los intereses de Francia en la India también se habían echado a perder.

El plan de Choiseul para aplacar las iras del pueblo francés por medio de su Pacto Familiar había resultado desastroso para los españoles, ya que, con gran satisfacción, tan pronto se anunció la existencia de ese pacto, Pitt declaró la guerra a España. A consecuencia de ésta fue derrotada por Portugal, aliado de Gran Bretaña. La Habana, y Cuba entera, se encontraba en manos de los ingleses. La armada francesa había sido aniquilada casi por completo.

No obstante, como Pitt no recibió el respaldo del duque de Newcastle y del resto de los conservadores, se vio obligado a dimitir. Lord Bute, que lo sustituyó como primer ministro, carecía de su genio, de modo que en el proceso de firmar la paz, las ventajas de los británicos no fueron tan sustanciales como podrían haber sido.

Sin embargo, Pitt seguía estando en posición de exigir que se dismantelara Dunquerque por cuestión de principios, y también como un «monumento externo del yugo que se ha impuesto sobre Francia».

Ahora bien, la prisa por terminar la guerra cuanto antes llevó a Bute a devolver la Martinica a Francia, y Cuba y Filipinas a la corona de España.

Federico de Prusia se había quedado solo para combatir a Austria, pero por fin se firmó un tratado de paz en Hubertsburg.

De esta forma, Gran Bretaña fue el único país que salió victorioso de esta larga guerra. Se había apropiado de la totalidad de Norteamérica, de una gran tajada en la India y, sobre todo, de un dominio casi absoluto del comercio a nivel mundial, que era lo que siempre había deseado tener. María Teresa

había ganado poca cosa, pero aún recibía subsidios de Francia, gracias a la política ministerial proaustriaca de Choiseul. Federico se contentó con Silesia, pero debía regresar a Berlín, que había sido a su vez saqueado por los rusos, de manera que buena parte de los tesoros de la ciudad se habían perdido, sin contar el considerable descenso de la población.

¿Y Francia? Ésa era la pregunta que se hacía una población acostumbrada al sufrimiento, un país en un estado lastimoso. ¿Qué podía enseñar Francia como compensación por siete duros años de guerra? Un imperio y una Armada perdidos, un Ejército que había sufrido tantas derrotas que ya ni siquiera creía en su poder.

Si la paz que siguió a la guerra de Sucesión austriaca había sido «una paz ridícula», ésta otra fue «una paz desgraciada».

Se ordenó proceder a las celebraciones. Francia estaba en paz. Que el pueblo se regocijase, que mirase con ánimo hacia el porvenir. Se erigió una nueva estatua del rey como culminación del puente colgante de las Tullerías, en la plaza Luis XIV, recién construida.

El pueblo se negó a participar en las celebraciones. Hacía muy mal tiempo, y el alborozo se echó a perder por culpa de una lluvia persistente y de un viento desgarrador. Fue como si hasta los elementos se riesen de Francia en su cara por cometer la estupidez de fingir el regocijo.

Todas las mañanas aparecía una nueva pancarta colgada sobre la estatua recién erigida. Cada una de ellas más maliciosa que la anterior.

Choiseul estaba encerrado con el rey y la marquesa en el castillo de Choisy. El rey parecía deprimido, y no era de extrañar, en opinión del duque. El pueblo de París mostraba cada día menos respeto por su persona. El día anterior había aparecido una pancarta sobre la nueva estatua, en la cual podía leerse:

«Por orden del Real Tesoro, se declara que Luis, agobiado por la pobreza, volverá a ser agobiado».

Amenazadoras palabras, y el rey, a pesar de su ostentosa indiferencia, detestaba en lo más profundo de su ser verse convertido en objeto de odios y burlas de sus súbditos.

La marquesa parecía realmente fatigada. Cada vez le resultaba más difícil disimular su enfermedad. El duque estaba al corriente, pues no en vano tenía una buena red de espías, de que se veía obligada a ponerse numerosos rellenos bajo la ropa debido a que estaba adelgazando a ojos vista. Los cosméticos que con todo esmero se aplicaba le servían de gran ayuda. Pero bajo la áspera luz de la mañana no eran suficientes.

Sus espías le habían dicho que ya no sólo esputaba sangre en ocasiones. Las hemorragias eran cada vez más frecuentes, y se producían acompañadas por intensos dolores de cabeza que, cuando tenía la fortuna de estar en sus aposentos, la obligaban a pasar muchas horas en cama.

La marquesa había sido una excelente amiga para él, pensaba Choiseul. Mientras ella siguiera con vida, esa amistad debía perdurar. No obstante, entendía que ya no le quedaba mucho tiempo.

«Y entonces, queridísima hermana —pensó Choiseul—, nosotros estaremos solos al mando de las cosas».

Eran gloriosos los planes que esperaba poner en práctica. La duquesa de Gramont ocuparía con toda naturalidad el lugar que hasta entonces había ocupado la marquesa. Pero no exactamente, porque sería incluso un lugar más ventajoso, ya que su hermana estaría perfectamente preparada para adoptar el doble papel de amante del rey y de amiga. Y cuando la reina falleciese, ¿qué otras glorias incalculables estarían esperándole? Madame de Maintenon era todavía un ejemplo deslumbrante para cualquier mujer inteligente; cuando una mujer inteligente contase además con el respaldo de un hermano tan fuerte como él, capaz de sujetar con fuerza las riendas del poder, ¿qué cosas no le serían asequibles?

Desde luego, eran grandes los tiempos que esperaban a los dos Choiseul.

Por consiguiente, no debería apenarse al ver preocupado al rey y fatigada y rendida a la marquesa.

—Madame marquesa —dijo—, con permiso de Su Majestad y de vos misma, os traeré un escabel para apoyar los pies.

—Es muy amable por vuestra parte —repuso la marquesa cortante—, pero no lo necesito.

—¿No? —dijo Choiseul—. Me había parecido oportuno para que descansarais.

—Cuando uno está cansado, desde luego que lo es. Pero no estoy cansada, monsieur duque, a estas horas de la mañana.

El rey sonrió hacia la marquesa, y Choiseul observó de inmediato la compasión que asomó a su rostro.

—Madame la marquesa nos deja en entredicho con su inquebrantable energía —dijo el monarca con afecto.

—Nadie podría compararse con la marquesa, salvo Vuestra Majestad —murmuró Choiseul—. Y me alegra muchísimo de ello, pues las noticias no son tan buenas como cabría esperar, señor.

El rey bostezó, aunque se percibió cierta preocupación en su gesto.

—¿Qué malas noticias tenemos ahora? —preguntó.

—Pienso en el futuro, señor; en nuestros acérrimos enemigos, al otro lado del Canal. Pensad en qué posición se encuentran en estos momentos.

—Canadá... India... —murmuró el rey.

Choiseul chasqueó los dedos. Por su naturaleza optimista, se negaba a reconsiderar las derrotas.

—Pensad, señor, en los recursos que serán necesarios para defender las colonias. Nuestro enemigo estará en perfectas condiciones para ser atacado aquí. Desde luego, creo que muy pronto podremos recuperar lo que hemos perdido.

La marquesa contemplaba al duque con una plácida sonrisa de aprobación. Su manera de hablar obedecía a un cuidadoso cálculo, para evitar la melancolía que sentía el rey. A ella no le parecía en modo alguno importante que, para seguir guerreando, fuera necesario cargar al pueblo con nuevos impuestos; parecía olvidarse de que el Ejército estaba destrozado y de que la Armada era poco menos que inexistente. Sólo le obsesionaba un deber: entretener al rey.

Éste, por el momento, pasaba una mala época en lo tocante a sus asuntos sentimentales.

El Parc aux Cerfs empezaba a decaer; las grisettes habían perdido su atractivo. Mademoiselle de Tiercelin había regresado de la escuela parisina en la que fue internada, y se le había adjudicado una casita que estaba cerca de palacio, pero era una joven exigente y extravagante, aunque hubiese sido peor aún que se hubiera quedado embarazada muy pronto, y que ya estuviera próximo el día en que fuese a dar a luz. La marquesa sabía que él estaba pensando en hacerle llegar al mismo tiempo una pensión vitalicia y su congé.

Mademoiselle de Romans, por su parte, creaba algunos problemas. El rey tenía verdadero afecto por la joven, pero ella le ofrecía poco consuelo. Fue a visitarla al convento, pero ella sólo supo llorar e implorarle que le devolviera a su hijo. En vano argumentó Luis que el niño estaba siendo perfectamente atendido; ella lo miraba con ojos de trágico reproche, y se comportaba como si la alegría no fuera posible en su vida hasta que su hijo le fuese devuelto.

Luis se dio cuenta de que no podría afrontar esos reproches; sabía que antes o después terminaría por ceder. Y la marquesa se había tomado infinitas molestias por poner punto final a un asunto que empezaba a ser intolerable.

Devolvedle su hijo a la bella Magdalena, pensaba, y volverá a importunar a todos con su jactancia en público. No en vano seguía refiriéndose al niño hablando de Su Alteza.

No, era imposible hallar consuelo en la trágica mademoiselle de Romans, y tampoco lo encontraría en la egoísta Tiercelin, que podría ponerse tan insufrible como la Romans en cuanto su hijo naciera.

Otro asunto más causaba una gran preocupación al rey. Choiseul no era el único que se había percatado del fatigado aspecto de la marquesa, de los excesivos rellenos que llevaba bajo el vestido.

Nadie haría referencia a una cuestión como ésa, por supuesto, sabedor de que así sólo aumentaría la angustia. Pensó que no debía hablar a la marquesa de sus temores.

Se preguntó si no debería preguntar a madame Du Hausset acerca del estado de salud de su señora, pero se dio cuenta de que sólo recibiría garantías de que se hallaba «tan bien como siempre». La querida y fiel Hausset siempre haría lo que su señora esperase de ella.

El rey había vuelto a concentrarse en lo que Choiseul le decía.

—¿Acaso se os ha ido de la memoria en qué estado se encuentran tanto el Ejército como la Armada? —le dijo.

—No, sire. Pero me propongo reconstruirlos y darles tal potencial como nunca habían tenido. Tengo planes para la construcción de nuevos arsenales. En cuanto a la pérdida de Canadá, podemos contentarnos con no tener ya Quebec. He aquí nuevos planes para la colonización de la Guayana.

—A mí me da la impresión —dijo el rey— de que todos estos planes que proponéis necesitan dinero. Y dinero supone nuevos impuestos, monsieur. ¿Habéis olvidado eso?

—No, sire. Pero el pueblo pagará los impuestos cuando sepa que el honor de Francia está en juego. Y no me propongo crear nuevos impuestos, sino mantener los existentes durante unos años más.

—El Parlement jamás estará de acuerdo.

—Ya he sondeado a algunos de los miembros, sire.

—¿Y cómo han reaccionado?

—Amenazan con la convocatoria de los Estados Generales^[18].

La marquesa, espantada, contuvo la respiración. Sabía que la sola mención de los Estados Generales (representantes de la nobleza y el clero, y

del «Tercer Estado», la burguesía y el pueblo llano) era inevitable que enfureciera al rey.

Pero su rostro había palidecido.

—Eso es algo que jamás aprobaré —dijo con disgusto.

—Hablar de esto no tiene sentido —dijo la marquesa rápidamente—. Desde luego, no se llevará a cabo la convocatoria de los Estados Generales. El derecho a decidirlo sólo pertenece a Su Majestad. Monsieur de Choiseul, si vais a prolongar los impuestos actuales de manera tal que podamos realizar esas reformas en el Ejército y en la Armada, y si pretendéis financiar a la Guayana, es preciso que hagáis entender al Parlement que debe apoyaros en ambos proyectos. En caso contrario, será disuelto.

Choiseul hizo una reverencia. El rey sonrió para manifestar su aprobación ante las palabras de la marquesa.

—Madame —dijo Choiseul—, estoy totalmente de acuerdo con vos. Iré a ver de inmediato a los ministros implicados, para transmitirles las instrucciones de Su Majestad.

—Y si alguno de ellos mencionase los Estados Generales —dijo el rey—, decidle que no pienso tolerar su presencia en la corte.

Choiseul hizo una nueva reverencia y dejó solos al rey y a la marquesa.

—Tengo plena confianza en Choiseul —dijo ella, sonriente, volviéndose hacia el rey.

—Yo también, querida.

—Gracias a que siento la confianza que tenéis, Majestad, siento yo la misma confianza —dijo ella de inmediato—. Vos siempre guiais, yo siempre os sigo. A menudo pienso que percibo los pensamientos que tenéis, Majestad, y que se convierten en los míos.

—Pensamos de igual forma —dijo el rey— por haber estado juntos tanto tiempo.

Ella inclinó levemente la cabeza. «Querida marquesa —pensó Luis—, ¡qué fatigada estáis! ¿Por qué no me habláis de vuestro mal? ¿Acaso no soy verdaderamente vuestro amigo?». ».

—Os dejo ahora —dijo él, intentando que la compasión no asomara a su voz—. He de firmar algunos documentos. Poca cosa, nada... importante. Pero es preciso hacerlo.

Vio el momentáneo alivio en sus ojos. Y la consternación. ¿Qué papeles?, estaría ella pensando. ¿No debería yo ver de qué se trata?

Por fatigada que estuviese, pudo más su temor a perderse algo que debiera saber.

—Dejadme —dijo él con determinación—. Nos veremos en breve, y examinaremos juntos los planes de Choiseul para su nueva colonia.

Ella hizo una reverencia y se marchó.

Madame du Hausset la estaba esperando.

—Hay noticias —exclamó al ver entrar a su señora en sus aposentos—. Madame de Tiercelin ha tenido un niño.

—Un niño... —repitió la marquesa con cierta desazón.

—Habría sido preferible una niña, desde luego —comentó madame Du Hausset—, pero ella no es como mademoiselle de Romans. Le preocupa única y exclusivamente su bienestar. Éste, os lo aseguro, no será otro aspirante al rango de Alteza Real. En fin, no hago más que hablar, y vos deseáis descansar. Tenéis la cama preparada. ¿Os ayudo a desvestiros?

La marquesa asintió y madame Du Hausset creyó estar a punto de llorar cuando fue abriendo los cierres del vestido, y sobre todo cuando se lo quitó, al tiempo que los rellenos, y vio el devastado cuerpo de madame de Pompadour, no hacía tanto tiempo una mujer adorable.

—Descansaréis mejor si os acostáis de inmediato —dijo madame Du Hausset—. ¿Os apetece tomar algo? ¿Un vaso de leche, quizá?

La marquesa negó con la cabeza.

—Si tratáis de comer un poco, recuperaréis la fuerza.

—Oh, Hausset, Hausset. Estoy tan cansada... —suspiró la marquesa.

—Sí, lo sé... Pero ahora podéis descansar. ¿Por qué no pasáis en cama el resto del día? ¿No se os permite estar levemente indispuesta al menos de vez en cuando?

—El rey me echaría mucho de menos. Sabéis que nunca estoy lejos de él mucho tiempo cuando puedo ayudarlo.

—Eso era razonable antes, pero ahora es preciso que os repongáis.

La marquesa comenzó a toser, y a madame Du Hausset se le iluminaron los ojos por la alarma.

Poco a poco la tos remitió.

—Debo decir al duque de Choiseul —dijo la marquesa— que nunca vuelva a mencionar los Estados Generales en presencia del rey. Es algo que le fastidia muchísimo. Hace que monte en cólera. No debería volver a hacerlo.

—Bien, madame, ése es su problema, no el vuestro.

—Me gustaría que los dos mantuvieran la amistad.

—Venid y descansad mientras podáis, querida madame.

La marquesa sonrió y, al hacerlo, un hilillo de sangre le manó de la boca.

No sirvió de nada. No pudo levantarse. Aunque había dispuesto que estaría con el rey ese mismo día, tuvo que guardar cama, porque carecía de fuerzas para ponerse en pie. Hasta ese momento, nunca había tenido una hemorragia semejante. Llegaba el día en que sería inútil ocultar su estado de salud al resto de la corte.

Madame du Hausset le cambió las sábanas, y una vez le puso un camisón limpio, llevó personalmente la noticia al rey.

La marquesa insistió en saber cómo la había recibido.

—Me temo que me eché a llorar, madame —dijo madame Du Hausset—. No pude evitarlo. Y, madame, él lloró conmigo.

—Hausset, ¿qué sabéis vos de esta enfermedad?

—Sólo lo que he visto en vos, madame.

—Estas toses, estos terribles dolores de cabeza, las fiebres y los sudores nocturnos, Hausset..., ¿cuánto tardarán en acabar conmigo?

—¡Vos, madame..., habláis de la muerte! ¡Vos, que estáis tan rebosante de vida! ¡Vos la amada del rey! ¡El auténtico primer ministro de Francia! No es propio de alguien como vos hablar de la muerte.

—Pero creo sentir la muerte cerca de mí, Hausset. Y no soy desdichada. Si ahora muriese, lo haría siendo una amiga del rey. Preferiría irme ahora para siempre, en vez de ser privada de su amistad, como temí que sucediera no hace tanto tiempo. Recordaréis que cuando ocurrió el asunto Damiens, pensé que poco faltaba para ser destituida; bien pues fui mucho más desdichada que ahora. Que la vida se acabe es algo que no me producirá tanta tristeza como el hecho de que mi presencia en la corte se acabe...

—Madame, habláis demasiado. Reservad vuestras fuerzas, os lo imploro.

Ella negó con la cabeza.

—Ahora, Hausset, haré lo que me plazca. Tengo la impresión de haberme quitado un gran peso de encima. Ya no hay por qué fingir. Soy una mujer enferma. Una moribunda. Pero he dejado de ser una mujer cargada con un secreto.

—Hay alguien que viene a visitaros.

—Id a ver quién es, Hausset.

Madame du Hausset regresó junto a ella de inmediato.

—Es la duquesa de Gramont. Ha tenido noticia de vuestra indisposición y viene a transmitir sus ánimos. Le diré que estáis demasiado enferma para recibirla.

—No, Hausset. Hacedla pasar. Aquí tendida me siento más descansada. Pero si me pongo a toser, es preciso que le indiquéis que se marche... cuanto antes. ¿Me habéis entendido?

—Desde luego, madame.

La duquesa de Gramont se arrodilló junto a la cama.

—Mi queridísima amiga... —dijo a la vez que un sollozo le cortaba la voz.

La marquesa no puso en duda su sinceridad. Esa mujer era la hermana del duque de Choiseul, en el que ella confiaba plenamente.

—No tardaréis en estar mejor —dijo—. Tenéis que reponeros. ¿Cómo podría el rey ser feliz...? ¿Cómo podría Francia ser feliz sin vos?

La marquesa sonrió.

—El rey se apenará por mí, creo —dijo—. Francia, jamás.

—Pero pronto estaréis con nosotros, volveréis a ser la alegre marquesa de siempre, podría jurarlo.

—Desde luego que sí —dijo la marquesa.

«¡Qué grave parece! —se dijo la duquesa—. Ya no puede quedarle mucho tiempo de vida; debe de estar muy cerca del final. Eso que tiene en la comisura de la boca es un resto de sangre, sin duda. Se está muriendo, y ella lo sabe».

—Celebraremos un baile para conmemorar vuestro restablecimiento —dijo la duquesa.

—Sí, será un baile de máscaras —asintió la marquesa—. Recuerdo un baile de máscaras, aquí en Versalles, que fue muy especial para mí. Yo iba disfrazada de cazadora...

«Todo habrá cambiado en cuanto la muerte se la lleve, —pensó la duquesa—. El rey buscará alguien que le consuele. Y mi inteligentísimo hermano y yo misma, sus grandes amigos estaremos allí. La reina tiene siete años más que el rey. Es casi seguro que tampoco le quede mucho de vida. Nos espera, a los dos, un gran futuro por delante. Muchas mujeres querrán ahora convertirse en la amante del rey, pero ahí está la diferencia entre los Choiseul y los hombres y las mujeres normales. Las señoras de la corte planean ocupar el puesto de la amante del rey; yo, y Étienne conmigo, planeo ser su esposa».

Madame du Hausset se acercó al lecho.

—Su Majestad manda recado de que vendrá enseguida a veros —anunció.

Una radiante sonrisa asomó al rostro de la marquesa, que por un instante casi volvió a parecer joven.

—Mejor será que os vayáis, querida —dijo a la duquesa—. No querrá encontrar aquí a nadie más.

La duquesa se inclinó sobre el lecho y depositó un beso en su acalorada frente. Hubiese deseado quedarse; quería observar cómo se conducía el rey con esa mujer, pero la marquesa le transmitió su deseo de que la dejara a solas, y los deseos de la marquesa eran tenidos por órdenes aún.

«Un buen día... pronto, —pensó la duquesa—, yo seré quien dé las órdenes».

Luis le cogió la mano y la miró con ansiedad a los ojos.

—Me entristece que tengáis que verme de este modo —dijo ella—. Estoy muy enferma, Luis.

—Así que por fin lo habéis reconocido.

—¿Ya lo sabíais?

Él asintió.

—Y he sufrido mucha preocupación.

—Pero nunca me habéis hablado de mi enfermedad.

—Porque sabía que vuestro deseo era que no se mencionara.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y corrieron por sus mejillas.

—Perdonadme —dijo—. Me siento tan débil... No es fácil dominar las ganas de llorar. Queridísimo mío, quiero que sepáis que la más grande felicidad de mi vida os la debo a vos.

Él le besó la mano, que aún sostenía entre las suyas.

—Igual que la mía ha venido de vos. —De pronto temió que surgiera entre ambos esa clase de emoción—. Os haré llegar a mis médicos. Ellos sabrán sanaros.

—Tengo a Quesnay, no podría desear otro mejor. Me quiere y me sabe cuidar; el amor es el mejor médico que existe.

—En ese caso —dijo el rey, y le temblaba la voz por la emoción—, yo seré vuestro médico, pues nadie podría daros más amor que yo.

—Vos me habéis hecho mucho bien. Ya me siento mejor. Me levantaré de la cama. Tal vez, si Vuestra Majestad quisiese invitarme, podría cenar esta noche con vos.

—No —negó él con firmeza—. Debéis guardar cama.

—Queridísimo...

—Es una orden —dijo él intentando sonreír—. Vendré a veros con frecuencia. Me quedará aquí, en Choisy, para estar cerca de vos.

Ella se sintió conmovida en lo más hondo.

Él permaneció largo rato sentado junto al lecho; ninguno de los dos habló, ninguno notó el silencio. Ambos recordaban aquellos tiempos en que habían ido a cazar por el bosque de Sénart, cuando ella salía de paseo en sus atrevidos carruajes, con aquellos delicados colores que ella puso de moda.

Recordaron el baile en el cual el rey reconoció en la bella cazadora a la señora del bosque de Sénart. Aquella noche, él decidió que iban a ser amantes.

Todo aquello había sucedido veinte años antes. ¡Veinte años de fidelidad y devoción! Y más notable aún era que sólo cinco de esos veinte años ella había sido su amante en realidad.

El reposo, junto con la súbita libertad y la ausencia de responsabilidades, tuvo un acusado efecto sobre la marquesa. Madame du Hausset aleteaba en torno a ella con gran contento, mientras la observaba tomar un poco de leche.

Hasta el doctor Quesnay, tan poco proclive al optimismo, se mostró un poco más animado. El rey, por su parte, dio por sentado que iba a ponerse bien de nuevo.

—Ya veis —decía la marquesa—; lo único que necesitaba era reposo. Estaba demasiado fatigada, no era más que eso.

Cuando parecía hallarse en vías de restablecerse del todo, el rey decidió regresar a Versalles, ya que ciertos asuntos de Estado requerían su atención.

—Debéis seguirme, querida —le dijo—, tan pronto os encontréis bien del todo. Pero os ruego que no os levantéis de la cama hasta que estéis preparada para hacerlo.

Se despidió de ella afectuosamente y abandonó Choisy para dirigirse a Versalles.

Cuando la corte se hubo desplazado tras el rey, madame Du Hausset no pudo disimular el gran alivio que eso le produjo.

—Ahora, madame, sí que podréis descansar como es debido. Podréis sestear y leer de día en la cama, y dormir durante la noche entera.

La marquesa tomó de la mano a su fiel amiga y criada, y se la apretó con afecto.

—Primero —dijo—, haré mi testamento.

De este modo, durante los días que siguieron a la partida del rey, se ajetreó en hacer el listado de sus posesiones (y eran muy vastas), así como en decidir quién debía heredar cada una de ellas.

El único familiar que tenía era su hermano, Abel, marqués de Marigny. Pensó en sus hijos, muertos los dos, para los cuales tantos planes había hecho.

Abel debería retener la mayor parte de su fortuna, aunque también donaría algunas joyas y otros objetos de gran valor, como sus cuadros, a personas como Soubise, Choiseul, Gontaut y otros. Deseó que su madre siguiera viva. Oh, habría sido excesivamente penoso para ella ver cómo esta fatal enfermedad iba apoderándose de su hija cada vez más. Quizá era hasta cierto punto preferible que madame de Poisson hubiese fallecido, y también la pequeña Alexandrine. Era probable que los hijos de mujeres como ella fueran tratados con hostilidad por el mundo, sobre todo cuando ya no tuviesen quién los protegiera.

Era una mujer muy rica. Sus ingresos alcanzaban varios millones de libras anuales; tenía magníficas viviendas en Versalles, Fontainebleau, París y Compiègne. Poseía los castillos de Marigny, St. Remy, Aulnay, Brimborin, La Celle, Crécy y, por supuesto, el lujosísimo palacete de Bellevue. El pequeño Trianon, el exquisito castillo en miniatura cuya construcción habían planeado juntos Luis y ella, estaba a medio terminar, y la marquesa sabía que jamás podría agasajar a Luis en aquellos encantadores y pequeños aposentos.

Pensando en sus castillos le fue ganando el sueño. Para cada uno de ellos tuvo recuerdos de ocasiones diversas, de modo que los vio como los hitos a lo largo de un camino, cada uno de ellos proclamando algún triunfo sonado.

Estaba pensando en Bellevue, en la noche en que Luis acudió a cenar allí, iba a ser la primera fiesta que diera en palacio. Pero el pueblo —el encolerizado pueblo— organizó una marcha hasta Bellevue, de modo que ella y sus invitados se vieron en la obligación de apagar todas las luces y de cenar en una pequeña casa de campo, dentro del recinto, pero a cierta distancia del castillo.

Se llevó la mano al corazón, al revivir los terrores de entonces. Sin duda, el corazón nunca se le había desbocado tanto como acababa de hacerlo en ese momento.

Se estaba ahogando.

—¡Hausset! —llamó—. ¡Hausset, venid! ¡Deprisa!

Cuando el rey tuvo conocimiento de que la marquesa había vuelto a recaer, y ya gravemente, tanto él como la corte en pleno se dieron cuenta de que se estaba muriendo.

Era cuestión de etiqueta que sólo los integrantes de la familia real fallecieran en el castillo de Versalles, pero Luis no pudo tolerar la idea de que madame de Pompadour estuviera tan lejos de él en un momento semejante,

así que dio orden de que sus aposentos de la planta baja estuviesen listos para recibirla.

Cuando le llegó la noticia de que el rey deseaba que acudiese a Versalles, la marquesa se sintió tan radiante que hasta madame Du Hausset creyó que iba a recobrase una vez más. Quizá fue la última vez.

—Ya veis, Hausset —dijo la marquesa mientras se aferraba a su amiga con unos brazos que a madame Du Hausset le daban ganas de llorar, unos brazos que habían sido rollizos, redondeados, y que ahora estaban casi en los huesos—, ya veis cuánto me ama. Nos debemos el uno al otro. Así, me da el mismo rango de realeza que él posee. Hausset, ya veis cuan grande es nuestra amistad.

Fue cuidadosamente envuelta en mantas y transportada a un carruaje en el cual hizo el lento trayecto a Versalles. Por el camino, la gente se asomó a verla pasar. No la saludaron con gritos hostiles; se limitaron a observar su paso en silencio.

«Hasta el pueblo sabe ya —pensó ella— que éste es mi último viaje».

En sus viejos aposentos de Versalles guardó cama. Los médicos tan sólo meneaban la cabeza al verla. Ya sólo podían dejarla en manos de los sacerdotes.

Meditó sus pecados y se confesó. Los incidentes del pasado parecían saltar de imágenes desvaídas, borrosas, y presentarse ante ella con gran claridad. Vio a Carlos Guillermo, su marido, implorándole que regresara junto a él; se vio a sí misma cuando no quiso atender esas súplicas, y sólo tuvo en cuenta su ciega ambición. Pensó en Alexandrine, tendida en su lecho de muerte en el convento de la Asunción, y recordó a mademoiselle de Romans al llorar suplicando a gritos que su hijo le fuera devuelto.

Muchos fueron los espectros del pasado que acudieron a ella para burlarse de su desmedida ambición.

Luis la visitó varias veces al día, los médicos pidieron al rey que le aconsejara personalmente que fuera preparándose para recibir la Extremaunción, pues le quedaba muy poco tiempo.

La abrazó con infinita ternura, y ésta fue su despedida. Debía olvidarse de su rey en la Tierra, le dijo, y prepararse para conocer a un Rey más grande incluso. Y debido a la relación que existía entre ambos, quienes iban a concederle la absolución insistieron en que los adúlteros han de manifestar su arrepentimiento mediante el compromiso de no volver a verse nunca más mientras vivan.

Era inevitable. Había llegado el momento decisivo.

—Adiós, mi queridísima amiga, adiós —dijo Luis con las lágrimas rodando por sus mejillas—. Os envidio. Os encamináis a vuestro descanso celestial mientras a mí me queda por delante una vida que ha de permanecer vacía porque ya no contaré con vuestro encanto para iluminarla.

Se abrazaron por última vez, y madame de Pompa-dour quedó en compañía de sus confesores.

Madame du Hausset hizo una seña a las criadas para que llevasen la ropa limpia a la cama, pero la marquesa sonrió agotada y las despidió con un gesto.

—No vale la pena —dijo—. Queda ya muy poco tiempo.

Las mujeres se miraron unas a otras. Sabían que tenía razón.

Llegó el sacerdote y oró junto a su lecho. Cuando se disponía a marcharse, ella lo detuvo.

—Aguardad unos instantes y nos iremos juntos.

Él la cogió de la mano para darle la última bendición; ella sonrió y cerró los ojos.

Antes de que la tarde acabara, había muerto.

Esa noche, su cuerpo, envuelto en un blanco sudario, fue colocado sobre unas angarillas y transportado desde el castillo de Versailles hasta el Hotel des Reservoirs.

Luis insistió en ocuparse personalmente de todos los preparativos; sabía bien, según dijo, que el último deseo de la marquesa había sido descansar en la iglesia de los Capuchinos, en la Place de Vendôme, donde su pequeña Alexandrine yacía al lado de madame Poisson.

Dos" días después, el cuerpo de la marquesa de Pompadour abandonó Versailles por última vez, camino de París.

Era un tormentoso día de abril. Llovía a mares cuando la comitiva fúnebre llegó a Notre-Dame de Versailles, preparándose para dirigirse a París.

Con Champlost, uno de sus ayudas de cámara junto a él, Luis permaneció en un balcón, sin cubrirse la cabeza a pesar de la lluvia, observando la marcha del cortejo, que comenzó a alejarse por la Avenue de París. Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas, y los sollozos sacudieron su cuerpo, a medida que los recuerdos de su larga relación con la marquesa le fueron asaltando. No pudo imaginar Versailles sin ella.

Champlost permanecía inmóvil, impotente, a su lado. De pronto Luis le puso una mano sobre el brazo.

—Champlost —dijo de repente—, sois testigo de mi pena. Nunca más volveré a ser feliz del todo. He perdido a quien ha sido la mejor amiga que jamás haya podido tener durante veinte años. Han sido veinte largos años, Champlost.

—Sire, es un gran pesar el que todos sentimos, aunque haya caído en especial sobre Vuestra Majestad. Pero os ruego que os cubráis de la lluvia, si no queréis resfriaros.

El rey alzó la mirada hacia el cielo gris, y las gotas de lluvia se mezclaron con sus lágrimas.

—Es la única muestra de respeto que ya puedo darle —replicó.

El cortejo avanzaba por la Avenue de París, y el rey sintió que era incapaz de seguir mirando.

Dio media vuelta y entró en sus aposentos privados. Champlost le siguió respetuosamente.

La dignidad de Versalles envolvió por completo al rey. La vida debía seguir, incluso aunque la marquesa ya no estuviera.

Luis pareció recordar de pronto lo que la etiqueta exigía de él.

—La pobre marquesa —dijo casi a la ligera— va a tener un tiempo de perros en su viaje a París.

Maria-Josefa

La muerte de madame de Pompadour dejó desconsolado al rey. Poco consuelo pudo hallar; las cenas íntimas que tan a menudo habían sido una de las costumbres más destacadas de la vida en Versalles se tornaron melancólicas, fruto más del hábito que de un placer especial. La marquesa era la que se ocupaba de los agasajos, ella elegía a los invitados, ella había entregado todo su tiempo y toda su energía para asegurarse de que el rey se sintiera constantemente complacido. Por otra parte, ¿cómo podrían hacer que olvidara el fallecimiento de la marquesa, y la enorme pérdida que ello representaba, las jovencitas del Parc aux Cerfs, por apasionadas, voluptuosas y maleducadas que fueran?

—Esto le hará gracia a la marquesa —decía a veces—. Debo decirle... —entonces se callaba en seco y se marchaba.

La duquesa de Gramont aguardaba ansiosa el momento de darle consuelo, pero Luis la rechazaba molesto. Choiseul, temiendo la exuberancia y la impaciencia de su hermana, tuvo que advertirle que llevara sumo cuidado.

—Tiempo —murmuró el duque—, todo lo que necesita es tiempo. Dadle uno o dos meses para que llore su pérdida, ya se cansará él solo del luto.

Entretanto, el rey halló algún solaz en el estudio de los asuntos propios de la política exterior. Tenía muy escasa confianza en cualquiera de sus ministros; incluso el propio Choiseul, según pudo observar, estaba más preocupado por el bienestar de Choiseul que por el de Francia.

«Tal vez llegará el día —pensaba el rey—, en que me sea factible recuperar nuestra fortuna perdida. Si pudiese conseguirlo, es posible que recuperara también el afecto de mi pueblo». Consideró seriamente lo que habría supuesto poner un final victorioso a la guerra de los Siete Años. Si Francia hubiese salido triunfante sobre sus enemigos, ¿no habría pronunciado el pueblo su nombre con el respeto que siempre había mostrado hacia otro Borbón, su antepasado, Enrique IV?

Sintió un entusiasmo que hacía años que no conocía, y que, de alguna manera, aplacaba el dolor que le producía la pérdida de la marquesa. Escogió

personalmente a sus agentes secretos sin que nadie lo supiera, ni siquiera Choiseul, y los envió a las diversas capitales del continente. Las cartas que llevaban no las vio nadie más que él.

Había tomado una determinación: lograr que fuese elegido al trono de Polonia un príncipe francés.

Su nieta Isabel estaba prometida en matrimonio a José, heredero del trono imperial. Madame Première —su hija Luisa-Isabel— había estado en lo cierto al insistir en ese matrimonio. La pobre madame Première había muerto años antes, en una epidemia de viruela. El rey no deseaba pensar en ella, pues la muerte siempre lo deprimía hondamente, y su principal deseo era huir a toda costa del recuerdo de una muerte para él infinitamente más importante.

De este modo, Luis se encerró en sus petits appartements y lloró por la marquesa.

Entretanto, el litigio contra los jesuitas parecía a punto de llegar a su clímax. No sólo en Francia se habían levantado varias facciones contra ellos, sino que eran considerados como una grave amenaza por todo el mundo. Se empezaba a decir que quienes gobernaban realmente todos los países católicos eran ellos, y no de manera abierta, sino en riguroso secreto; habían instalado sus colegios en todas partes, y aspiraban a educar a los jóvenes de acuerdo con su propia manera de pensar, fortaleciendo de esa manera su hermandad. Se habían insinuado en muchas de las cortes de Europa, sobre todo como confesores de los reyes y las reinas, adquiriendo de ese modo una considerable influencia sobre los gobernantes.

Algunos años antes, un acaudalado jesuita, el padre La Vallette, que era superior de los jesuitas en la Martinica, había perdido muchos de sus barcos a manos de los corsarios ingleses. Incapaz de mantener su asentamiento y sus fábricas, se declaró en bancarrota por valor de tres millones de francos. Sus acreedores fueron presa del pánico, y buen número de ellos, residentes en Marsella, exigieron que la Compañía de Jesús les pagara los tres millones de francos que La Vallette adeudaba.

La Compañía declaró que no era responsable de las deudas contraídas por uno de sus miembros, en vista de lo cual, los mercaderes de Marsella apelaron al Parlement de París, que ordenó por su parte al padre de Sacy, general de los jesuitas, que satisficiera las deudas de La Vallette.

Los magistrados, que se habían puesto de parte de los jansenistas y en contra de los jesuitas en los muchos conflictos declarados hasta entonces,

afirmaron que no sólo se trataba de un simple asunto de bancarrota, y que las cuentas de la Compañía debían ser objeto de una investigación.

Estipularon que las reglas de la Compañía eran incoherentes, e incluso contrarias a las del reino de Francia, por lo cual resultaban tanto desleales como inmorales. Ordenaron que se cerrasen todos los colegios.

Aquellos que apoyaban a los jesuitas, encabezados por el Delfín y por la reina, expresaron su protesta de inmediato.

Choiseul y la marquesa habían estado con firmeza de parte del Parlement.

Madame de Pompadour había considerado siempre a los jesuitas una amenaza, pero lo cierto era que los había aborrecido con mayor vehemencia desde que el general, el padre de Sacy, se negó a darle la absolución a no ser que abandonara la corte. En medio de esta nueva pugna le había sobrevenido la muerte. Choiseul estaba decidido a promulgar la expulsión de los jesuitas, pero con la muerte de madame de Pompadour había perdido a un ardiente defensor de su causa.

Luis no tenía ninguna prisa por tomar una decisión. Cuando se produjo la investigación, tuvo la intención de proteger a los jesuitas, pues había pensado, igual que en otras ocasiones, que el Parlement se proponía arrebatárle el poder de las manos. Por muchas ansias que tuviera de que Francia no se viera obligada a someterse al poder del Papa —tal y como era expreso deseo de los jesuitas—, no estaba menos decidido a que fuese el rey, y no el Parlement, quien dijera la última palabra en todos los asuntos cruciales para la nación.

El Parlement se había mostrado beligerante, y cuando él se propuso manifestar su oposición en el asunto de los jesuitas, llegó a insinuar que se realizaría una investigación en torno a las *acquis au comptant*. Luis sabía de sobra que no podía exponerse a una investigación sobre sus gastos privados. El mantenimiento del Parc aux Cerfs, sin contar todo lo demás, ya resultaba desmedido. No eran precisamente pocas las mujeres que habían recibido pensiones de por vida y regalos varios; además, tenía numerosos hijos naturales a los cuales mantener. La preciosa mademoiselle Hainault le había dado dos hijas no menos deliciosas que ella, y le había costado una cantidad muy considerable proporcionarle una pensión y un marido, el marqués de Montmelas. La adorable Lucía-Magdalena d'Estaing, hija natural del vizconde de Ravel, le había dado otras dos hijas encantadoras, Inés-Lucía y Afrodita-Lucía. Él adoraba a esas cuatro hijas, a las cuales era preciso mantener con la debida comodidad, y eso costaba dinero. Y había que considerar además a la maliciosa mademoiselle de Tiercelin, que constantemente exigía el pago de sus deudas. Una vida como la que él

llevaba, aunque le proporcionase gran variedad de agasajos, le suponía desmesuradas facturas. Por lógica no sentía el menor deseo de que el pueblo conociera en detalle las consecuencias de su galantería.

Ya se hablaba de él llamándole el viejo sultán, y se exageraba en lo tocante al Parc aux Cerfs, su harén. Pero mientras el pueblo llano no hubiese visto con toda claridad, escritas sobre un papel, las cifras que sus placeres le habían costado, siempre tendría que poner en duda la autenticidad de las historias que se andaban contando.

No, Luis de ningún modo podía permitirse que sus *acquis au comptant* se hicieran públicas, por lo cual hubo de someterse al chantaje del Parlement.

El Delfín, que no tenía nada que temer de una investigación sobre su vida privada, se empeñó en defender a los jesuitas hasta sus últimas consecuencias.

Exigió que se le concediera una entrevista con el rey y con Choiseul.

Choiseul no hizo caso del Delfín; sabía que nunca podrían ser más que enemigos, por lo cual era inútil intentar siquiera apaciguarlo.

—Sire —dijo al rey—, si no ordenáis la desaparición de los jesuitas, tendréis que ordenar la extinción del Parlement. Y la desaparición del Parlement, con los tiempos que corren, no significa más que una sola cosa: la revolución.

—¿Y por qué no íbamos a suprimir el Parlement? —intervino el Delfín—. ¿Por qué no se ordena la convocatoria de los Estados Provinciales? Sus integrantes serían elegidos entre la nobleza.

—Y entre el clero —murmuró Choiseul.

—Serían en todo caso miembros de la nobleza y también del clero —insistió el Delfín.

Choiseul volvió a dirigirse al rey.

—Sire, poco importa quiénes fueran los integrantes de los Estados Provinciales de que habla el Delfín; serían en cualquier caso, hombres. Basta con imaginarse cómo se unirían, cómo plantarían batalla todos juntos. Llegarían a ser tan poderosos que usurparían el poder del trono.

—Quien osara cometer tal acto sería automáticamente desterrado —exclamó el Delfín con vehemencia.

Choiseul se echó a reír ruidosamente.

—Sire —dijo volviéndose hacia el rey—, ¿es acaso posible pensar en el destierro de una nación entera?

—Monsieur de Choiseul tiene razón —adujo el rey—. No hay otra forma, para salir de este callejón sin salida, que desterrar a los jesuitas.

El Delfín se volvió a Choiseul, con los ojos encendidos de cólera.

—Vos sois el responsable de esto... Vos... Vos, con vuestras intrigas, con vuestras ambiciones. Sois un ateo... Os dejáis ver en las ceremonias sagradas, pero no participáis en ellas. Me pregunto si no será una señal del cielo...

La expresión perruna de Choiseul resultó más insolente que nunca.

—¿Una señal del cielo? —preguntó. Miró a su alrededor, por la ventana, hacia las nubes—. No soy ningún ateo, monseigneur. Y en la muy culta corte del rey hemos dado por ilusas todas las supersticiones. Quizá por esa razón, en aquellos círculos que intelectualmente llevan un considerable retraso respecto a nosotros, se nos confunde con los ateos.

—Choiseul —barbotó el Delfín—, olvidáis... olvidáis con quién estáis hablando...

—No, no me olvido —dijo Choiseul, de pronto tan acalorado como el Delfín—; no me olvido de que tal vez un día tenga la desgracia de ser súbdito vuestro, pero lo cierto es que nunca estaré a vuestro servicio. —Se volvió de nuevo hacia el rey, pálido por la repentina emoción que se había apoderado de él—. Sire, ¿dais vuestro permiso para que me retire?

—Lo tenéis otorgado —dijo el rey.

Cuando se hubo marchado, el Delfín y el rey se miraron cara a cara, y Luis sintió un irreprimible desagrado ante su hijo, el cual, según había comprendido, estaba dando su apoyo a los jesuitas no desde un punto de vista político, sino porque se consideraba a sí mismo un representante de la Santa Iglesia.

Los franceses iban a tener por rey a un auténtico fanático tan pronto ese joven accediera al trono. «Desde luego —se dijo Luis—, debo seguir vivo por mucho tiempo; este pobre hijo mío tiene muchísimo que aprender».

—Majestad..., ¡habéis oído la insolencia de ese hombre! —balbuceó el Delfín—. Nunca... Nunca lo perdonaré.

Luis sacudió la cabeza con un gesto de tristeza.

—Hijo mío —le dijo—, habéis ofendido a monsieur de Choiseul hasta tal punto que debéis perdonárselo todo.

Con esto, el rey le volvió la espalda y dejó a solas al Delfín; éste sólo fue capaz de quedarse mirando al vacío totalmente asombrado.

A finales del año en que murió la marquesa, la Compañía de Jesús fue desarticulada. Ningún jesuita fue autorizado a vivir en el reino de Francia, salvo en su condición de ciudadano de a pie.

El pueblo de París se desbordó de alegría; la reina, el Delfín y las princesas se sintieron desolados. Al mismo tiempo, el contencioso que enfrentaba al Delfín con Choiseul fue en aumento.

Para dar consuelo al Delfín, el rey decidió conceder a su hijo lo que había sido su máxima ambición desde siempre. Siempre había aspirado a ser un soldado y, aunque se le había negado esta posibilidad en tiempo de guerra, cuando el simple hecho de estar vivo podía ser de cierta utilidad para la nación, en ese momento se le concedió el mando de un regimiento, conocido como el Real Regimiento del Delfín. Así pues, se entregó celosamente a su nueva vida.

Pasaba semanas enteras en el campamento, con sus soldados, y demostró que podría haber hecho una gran carrera en la milicia. Su austeridad le hizo ganarse el aprecio y el respeto de sus hombres, que vieron en él a un auténtico líder, siempre dispuesto a compartir con ellos las incomodidades de la vida militar.

Durante las maniobras hizo mal tiempo; el Delfín, poco acostumbrado a vivir en tan duras condiciones, contrajo un resfriado bastante agudo. No le prestó mayor atención, y el resfriado, sin curar del todo, persistió. A comienzos de octubre, cuando las operaciones militares concluyeron y volvió a la corte, entonces en Fontainebleau, la familia real comprobó con incredulidad qué enfermo estaba.

De haber sido un hombre más bien relleno, estaba visiblemente delgado. Se pensaba que ello era debido a la virulencia de los ejercicios a los que no estaba acostumbrado, pero al persistir la tos, muchos recordaron la enfermedad de madame de Pompadour y comentaron cuán extraño sería que su viejo enemigo contrajera la misma enfermedad.

María-Josefa se mostró sumamente preocupada nada más verle.

—Debéis guardar cama durante un tiempo —insistió—. Y dejad que yo cuide de vos. Una vez me dijeron que soy buena enfermera.

—Recuerdo muy bien esa ocasión —dijo el Delfín con sinceridad.

—Entonces, no vacilaréis en ponerlos en mis manos.

—Entonces estaba enfermo, María-Josefa —replicó él con tacto—. Ahora tan sólo tengo un resfriado que no se me termina de curar.

—Los médicos tendrán que sangraros —dijo ella.

Lo encontró bastante dócil, casi como si deseara complacerla, darle alguna compensación por la preocupación que le había causado.

Ella pensó que su esposo había cambiado, que estaba más afectuoso. «Sabe cuánto he sufrido —se dijo—, y quiere paliar la gran tristeza que me ha causado con esa mujer».

Se preguntó por la mujer en cuestión, pero no osó mencionarla.

Se dio cuenta de que existía algo muypreciado en aquella época de su vida, y que bajo ningún concepto debía estropearlo. Intentaría olvidar la existencia de madame Dadonville y de su pequeño Augusto; rezaría para que el Delfín también los olvidase.

Se puso un sencillro vestido blanco, pensando en aquel tiempo en que cuidó de él y contribuyó a que se curase de la viruela, una época en la que habían estado muy unidos, y en la que ella llegó a creer que el vínculo que los ataba sería por siempre inquebrantable.

«Soy feliz —se dijo—; soy más feliz de lo que nunca he sido, porque cuando está enfermo viene a mí para que le cuide. Y soy una buena enfermera. El doctor Pousse lo dijo personalmente. Una vez más le devolveré la salud, y ahora que somos mayores y más maduros, la felicidad que podremos recobrar perdurará durante el resto de nuestras vidas».

María-Josefa se sentó junto al lecho de su esposo. Estaba sumamente preocupada, pues no parecía mejorar. El resfriado no sólo persistía, sino que había empeorado.

—Padece pleuresía —dijeron los médicos, y le sangraron varias veces.

Se le había formado una úlcera en el labio superior. Parecía maligna, pues ningún ungüento la curaba. Aunque a veces estuviera a punto de desaparecer, brotaba de nuevo.

Llegó el día en que al coger el pañuelo que su esposa le tendía para que se cubriese la boca al toser, y devolvérselo, ambos vieron que estaba manchado de sangre.

A la mente de la delfina acudió la enfermedad de madame de Pompadour; recordó haber visto cómo su atractiva figura iba desgastándose hasta quedarse en los huesos. Eso mismo ocurría con el Delfín ante sus propios ojos.

Pero seguía dispuesta a salvarle. Estaba decidida a lograrlo; lo amaba como no amaba a nadie más en el mundo, e iba a luchar con todas sus fuerzas por salvarle.

Recordó la noche de bodas, cuando él había llorado en sus brazos por la reciente pérdida de su primera esposa. Ella supo desde aquel momento que era un hombre bueno, un hombre de gran sensibilidad y de hondos sentimientos. Ella, que entonces era poco más que una niña asustada, se había convertido en una mujer determinada a conquistar aquello que deseaba, determinada a conservarlo. Y lo que ella siempre había deseado era el amor de su esposo.

Pensaba que en cierta medida lo había alcanzado, pero quizá había estado demasiado segura de sí misma. Por eso sufrió tan agudamente cuando supo del amor que él sentía por madame Dadonville.

Recordó aquella otra tragedia, la pérdida de su primogénito, el duque de Borgoña, su pequeño Luis José, cuando sólo tenía once años. Fue un amargo golpe para ambos, y no menor para los abuelos del niño. La muerte de su hijo había sido en realidad una de las grandes penas de su vida de casada; otro de sus hijos murió con sólo tres meses, y el dolor no fue menor. La pérdida de esos dos niños y la aventura de su marido con madame Dadonville habían estropeado lo que podía haber sido una vida de total felicidad.

Él la consoló cuando murió el pequeño duque de Borgoña; le recordó que aún tenían otros hijos.

Desde luego, la suya había sido una fructífera unión. Tenía tres hijos: el duque de Berry, el duque de Provenza y el duque d'Artois, así como dos hijas, las princesas Clotilde e Isabel. Y era ella la que había cuidado de todos ellos, por pensar que podría darles más amor y mejores atenciones que la mejor institutriz.

El rey le había expresado con asombro la consideración que le merecía: «Hija mía —le dijo una vez—, sois un ejemplo perfecto para todas las esposas y todas las madres de Francia».

Ella pensó que lo dijo con una pizca de ironía, ya que creía que, a sus ojos, era una mujer aburrida, en modo alguno atractiva; al mismo tiempo se dio cuenta de que en él existía una ingenua aprobación de su persona, un genuino afecto.

«¿Quién debe cuidar de un hijo, si no es su madre? —se decía—. ¿Quién ha de cuidar de un esposo cuando está enfermo, si no es su esposa?».

Aquella noche rezó durante largas horas, de rodillas. Murmuraba sus oraciones en la habitación del enfermo. A pesar de sus cuidados y de su dedicación constante, a pesar de sus oraciones, el Delfín no mejoraba.

El rey la ordenó llamar. Cuando estuvieron solos, la rodeó con ambos brazos y la estrechó contra su pecho.

—Mi querida hija, me siento angustiado.

—Está muy enfermo, señor —respondió ella.

—Me siento angustiado por él, y también por vos.

—¿Por mí?

—No creo que debáis pasar tanto tiempo en la habitación del enfermo, querida. No ignoráis en absoluto de qué padece. Hija mía, sé bien cuan

preocupada estáis. Pero sois valerosa, sé que sois quizá una de las mujeres más valerosas de Francia, y por eso quiero deciros la verdad. Mucho me temo, hija mía, que no pasará mucho tiempo hasta que yo me quede sin hijo y vos sin marido.

Ella apretó los puños y habló con firmeza.

—Lo cuidaré hasta que recobre la salud —dijo—. Ya lo hice una vez, cuando todos disteis su vida por perdida. Y lo volveré a hacer.

El rey la contempló con afecto. Tenía una gran fuerza de voluntad. Le sorprendió haber pensado alguna vez que María-Josefa fuese débil.

El hecho de ser buena no significaba que fuera estúpida, ni mucho menos.

—Querida mía —dijo con gran emoción—, lo haréis, sé que lo haréis. Pero quiero que sepáis de todos modos lo que los médicos me han dicho. Dicen que la enfermedad pulmonar que padece mi hijo puede ser muy infecciosa. Los que viven continuamente en la calurosa habitación del enfermo podrían verse contagiados.

—Mi deber es seguir a su lado —dijo ella.

—Os agotáis. Podéis compartir con otras personas la carga de cuidar al enfermo.

Ella lo miró con ferocidad.

—Para mí, cuidarle no es ninguna carga, y no pienso compartirla con nadie —repuso.

El rey le puso la mano en el hombro.

—Aunaré mis oraciones a las vuestras, hija mía —dijo. Le cogió la mano y se la besó—. Confiemos que las oraciones de un viejo pecador y las de la joven mujer más virtuosa de la corte obtengan respuesta.

El Delfín se debilitaba día a día. Sentíase inquieto si, al abrir los ojos, no veía a María-Josefa.

—Lo siento —le dijo un día—. Siento mucho la infelicidad que os he causado.

Ella negó con la cabeza.

—Vos me habéis dado una gran felicidad.

—Os amo —dijo él—, os amo como a nadie más.

—¿Lo decís porque sabéis que eso es lo que tanto ansío oír?

—Lo digo porque es verdad. Hace ya mucho tiempo que la vi por última vez. María-Josefa, cuánto desearía haberos sido enteramente fiel. Merecéis muchísimo más de lo que yo os he dado.

Ella negó con la cabeza.

—Por favor... por favor, no habléis más de ello... Ahora estamos juntos...

—Sí, al menos durante el corto tiempo que me queda —dijo él.

—No —gritó ella—. No será corto. Yo os cuidé hasta que os recobrasteis de la viruela. Ahora os cuidaré hasta que os recobréis de esto.

—María-Josefa, siempre estáis a mi lado cuando os necesito. Sois mi enfermera, mi consuelo, mi esposa, mi único amor...

—Soy tan feliz... —dijo ella—. Ojalá pudiese morir en este instante.

Él sabía que se estaba muriendo. Se había vuelto muy apacible, muy paciente.

En la corte todos se hacían lenguas de que un hombre que sabía que estaba tan cerca de la muerte fuese capaz de afrontar el futuro con semejante serenidad de espíritu.

El rey dio respuesta a esta pregunta.

—Mi hijo ha llevado una vida irreprochable. No tiene ningún temor frente a lo que pueda aguardarle. Si todos llevásemos una vida tan virtuosa como la suya, reaccionaríamos como él ante la muerte.

La corte tuvo que permanecer en Fontainebleau, pues el Delfín estaba demasiado enfermo para desplazarse.

Él sabía que por su delicado estado de salud se habían quedado todos, así que pidió disculpas, ya que entendió que los cortesanos habrían preferido regresar al lujo y a las comodidades de Versalles.

—Me temo —dijo— que estoy causando grandes inconveniencias a la corte entera. Es una pena que tarde tanto en morir.

Estaba ansioso por ahorrarles trabajo a los médicos que lo atendían; permanecía inmóvil fingiendo dormir, para que ellos pudieran dormitar también en sus sillas, pues en compañía de su esposa lo velaban durante el día y la noche.

Llegó diciembre; el Delfín permanecía en cama y veía caer los copos de nieve a través de la ventana. Sabía que no volvería a ver la primavera.

Los médicos visitaron al rey y le dijeron que la vida del Delfín iba agotándose poco a poco.

—Mi corazón está turbado por la pobre esposa del Delfín —dijo Luis—. Insiste en creer que sobrevivirá. ¡Pobrecilla! Creo que se engaña deliberadamente, porque no es capaz de pensar siquiera en la vida que le espera sin él. Además, está exhausta. No quiero que esté con él hasta el final. Sería demasiado doloroso, y me temo que está a punto de derrumbarse. Iré a

verla e insistiré en que descanse un poco en sus aposentos. Cuando ella se haya marchado, haced que el cardenal de la Rochefoucauld sea llevado a presencia de mi hijo, para que le administre los últimos sacramentos. Vamos, os acompañaré a la habitación del enfermo.

Se dirigió allí con los médicos y, acercándose a María-Josefa, le tomó el rostro entre las manos y le sonrió con dulzura. Notó las oscuras ojeras que se marcaban bajo sus ojos: las huellas del agotamiento.

—Hija mía —dijo—, voy a daros una orden. Debéis retiraros a vuestros aposentos. Una de vuestras damas de compañía os llevará una bebida tranquilizante; y entonces descansaréis.

—Me quedaré aquí —replicó ella.

—Es el rey quien os habla. El rey os ordena retiraros a vuestros aposentos y descansar.

—Padre mío...

Al rey le tembló la voz cuando la cogió de la mano.

—Hija mía —dijo—, obedecedme. Es mi deseo —y le besó en la frente.

—¿Me despertaréis si pregunta por mí?

—Descansad tranquila; os despertaré de inmediato.

Así, María-Josefa se retiró a sus aposentos. Nada más irse, el cardenal de la Rochefoucauld se acercó al lecho del Delfín y le administró los últimos sacramentos.

El rey se apartó del lecho de su hijo y tomó asiento en una esquina de la estancia. Oía la potente voz del cardenal, las débiles respuestas del Delfín.

«¡La muerte! —pensó el rey—. Está continuamente presente en Versalles. Hace poco más de un año que perdí a mi queridísima marquesa, y ahora mi único hijo...

»¡La muerte! El espectro que a todos nos persigue. Ni siquiera los reyes pueden esconderse de ella. Basta con que nos llame, que por fuerza hemos de seguirla».

Habían callado las voces. El rey supo lo ocurrido antes incluso de que el cardenal se acercase hacia él.

—¿Todo ha terminado?

—Sí, sire. El Delfín ha muerto.

Hasta en esa sombría estancia sé había colado el ceremonial. Era preciso comunicárselo a la esposa del Delfín, había que proclamar al nuevo Delfín de Francia.

El rey apartó la mirada del cardenal.

—Traedme al Delfín —ordenó con voz fuerte y clara.

En cuestión de unos minutos, el duque de Berry se hallaba ante él: a sus once años, era tímido y torpe. Luis observó al hijo mayor de su hijo, de los que aún vivían, y pensó: «Dios se apiade de vos, cuando un día seáis rey de Francia».

—¿Sabéis por qué os he ordenado llamar?

—Sí, sire —el muchacho habló en un susurro.

—¿Sabéis que sois el Delfín de Francia?

—Sí, sire.

—Son muchos los deberes que os aguardan, nieto. Unos serán placenteros y otros desagradables. El primero que habéis de cumplir en calidad de Delfín espero que sea uno de los más tristes que tendréis que cumplir nunca. Ahora, venid conmigo.

El rey salió con paso solemne de la cámara mortuoria; el Delfín intentó acompasar sus pasos a los de su abuelo. Parecía más aturdido que compungido.

Los cortesanos y los criados que les vieron pasar hicieron grandes reverencias. El muchacho se dio cuenta de que todos le tenían más respeto que antes.

Llegaron a los aposentos de su madre, y el paje les anunció:

—Su Majestad el rey y Su Alteza el Delfín.

María-Josefa se despertó sobresaltada, y su mirada fue del rey al perfil del hijo de once años que acababa de ser anunciado, significativamente, como Delfín de Francia.

¿Qué se podía hacer para consolar a una mujer tan dolorida por la pena? El rey se lo preguntó a sí mismo y a sus cortesanos: ¿cómo animar a María-Josefa para que superase la tremenda apatía que se había adueñado de ella?

No se le ocurrió nada que darle, salvo el poder.

La llamó a su presencia.

—Hija, no quiero que penséis que vuestra posición se ha alterado en lo más mínimo a causa de la muerte de mi hijo. Os sigo teniendo por mi hija muy amada.

Ella le dio las gracias a su manera, apacible, pero decaída.

Él le recordó que ya habían pasado los dos meses que se acostumbraba a llevar luto, y que no debía dolerse de la pérdida por siempre.

—Señor —replicó ella—, seguiré de luto hasta que muera.

—Pues no habrá de retrasarse mucho ese momento si continuáis como hasta ahora.

—Entonces seré feliz. Para mi desgracia, Dios ha querido que yo sobreviva al hombre por quién habría dado mi vida mil veces. Confío que Dios me conceda la gracia necesaria para pasar el resto de mi peregrinaje preparándome, en sincera penitencia, para reunirme con su alma en el cielo, en donde no me cabe duda que está pidiendo para mí esa misma gracia.

El rey recordó que ella siempre había aconsejado al Delfín. Él la tenía por una mujer inteligente. Que careciese de alegría, que tuviese poco ingenio, eran detalles sin importancia. Él mismo, tampoco estaba de humor para la alegría ni para el ingenio. Comprendió que necesitaba compañía, alguien que llenara el vacío en que había quedado su vida desde la muerte de madame de Pompadour.

Había infinidad de jóvenes bonitas y de bellas mujeres deseosas de satisfacer sus necesidades puramente físicas, pero ¿no podría ser que su entristecida nuera fuese su amiga y su *confidante*?

Necesitaba una mujer que fuera su amiga. No confiaba en ninguno de sus ministros. Siempre le habían importado más las mujeres que los hombres; estaba convencido de que sólo una mujer le daría amistad desinteresada. Los hombres pensaban continuamente en sus propios progresos, igual, desde luego, que muchas mujeres; sin embargo, estaba persuadido de que la divina chispa de la amistad desinteresada sólo podía prender en una mujer.

—Hija mía —le dijo impulsivo—, habéis perdido a una persona que para vos lo fue todo en la vida. Yo he perdido hace muy poco tiempo a una amiga muy querida. Los dos sufrimos por ello. Esforcémonos en ayudarnos el uno al otro, al menos mientras dure este difícil período en nuestras vidas. Tal vez, quién sabe, al procurar aliviar cada uno la pena del otro hallemos un poco de consuelo. Seamos amigos. Tenemos mucho de qué hablar el uno con el otro. Debemos pensar en el futuro de vuestra familia. Vos me hablaréis de ellos, y yo os hablaré de los asuntos de estado que antes tenía costumbre de comentar con mi querida marquesa.

María-Josefa sollozaba en silencio.

—Querido sire y padre —dijo—, ya me siento algo más feliz que antes, sólo por la perspectiva que me abris de poder seros de alguna utilidad.

—En tal caso, los dos estamos algo más contentos. Ocuparéis una *suite* inmediatamente debajo de mis aposentos. Preparaos para trasladaros de inmediato.

María-Josefa notó que su ánimo mejoraba, pues estaba pensando en aquellas reuniones que tenían lugar en los aposentos de su esposo. ¡Si el rey hubiese manifestado esa misma amistad por ella cuando su marido aún vivía, qué grande habría sido su satisfacción! El Delfín había cultivado la amistad de sus hermanas, por el mero hecho de que ellas compartían las confidencias del rey.

¿Acaso era posible que ella, María-Josefa, pudiera comentar las cuestiones de estado con el rey en persona? En tal supuesto, jamás olvidaría a su esposo. Le daba la impresión de sentirlo a su lado, de que la apremiaba a que aceptara la amistad del rey, a que intentara consolarlo y ganarse su estima. De esa manera podría continuar la línea política iniciada por su esposo.

Pensó en el duque de Choiseul, que tan insolente había sido con el Delfín hacía aún muy poco tiempo, cuando los pobres jesuitas fueron expulsados del país.

De buena gana y con toda asiduidad quiso seguir trabajando como había trabajado el Delfín; quiso hacer todo lo que él había hecho. De esa manera, sería como si él siguiera vivo.

¿Qué habría hecho él, si hubiese seguido vivo y hubiese dispuesto del poder?

La muerte en Versalles

En esta época se produjo en toda Francia una considerable excitación debida al asunto Calas, que llevaba años sin resolverse, y a raíz del cual, desde su refugio de Ferney, en Gex, Voltaire no dejó ni un instante de clamar en vano contra el abuso de la intolerancia.

Durante el reinado de Luis XV, dedicado por entero a los placeres, no se habían producido demasiadas persecuciones contra los protestantes en París ni en el norte, si bien en el sur de Francia, tan alejado del centro de la cultura, las persecuciones fueron constantes, y los protestantes, torturados y ejecutados.

La familia Calas, protestante, había adquirido una cierta prominencia tres años antes. Monsieur Calas era un rico mercader de Toulouse; su esposa pertenecía a la nobleza. Habían sido felizmente padres de varios hijos, y habrían seguido viviendo en su feliz anonimato de no ser porque uno de sus hijos, Luis, a los siete años, fue objeto de un gran cariño por parte de una de las criadas de la casa, que era católica.

Esta criada estaba convencida de que a menos que lograra convertir a su muy amado niño al catolicismo, su alma sería condenada a las penas del infierno. Como esto era algo insufrible, que además le producía una tremenda inquietud anímica, se propuso convertirlo, de manera que comenzó a llevarlo en secreto a la misa. Pero al poco tiempo se atrevió a secuestrarlo de su familia, entregándoselo a un peluquero católico de la ciudad, que prometió mantenerlo escondido de sus padres.

La pérdida del pequeño fue causa de una inmensa tristeza en la casa de los Calas, que además lo buscaron en vano por todos los sitios. Sin embargo, la incertidumbre en que vivían no duró demasiado, ya que como era ley de la iglesia católica que cualquier persona con siete años como mínimo tenía edad suficiente para proclamarse católico, Luis hizo esta proclama con gran deleite por parte de la población católica de Toulouse, y con la consiguiente consternación para sus padres.

Su padre fue citado para que se personase ante el arzobispo, y se le ordenó pagar una determinada cantidad para financiar la manutención del niño

mientras éste permaneció escondido, amén de pagar también para que fuera criado en el seno de una familia católica. Al pequeño Luis se le ordenó entonces que escribiera una carta dirigida al arzobispo, en la cual le exigía que dos de sus hermanas y su hermano fueran arrebatados de la casa de sus padres, para que se educaran con él en el catolicismo.

Luis tenía también un hermano mayor, Marco Antonio —un protestante convencido y severo—, que estudiaba leyes, al cual le fue prohibida la práctica de la abogacía porque para ejercer necesitaba un certificado en el que se demostrara su fe católica. Por supuesto, no podía obtenerlo mientras no cambiara de religión.

El problema ante el cual se vio enfrentado, es decir, renegar de su fe o renunciar a su profesión, llegó a deprimirlo de tal modo que se dio con insensatez a la bebida, para aliviar al menos de forma pasajera la gran presión a que estaba sometido.

Uno de sus amigos, un tal Lavaysse, pertenecía también a una familia protestante, pero como se había educado con los jesuitas no encontró problema alguno a la hora de dedicarse a la carrera que eligió. Lavaysse había estado en la Armada y había destacado como marinero; un pariente acaudalado, además, le había legado una plantación en Santo Domingo, a la que estaba a punto de marchar.

Antes de emprender viaje fue de visita a casa de los Calas, pues quería despedirse de ellos. No se jactó de su suerte, pero era natural que el deprimido Marco Antonio comparase su triste sino con el éxito de Lavaysse. De repente, se levantó de entre los presentes, subió a su habitación y se ahorcó.

Cuando se descubrió el cadáver, la familia quedó horrorizada tanto por la pérdida de su hijo, como porque era costumbre de los católicos apoderarse del cadáver de un protestante que se hubiese suicidado, o que fuera sospechoso de haberlo hecho, y arrastrarlo desnudo, sobre una larga vara, por toda la ciudad. Y ese suceso se consideraba como un estigma imborrable del resto de la familia hasta muchos años después.

Los lamentos de la familia Calas, cuando descolgaban el cadáver de Marco Antonio, llamaron la atención de los vecinos, que se acercaron a la casa a ver qué sucedía.

—¡Se ha matado! —gritó uno de ellos.

Monsieur Calas se imaginó el cadáver de su hijo sujeto a toda clase de humillaciones.

—¡No, no! —gritó de inmediato—. No ha sido un suicidio.

—Entonces..., ¡ha sido asesinado!

Uno de los vecinos corrió gritando por las calles.

—¡Ciudadanos, acudid, deprisa! ¡Aquí hay una familia de protestantes que ha asesinado a su propio hijo!

Pronto se formó una muchedumbre delante de la casa. Entraron en ella por la fuerza, se apropiaron del cadáver de Marco Antonio, lo desnudaron y lo arrastraron por las calles. Apresaron a todos los miembros de la familia Calas y los obligaron a desfilar por las calles detrás del cadáver.

—¡Ved! ¡He aquí a los protestantes que han ahorcado a su hijo!

La familia entera fue encerrada en prisión. Los sacerdotes católicos montaron la acusación contra ellos. Dijeron que Marco Antonio había proclamado su intención de convertirse al catolicismo, debido a lo cual la familia lo había ahorcado. Se celebraron misas especiales para elogiar a Marco Antonio, ya que los sacerdotes comprendieron que era una ocasión inmejorable para azuzar el odio de los ciudadanos de Toulouse contra los protestantes. Y tales ocasiones nunca se dejaban pasar por alto.

Se proclamó que los protestantes tenían tribunales secretos, en los cuales se decidía asesinar a todos aquellos que expresaran su deseo de convertirse al catolicismo. El pueblo de Toulouse fue increpado para que diera muestras del amor que tenía por su fe, es decir, para que exigiera el procesamiento de la familia Calas.

El caso Calas podría haber sido uno más entre los muchos que por entonces encadenaban a Francia al oscurantismo de la intolerancia, de no haber sido por el presunto ateo de Ferney, que lanzó invectivas de toda clase contra sus compatriotas. «El juicio de esta familia de protestantes —declaró Voltaire— es tanto más cristiano, porque es imposible demostrar nada».

Calas, a sus sesenta y cuatro años, murió en el potro de tortura. En plena agonía se le pidió que confesara, pero sólo proclamó su inocencia y oró por el perdón de sus torturadores.

Voltaire siguió el caso con gran atención desde Ferney, en la frontera de Suiza —país al que pensaba fugarse si las autoridades francesas decidían considerar sus opiniones como traición de estado—. Escribió a madame Calas, preguntándole si podía jurarle que su marido era inocente.

Cuando recibió su respuesta afirmativa, Voltaire puso su genio en juego. Se había propuesto conseguir que el veredicto que condenó a los Calas fuera no sólo suspendido, sino revocado. Por si fuese poco, iba a poner fin de una vez por todas a las persecuciones religiosas que asolaban Francia.

Comenzó por escribir cartas a Saint-Florentin, duque de la Vrillière, conocido como «el ministro de las lettres de cachet», pues permitía que su

amante las vendiera a cincuenta luises cada una. Con gran astucia, Voltaire insinuó que Saint-Florentin debía sentirse tan turbado por todo este asunto como lo estaba él personalmente. Saint-Florentin, que de este modo fue puesto en el candellero, al tiempo que protestaba porque el asunto Calas debía tratarlo la justicia, se sintió muy incómodo, ya que pensó que Voltaire había iluminado las prisiones que estaban llenas de aquellos que, sólo porque una persona de influencia y de posibles quiso quitarlos de en medio, había recibido de su puño y letra sus respectivas lettres de cachet.

La campaña fue tan feroz como prolongada. Y eso era lo que se había propuesto Voltaire. Los ingeniosos y los eruditos se apropiaron de su estandarte; la injusticia del castigo impuesto a monsieur Calas fue comentada y discutida entre los escritores y los filósofos.

Choiseul observó el desarrollo de los acontecimientos con gran placer. Estaba de parte de Voltaire, deseoso como siempre de ver a la Iglesia subordinada al Estado.

La fuerza de la opinión pública desatada por los furibundos escritos de Voltaire logró que madame Calas fuera liberada de la prisión. De inmediato se fue de Toulouse para refugiarse en Ferney.

Esto sucedió exactamente antes de que fuera decretada la expulsión de los jesuitas; Choiseul, ansioso por apuntarse un tanto contra Saint-Florentin, liberó a cierto joven condenado a galeras. Se trataba de Fabre, cuyo padre había sido sentenciado a servir allí. Fabre logró que su padre huyera ocupando su lugar.

Cuando fue descubierto, la opinión pública exigió que a un hombre tan joven y tan santo le dieran de inmediato la libertad. Saint-Florentin replicó que Fabre había desafiado a la ley y, ya que se había mostrado dispuesto a ocupar el lugar de su padre, su deber era cumplir la condena.

Choiseul aprovechó el momento que se le presentaba, atento siempre a ganarse la aprobación del pueblo llano. El asunto Calas había despertado por toda Francia un hondo sentimiento de ofensa, y pensó que eran muy numerosos los ciudadanos que estaban a favor de la tolerancia religiosa.

Por consiguiente, ordenó que Fabre fuera liberado. Saint-Florentin montó en cólera, pero nada pudo hacer contra el todopoderoso Choiseul.

Entretanto, los panfletos de Voltaire siguieron recibéndose en París; cuando tuvo noticia de que el Parlement de Toulouse se proponía arrestar a madame Calas por segunda vez, le sugirió que fuera a París, que era, con gran diferencia, la ciudad más liberal de toda Francia, y que una vez allí hiciese un alegato en favor de su causa.

Mientras madame Calas viajaba a París, Saint-Florentin hizo todo lo posible por desacreditar a Voltaire y, de paso, a su aliado Choiseul.

Contrató a un escritor de talento llamado Fréron para que escribiera un artículo que se suponía aparecido en un periódico inglés atacando al rey.

Los espías de Choiseul no obstante descubrieron que el periódico estaba a punto de publicarse en París. Entonces, la venenosa pluma de Voltaire generó tales ataques contra Fréron que el hombre se echó a temblar de cólera y de terror, con lo que Voltaire no tuvo la menor dificultad en demostrar que el artículo era una falsificación.

El Parlement de Toulouse, entretanto, se había ocupado de llevar a cabo otra acusación contra los protestantes, y cuando una jovencita fue hallada muerta en un pozo, su padre, un tal monsieur Sirven, que era protestante, fue acusado de haberla asesinado porque, tal como declaró el Parlement, los protestantes tenían por costumbre asesinar a sus hijos.

Sin embargo, las invectivas de Voltaire, junto con el conocimiento de que el poderoso Choiseul lo respaldaba, animaron a muchos otros a mostrarse valerosos.

Se demostró que el único testigo de la acusación era una niña pequeña a la que primero habían sobornado y después amenazado para que dijera que había visto a monsieur Sirven cuando arrojaba a su hija al pozo. Se descubrió la verdad del caso: la hija de monsieur Sirven había sido arrebatada a sus padres para ser internada en un convento, donde debía convertirse al catolicismo. La niña echaba de menos a sus padres y su casa, debido a lo cual las monjas la maltrataban. Cuando empezó a mostrar síntomas de locura, fue devuelta a su casa, en donde, temerosa de que se la llevaran de nuevo al convento, se suicidó saltando al pozo.

Voltaire ofreció de inmediato refugio a la familia Sirven, que se apresuró a cruzar los montes de Cevennes para llegar a Ferney.

El feroz escritor sacó gran partido de todos estos sucesos, y recibió visitantes de todos los rincones del mundo, ante los cuales quiso que los Sirven relataran la historia de sus desdichas.

Sus escritos, además, habían circulado por el extranjero; y el resultado fue que Inglaterra y Rusia, quizá con la intención de humillar a Francia, comenzaron una campaña para recaudar fondos con los que ayudar a los protestantes perseguidos en un país dominado por el fanatismo.

Choiseul aprovechó la situación. Dándose cuenta de que podría asestar un golpe formidable a los jesuitas, exigió que el Parlement de Toulouse entregara

todos los documentos propios del caso Calas, para que éste fuera examinado en París.

A todo París le impresionó el talante de madame Calas. Choiseul supo que tenía al pueblo de su parte.

Todo esto había ocurrido antes de que el Delfín falleciese; su esposa estaba al corriente de que él seguía el desarrollo del caso Calas con inmenso interés.

A resultas de la tragedia que se había apoderado de ella, se olvidó de que el caso aún esperaba sentencia definitiva.

Después de que el rey le comunicara que deseaba ser su amigo, le llegó la noticia de que el veredicto había sido favorable a madame Calas, a la cual se entregó una indemnización, amén de permitirle hacer de nuevo uso del escudo de armas de la familia; esto equivalía a declarar públicamente que se había cometido un error al ejecutar a su esposo.

Voltaire estaba exultante. Había demostrado el poder de su pluma. Desde aquel año de 1765 no volvió a producirse en Francia ninguna persecución contra los protestantes.

Cuando María-Josefa supo de qué forma se había resuelto el caso, tomó una resolución.

El desenlace fue en el fondo un nuevo golpe contra el fanatismo que el Delfín había apoyado en todo momento. Voltaire, de quién se proclamaba su ateísmo, y Choiseul, que sólo iba a la iglesia para cumplir con las exigencias de la etiqueta, habían hecho trizas todo aquello por lo que tanto había luchado el Delfín.

Si antes pudo albergar alguna duda, María-Josefa por fin estaba decidida. Pondría fin al luto por su esposo, y seguiría trabajando en la línea en que él había trabajado. No pensaba descansar hasta haber expulsado al duque de Choiseul de la posición que detentaba.

Al percatarse con rapidez de la animosidad de la viuda del Delfín, el duque de Choiseul se sintió inquieto. Buscó el consejo de su hermana y le sugirió que dieran un paseo por los jardines, explicándole que lo que deseaba comentarle era preferible decirlo fuera de palacio.

—Me siento aprensivo por la viuda del Delfín —le dijo cuando se detuvieron ante una de las fuentes.

—¡Esa imbécil!

—Así es —murmuró Choiseul.

—Siempre la he considerado mansa como una oveja —dijo la duquesa de Gramont—, pero ni siquiera me merece ya tal opinión. Es floja como el agua.

—¿No habéis notado el afecto que le tiene el rey?

—¡El rey!

Choiseul se rió de buena gana.

—No, no es que haya decidido convertirla en su amante, si es que estáis pensando en eso —dijo—, pero es verdad que atraviesa por una racha un tanto depresiva. Aún sigue recordando a la marquesa, y da por hecho que necesita algún consuelo. La viuda del Delfín, como viuda virtuosa que es, aún lleva luto por su esposo. Por eso, los dos lloran juntos y rememoran a los seres queridos que han perdido. Y eso, hermana mía, es algo que les une.

—¡Bah! —dijo la duquesa—. En una semana a lo sumo se habrá cansado de ella.

—Puede ser, pero en una semana es mucho lo que puede ocurrir. Y como madame Calas ha salido bien parada del proceso, la delfina ha decidido atacarme a mí.

—Es como si un mosquito quisiera atacar a un toro.

—Pero no olvidéis que algunos insectos tienen aguijones venenosos.

—¿Qué proponéis que hagamos?

—Domeñar el afecto que el rey pueda tener por su nuera. Secarle de los ojos las lágrimas de la compasión. Hacer que la vea tal como ella es en realidad. Dicho de otro modo, me propongo devolverle el saludable desprecio que siempre había tenido por su nuera, ahora santificada.

—¿Y de qué manera lo haréis?

—Proporcionándole a otra amiguita.

—¿Ya la habéis escogido?

—Los dos la escogimos hace ya tiempo. Decidme, ¿no ha mostrado él ningún interés?

—Sí, pero escaso. La única mujer en la que parece interesado últimamente es la joven Étiennette Muselier. Tengo entendido que estaba embarazada.

—Una mujer así no tiene por qué inquietarnos.

—No, pero a él le satisface, teniendo en cuenta su estado de ánimo.

—¿Y no ha mostrado interés por vos?

—Desde luego, no ha sido un interés mayor que el que haya podido mostrar por cualquier otra cortesana. Esa tal Esparbés está muy alerta.

—En ese caso, habremos de vigilarla estrechamente. Creo que en estos momentos Luis podría verse arrastrado a una relación amorosa, que

seguramente continuaría por la fuerza de la costumbre. Sabéis bien que con la Pompadour todo fue, en gran parte, mera cuestión de hábito.

—¿Qué proponéis?

—Atended. Esta noche haré todo lo posible para cerciorarme de que beba en abundancia. Después de la ceremonia del coucher, estad preparada para entrar a hurtadillas en la cámara, por la escalera privada.

—¿Y Le Bel, Champlost y todos los demás?

—De ellos me encargo yo. Le Bel es el único que debemos tener en cuenta. Le diré que he oído hablar de una bella joven que quizá podría interesar al rey. Mientras él esté buscándola, vos podréis entrar en la cámara del rey sin que nadie lo note.

—¿Y entonces?

Choiseul se echó a reír.

—Entonces, hermana, todo estará en vuestras capacitadas y admirables manos. —De inmediato se tornó más serio—. Y no olvidéis esto: es preciso mantenerlo separado de la viuda del Delfín. Me propongo relegarla a la más completa ignorancia. En poco tiempo, si trabajamos los dos codo con codo, ella no tendrá más poder en la corte que el que pueda tener la reina. En cambio, si se le permite ostentar cierta influencia sobre el rey, es muy capaz de frustrar todos mis planes. Esta noche, tenéis que lograr el éxito.

—No temáis, hermano. Recordad cuando éramos jóvenes los dos y hablábamos de la fortuna que íbamos a hacer, cuando en nuestro empobrecido castillo...

—Que vos —musitó el duque— llamabais «castillo del Aburrimiento».

Ella asintió y siguió hablando.

—Siempre he dicho que cuando quiero algo, lo consigo.

Choiseul sonrió afectuosamente a su hermana. No se daba cuenta de que era una mujer demasiado grande, huesuda, carente de los encantos femeninos que resultaban tan atractivos al rey; sólo veía en ella a la mujer que más admiraba en el mundo, la mujer que, a su juicio, no podía fracasar.

Luis se tendió algo mareado en el lecho. Había concluido el coucher y estaban ya echadas las cortinas.

Sentíase desolado. Ese día había visto pasar una comitiva fúnebre mientras estaba de caza. Los funerales ejercían en él una mórbida fascinación. A menudo, era capaz de ordenar que se detuviera el cortejo para preguntar cuál había sido la causa de la muerte.

Ese día recibió una respuesta que lo sumió en la inquietud.

—Ha muerto de hambre, señor.

Se alejó al galope del lugar, pero la partida de caza se había echado a perder.

Estaba envejecido, se dijo. Ya no era capaz de pasar por encima de lo desagradable con la misma facilidad de antaño, y eso era debido a las muertes que lo habían rodeado recientemente: la marquesa, su propio hijo...

No fue por lo tanto de extrañar que muy fácilmente se dejara convencer para beber con alegría durante la cena.

No lamentó haber bebido en exceso; así le resultaría más fácil dormir.

Se dio cuenta de que algo se había movido en el dormitorio, un susurro procedente de las cortinas.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Las cortinas se abrieron de repente, y una mujer, en modo alguno encantadora, apareció mirándole a la cara. Le sonreía con gesto lascivo. A él le pareció totalmente carente de atractivo, con el cabello suelto y la bata entreabierta, bajo la cual se veía un delgado camisón.

—Madame de Gramont —dijo con frialdad mientras intentaba emerger de las brumas del alcohol, que le hacían sentirse mareado—, ¿qué deseáis?

—Me ha resultado imposible permanecer alejada por más tiempo, sire.

Se había acercado a él.

—¿Tenéis acaso algo que pedirme?

Oyó su potente risa, y tal vez porque ella creyese que él iba a ordenarle que se retirara, y por estar determinada a quedarse allí, saltó sobre él y lo apresó con sus fuertes brazos.

Por un instante, él pensó con desatino que la mujer había ido a asesinarle, pero madame de Gramont aclaró sus intenciones: sus sofocantes abrazos tenían por objeto transmitir afecto, sus grandes manos masculinas aspiraban a comunicar deseo.

—Os lo ruego —dijo él—, por la mañana...

Pero ella era una mujer decidida, y él se esforzó un poco, no demasiado. La situación le resultó picante, única incluso en su experiencia, y se sintió demasiado lánguido para hacer algo que no fuese dejarse hacer y ponerse a la altura de las circunstancias.

El rey seguía estando un tanto asombrado por la mañana, y durante el lever habló en susurros con el duque de Richelieu, que le entregaba la camisa en ese momento.

—Ayer por la noche fui asaltado cuando estaba en la cama. Debo decir a Choiseul que cuide mejor de que su hermana no se desmante.

Richelieu se sobresaltó.

—Majestad, ¿no podríais haber pedido ayuda?

—El asalto fue repentino, y ella es una mujer de gran robustez. No me pareció que tuviese alternativa, así que me rendí.

Era un asunto serio, pensó Richelieu. Choiseul sostenía con fuerza las riendas del Gobierno; si su hermana ocupase el lugar de madame de Pompadour, en torno al rey se crearía una esfera de influencia en la que iba a ser poco menos que imposible penetrar. Richelieu no había renunciado todavía a sus ambiciones.

Decidió ir en busca de la encantadora Esparbès. Gramont no tenía ninguna posibilidad en competición directa con aquella deliciosa mujer, y el asalto y violación del rey sólo pudo haber tenido éxito gracias a la indiferencia de una víctima embriagada, y al elemento sorpresa.

Madame d'Esparbès era regordeta, frívola, petite y sumamente femenina.

—¿Habéis visto alguna vez una mujer tan distinta de la que os asaltó, Majestad? —susurró Richelieu.

Luis observó a la joven condesa; tenía ambos brazos apoyados sobre la mesa, pues estaba pelando unas cerezas. Sus brazos eran de una intensa blancura, y los tenía perfectamente torneados; se decía que madame d'Esparbès tenía los brazos más bellos de la corte.

Luis se sintió indeciso, pero había entendido que debía hacer algo para huir de la duquesa de Gramont. Podía expulsarla de la corte, desde luego, pero eso ofendería a Choiseul, y al duque lo tenía por uno de los ministros más inteligentes de su Gobierno, un ministro, en resumidas cuentas, del cual no podía permitirse prescindir.

La manera más sencilla de lograr lo que deseaba, supuso Luis al ver cómo manipulaban aquellos dedos deliciosos las cerezas, era instalar a una mujer distinta en el lugar que tanto codiciaba madame de Gramont.

Se estremeció en secreto. Había sido una experiencia insólita, y por eso no le pesaba en exceso. Pero si se viese desprovista del elemento sorpresa, de la novedad, una experiencia semejante sólo podría haberle resultado repugnante. Debía encontrar de inmediato una protección segura contra aquella mujer tan voraz.

Madame d'Esparbès estaba dedicándole una de sus sonrisas angelicales. Era un animal menudo y sensual; el rey tenía conocimiento de sus aventuras

con otros hombres, y estaba convencido de que podría resultar bastante entretenida.

Le devolvió la sonrisa y, con un gesto, la invitó a que cambiara de lugar en la mesa, para que se acomodara a su lado.

Cuando la cena concluyó, dispuso que acudiera a su dormitorio inmediatamente después del coucher.

Le Bel quedaría apostado de guardia, para que si se presentase algún visitante no deseado, pudiera comunicarle que el rey estaba ocupado.

Así se sintió a salvo de las atenciones de la duquesa, además de complacido por tener a la gatuna d'Esparbès acurrucada a su lado.

—Oh, sire —exclamó ella—, esta noche he alcanzado la cumbre de mis sueños.

—Sé bien que sois una dama de gran experiencia —dijo el rey—. Tengo entendido que os habéis acostado con muchos de mis súbditos.

Madame d'Esparbès se mostró compungida.

—¡Oh, sire! —murmuró.

—Para empezar, con el duque de Choiseul —siguió el rey.

—Claro, señor, es que es tan poderoso...

—Y también con el duque de Richelieu.

—Es tan ingenioso, sire...

—Y monsieur de Monville.

—¡Tiene unas piernas bellísimas!

—Estoy de acuerdo en que Choiseul es poderoso, Richelieu tiene ingenio, y Monville espléndidas piernas. Pero ¿qué me decís del poco agraciado duque d'Aumont?

—Oh, señor, tiene tantísima devoción por Vuestra Majestad...

El rey comenzó a reírse. Madame d'Esparbès se echó a reír con él. Había sido un éxito: todo el que supiera cómo hacer reír al rey, sobre todo en esta época de depresión, podía darse por bienvenido en su intimidad.

De todos modos, ni la rivalidad entre la duquesa de Gramont y madame d'Esparbès, ni el antagonismo existente entre la esposa del Delfín y el duque de Choiseul, fueron suficientes para animar el estado de abatimiento en que había caído el rey y, con él, la corte entera. Las cenas íntimas resultaban más bien tediosas. Dejó de haber representaciones teatrales en privado; unos y otros, no ya sólo el rey, echaban de menos a la marquesa.

Luis recordaba casi a cada paso que estaba envejeciendo. No podía dejar de hablar de la muerte, y cuando alguno de los integrantes de la corte moría,

él deseaba enterarse de todos los detalles. Si el fallecido era más joven que él, la corte se preparaba para vivir horas, o días incluso, de tristeza.

El padre de la reina, Estanislao, había muerto, y la reina había llorado su pérdida desde entonces.

—Era la persona que más me amaba en el mundo —decía a sus damas de compañía—. Llevaré luto por él durante el resto de mi vida. Mi único consuelo es que ahora es más feliz que yo. De ninguna manera desearía que regresara a este mundo tan triste.

El rey, que había hecho algunas tentativas para reconciliarse con la reina, la dejó a solas después de la muerte de Estanislao. Deseaba estar en compañía de personas que lo ayudaran a olvidar la proximidad de la muerte.

Diríase que María Leszczyńska no se recobró del todo de la muerte de su padre. Su salud empeoraba a cada día; la piel se le tornó amarillenta, y su cuerpo, en otro tiempo relleno, parecía desgastarse a ojos vista, aunque no había perdido su desmesurado apetito. Los médicos no sabían qué hacer; no supieron decir qué enfermedad padecía, a la cual bautizaron con el nombre de coma vigil.

En la corte se llegó a la conclusión de que la siguiente persona en morir sería la reina.

Choiseul no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Cuando la reina falleciera, debía hacer todo lo posible por acordar un matrimonio que satisficiera al rey. Por triste que fuese, comenzaba a darse cuenta de que Luis jamás aceptaría a la duquesa de Gramont por esposa. Toda la corte se reía de la violación del rey, pues Richelieu, por supuesto, se había asegurado de no desaprovechar semejante oportunidad de poner en ridículo a Choiseul y a su hermana.

Cuando la reina falleciera, y estaba claro que no cabía esperar un matrimonio entre el rey y la duquesa de Gramont, Choiseul intentaría reforzar los lazos de amistad entre Francia y Austria. La archiduquesa Isabel, hija de la emperatriz María Teresa, era la candidata idónea.

Pero de ninguna manera quiso llegar a insinuar esta cuestión mientras la reina siguiera viva. Y tampoco quiso comentarla con su hermana, pues sabía que ella aún no había renunciado a su esperanza de casarse algún día con el rey. Por desgracia, sería un tanto más difícil convencer al rey de que aceptase el matrimonio, en comparación con lo sencillo que fue obligarle a aceptarla una sola noche en su cama.

Las esperanzas que un día tuvo Choiseul de casar a su hermana con el rey eran ya muy remotas.

Había empezado a estar incluso un tanto preocupado por su propia posición. La esposa del Delfín había comenzado a ganarse paso a paso la confianza del rey; él era plenamente consciente de que María-Josefa se había formado una especie de idea sentimental del deber que tenía para con su difunto esposo, y de que esta idea la llevaba a trabajar con ahínco por lograr la destitución del propio Choiseul.

No hacía tanto tiempo que se hubiese reído de esta posibilidad, ahora ya no se sentía tan confiado.

A menudo descubría que la viuda del Delfín compartía sus confidencias con el rey, tal y como madame de Pompadour había hecho, y esto le resultaba desconcertante, ya que así como había contado con el apoyo de la marquesa, podía dar por segura la oposición que la viuda del Delfín le reservaba.

No obstante, no flaqueó en ningún momento, y sostuvo su actitud un tanto arrogante, negándose a reconocer que consideraba a la viuda del Delfín una adversaria digna de respeto.

De pronto, un buen día dejó de estar preocupado en lo tocante a María-Josefa.

Estaban los tres en los aposentos privados del rey; Choiseul había decidido poner en conocimiento del rey un asunto que desde hacía algún tiempo lo tenía preocupado.

La viuda del Delfín se hallaba sentada de espaldas a la ventana, con el rostro envuelto por el contraluz. El rey estaba sentado ante la mesa, frente a frente con Choiseul.

Había comentado diversos asuntos de estado, cuando Choiseul tomó la palabra con cierta osadía.

—Sire, el Delfín pronto estará en edad de contraer matrimonio.

No miró a la madre del Delfín, pero se dio cuenta de que ella estaba alerta.

—Oh —dijo el rey—, todavía es joven. Aún no ha cumplido trece años, según creo. ¿Qué edad tiene Berry, querida?

—Aún no tiene trece —dijo la madre del implicado.

—Aún han de pasar unos tres años más antes de que pueda consumarse el matrimonio —musitó el rey—. E incluso entonces...

La viuda del Delfín lanzó una maligna mirada a Choiseul.

—Mi hijo es aún joven, más incluso de lo que podría pensarse para su edad, sobre todo en ciertos aspectos —dijo—. No quisiera que se le apresurase a contraer matrimonio.

Choiseul elevó ambas manos en un gesto característico suyo.

—Pero, sire —dijo—, cuando uno considera el matrimonio de un Delfín, es preciso pensar más en Francia que en la edad del futuro novio.

—Eso es cierto —repuso el rey—. ¿A quién tenéis en mente?

—La hija de la emperatriz, señor —respondió—. Tal matrimonio fortalecería los lazos que unen a Francia con Austria. No podría existir nada más deseable en ese sentido.

Choiseul se dio cuenta de que María-Josefa tenía ambas manos entrelazadas con fuerza, y de que al poco comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Yo había pensado en la más joven de ellas, en María Antonieta —dijo Choiseul—. Tiene casi la misma edad que el Delfín y, según tengo entendido, es muy bella y encantadora.

El rey asentía lentamente cuando la viuda del Delfín se levantó de repente.

—Jamás daré mi consentimiento a semejante matrimonio —dijo.

—Querida... —comenzó el rey, a modo de tierno reproche.

Choiseul, que también se había puesto en pie, se inclinó sobre la mesa.

—Madame —dijo—, os imploro que tengáis presente el bien de Francia..., y que renunciéis a vuestros prejuicios.

—Tengo en mente a una buena esposa para mi hijo —dijo la viuda del Delfín, hablando deprisa, casi sin resuello—. Me gustaría mucho verle casado con una hija de la casa de Sajonia, que sin duda será más de su estilo que esa austriaca de la que habláis. Al pueblo, por otra parte, no le agradará un matrimonio que lo una a Austria. La prima de mi hijo tiene ahora ocho años...

—Sería un tiempo excesivamente largo —le interrumpió Choiseul— antes de que se pudiera consumir...

—Aún hay tiempo.

—Madame, en estos asuntos de estado jamás hay tiempo que perder.

María-Josefa dejó de mirar a Choiseul para mirar al rey.

—Sire —dijo—, os ruego que salvéis a mi hijo de este... matrimonio de mal gusto.

—Sire —estalló Choiseul—, es una suerte que nadie, salvo nosotros dos, pueda oír lo que madame vuestra nuera está diciendo. María Antonieta es deseable hasta en los más mínimos detalles. Os imploro, Majestad, que me deis permiso para enviar el retrato del Delfín a la emperatriz y para solicitarle que nos permita disponer del retrato de su hija.

—Vais demasiado deprisa, Choiseul —dijo el rey.

María-Josefa se volvió a sentar, estaba alterada, y había sufrido un agudo acceso de tos.

El rey se le acercó deprisa.

—Querida —dijo—, estáis enferma. Estáis muy enferma...

La viuda del Delfín asintió y se recostó en el sillón, sufriendo aún los espasmos de la tos.

El rey se volvió a medias, pero no miró a Choiseul. Luis se había sentido alarmado. Llevaba algún tiempo pensando que su nuera parecía debilitada, pero lo había atribuido al luto guardado por su esposo. En ese momento no se atrevió a ver en el rostro de Choiseul la expresión que temía ver. El duque extraería sus propias conclusiones acerca de ese acceso de tos, y posiblemente no podría disimular su sensación de triunfo.

Allí estaba de nuevo la Muerte, la inevitable Muerte que de nuevo volvía a cercarle. Si lo mirase, leería en los ojos de Choiseul que la Muerte era su aliada, que estaba allí cerca y que sólo esperaba a librarle a él, a Choiseul, de un nuevo enemigo.

—Llamad a su dama de confianza —dijo por encima del hombro.

Choiseul caminó hacia la puerta para cumplir su encargo.

La mujer llegó alarmada a la estancia.

—Llevad a la viuda del Delfín a sus aposentos —ordenó el rey—. Creo que debería guardar cama y que le vendría bien descansar.

—Sí, sire.

El rey se acercó a la mujer y le puso la mano sobre el hombro.

—Ha tenido una tos muy fuerte. ¿Le ha sucedido eso en otras ocasiones?

—Sí, alguna que otra vez, sire.

—¿Recientemente?

—Sí, Majestad.

—Nadie me ha dicho nada.

—Fue deseo expreso de madame la viuda del Delfín que nadie lo supiera, sire.

—Llevadla a sus aposentos. Enseguida indicaré a mis médicos que la visiten.

Volvió junto a María-Josefa, que estaba recostada en su sillón, con los ojos entrecerrados.

—Vamos, querida —dijo—. Vuestra dama de compañía ha venido; ella os llevará a descansar. Yo iré enseguida a visitaros.

Su nuera se puso en pie con inseguridad. Choiseul, que la miraba con ansiedad, se dio cuenta de que su rostro tenía el mismo arrebol que había visto

en el del Delfín; cayó en la cuenta de que en las últimas semanas había adelgazado visiblemente.

Hacía poco tiempo había visto a dos personas con aspecto muy semejante: el Delfín y la marquesa de Pompadour. ¿Era tal vez posible que la epidemia de enfermedades pulmonares estuviese a punto de afectar a la viuda del Delfín?

Cuando se hubo marchado, el rey se volvió a Choiseul.

—Ahora, dejadme —dijo—. Quiero estar solo; siento un gran temor, y no estoy de ánimo para comentar asuntos de estado.

A solas, el rey estuvo paseando de un lado a otro.

—Madame marquesa —murmuró—, ojalá estuvieseis conmigo. Vos sí sabríais cómo consolarme. Os he visto morir, mi queridísima amiga, y he sentido la amarga soledad que vino cuando vos no estabais. He visto morir a mi hijo. Yo no lo amaba, pero pese a todo era mi hijo, mi único hijo. Y hoy he visto la Muerte en el rostro de María-Josefa. La Muerte... está a mi alrededor, por todas partes. La reina está muriéndose lentamente, la pobre mujer. ¿Acaso voy a perder a todos los que han vivido durante tantos años a mi lado? Marquesa... ¿por qué me abandonasteis? ¿Quién podrá consolarme, ahora que ya no estáis?

¿No existía acaso alguna mujer, alguien que combinase belleza con comprensión?

Si existía, desde luego era difícil de encontrar. Las pequeñas grisettes del Parc aux Cerfs habían perdido por completo la capacidad de entusiasmarle. A veces, cuando llegaba a ese lugar, se preguntaba qué sería de él si la muerte le sobreviniera en medio de sus placeres, con todos sus pecados sin perdonar. Tenía que afrontar el hecho de que su virilidad ya no era la de antaño. Sus visitas al Parc aux Cerfs, en medio de aquellas jovencitas desinhibidas, a menudo lo dejaban exhausto.

Deseaba una amiga que fuera además su amante. Había de poseer todas las cualidades de la Pompadour, así como la belleza que había tenido al principio de su relación. ¿Dónde podría encontrarla, si es que existía?

La duquesa de Gramont no tenía una sola de esas cualidades; madame d'Esparbès tenía alguna que otra.

¿Era posible que algún día llegara a encontrarla? ¿Podría entonces relajarse y disfrutar de la serenidad, para que las situaciones como ésta que estaba viviendo no le deprimieran de manera tan aguda?

En algún rincón de París, en algún lugar de Francia, tenía que existir una mujer así. Estaría listo para mimarla durante el resto de sus días y para recompensar a quien supiera encontrarla.

Choiseul tuvo la enorme satisfacción de saber que su enemiga se debilitaba día a día.

La viuda del Delfín ya no se encontraba lo bastante bien como para compartir los consejos del rey. Durante todo el invierno padeció la misma afección que había acabado con la vida de su esposo.

Los médicos dieron el caso por perdido. Una mujer capaz de cuidar a un enfermo, tal como había hecho María-Josefa, insistiendo en realizar personalmente todos los trabajos necesarios, tenía que haber corrido grave riesgo de contagio.

Y eso era lo que había ocurrido. Había sobrevivido a la viruela cuando le cuidó, pero la segunda vez no iba a librarse.

Los médicos habían acertado. Con la llegada de la primavera la viuda del Delfín murió.

Diríase que su defunción le causó un gran contento, ya que, como había dicho, no tenía ningún deseo de seguir viviendo tras la muerte de su esposo, y como pensaba que se reuniría con él, iba a ver satisfecho su mayor deseo desde que él la dejó sola en este mundo.

La siguiente víctima, se dijeron los cortesanos, había de ser la reina.

«Y entonces —pensó Choiseul—, haremos que el rey se case de nuevo. Otra reina, una reina animada, cambiará la corte por completo. Barrerá de un plumazo la melancolía; si es una austriaca, será mi amiga además». Choiseul había empezado a pensar que estaba destinado a permanecer en el poder durante el resto de su vida. Hasta la fortuna le sonreía. Tan pronto se decidió la viuda del Delfín a oponerse a sus maniobras, cayó víctima de una enfermedad terrible y poco después fue apartada del camino que él seguía. Había sido una clara señal, dijo a su hermana.

—¿Y el rey sigue sin mostrar su afecto por vos?

—Es por esa estúpida d'Esparbès —declaró la duquesa con vehemencia—. Está constantemente con él. Es tan absurda que él se ríe de ella.

—Cuando una mujer consigue que el rey se ría, existe cierto peligro para las enemigas que tenga esa mujer.

—¿Aun cuando las risas del rey la estén poniendo en ridículo?

—Luis tiene unas ganas tan desesperadas de reírse que está dispuesto a aceptar cualquier diversión. Queridísima mía, va siendo hora de que consigamos la destitución de esa mujer. Es una estúpida, lo sé. Pero no conviene que seamos demasiado complacientes.

Antes de poder iniciar una campaña contra ella, madame d'Esparbès lo visitó y le indicó que deseaba otorgar un mando en el Ejército a un pariente suyo.

Choiseul se negó en redondo, con insolencia; ella le advirtió que se anduviera con cuidado.

—Muy pronto —le dijo—, haréis todo lo posible por complacerme. Todo lo que yo os pida querréis dármelo ansiosamente.

—Se trata de una interesante profecía —replicó Choiseul—. Me pregunto no obstante cuánto tiempo ha de pasar hasta que sepamos si ha de cumplirse.

Ella se marchó furibunda; cuando se quedó a solas, Choiseul notó que perdía parte de su aplomo. Pensó que debía de estar muy segura de sí misma para hablar tal como le había hablado. ¿Podría ocurrir que el rey, por puro aburrimiento, fuese a darle lo que ella claramente exigía, para que la aceptaran en la corte como *maîtresse-en-titre*?

Había que detenerla cuanto antes.

Choiseul repasó los métodos que con tan gran éxito había empleado madame de Pompadour, y se propuso utilizar procedimientos similares. Era un hombre carente de escrúpulos, y de inmediato escribió una relación de lo que, en su opinión, había ocurrido cuando el rey pasó la noche con madame d'Esparbès. Llevó el papel al rey y le dijo que había sido escrito por un amigo de madame d'Esparbès, al cual ella había introducido en secreto en un armario cercano al lecho del rey. En su relación se afirmaba que el rey no había estado a la altura de lo esperado, a pesar de que llegó a emplear un afrodisíaco.

Luis, a quien la impotencia aterraba tanto casi como la muerte, montó en cólera.

Así pues, pensó Choiseul con astucia, su suposición no había estado muy lejos de la realidad, puesto que sólo si era cierta podía el rey enfurecerse de tal modo.

—Nadie puede culparme por el hecho de estar envejeciendo —dijo fríamente—, pero sí podría echárseme la culpa si prosigo recibiendo a personas que permiten que tan desatinadas habladurías corran por la corte.

Choiseul hizo una reverencia.

No pudo resistir la tentación de burlarse de madame d'Esparbès. Se cruzó con ella en la escalera del paseo ceremonial.

—Bien, ma petite —le dijo en voz bien alta, para que todos le oyesen—, ¿qué tal va ese *affaire*?

El rey, que también lo oyó, quedó horrorizado. Todos los presentes se fijaron en la frialdad con que recibió a madame d'Esparbès.

Toda la corte supo entonces que esa dama ya no tenía por qué inspirar ningún temor, pues no era rival seria para alcanzar la posición de *maîtresse-en-titre*. Todos, excepto la dama en cuestión, estaban seguros de que iba a caer estrepitosamente. Ella en cambio se sintió sorprendida después del paseo, cuando llegó una carta a sus aposentos. Se le indicaba que abandonase la corte de inmediato para recluirse en la finca de monsieur d'Esparbès, el padre de su esposo, ya que no se requería su presencia en Versalles.

Atónita, desamparada, sin protestar y sin preguntar los motivos de su expulsión, emprendió la marcha.

Durante el verano siguiente María Leszczynska falleció.

Luis, que desde luego no la había amado, estaba muy triste cuando entró en sus aposentos y la besó en la frente.

¡Una muerte más! Así no iba a aliviar su depresión.

El rey tomaba asiento a la hora de cenar en los *petits appartements* y no decía ni palabra. Y como él estaba en silencio, los invitados también callaban.

¡Qué contraste con los tiempos en que madame de Pompadour presidía las cenas, los tiempos en que la alegría y el ingenio prevalecían!

El rey ordenó el cierre del *Parc aux Cerfs*. Carecía de ánimo para entregarse a tales placeres, dijo a Le Bel. Además, como la Muerte parecía haberse convertido en invitada permanente de su castillo, había empezado a pensar en vivir una nueva vida y reformarse del todo.

—¿Quién sabe, amigo mío, dónde ha de golpear la Muerte la próxima vez?

—No seréis vos, sire —respondió Le Bel—. Seguramente vos habéis descubierto el secreto de la eterna juventud.

—No penséis siquiera en complacerme con tan manifiestas falsedades —dijo el rey bruscamente.

Y Le Bel adoptó un aire solemne. Entendió que había perdido grandes beneficios, y suspiró al recordar aquellos tiempos en que su deber era registrar París y Versalles de arriba a abajo, para encontrar encantadoras jovencitas que complacieran al rey.

Desde luego, en la corte reinaba la solemnidad. Un rey arrepentido era el equivalente a una corte aburrida. Nadie podía saber qué ocurriría en el actual estado de ánimo del rey. Quizá llenara la corte de sacerdotes, e insistiera en que se celebrase misa, en vez de los bailes y los banquetes de antaño.

Luis tal vez sintiera la honda necesidad de arrepentirse, pero sus amigos no la habían sentido. Para ellos, lo más probable era que aún quedasen por delante muchos años de pecados deliciosos en la tierra, muchos años antes de considerar siquiera en prepararse para la vida en el Más Allá.

Algunos pesimistas dijeron que incluso podría llegar a casarse con la duquesa de Gramont, una dama irreprimible. Toda la corte estaba al tanto de lo que se había dado en llamar la violación del rey. Si le había ocurrido tal cosa, ¿no podría también conducirlo al matrimonio sin que él opusiera resistencia?

Había que hacer algo: encontrar una nueva amante. Tenía que ser alegre, encantadora, irresistible, tanto de todo que pudiera curar definitivamente al rey de su negra depresión.

Esa mujer debía existir en algún rincón de Francia. En la corte, todos los hombres ambiciosos y amantes de los placeres deseaban ardientemente encontrarla.

Ninguna de las candidatas llegó a despertar más que un ápice de interés en el rey. Un día, Le Bel fue abordado por un hombre que le aseguró ser capaz de poner fin a la búsqueda.

Ese hombre era un advenedizo en la corte; había tomado parte en infinidad de turbias aventuras, vivía del ingenio y regentaba un establecimiento en el que adiestraba a algunas jóvenes para que fuesen aptas amantes de hombres situados cerca del poder. Luego, ponía fin a sus provechosas transacciones.

Ese hombre era el conde Du Barry.

Madame Du Barry

Juan Bautista du Barry, libertino, calavera y aventurero redomado, se sintió sumamente satisfecho de sí mismo cuando se despidió de Le Bel. Era optimista por naturaleza; en caso contrario, no hubiera tenido éxito en la vida. Y vivía, desde luego, con la experiencia del momento, y una inquebrantable fe en el futuro.

Estaba convencido de que, aunque fueran muchos los hombres poderosos en la corte —encabezados por el propio Choiseul— que no habían logrado proporcionar una amante al rey, él, que vivía en los márgenes de la corte, que era un hombre con un pasado poco claro y con un dudoso futuro, sí tendría éxito.

«Esta vez —se dijo— no habrá fracasos. Esa mujer es mía. ¡Ja! Regalo de Juan Bautista, conde du Barry, a Luis de Borbón, rey de Francia. Para ella, en el fondo no será un paso tan grande como algunos podrían pensar».

Le Bel no mostró demasiado entusiasmo, y du Barry lo reconoció. En su opinión, el conde podría proporcionar diversión al rey a lo sumo para una noche o dos.

—Oh, no; en absoluto, amigo mío —murmuró Juan Bautista—. Le proporcionaré la sucesora de madame de Pompadour.

Casi no pudo contener la carcajada. Una vez, hacía tiempo, estuvo muy cerca de lograr el éxito. ¿Acaso lo habían olvidado? Él aún lo recordaba. De no ser por madame de Pompadour, su éxito habría sido redondo.

Tampoco consideraba aquello como un gran fracaso. Muchos hombres, incluso en la corte, habían tenido una adversaria formidable en aquella mujer. Ahora, en cambio, estaba en un lugar desde el cual no podría desbaratar los planes de Juan Bautista du Barry. Y el avisado proveedor de mujeres tenía a una que podría sobrepasar en encanto incluso a la Bella Dorotea.

Sí, estaba convencido. Juana era la mujer más deliciosa que jamás hubiese pasado por sus manos.

Dorotea también había sido una delicia, sobre todo después del adiestramiento que él le dio. Todas ellas debían muchísimo a las enseñanzas

de Juan Bautista.

Había concertado un encuentro entre el rey y Dorotea, tal y como ahora se proponía hacer entre el rey y Juana. La adorable Dorotea había entusiasmado al rey.

—Tal vez para una noche... puede que dos —había anunciado Le Bel.

¡Una noche! ¡Dos! A las muchachas se les daba una excelente crianza en el establecimiento del conde du Barry. La Bella Dorotea no era un pajarillo indicado para el trébuchet, no era una candidata para el Parc aux Cerfs. Él se propuso que fuese la reina de la corte, y lo habría logrado, a pesar de ser la hija de un aguador de Estrasburgo, de no haber sido por madame de Pompadour.

¡Aquella mujer...! Era inteligente, y mucho, desde luego; pero no se habría salido con la suya frente al conde Du Barry si no hubiese sido porque él no pudo abordar al rey, y ella estaba al lado del monarca todas las horas del día.

Tampoco había sido la causante directa de sus males. Ella no estuvo dispuesta a ensuciarse sus manos de aristócrata (¡de aristócrata!, se mofó Juan Bautista: ¿acaso era mucho mejor la hija de un carnicero de París que la hija de un aguador de Estrasburgo?). No, fueron otros los que dijeron al rey que la Bella Dorotea había sido la amante de un hombre aquejado de una dolorosa enfermedad, cuya sola mención, teniendo en cuenta la vida que llevaba, sembró el pánico en el corazón del rey.

Y así terminó la historia de la Bella Dorotea. Quizá él hubiese solicitado con excesiva rapidez ese puesto diplomático en Colonia. En fin, ahora tenía más experiencia, mayor finesse: y, por si fuera poco, ya no había madame de Pompadour que quitase de en medio a una posible rival. Tan sólo debía tener en cuenta al cansino Le Bel, a quien empezaba a notársele la edad, pobre individuo, aparte de que esperaba con ansiedad a alguien, a cualquiera, que supiese divertir al rey.

Por eso, Juana iba a tener un éxito redondo allí donde Dorotea había fracasado. Juana tenía la vitalidad necesaria; en cuanto se lo dijera, daría saltos de alegría. Se detuvo a pensar. ¿No debería tal vez intentar contenerla? Tal vez sí, tal vez no. Cuando se imaginaba a Juana como ella sabía entregarse, cuando se la imaginaba con el rey, titubeaba entre una risa desmedida y un principio de aprensión. En el fondo, era mucho lo que dependía del humor del rey.

Luis estaba rodeado de damas que no lograban alegrarle como él quería; quizá una mujer que, sin duda ninguna, distaba mucho de ser una dama bien

educada fuera exactamente lo que necesitaba. Y Juana (desde luego que no exageraba cuando la tenía por la muchacha más bella de todo París) era una muchacha experta. Había agasajado a tantos hombres y había sido tan intensa su vida amorosa que, sin lugar a dudas, sabría de sobra cómo satisfacer al rey. Juana era una mujer perfecta para ese papel. No era demasiado joven —casi veinticinco años—, si bien iban a decir que sólo tenía veintidós. A pesar de todo eso, seguía sin ser una jovencita, pero tenía aún tal frescura que resultaba extraordinaria. No era sólo por la perfección de su piel, sino por algo en su interior, una especie de deleite que le causaba el hecho de estar viva y gozar de espléndida salud, o por ser capaz de divertirse, por tener una especie de alegría perpetua que jamás la abandonaba, aun cuando las cosas no le fueran del todo bien. Esa brillantez era algo que conservaba incluso cuando reñían, y la verdad era que habían tenido algunas riñas violentas. (Casi se echó a temblar al recordar que una vez llegó a hacer las maletas y se marchó de su casa. Gracias a Dios la había encontrado a tiempo y la convenció para que volviera). Estaba seguro de que esa cualidad tan especial la había tenido en sus tiempos de pobreza en Vaucouleurs, y también en el deprimente establecimiento de la Garde, en el que trabajó durante un tiempo. Era propio de Juana rebosar alegría, ánimo, felicidad al disfrutar de la vida, al margen de cómo la viviera.

Tal vez fuera esa cualidad tan suya, y no su pasmosa belleza, la que hacía que fuese tan sobresaliente, tan adecuada para cumplir el papel de mujer capaz de dar buena suerte a su benefactor y, por supuesto, a sí misma.

Se imaginó a sí mismo fanfarroneando por Versalles y por París. Todos los que a lo largo de los años le habían advertido que terminaría sumido en la miseria tendrían que tragarse sus palabras. Allá en Lévignac, donde había nacido, podría dar alguna que otra sorpresa a sus conocidos, que aún lo tenían por un hombre que nunca llegaría a nada, a pesar de las cartas que él les había escrito desde París.

Había dejado de ser joven; estaba más que dispuesto a aceptar esa dura y triste realidad: estaba a medio camino entre los cuarenta y los cincuenta. Tal vez no hubiese reunido una gran fortuna por el momento, pero sí tenía sabiduría y experiencia de la vida, y la fortuna a la que aspiraba estaría al alcance de su mano en cuestión de meses. Juana se la pondría a tiro.

Hubo un tiempo durante el cual sí había sido rico. Hacía veinte años, cuando tuvo la sensatez de casarse con una mujer adinerada. Su familia había pensado que Catalina Úrsula Dalmás de Vernongrèze acudiría al deteriorado y viejo castillo de Lévignac, y que emplearía su dinero para renovar el edificio

y para adquirir algunas de las tierras circundantes, que se habían tenido que vender durante las generaciones anteriores, devolviendo así a la familia du Barry la dignidad del pasado.

Por ese motivo acordaron que su hijo primogénito se casara con ella.

Juan Bautista tenía ideas bien distintas. Se casó con Catalina para conquistar su fortuna, pero no para entregársela a su familia.

A esas alturas reconocía que había sido un incauto, pero entonces le faltaba la experiencia que con el tiempo había adquirido. Intentando duplicar su fortuna en las mesas de juego, el dinero de Catalina desapareció bien pronto, de la misma manera que el de la familia du Barry.

De eso ya hacía unos cuantos años y como Catalina era ya tan pobre como su propia familia, no tenía sentido que siguieran juntos, de manera que se separaron. Juan Bautista se fue a París, dispuesto a hacerse rico de nuevo.

Ahora, tal y como en otros tiempos había visto en Catalina a la mujer que le enriquecería por medio del matrimonio, veía en Juana a la mujer que le iba a aupar a esa misma situación de felicidad, pero por medio del enamoramiento del rey.

Catalina había sido una de las jóvenes herederas más ricas de Toulouse; Juana era la más bella de todo París.

Era suya, esperaba que él la modelara y la utilizara en beneficio propio, igual que Catalina en su día. Un hombre es más sabio cuando han pasado veinte años, y esta vez el éxito no podía escapársele.

Casi veinticinco años antes, en la aldea de Vaucouleurs, Juana Bécu (conocida como mademoiselle Vaubarnier) nacía un día de agosto del año 1743.

Juana era hija ilegítima de Ana Bécu; nadie estaba seguro de quién era su padre, aunque tampoco a nadie le importaba. Algunos decían que fue uno de los soldados acuartelados en la aldea, pues Ana había tenido un amante entre ellos. Otros decían que era el cocinero de la posada, porque Ana salía y entraba a menudo de la posada. Había quienes estaban convencidos de que había sido uno de los frailes de Picpus, porque Ana iba al convento a menudo, para coser las ropas de los frailes, y porque se le había visto comportarse con Juan Jaime Gomard, conocido como el hermano Ángel en la comunidad, de una manera poco apropiada entre un fraile y una costurera.

Cuando Juana tenía cuatro años acompañó a su madre a París, en donde Ana había encontrado trabajo de cocinera en casa de una bella cortesana llamada Francisca.

Ana se mostró encantada con su nueva situación, en especial cuando Juana, cuya belleza era ya notable, atrajo las atenciones del amante de Francisca, monsieur Billard-Dumonceau, el cual, siendo un artista aficionado, insistió en pintar el retrato de la niña.

—Debéis dejarme a Juana durante un tiempo —dijo a Ana—. La llevaré a mi casa, pues voy a pintar su retrato. No tenéis nada que temer; os la devolveré sana y salva.

Ana Bécu no temía nada en absoluto. Contemplaba a monsieur Billard-Dumonceau como si fuera su benefactor; además, la unía una intensa amistad con otro de los criados de mademoiselle Francisca, llamado Nicolás Rancon. Eran amantes, pero como los dos tenían ya cierta edad, estaban considerando la posibilidad de mantener una relación más estable.

Cuando el abad Arnaud vio a Juana, en una de sus visitas a casa de monsieur Dumonceau, se la sentó en las rodillas y le preguntó quién era.

Ella le contestó sin atisbo alguno de vergüenza; él afirmó que se trataba de la niña más adorable que había visto en su vida, añadiendo que era lamentable que careciese de la debida educación.

Monsieur Billard-Dumonceau consideró esta opinión, y a la sazón decidió que era preciso educarla; en consecuencia, fue internada en el convento de Sainte Aure, que, en sus orígenes, había sido una escuela de caridad para las hijas de los pobres o de los criminales. Recientemente, se había decidido que las niñas que ingresaran en el convento no tendrían por qué tener una perentoria necesidad de cuidado, de protección y de corrección, pues podía tratarse de hijas de familias pobres, aunque respetables, seleccionadas para recibir la debida educación.

En este lugar, en donde reír se consideraba pecado, Juana permaneció ingresada hasta que tuvo quince años. Monsieur Billard-Dumonceau pagó las facturas necesarias para que 'esto fuera posible. Al cabo de ese tiempo, había olvidado a la encantadora niña que tanto le había interesado; y como sus facturas dejaron de pagarse, Juana hubo de volver a casa de su madre.

Así salió Juana a las calles de París, más deliciosa que nunca, nada más estrenar su condición de mujer, con sus ojos azules en busca de aventuras, con sus rizos dorados sueltos, sin sujetar, al contrario que en el convento.

Y las aventuras que se fue encontrando Juana eran inevitables.

Empezó como aprendiz de peluquera, aunque pronto iba a convertirse en la amante del peluquero, a quien esclavizó hasta el extremo de que quiso casarse con ella. Su madre intervino para que Juana dejara aquel trabajo de inmediato.

Luego fue lectora de madame de la Garde, viuda de un rico recaudador de impuestos, aunque la viuda tenía dos hijos; las relaciones que Juana mantenía con ambos, cuando la viuda las descubrió, dieron por resultado su despido.

Su siguiente puesto estuvo en la sastrería de monsieur Labille, en la rue Neuve des Petits Champs; desde el momento en que entró en aquel lujoso y perfumado establecimiento, se dio cuenta de que esas costumbres iban a resultarle más provechosas que todo lo que había visto hasta la fecha.

Sus deberes no fueron en modo alguno arduos, ya que monsieur Labille decidió rápidamente que tendría más utilidad como dependienta que como modista: era preferible tenerla en el mostrador que en los talleres.

Adoptó el nombre de mademoiselle Lange; en el perfumado probador atendía a las mujeres de la nobleza, así como a los caballeros que las acompañaban a realizar sus compras. Muchos de ellos acudían a la tienda de Labille para acompañar a sus amigas a elegir un vestido o un sombrero. Se decía con sorna que los vestidos y los sombreros de monsieur Labille generaban un intenso atractivo para los hombres en general.

A Juana se le ampliaron las perspectivas de su vida. Le embriagaba el esplendor que veía. No pudo resistirse al fascinante trato y a los deliciosos cumplidos de aquellos caballeros tan distintos de monsieur Lametz, el peluquero, e incluso de los hijos de madame de la Garde, los cuales se las daban de importantes y de paternalistas con la joven lectora de su anciana madre.

Monsieur Labille siempre quiso que el mundo entero supiera cómo cuidaba de sus empleadas. Habían de vivir en su casa; debían acostarse a una hora temprana; tenían que asistir a misa con frecuencia. No obstante, no era contrario a que llevaran determinado pedido a una casa, a modo de favor especial, y si eran invitadas a quedarse un poco más de lo necesario tenía por costumbre regañarles, aunque nunca supo ser lo bastante duro con ellas. Estaba chiflado por sus empleadas, así que no podía culpar a otros de que también lo estuviesen.

Observó que de todas sus empleadas, mademoiselle Juana Lange era la más adorable, y por eso vivía con el temor de que un día un joven caballero llegara para llevársela y que no estuviera más allí para dar su gracia connatural a la tienda. Pero no podía hacer nada para protegerla de la admiración de sus clientes; después de todo, en su atractivo radicaba gran parte del valor que para él pudiera tener.

Juana tuvo muy pronto sus propios amantes, jóvenes acaudalados próximos a los círculos de la corte, que constituían una buena fuente de

ingresos para el establecimiento.

De todos ellos, el principal era Radix de Sainte-Foix, un joven y acaudalado caballero que tenía negocios en el campo y era además armador de barcos.

Pronto, la amante de tan acaudalado joven fue motivo de comentarios: mademoiselle Lange no tardó en ser conocida en muchas capas de la sociedad parisina, porque Radix de Sainte-Foix disfrutaba llevando a Juana a todas partes, observando la admiración y la envidia que ella despertaba (tanto como la envidia de la que él también era motivo). La vida de Juana se colmó de alegría y ligereza. Pasaba todo su tiempo libre en compañía de su amante, que estaba loco por ella, hasta que un buen día la llevó a casa de madame Duquesnoy.

Esa mujer —que se hacía llamar marquesa— contaba a todo el mundo que era una noble que había perdido su fortuna, y que se proponía recuperarla al frente de una casa de juego en la que sólo apostaban sus amistades. Había decidido que fuese un establecimiento exclusivo, según decía, y desde luego se examinaba a los miembros a fondo antes de permitirles formar parte de su círculo.

Sainte-Foix estaba decidido a llevar allí a Juana, aunque estaba casi seguro de que mademoiselle Lange, una dependienta de la tienda de Labille difícilmente sería admitida. Tampoco él era un hombre capaz de consentir que semejante nadería se interpusiera en su camino. Iba a dar a Juana un nuevo nombre y una nueva personalidad. Para empezar, ella sería mademoiselle Beauvarnier. ¿No le parecía mucho más aristocrático que Lange? Además, no debía mencionar nunca su relación con la tienda de Labille.

Juana, que siempre estaba dispuesta a una nueva aventura, comenzó a frecuentar el salón de la mundana marquesa Duquesnoy en calidad de mademoiselle Beauvarnier.

Juan Bautista du Barry era uno de los visitantes asiduos, ya que le interesaba sobremanera el método de madame Duquesnoy, en el fondo muy similar al suyo. Al igual que ella, daba grandes fiestas; tenía sus propias mesas de juego y presentaba ciertas jóvenes a algunos hombres, a los que permitía hacer uso de las habitaciones de su casa.

Pero estaba resuelto a tener más éxito que madame Duquesnoy, porque él adiestraba personalmente a sus muchachas. Era capaz de tomar a su cargo a cualquier grisette y convertirla en la amante perfecta de cualquier noble pretencioso.

Nunca dejaba de buscar a las candidatas idóneas para su establecimiento; en cuanto puso los ojos en Juana, llegó a la conclusión de que podría moldearla, con grandes beneficios para ambos.

Juana nunca se había encontrado con nadie que se pareciera a Juan Bautista du Barry. Con su labia y su suavidad, adoptaba fácilmente las costumbres de Versalles, al menos a los ojos de una muchacha que en realidad no tenía ni idea de cómo pudieran ser tales costumbres. Por fin había conocido a un auténtico noble, por el cual se sintió fascinada.

Estaba echándose a perder... echándose a perder, dijo Juan Bautista. ¡Una belleza como la suya, echándose a perder en una simple tienda! Nunca había oído nada semejante. Juana debía abandonar a Labille cuanto antes.

¿Y adónde iba a ir?, le preguntó ella. ¿Dónde iba a encontrar un trabajo tan fácil y tan agradable como el que tenía en Labille?

—¡Trabajo! —exclamó Juan Bautista—. Vos jamás deberíais trabajar. Que otros lo hagan para vos. Vendréis a mi casa. Allí viviréis como... como madame Du Barry.

—¿Queréis decir que os casaréis conmigo?

—De mil amores... si no tuviese ya esposa. Pero no dejaremos que esa nadería nos detenga. Venid, niña mía; haré una gran dama de vos. ¿Quién sabe? Tal vez un día lleguéis incluso a Versalles.

Era un panorama demasiado glorioso, deslumbrante. Lo consultaría con su madre y con su tía Elena, dijo a su nuevo admirador.

Él se sintió un tanto inquieto, pero como muestra de su buena voluntad se ofreció a dar alojamiento a los Rancon en su propia casa, siempre y cuando Juana decidiera abandonar a Labille para irse con él.

Eso decidieron Juana y su familia. Por fin veía cumplirse lo que se había prometido tiempo atrás. Era la amante de un noble.

Durante cuatro años Juana vivió en casa del conde du Barry. Él hizo todo lo posible por convertirla en una dama, hazaña que, según le aseguró Juana, era harto difícil, opinión con la cual él estuvo finalmente de acuerdo.

Primero tuvo que cambiar de apellido, porque a du Barry no le agradaba Beauvarnier. De hecho, Vaubarnier le pareció más distinguido. Juana aceptó su nuevo apellido de buen grado, y asumió rápidamente el carácter de su nuevo amante. Era jactancioso, y no convenía confiar en él por completo; pero, poco a poco, fue tomándole aprecio, al darse cuenta de que era mucho lo

que estaba haciendo por ella. Su madre y su padre adoptivo se sintieron entusiasmados al alojarse en una casa tan espléndida, hecho que además daba cierta respetabilidad a la relación amorosa de ambos, aun cuando el conde tuviera tantísimas amantes, a las que mantenía en su casa. Todas eran atractivas —en caso contrario, no le habrían sido de ninguna utilidad—, y él disfrutaba viéndolas aparecer en las cenas y en las fiestas que celebraba, en donde se esperaba de ellas que divirtieran a sus invitados. No ponía la más mínima cortapisa al grado de admiración que se les profesaba, y pedía a sus invitados que pagaran con generosidad por tales privilegios.

A menudo, Juan Bautista se llevaba a Juana a un baile o a la ópera, así como a otras recepciones en casa de otros nobles; ella destacaba siempre entre todas las demás por su notable belleza, que de ninguna manera disminuyó por el tipo de vida que hacía. Otras parecían marchitarse y perder color; ella, sin embargo, no. Siempre estaba de buen humor; parecía vivir por completo en el presente, sin la más leve sombra de preocupación por el futuro.

Incluso el mismo duque de Richelieu se sintió atraído por ella cuando la vio. Quizá fuesen las atenciones de un noble situado en las esferas más altas de la corte las que dieron a Juan Bautista sus ideas de grandeza.

Había deseado desde hacía mucho tiempo un puesto diplomático en la corte, pero aunque había reiterado sus súplicas al duque de Choiseul, no tuvo éxito. Asimismo, aún sufría por el revés que recibió cuando tuvo lugar el incidente de la Bella Dorotea y él solicitó un puesto en Colonia, que le fue denegado de inmediato.

Encontraría alguna manera de ser recibido en la corte, y estaba persuadido de que la vía más directa sería a través de Juana.

Tan dispuesta se encontraba ella a cumplir los planes de Juan Bautista que él estaba convencido de que, si alguna vez ella tuviese una oportunidad trabajaría en bien de su protector. Había sido muy amable con su hijo Adolfo, que sólo tenía doce años, la miraba como si fuese su hermana mayor, y la relación que mantenían a ella le deleitaba. Juan Bautista también sabía que, cuando Juana alcanzase el poder, no se olvidaría de ayudar a Adolfo.

¿Por qué no iba a ser la perfecta benefactora para todos ellos? Juana se consideraba un miembro más de la familia. En algunos lugares se le conocía incluso como madame Du Barry.

—Cuando algo es bueno para uno, es bueno para todos —decía Juan Bautista.

Por eso estaba tan excitado: Le Bel había accedido a conocer a Juana.

Regresó a su casa antes que ella, y se sintió inquieto, como le sucedía siempre que Juana salía sola. Cuando llegó, la interrogó con cierta ferocidad; quería saber dónde había estado.

—He tomado una copa de vino con madame Gourdan —respondió ella. Siempre era sincera.

—¡Una copa de vino con esa vieja alcahueta! Debéis estar loca. Y a estas horas... ¡a estas horas! Podría haberlo echado todo a perder. ¿Qué deseaba de vos?

—Tan sólo quería ofrecerme refugio, en caso de que yo decidiera marcharme de vuestra casa.

—¡Qué impudicia! ¡Ja! Sabe de sobra que vos no cometeríais esa torpeza.

—Ya os abandoné una vez —le recordó ella.

Él se le acercó, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—No habléis siquiera de eso.

—En fin, no le dije que me iría con ella —añadió Juana para apaciguarlo.

—A mí ni se me pasaría por la cabeza... Ahora que la fortuna está a punto de sonreiros más que nunca.

—¿Y quién es la fortuna... esta vez? —preguntó Juana.

—Tiene tal nombre que no lo mencionaré, por temor a que os ríais de mí y os burléis de un viejo, idiota y pretencioso. Le Bel viene a cenar con nosotros; quiero que estéis radiante para él, que lo deslumbréis. Juana, ésta es la noche más importante de toda vuestra vida.

Ella estaba acostumbrada ya a esos caprichos, pero le tenía afecto y deseaba complacerle, así que le prometió que estaría tan encantadora como le fuera posible con su amigo Le Bel.

—Le Bel —dijo Luis—, no me estáis prestando atención. ¿En qué estáis pensando?

—Un millar de disculpas, sire. —Le Bel ayudó al rey a ponerse la casaca—. Estaba pensando en cierta... mujer.

—¡A vuestra edad, Le Bel! —exclamó Luis sonriéndole.

—Una mujer extraordinaria, sire. Nunca he visto ninguna que se le parezca.

El rey bostezó.

—Recuerdo a la última que me trajisteis...

—Ésta, sire, es muy distinta. Puedo deciros con toda honestidad que ni siquiera Vuestra Majestad ha visto nunca tal belleza.

—Me temo que me estoy cansando de ese tipo de placeres —murmuró el rey—. Los médicos me han aconsejado mayor moderación.

—A pesar de eso... Me gustaría mostrárosla, sire.

—No estoy de humor para recibir a ninguna de vuestras grisettes.

—Sire, ella no es una grisette. Es la cuñada del conde du Barry, la mujer más adorable que yo haya visto en toda mi vida. Y tengo entendido que su esposo es de lo más complaciente. Nunca molesta a su esposa, e incluso le hace feliz saber que es motivo de universal adoración.

—Rara vez os he visto con tantas ganas de elogiar a una dama, Le Bel.

—Sire, ¡esperad a verla!

—Creo que no deseo verla.

—Conozco bien, sire, a esas muchachas que son traídas a vuestra presencia; sé que sois amable y cortés hasta el punto de no darles la espalda cuando os decepcionan. Pero quisiera que vierais a ésta. Bastaría con que la vieseis. Mañana por la noche la he invitado a mis aposentos. Si consintierais, Majestad, en ocultaros en uno de mis aposentos, podríais ver a esta mujer con vuestros propios ojos; si al verla no os gusta, será despedida sin que jamás sepa que vos la habéis visto.

—Es un nuevo juego —dijo el rey.

—Sire, ¿no os atrae?

—No demasiado. Además, vuestro gusto en materia de mujeres no es ya lo que era. No creo que esa mujer pueda ofrecer algo diferente de lo que ofrecen cientos como ella. Por eso me apetece ponerlos a prueba.

—Mañana por la noche, sire. Me apostaría cualquier cosa a que cambiaréis de opinión.

—No le dejéis saber que está siendo observada. Que no sea advertida de ello, para que actúe con naturalidad. Quiero verla, si acaso, tal como es en realidad.

Le Bel hizo una reverencia.

De esa manera fue Juana llevada a una cena crucial, a la que asistiría en compañía de Juan Bautista, haciéndose pasar por su cuñado. Fue una ocasión alegre, animada; Juana, al verse por vez primera dentro del palacio de Versalles, estuvo tan emocionada como una niña pequeña.

Llevó un vestido infinitamente más elegante que todos los que había tenido hasta ese momento. No obstante, muy pronto olvidó las instrucciones de Juan Bautista acerca de su comportamiento; y como el resto de los

asistentes a la cena le llenaron continuamente la copa de vino, muy pronto se mostró como era siempre, natural y desenvuelta.

En estas ocasiones, Juana sabía despojarse de sus modos de dama bien educada, con tanta ligereza como se hubiese despojado de una capa en la cual la hubiera envuelto Juan Bautista. De esa forma volvía a ser la de antaño, es decir, la muchachita que ni Juan Bautista ni las severas monjas de Saint Aure habían logrado erradicar de ella: una jovencita animada, liviana, generosa y vital, extraída de entre las clases bajas de París.

Luis había tomado asiento tras una cortina, a través de la cual podía ver sin ser visto, en una estancia improvisada de tal modo que, si la velada le resultase tediosa, pudiera abrir la puerta y marcharse sin hacer ningún ruido.

Desde el primer momento le había parecido una joven adorable, y había decidido que, aunque sólo fuera por su belleza, iba a pasar la noche con ella. Pero cuando la vio prescindir de la buena educación que tan obviamente se le había impuesto por la fuerza, cuando la oyó reír de buena gana, con cierto abandono, y cuando de sus labios salieron los epítetos de la calle, con la habilidad de reírse de todo, se descubrió absorto mirándola, al tiempo que una sonrisa le curvaba los labios.

Era sin duda alguna una joven de las calles de París, aunque en realidad resultaba muy distinta de cualquiera de las jovencitas que, de un modo u otro, habían logrado llegar hasta el Parc aux Cerfs. Desde luego tenía un carácter único, al igual que era única la perfección de su rostro y de su figura.

Se sintió indeciso entre el deseo de seguir mirando en secreto y el deseo de entrar en la estancia y ordenar a todos los demás que se fueran, para gozar a solas de su compañía.

Le Bel llevaba razón: aquella joven tenía algo que él nunca había descubierto en ninguna otra.

Se hallaba tan excitado como no lo había estado desde hacía años. Se sintió feliz, sensación que no había tenido desde la muerte de madame de Pompadour.

¿Era acaso tan viejo...? Cincuenta y ocho años. ¡Pero, en presencia de aquella muchacha, le parecía tener veinte!

Luis entreabrió los cortinajes y entró en la estancia.

Todos los que estaban sentados a la mesa se pusieron en pie, con la sola excepción de Juana. Luis se sentía exultante. Era característico de ella no haberse levantado.

No hizo caso de los demás y se dirigió hacia Juana.

—Madame —dijo—, he visto que ninguno de los invitados quiere presentarnos, permitid que me presente yo.

—Por supuesto, adelante —sonrió Juana—. ¿Queréis sumaros a la fiesta?

—Madame, sois muy amable.

—No tiene importancia —dijo ella—. Donde caben tantos, uno más no importa.

Ella lo estudiaba con placer. Vio en él a un hombre que iba envejeciendo, pero que, a pesar de ello, seguía siendo muy apuesto. Era más distinguido que cualquiera de los presentes; y la estaba mirando con... En fin, Juana conocía a la perfección esa manera de mirar. La había visto en infinidad de ocasiones.

—Madame du Barry —tartamudeó Le Bel—, estáis en presencia de Su Majestad.

—¡Ah, claro! —exclamó Juana, riéndose con fuerza—. Ya me parecía a mí haber visto vuestro rostro en alguna parte.

En la estancia reinó un silencio temeroso. Entonces el rey rompió a reír.

—Me alegro mucho —dijo—. De ese modo, es como si no fuésemos unos perfectos desconocidos, ¿verdad?

—¡Ése es un buen chiste! —repuso Juana—. Nunca he pensado en el rey y en mí como en unos perfectos desconocidos.

—Sólo de pensar en ello me echo a temblar —dijo Luis—. Pero podemos dejarlo en nada si nos hacemos amigos.

—Sois un hombre muy simpático, Su... —Se volvió a Le Bel y a Juan Bautista, sin importarle nada en absoluto que se estuvieran retorciendo de vergüenza—. ¿Cómo lo llamo? —preguntó.

Le Bel volvió a balbucear, pero el rey la cogió de la mano.

—Llamadme vuestro amigo —dijo—. Eso me complacería más que ningún otro nombre.

Juana elevó sus bellos ojos hacia el techo. Como si hubiese alguien allí arriba.

—El rey es mi amigo. En fin, la verdad es que nunca pensé que llegaría el día...

—Yo tampoco —la interrumpió Luis— pensé nunca que llegaría a conocer una persona a la que me produjese tanto placer el simple hecho de mirarla y escucharla.

Juana se había vuelto hacia los demás, como diciéndoles: «¡Escuchad lo que dice!».

Pero Luis hizo un gesto con la mano.

—Madame du Barry y yo preferiríamos estar a solas.

—El rey tiene ya una nueva grisette —dijo Choiseul a su hermana—. Una muchacha de ínfima extracción. Como mucho, le doy de plazo hasta el fin de semana.

—Entonces es obvio que no tenemos que preocuparnos por ello.

—Oh, no —murmuró el duque—. Es de clase demasiado baja. El gusto del rey ni siquiera mejora con la edad.

—A pesar de eso —dijo la duquesa—, he notado que Luis parece más feliz de lo que ha estado desde hace mucho tiempo. Hoy se le veía muy alegre en el paseo, como si no perdiese de vista el reloj, ansioso por llegar puntual a una cita.

—Haré llamar a Le Bel para preguntarle por esa mujer —decidió el duque.

—Hacedlo ahora mismo; soy mucho menos complaciente que vos. Y se debe a algo que he visto en el rostro de Luis.

Choiseul hizo llamar al valet de chambre.

—Y bien, Le Bel —dijo el duque—, ¿quién es ese pajarillo que tan alegre canta en el trébuchet?

—¿Os referís, monsieur duque, a madame Du Barry?

—¡Madame du Barry! ¿Es acaso la esposa de ese infame individuo que tanto me molestó hace algún tiempo?

—Es su cuñada, monsieur duque.

—¿Y vos la habéis llevado a presencia del rey?

—Monsieur duque, yo tengo deberes que cumplir.

—Ojalá os llevasen a mirar en otro lugar que no fueran los arrabales de París.

—Monsieur, es la cuñada del conde du Barry. No creo que pueda decirse que procede de los arrabales...

—¿El conde du Barry? Ni siquiera es conde. Debería obligársele a renunciar a un título que ostenta sin derecho alguno. Tengo entendido que esa mujer es de ínfima... de ínfima extracción.

—Desde luego, monsieur duque.

—Una mujer así no podría de ninguna manera divertir a Su Majestad durante más de un par de noches...

—Desde luego, monsieur duque.

Choiseul inclinó la cabeza.

—Muy bien, pues. De todos modos, Le Bel, podríais consultar conmigo antes de llevar ante Su Majestad a mujeres tan impresentables como ésta.

—En lo sucesivo, monsieur duque, eso es lo que pienso hacer.

Le Bel se retiró. Se sentía más inquieto de lo que había llegado a estar en varios años, más de lo que hubiese querido demostrar ante Choiseul y su hermana, pues hacía mucho tiempo que no veía al rey tan contento con una mujer.

Choiseul no era el único miembro de la corte que estaba contrariado.

Richelieu, que por experiencia propia sabía muy bien cuan atractiva podía llegar a ser Juana, había visto con muy buenos ojos que fuese llevada a presencia del rey con la intención de divertirlo durante dos o tres noches; jamás se hubiera opuesto al hecho de que permaneciese en los apartamentos secretos de Versalles durante una semana, pero nada más.

Era increíble que Luis hubiera llegado a perder la cabeza por ella hasta tal extremo. Había que reconocer que la joven poseía una insólita belleza, pero su manera de hablar era propia de los faubourgs. Sin embargo, como brotaba de aquellos labios encantadores, al rey parecía resultarle incomparable cada una de las palabras que decía, como si se hallase por encima del ingenio de Richelieu, o del propio Voltaire.

Estaba embelesado. Ya había regalado a Juana infinidad de joyas, y contaba con que la corte en pleno la tuviera en muy alta estima. Siempre se encontraba presente en las cenas íntimas que se celebraban en los petits appartements, aunque, como no había sido debidamente presentada, no debía hacer acto de presencia en los aposentos más suntuosos.

En sus fiestas privadas, el rey se mostraba tan feliz como en los tiempos en que madame de Pompadour supo satisfacer todos sus deseos y proporcionarle elegantes e ingeniosas distracciones.

Era un extraordinario fenómeno, pero a sus cincuenta y ocho años, Luis se había enamorado, como no lo había estado desde que era un mozalbete.

Madame de Pompadour había sido su más querida amiga, pero nunca gozó de la salud que claramente madame Du Barry poseía. Tampoco había sido una mujer tan sensual como sin duda era madame Du Barry. Resultaba evidente que aquella joven de sobresaliente belleza y enorme vitalidad era tan experta como el propio rey en el arte de hacer el amor.

Richelieu quiso llamar a Luis la atención, aunque de forma sumamente respetuosa, sobre el hecho de que se estuviera comportando como un joven libertino.

—Para mí es imposible entender, sire —le dijo—, por qué razón estáis tan enamorado de esa mujer. Es bellísima, de acuerdo, pero también lo son muchas otras.

—Debéis estar ciego —replicó el rey—, si podéis comparar su belleza con la de las otras mujeres.

—A pesar de eso —murmuró Richelieu—, suele decirse que el amor es ciego.

El rey era tan feliz que no se sintió irritado por el comentario, y de ahí extrajo Richelieu el valor para proseguir.

—¿Qué tiene ella, sire, que no tengan las demás?

—El secreto de poder hacerme olvidar que soy un anciano. Ella, tan joven como es, me ha enseñado muchas cosas que yo desconocía.

—Es obvio que Vuestra Majestad nunca ha estado en un burdel —dijo Richelieu con cierta aspereza.

Y Luis tampoco reprobó su actitud.

—Ya sé que no soy el primero. Tengo entendido que he sucedido a Sainte-Foix.

—Majestad, habéis sucedido a Sainte-Foix como habéis sucedido a Faramundo.

El rey se limitó a reír esta alusión a uno de los primeros reyes de los francos, que vivió en el siglo v.

A Richelieu le quedó bien claro que a Luis le daba lo mismo cuántos amantes hubiese podido tener madame Du Barry. No le preocupaba en absoluto que sus orígenes fueran tan humildes. Era inmensamente feliz por haber encontrado a una mujer que poseía todo aquello que él ansiaba, una mujer capaz de conseguir que riera de nuevo, que podía hacer que olvidara sus cincuenta y ocho años, una mujer que le hacía sentirse joven y alegre, porque estaba enamorado.

La inquietud de Choiseul fue en aumento. Se había dado cuenta de lo precaria que llegó a ser su posición mientras duró la amistad del rey con la viuda del Delfín, y no estaba dispuesto, en manera alguna, a consentir que otra mujer se interpusiera entre el rey y su persona.

Qué inteligente había sido madame de Pompadour al mantenerle entretenido con todas aquellas e incultas jovencitas que ella misma le proporcionaba, sin dejar de ser por ello su amiga y su consejera. Pero ¿era esa mujer algo más que una inculta grisette? El rey tenía que haber perdido el seso.

En cuanto a la duquesa de Gramont, estaba furiosa.

—Si mantiene a esa mujer a su lado —declaró—, todas las damas de la corte se sentirán ultrajadas.

Choiseul no era un hombre que se diera por vencido con facilidad. Era muy capaz de utilizar su tremenda energía para desacreditar a una mujer como madame Du Barry, tan inmediata y alegremente como lo habría hecho para resolver una disputa de índole política.

—Desde luego se ve que es una furcia —dijo a su hermana—. El establecimiento de du Barry es lo mismo que un burdel. Por tanto, no debiera resultarnos muy difícil descubrir algún detalle acerca de ella que obligase al rey a expulsarla de la corte.

—En ese caso, comencemos de inmediato la búsqueda —exclamó la duquesa.

No pasó demasiado tiempo hasta que descubrieron una información muy importante. La mujer no era, en absoluto, madame Du Barry, sino mademoiselle Bécu, Rançon, Lange, Beauvarnier o Vaubarnier.

Era la prueba más dañina de cuantas podrían haber encontrado contra ella, porque el rey había hecho hincapié tras la muerte de la reina en que no tendría en la corte una amante que no fuera una mujer casada. No era su intención permitir que una mujer le atrajera con sus artes al matrimonio, tal como madame de Maintenon había hecho con su bisabuelo.

El primer paso fue citar a Le Bel.

Le Bel había cambiado desde que Juana comenzó a frecuentar la corte. Se había dado cuenta de que llevándola a presencia del rey había incurrido en el error de molestar gravemente al todopoderoso duque de Choiseul, y a su hermana, y Le Bel sabía muy bien lo que eso podía significar para él.

Tanto Choiseul como su hermana hicieron entender a Le Bel, sin ningún género de dudas, que consideraban la ofensa que había cometido como una gravísima trasgresión de la etiqueta de la corte, como una grave falta contra el rey y, más terrible aún, contra ellos mismos.

—¡Idiota! —le gritó Choiseul—. ¡Sois peor que un idiota, sois un cretino!

—Confío no haberos causado una grave ofensa, monsieur duque —comenzó a decir Le Bel.

—No me miréis a mí, no os alarméis. Me estaba preguntando qué dirá Su Majestad cuando sepa qué es lo que habéis hecho.

—Yo... Monsieur... Sólo obedecía las órdenes de Su Majestad.

—No contento con traer a una prostituta común a presencia del rey —siguió el duque, volviéndose a su hermana—, este hombre ha traído a la corte a una mujer soltera.

—Es algo imperdonable.

—Monsieur duque... Madame duquesa... Tiene que haber un error. Esa mujer... es la cuñada del conde du Barry. Está casada con su hermano...

—¡Casada con el hermano del conde du Barry! —se burló Choiseul—. Sabed, Le Bel, que esa mujer es Juana Bécu, o Rançon, o Lange, o Beauvarnier, o Vaubarnier. ¡Qué curioso es que haya necesitado tal cantidad de apellidos! En cambio, hay un título al cual no tiene ningún derecho. Jamás ha estado casada, y vos... idiota, cretino, pazguato, habéis cometido una grave ofensa contra la estricta norma impuesta por el rey.

—Monsieur duque... —exclamó Le Bel, tembloroso—. Si así fuera...

—¿Cómo si así fuera? ¡Es así! Me he ocupado personalmente de descubrir la verdad en lo que respecta a esa mujer. Es soltera, y si tenéis en alguna estima vuestra propia posición en la corte, os libraréis de ella cuanto antes, y desembarazaréis al rey de la imposible situación en que vuestro descuido lo ha colocado.

—Haré todo lo que esté en mi mano...

—Esperemos, por vuestro propio bien, que lo hagáis sin titubear —dijo la duquesa con astucia.

—Y a toda velocidad —añadió Choiseul.

Le Bel llamó de inmediato a Juan Bautista.

—¿Qué sucede? —preguntó éste—. Cualquiera diría que acabáis de perder una fortuna.

—¡Peor aún! Corro grave peligro de perder mi puesto en la corte.

—¿Qué sucede? Calmaos...

—Juana no es madame Du Barry. No está casada.

—Pero monsieur Le Bel...

—De nada servirá mentir —dijo Le Bel con firmeza—. El duque de Choiseul tiene espías por todas partes.

Juan Bautista se quedó perplejo.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Imbécil! ¡Habéis engañado al rey! ¿Acaso no sabéis que no está dispuesto a tomar por amante a una mujer soltera?

—Entonces, la casaremos.

—Lo grave es que no estaba casada cuando vos dijisteis que sí.

—Eso es una nadería.

—Os equivocáis, porque supondrá el fin de sus posibilidades en la corte.

—Escuchad —dijo Juan Bautista—. La casaré de inmediato. Tengo un hermano que es soltero. Él se casará con ella, y así podremos burlarnos en la

cara de monsieur el duque.

Le Bel titubeó. Sentía gran temor de Choiseul, y deseaba no haber cometido la torpeza de llevar a Juana a la corte. Tan sólo recobraría la aprobación del duque si sacaba a Juana de la corte.

Tomó la decisión de hacer lo que el duque deseaba que hiciera.

—Debo ir de inmediato a ver al rey para explicarle la verdad del caso.

Le Bel suplicó que le fuera concedida una audiencia en privado.

Luis lo miró con cierta preocupación. En ese hombre se había producido un cambio muy visible a lo largo de la última semana. Parecía un furtivo temeroso.

—¿Qué os aflige? —preguntó Luis—. Deberéis tener más cuidado con vuestra salud, Le Bel. Me recordáis a un hombre que se murió sin avisar hace una semana. Ya recordáis a quién me refiero. Tenía el mismo aspecto que vos. Cuidaos, Le Bel.

—Sire, mi salud no me preocupa en absoluto, pero tengo un gran temor por haberos ofendido al traer a madame Du Barry a vuestra presencia.

—En tal caso es locura lo que padecéis. Nunca he estado tan complacido.

—Esa mujer no es lo que vos pensáis, sire. Ni siquiera es condesa.

—Estoy preparado para creerlo —sonrió Luis.

—Sire, su madre era cocinera.

—¡Qué interesante...! —exclamó Luis—. Confío que haya heredado los buenos oficios de su madre; vos conocéis mi interés por las artes culinarias. Será un nuevo placer que podremos explorar juntos los dos.

—¡Una cocinera, señor, una simple cocinera! —gimió Le Bel—. ¡La hija de una cocinera ha sido recibida en Versalles!

Luis se echó a reír a carcajadas. «Cuántos años han pasado —meditó Le Bel—, desde la última vez que lo vi reír así. Jamás dejará que esa mujer se vaya de la corte».

—Os preocupáis demasiado por distinciones que son de poca monta —le decía el rey—. Una condesa... Una cocinera... Yo soy el rey, Le Bel, y estoy tan por encima de cocineras y de condesas, que para mí es muy difícil apreciar cuán lejos están las unas de las otras.

—Majestad, os complace bromear, pero aún no os he contado toda la verdad. Hay algo más desgraciado aún.

El rostro de Luis se nubló. Comenzaban a fastidiarle las taimadas referencias al pasado de Juana. No le importaba en modo alguno ese pasado

ni el de Juana ni el suyo propio; lo único que le importaba era el hecho de que ella estuviese haciendo muy tolerable, e incluso placentera, su vida presente.

—No deseo saberlo.

—Sire, es mi deber decíroslo.

Le Bel siguió su explicación, haciendo caso omiso de la mirada de asombro que Luis le dedicó.

—Perdonadme, sire, pero esa mujer no está casada.

El rey titubeó. Luego se encogió de hombros.

—Pues tanto peor —dijo—, pero eso es algo que tiene fácil arreglo. Que se case de inmediato. —Comenzó a reírse otra vez—. Desde luego, será mejor que tampoco en este caso me sea dado cometer ninguna estupidez.

Le Bel sólo pudo quedarse boquiabierto mirando al rey, pero no vio en esos momentos al rey. Luis, enamorado, benigno y feliz, no era de temer, sobre todo en comparación con el duque de Choiseul y su hermana.

Le Bel no se atrevía a presentarse ante ellos para comunicarles lo que el rey había dicho: «Que se case de inmediato».

—Sire, no podéis... no debéis... —gimió Le Bel.

Luis pareció incrédulo durante unos instantes.

—¡Estáis excediéndoo de vuestros deberes! —exclamó cortante.

—Pero... sire, esa mujer, esa mujer... de ínfima extracción... y soltera...

El rostro de Luis se puso escarlata. Cogió unas tenacillas del cabello y las blandió; era como un joven amante dispuesto a defender a su amada contra viento y marea.

—Me estáis tentando a golpearos con esto —exclamó—. Retiraos de mi presencia, ahora mismo.

Le Bel trastabilló; tenía el rostro de color escarlata, y le temblaba la boca. Luis estaba avergonzado por su insólito despliegue de furia.

—Marchaos a vuestros aposentos —dijo con más amabilidad—. Debéis descansar. Estáis haciéndoo viejo, Le Bel... igual que yo, hasta que madame Du Barry vino a alegrarme la vida. Marchaos. Os habéis tomado demasiado en serio asuntos que no tienen la menor importancia.

Le Bel hizo una reverencia y salió hacia sus aposentos.

Había descubierto que el rey estaba más enamorado de lo que había estado en muchos años. Mantendría a madame Du Barry en la corte. Ordenaría que fuese reconocida como maîtresse-en-titre. Por fin sería ocupada la vacante dejada a su muerte por la Pompadour.

¿Y Choiseul? Seguiría estando enemistado con él.

«Marchaos a vuestros aposentos y descansad», había dicho el rey. ¡Descansar! ¿Con Choiseul preparando su venganza?

Al día siguiente, tras una noche sumamente inquieta, Le Bel sufrió un ataque cardíaco. Sobrevivió por espacio de unas pocas horas.

Había muerto de pasmo, se dijo en la corte. El pasmo de ver a la grisette que él había llevado al trébuchet a punto de ocupar el lugar de madame de Pompadour.

Entretanto, Juan Bautista no había perdido el tiempo en llevarse a París a su hermano soltero, el caballero Guillermo du Barry, para que contrajera matrimonio con mademoiselle de Vaubarnier (Juan Bautista se había encargado de añadir el de al apellido de Juana).

El caballero Guillermo no se mostró contrario a la propuesta. Se le había prometido que sería ampliamente recompensado por su servicio, y, además, estaba contento con cualquier pretexto, máxime si era un tanto emocionante, que le sirviera para alejarse —aunque fuese de manera temporal— del deteriorado castillo de Lévigac, en donde vivía con sus hermanas bajo el despotismo impuesto por su madre.

Juan Bautista estaba entusiasmado por el modo en que iban desarrollándose sus planes. El hecho de que el rey hubiera exigido el matrimonio de Juana apuntaba a una sola cosa: Luis había decidido, y eso era obvio, que Juana sería recibida en la corte, lo cual equivalía a su reconocimiento como maîtresse-en-titre.

Juana iba preparándose para seguir las huellas de madame de Pompadour, huellas que para todo atento observador eran visibles aún por el camino de los valles de la oscuridad a las cimas del poder. Decidido a que sus intereses no fueran olvidados, se llevó de Lévigac a París, junto con su hermano Guillermo, a su hermana Fanchon, para que se convirtiera en dama de compañía de Juana, y velara debidamente por los intereses de la familia.

Fanchon era de mediana edad, tenía una débil cojera pero era astuta, y, sobre todo, sentía un inmenso afecto por su hermano el aventurero, aparte de estarle sumamente agradecida por haberla rescatado de la tediosa vida que llevaba en el castillo de la familia.

Juan Bautista se ocupó entonces de lograr un falso certificado de nacimiento para Juana, en el cual no sólo era descrita como hija legítima de Juan-Jaime Gomard de Vaubarnier, sino que además se le restaban algunos años de edad. Juana tenía veinticinco, pero él se ocupó de hacerla pasar por una jovencita de veintidós.

En cuanto al caballero Guillermo, se convirtió en «haut et puissant seigneur, Messire Guillaume, Comte du Barry, capitaine des troupes detachées de la marine».

—Ahora —dijo Juan Bautista—, todos son felices.

Guillermo pudo regresar a casa con su generosa recompensa, Fanchon disfrutaría en la corte, y Juana no tendría por qué sentir escrúpulos al enmascararse bajo un falso apellido y un título que ahora le pertenecía de verdad, madame Du Barry. El rey quedó deleitado, porque ya no necesitó preocuparse más por ese detalle de la etiqueta, y de ese modo se dio a disfrutar en paz de la compañía de su amante.

Pero hubo muchos otros que en modo alguno quedaron satisfechos; y el principal de todos ellos fue, por supuesto, Choiseul.

La presentación de Madame Du Barry

Richelieu observaba con gran atención el desarrollo de los acontecimientos. Era un hombre ya viejo; pero, al igual que continuaba con celoso entusiasmo sus aventuras amorosas, se dedicaba de corazón a sus ambiciones políticas.

Choiseul era un imbécil: su punto flaco era el orgullo, y el orgullo terminaría por llevarle al desastre, profetizó Richelieu. Desde el principio se había proclamado enemigo de la nueva amante del rey, y de ninguna manera iba a cambiar su actitud hacia ella. Si hubiese sido un poco más sensato, al menos habría intentado disimular.

El rey estaba enamorado de verdad, y Choiseul sabía en toda su extensión qué intenso había sido su apego por madame de Pompadour. Tendría que haber considerado que esa mujer era joven y saludable, que el rey era anciano y proclive a la melancolía. Madame du Barry tenía las mismas probabilidades que la Pompadour de mantener su privilegiado lugar en la corte.

La ambición de todos los hombres de la corte era la de proporcionar al rey una amante capaz de ser amiga de Luis sin olvidarse de proteger los intereses de sus valedores. Por consiguiente, un hombre sensato, que no hubiese logrado proporcionar al rey una amante satisfactoria, habría intentado hacerse amigo de la mujer que otro sí le había procurado a su entera satisfacción.

Así pues, el duque de Richelieu tomó la determinación de buscar la amistad de madame Du Barry. Y no sólo eso: decidió reunir a algunos de sus amigos para que la apoyaran; su intención era la de derrocar a Choiseul y a su círculo de amistades de las posiciones que ocupaban, y quedárselas ellos, por supuesto.

Comentó el asunto con su sobrino, el duque d'Aiguillon, el cual dándose cuenta de que la trama le supondría un gran avance en la política, la consideró una excelente idea.

—Nuestro primer deber es mostrarnos del gusto de la favorita —dijo Richelieu—. Pero tampoco demasiado, vos me entendéis. Se trata de mostrar un partidismo un tanto distanciado. En cualquier caso, que ella nos considere sus amigos. Simpatizamos con ella, en contra del grosero de Choiseul.

Sondearemos a Vauguyon; sabéis cómo aborrece a Choiseul, y cuánto tiempo hace que sueña con verlo destituido.

El duque d'Aiguillon se mostró de acuerdo y comenzó la campaña.

No fue difícil trabar amistad con madame Du Barry, pues se hallaba más que dispuesta a obsequiar con su sonrisa a todo el que se la pidiera; además, al estar deleitada por el modo en que discurría su vida, no sentía rencor alguno hacia nadie. Incluso trató de calmar la furia del duque de Choiseul.

Se había mostrado sumamente insultante con ella.

—Madame —dijo él—, es inútil que intentéis conquistarme con vuestras añagazas. Mis amigas son damas.

Ella pasó una temporada molesta, pero se encogió de hombros sin darle mayor importancia.

—Pobre viejo duque —dijo a Fanchon—. Está preocupado por mi culpa, ¿verdad?

Fanchon, por su parte, le aconsejó prudencia, pero Juana no era prudente por naturaleza; además Fanchon se mostró entusiasmada por la amistad con que la trataban Richelieu y el duque d'Aiguillon.

—No comprendemos —dijo Fanchon— el motivo que se oculta tras esta muestra de amistad. Pero los amigos, da igual por dónde vengan, son bienvenidos.

Richelieu, de camino a la capilla del rey, vio al duque de Choiseul algo más adelantado que él.

Había empezado a llover con fuerza, y Richelieu, que se temía el chaparrón, se había provisto de paraguas. Choiseul, que no había sido tan previsor, se vio sorprendido por el aguacero.

Richelieu se colocó al lado de Choiseul.

—Permitidme —dijo con ojos centelleantes— que os ofrezca resguardo bajo mi paraguas.

Choiseul contempló a Richelieu con ese aire de divertida tolerancia que a menudo mostraba hacia aquellos de quienes sospechaba que eran sus enemigos, y a los cuales prefería transmitir que no le preocupaban más que una mosca que revolotease a su alrededor.

—Muy amable de vuestra parte —murmuró.

Al caminar los dos juntos hacia la capilla, algunas personas los vieron; ambos fueron conscientes de las divertidas miradas que les lanzaban.

—¿Qué pensarán al vernos a los dos tan juntos? —murmuró Choiseul.

—Pensarán que somos como dos cabezas bajo un mismo sombrero.

—Ah —dijo Choiseul—, pues tengo entendido que dos cabezas valen más que una.

—Estoy seguro de que algo de verdad hay en esa afirmación —repuso Richelieu.

Entraron en la capilla para asistir a la misa.

Cuando salieron, brillaba el sol, y muchos cortesanos se mantuvieron cerca de los dos duques, porque la anécdota del paraguas había resultado asombrosa, y porque se empezaba a pensar que eso sólo podía suponer un acercamiento entre ambos rivales.

Si Richelieu aunase sus fuerzas con las de Choiseul, y si los dos plantasen batalla a madame Du Barry, por mucho que el rey la adorase, tendría por delante una tormentosa travesía antes de llegar a puerto.

Richelieu dedicó su taimada sonrisa al duque. Choiseul respondió de igual modo.

—Os agradezco mucho —dijo este último en voz bien alta— que me hayáis resguardado de la lluvia. Ahora hace mejor tiempo, así que no necesito pedirlos más favores. Además, mi destino no se halla en la misma dirección que el vuestro.

—Así es, monsieur de Choiseul —contestó Richelieu—. Hace buen tiempo, así que no necesitáis la protección que yo pueda ofreceros. De todos modos, si cambiase el tiempo, contad conmigo. Soy vuestro fiel amigo.

Sus palabras parecieron cargadas de significado: podría significar que Richelieu y Choiseul estuviesen decididos a aunar sus fuerzas. Por otra parte, también podrían haber sido pronunciadas con ironía. Considerando la naturaleza de ambos duques, esto parecía mucho más probable.

Richelieu se dirigió de inmediato al rey.

—Sire —dijo—, sois el más feliz de los seres creados por Dios en este día lluvioso. Estáis enamorado, y el objeto de vuestro amor no sólo es bello de aspecto, sino que tiene además un buen carácter. Perdonad mi presunción, sire, pero no sólo sois el rey más feliz del mundo, sois también el más feliz de los hombres.

El amor había devuelto una cierta ingenuidad al carácter de Luis, y Richelieu se acordó del joven que había sido, casado a los quince años con una reina que, a sus ojos, era entonces la mujer más bella del mundo.

Sonrió a Richelieu, complacido porque le encantaba oír que alabasen a madame Du Barry.

—Hay una sola carencia, de poca monta, que debierais subsanar, Majestad. Esta encantadora dama siempre está relegada a los aposentos

secretos, por lo cual no tiene opciones de gozar de vuestra compañía, sire, en toda clase de ocasiones. Y así ha de ser, hasta que la dama sea presentada en sociedad.

El rey apoyó la mano sobre el brazo de Richelieu.

—Habéis dicho mis pensamientos en voz alta —dijo—. Me propongo que la presentación de madame Du Barry tenga lugar en un futuro muy inmediato.

La sonrisa de Richelieu fue bastante taimada. Oyó el eco de su propia voz: «Contad conmigo, monsieur de Choiseul: soy vuestro fiel amigo».

La duquesa de Gramont entró como un torbellino en los aposentos de su hermano.

—Así que ahora ha de ser presentada en la corte —dijo—. No me extrañaría que, después de esto, trajeran a las pescaderas de Les Halles para presentarlas en sociedad. Hermano, esto es algo que debemos impedir.

—Tenemos que dar los pasos necesarios para que tal cosa no llegue a suceder.

La duquesa agarró a su hermano por el brazo.

—Una vez haya sido presentada, tendrá el mismo rango que madame de Pompadour ostentaba. Ella se ocupará de todo. Nosotros hemos alcanzado nuestra actual posición porque la Pompadour era amiga nuestra. ¿Qué nos sucederá cuando tengamos a otra, tan poderosa como la Pompadour... sólo por enemiga?

—Esta mujer no es la Pompadour. A pesar de sus orígenes burgueses, la Pompadour era una mujer inteligente. Ésta no tiene nada más que su salud, bella planta y vulgaridad.

—Pero el rey es anciano, no lo olvidéis. Y chochea por ella.

—Hermana, lucharemos contra esa mujer. Pensad en el largo camino que hemos recorrido. Hemos aguantado firmes contra Prusia y contra Gran Bretaña. ¿Creéis que fallaremos ante los caprichos de madame Du Barry?

—Más temor me inspira ella que todos los estados de Europa.

—Os desanimáis con demasiada rapidez. Habremos conseguido su destitución en cuestión de semanas, pero hemos de proceder con prudencia... paso a paso. Su presentación en la corte es algo que conviene impedir a toda costa.

—Sabéis de sobra que Richelieu la defiende, ¿no es cierto?

—¡Richelieu! ¡Ese libertino engañoso con dos caras! Pero es viejo.

—Cuenta con el apoyo de d'Aiguillon.

—¡D'Aiguillon! ¡El valiente soldado! D'Aiguillon el estúpido. ¿En qué estáis pensando, hermana, para tener semejante hombre en consideración?

—Mucho me temo, hermano, que hayan comenzado a formar un partido en torno a ella. Podéis estar seguro de que el rey apoyará a aquellos que den su apoyo incondicional a esa mujer.

—Admito que eso podría ocurrir. Pero es preciso que no ocurra. Mientras no haya sido presentada y no pueda ser reconocida abiertamente, no representa un gran peligro. Por eso mismo es de máxima importancia que no sea presentada en la corte.

—El rey ha determinado que sea así. Richelieu y d'Aiguillon la respaldan. Y ella, por supuesto, suspira por ello. No veo de qué modo podríamos evitarlo.

—En tal caso no conocéis a vuestro hermano tan bien como yo pensaba, hermana. Podríamos implorar al rey que no cometa esa locura, y no nos escucharía. Pero si el ridículo fuese nuestro aliado, la situación sería muy distinta. Podríamos avergonzar al rey hasta tal punto que prohíba su presentación en la corte, ya que no le persuadiremos de que lo haga así.

—El ridículo es algo que ya hemos intentado —dijo la duquesa—. Está tan rematadamente enamorado que es inmune al ridículo.

—Veréis. Ya he conversado con los chansonniers, y muy pronto se oirán por doquier obscenas cantinelas en torno a madame Du Barry. En todos los cafés de París cantarán groserías acerca de ella.

La duquesa asintió.

—Y eso no es todo —siguió el duque—. El pasado de la dama, como bien sabéis, no aguantaría una seria investigación.

—Pero el rey no pone objeciones a su origen humilde.

—Desde luego, habría sido una mujer adecuada para el viejo Parc aux Cerfs, tal como lo es para el trébuchet. Ahora bien, Luis tiene que entender que existe una diferencia entre tales aposentos y la Galería de los Espejos.

—¿Tenéis alguna sugerencia?

El duque asintió.

—He despachado a un amigo de confianza, que en estos momentos va de camino a ver a una dama muy conocida en París... y en la corte, claro. Me refiero a madame Gourdan, de la Maison Gourdan.

Madame Gourdan apoyó los codos sobre la mesa y sonrió seductora a su visitante.

Sabía que llegaba de Versalles, y siempre le había complacido recibir a tales clientes en su casa. Era bien conocida en palacio, y a menudo se le pedía que proporcionara algunas jóvenes para entretener a los asistentes a un lujoso banquete. Eran unas transacciones muy provechosas para ella, y no menos beneficiosas para el buen nombre de su establecimiento.

Madame Gourdan, muy ingeniosa, a menudo se describía a sí misma como Proveedora del Real Palacio de Versalles. Semejante reputación era tanto más apreciada por los comerciantes de París.

—Vengo —dijo su visitante— por encargo de una persona de tal eminencia que no desvelaré su nombre.

«Ah —pensó madame Gourdan—, Su Majestad, sin duda».

Sus pulseras de diamantes resplandecían en sus brazos; sus manos gordezuelas, recubiertas de joyas, alisaron el negro satén de su vestido.

—La Maison Gourdan está a su servicio. ¿Queréis ver algunas de mis más bellas muchachas, monsieur?

—No, he venido a veros para obtener de vos la firma de un documento.

La expresión de madame Gourdan cambió por completo: no le gustaban los documentos que fuera preciso firmar. Siempre suponían algún incómodo problema.

—Mejor será que me expliquéis qué os trae por aquí —dijo cortante—, ya que por ahora no entiendo nada.

—Tengo entendido que hace tiempo conocisteis a una joven llamada mademoiselle Vaubarnier o mademoiselle de Lange.

Madame Gourdan asintió.

—Una de las muchachas más bonitas que nunca haya visto.

—¿La conocisteis bien, madame?

—No tanto como yo habría deseado.

—Trabajó aquí, en vuestro establecimiento. ¿No es cierto?

—Habéis mencionado uno de los mayores disgustos de mi carrera. Yo podría haberla llevado... En fin, monsieur, habría sido una estupidez por mi parte no haberla aprovechado. Y os puedo asegurar, monsieur, que no soy estúpida, ni mucho menos. No en vano llevo con gran éxito una casa como ésta, y dudo que alguien más pudiera...

—Así pues, ¿no trabajó en esta casa?

Madame Gourdan negó con la cabeza.

—Pues aquí tengo un papel en el que se afirma que sí.

—Entonces, ese papel miente. ¿Quién lo ha dicho?

—Vos misma..., madame.

—¡Yo!

—Aquí se dice que mademoiselle Vaubarnier o mademoiselle de Lange trabajó durante una temporada en «mi casa, la Maison Gourdan».

—Dejadme verlo —se había puesto en pie de un salto, y ya miraba por encima de su hombro.

—Ahí no hay nada que muestre que eso lo he escrito yo.

—Pero lo habría, madame, si pusierais vuestra firma.

—Entiendo —dijo madame Gourdan entornando los ojos.

—Madame, un hombre de gran autoridad desea que estampéis vuestra firma en este documento. No os pide un favor; pagará por ello. Está dispuesto a daros tanto que incluso vos, una mujer de considerable éxito, quedaríais asombrada.

Ella siguió mirándole con los ojos entornados.

—Venid, aquí tenéis la pluma. Firmad, y una gran fortuna será vuestra. Y no sólo eso... Habría otros privilegios...

Ella se cruzó de brazos y lo miró con aire desafiante. Así pues, estaba pensando, los rumores no eran mentira. Juana se había abierto camino hasta llegar a Versalles. Eso tan sólo podía suponer una cosa: Juana iba a ser reconocida por el rey.

De repente se echó a reír.

—Ya veo que vais a regatear conmigo —suspiró el hombre—. Vamos..., decidme vuestro precio. ¿Qué queréis pedir?

—Monsieur, esto es lo que yo pienso: tomad ese papel y salid ahora mismo de mi casa. Yo vendo muchachas, no mentiras. Me estáis pidiendo que deshonre mi profesión.

Él abrió la boca para protestar, pero madame Gourdan había llamado al eunuco negro que podría haber llevado al visitante en brazos como si fuese un bebé.

—Mostrad a este caballero el camino de la calle —dijo.

Cuando el otro se hubo marchado, tomó asiento y comenzó a reír. Así que Juana... la pequeña Juana... iba camino de convertirse en la mujer más importante de Francia.

Choiseul y su hermana, por consiguiente, tuvieron que arreglárselas sin la ayuda de madame Gourdan, lo cual, según quiso él asegurarle, no sería demasiado difícil, si bien había que reconocer que la firma de esa alcahueta en el papel habría servido de gran ayuda.

Tendrían que limitarse a insinuar tan sólo que había vivido en la Maison Gourdan antes de llegar a la corte. Y eso lo aceptarían quienes desearan creer que era verdad.

—Es fácil difundir rumores perjudiciales acerca de las personas de éxito —dijo—, porque son muy envidiadas, y quienes envidian sienten gran contento al pensar lo peor de ellos. Nuestra pequeña du Barry tiene infinidad de enemigos, muchos de los cuales ni siquiera la han visto con sus propios ojos.

Así se desataron los rumores, y se insistió en ellos, a la vez que eran embellecidos. Nada resultaba demasiado escandaloso acerca del pasado de madame Du Barry.

En las calles y en los cafés no sólo se hablaba de ella, sino que también se entonaban cantinelas. Una de las más populares era la que Choiseul quiso que se basara en una antigua canción popular, titulada La Bourbonnaise:

Quelle merveille!
Une fille de rien,
Une fille de rien,
Quelle merveille!
Donne au Roi de l'amour,
Est à la Cour!

Elle est gentille;
Elle a les yeux fripons;
Elle a les yeux fripons;
Elle est gentille;
Elle excite avec art
un vieux paillard.

En maison bonne,
Elle a pris de leçons,
Elle a pris de leçons.
En maison bonne,
Chez Gourdan, chez Brisson,
Elle en sait long.

Que de postures!
Elle a lu Arétin,
Elle a lu Arétin;

Que de postures!
Elle fait en tous sens
Prender les sens.

Le Roí s'ecrie:
L'Ange, le beau talent!
L'Ange, le beau talent!
Viens sur mon trône,
Je veux te couronner,
Je veux te couronner^[19].

Estas cantinelas se entonaban incluso al pie de las ventanas del castillo. El rey las había oído alguna vez, y también madame Du Barry.

Luis la observaba mientras ella escuchaba la cantinela con la cabeza levemente ladeada.

Esperaba un ataque de cólera, pero ella se echó a reír. Comenzó a llevar el ritmo con el pie, y Luis la miró asombrado, al ver a la propia madame Du Barry entonar La Bourbonnaise.

—Sois una mujer insólita —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por cantar esa canción.

—Me gusta la melodía.

—«¡Qué maravilla!» —dijo Luis.

—«Una niña de nada...» —cantó ella, y se rió—. Es verdad... Esa parte al menos; eso es lo que soy: «una niña de nada».

—Yo os diré lo que sois —dijo Luis emocionado—; sois la mujer de temperamento más gentil que hay en el mundo. Madame de Pompadour habría tenido que descubrir al autor de la canción e insistido en su reclusión en la Bastilla.

—Ah, pero es que madame de Pompadour era una gran dama —replicó Juana—, y yo sólo soy...

—... «una niña de nada».

Rara vez se había desatado en la corte una controversia tal como la que tuvo lugar por la presentación de madame Du Barry, ya que a pesar de la preocupación y la determinación de Luis, que insistía en que dicha presentación se celebrase debidamente, existía una nutrida y poderosa facción que se mostraba en contra.

Choiseul y su hermana, por supuesto, encabezaban esa facción, aunque en ella había otros poderosos partidarios.

El Delfín, un muchacho más bien torpe, de unos quince años, muy influido por su tía Adelaida, se había visto inducido a manifestar su desprecio hacia madame Du Barry en más de una ocasión; aunque no era más que un adolescente, en la corte a menudo se traía a colación que Luis tenía casi sesenta años, y que en cuanto él falleciese, ese adolescente sería el rey.

La princesa Adelaida, aunque tuviese una influencia muy reducida en la corte, también era, pese a todo, la hija del rey.

Así pues, aunque Luis deseaba con todo su corazón que la presentación se celebrase, no dejaba de encontrarse con obstáculos que se interponían ante sus designios.

Todos los cortesanos, salvo el imperturbable du Barry, podrían haber pensado que no era el destino de Juana ocupar algún día el lugar de madame de Pompadour; ella, en cambio, se limitaba a encogerse de hombros y a esquivar las dificultades que le iban saliendo al paso, sin guardar mayor inquina contra sus enemigos, disponiéndose a tomar lecciones de comportamiento del maestro Vestris, el maestro de danza más célebre de toda Francia, y complaciendo al rey en todo momento.

Richelieu se había desvelado sin ambages como uno de sus mayores partidarios, y encargó en persona su vestido de presentación. Marigny, el hermano de madame de Pompadour, también dio prueba de su respaldo, y ordenó que los castillos de Bellevue, Marly y Choisy fuesen redecorados de acuerdo con el gusto de la nueva favorita.

Todo esto fue gratificante, pero hasta que no apareciese una madrina, no podría celebrarse la debida presentación de Juana; a pesar de que el rey deseaba que esa madrina apareciese, fue una tarea asombrosamente difícil encontrar a la mujer idónea para desempeñar el papel.

La baronesa de Montmorency ofreció sus servicios, pero insistió en que a cambio de esa tarea necesitaría una generosa recompensa. La suma que propuso fue tan fantástica, que Luis, encolerizado declinó su proposición; aceptar semejante precio habría supuesto un insulto para madame Du Barry.

La siguiente candidata fue la condesa de Béarn. Pidió una suma bastante más moderada, de manera que se aceptó su propuesta. Pero tan pronto corrió la noticia de que había aceptado el encargo, fue boicoteada con tal severidad por el partido de Choiseul y tratada con tal desdén por el Delfín y por la princesa Adelaida —y, por supuesto, Victoria y Sofía también— que se sintió alarmada y en el último momento fingió haberse torcido un tobillo.

La ceremonia fue pospuesta.

Madame d'Alogny ofreció a continuación sus servicios, con gran fastidio por parte de Adelaida. Esta mujer había sido testigo de la furia que despertó en ella la conducta de la condesa de Béarn, y a pesar de ello decidía aceptar con arrojo lo que el sentido común de madame de Béarn le llevó a no hacer.

—Yo le enseñaré a qué equivale desairarme a mí —dijo Adelaida a sus hermanas.

Y cumplió ante sus hermanas y ante la corte su promesa con tal éxito que por un tiempo la pobre madame d'Alogny no sólo deseó no haber accedido nunca a encargarse de la presentación de madame Du Barry, sino que también deseó no haber nacido siquiera.

En una ceremonia en la que madame d'Alogny fue recibida por Adelaida, y en la cual era necesario que se arrodillara, besara el dobladillo del vestido de la princesa y aguardara a recibir su permiso para levantarse, Adelaida se limitó a marcharse y la dejó arrodillada, incapaz de levantarse, de acuerdo con la etiqueta de Versalles, ya que no había recibido el permiso para hacerlo.

Encontrarse en tal situación fue como una pesadilla. Madame d'Alogny no supo qué hacer; permaneció arrodillada mientras los presentes la observaban con las cejas enarcadas, hasta que, medio muerta de vergüenza, se puso en pie y salió de allí a hurtadillas.

Se dio cuenta de que iba a ser humillada de igual manera en el futuro si persistía en sus planes de ocuparse de la presentación de madame Du Barry en la corte.

Por consiguiente, declaró que no podía ocuparse de esa tarea a pesar de la generosa remuneración.

El rey estaba furioso; hasta la propia Juana empezó a preguntarse si algún día llegaría a celebrarse su presentación. Luis, no obstante, no iba a consentir que nada ni nadie frustrara sus deseos. Mandó llamar a la condesa de Béarn y le dijo que ella se encargaría de presentar formalmente a madame Du Barry, tanto si le agradaba la idea como si no.

Madame de Béarn aseguró ante la corte que había recibido órdenes concretas y que nunca osaría desobedecerlas. Rogó que en lo sucesivo no se le culpase por ello, ya que se veía obligada a cumplir con tan ingrata tarea.

En tal caso, se comentó en la facción de los Choiseul, era inevitable. Madame du Barry sería presentada en la corte.

Pocos días después de que madame de Béarn se viese forzada a aceptar la tarea impuesta, el rey tuvo un accidente de caza.

Cuando Adelaida vio que lo traían a palacio en unas angarillas, llamó a su hermana.

—Esto es, sin duda, el juicio de la Providencia —dijo—. Dios ha decidido que madame Du Barry nunca sea presentada en la corte.

Las princesas se instalaron en la habitación del herido; cuando Juana apareció, Adelaida le plantó cara con gesto triunfal.

—Madame —dijo—, el rey se muere. Ha llegado el momento de que haga las paces con Dios, para lo cual no necesita vuestra ayuda.

Victoria y Sofía, a su lado, asintieron; Juana, anegada en lágrimas, pues creía que era cierto lo que le habían dicho, se marchó.

Ahora bien, el estado del rey no era ni mucho menos grave, y tan pronto recobró la conciencia ordenó a las princesas que abandonaran su habitación, al tiempo que mandaba aviso a madame Du Barry para que acudiera a darle su consuelo.

Luis estaba más decidido que nunca a que se celebrase la presentación de Juana, para que pudiera estar a su lado en todo momento.

El gran día, la muchedumbre salió en masa de París con destino a Versalles, pues todos querían ser testigos de la llegada de madame Du Barry. Fue un acontecimiento de gran brillantez; los deslumbrantes trajes de gala de los cortesanos, hombres y mujeres por igual, se reflejaban en los espejos de la Galerie des Glaces, al tiempo que Luis, aún con el brazo en cabestrillo, aguardaba la llegada de su amante.

Al lado del rey se encontraba Richelieu y, a cierta distancia, Choiseul y su hermana, las princesas y el resto de su grupo.

Se habían producido tal cantidad de malos augurios que los más supersticiosos seguían pensando que la ceremonia no llegaría a celebrarse.

Era hora de que madame Du Barry llegara, pero aún no había hecho acto de presencia. Nadie recordaba que una dama que fuese a ser presentada ante la corte se hubiera retrasado tanto.

Choiseul sonreía complacido; su hermana murmuró que era de esperar, pues ¿qué sabían las muchachas de la calle de los modales propios de la corte?

El rey iba enrojeciendo, inquieto. Richelieu le imploraba que tuviera paciencia. Todos los presentes en la grandiosa Galerie aguardaban a medida que los minutos iban pasando, si bien madame Du Barry seguía sin aparecer.

El rey se hallaba a punto de cancelar la ceremonia. Estaba furioso. Ni siquiera Juana podía comportarse con semejante impunidad. La excitación era

intensa. ¿Qué ocurriría cuando ella llegara, en el supuesto de que lo hiciera? ¿Actuaría el rey con frialdad, le reprocharía su conducta en público?

El rey y Richelieu se mostraban cada vez más lúgubres; Choiseul, por su parte, cada vez más radiante.

Y entonces ella llegó, y cuando él la miró —era sin lugar a dudas la visión más hermosa que jamás hubiese contemplado—, la irritación del rey se desvaneció en el acto.

Llevaba su rubio cabello —ese maravilloso cabello dorado— sujeto en lo alto de la cabeza. Su vestido de satén azul dejaba ver a las claras su perfecta figura; se había adornado con las cien mil libras en diamantes que el rey le había enviado el día anterior; y resplandecía de ánimo, de confianza y de alegría.

Su intención fue arrodillarse ante Luis, pero él no lo consintió; la cogió de la mano con ternura y le dedicó una radiante sonrisa. Fue como si todos los presentes en la Galerie hubiesen respirado con gran alivio.

La presentación había concluido.

El rey la sostenía de la mano, conduciéndola hacia las princesas. La propia Adelaida no se atrevió a hacer nada que no fuese un gracioso gesto de reconocimiento.

Vestris había hecho un trabajo excelente. Juana cumplió con todo lo que de ella se requería, y lo hizo con la gracia y la elegancia de una mujer que durante toda su vida hubiese sabido que le estaba aguardando un día en el cual iba a ser la figura central de semejante ceremonia.

—Os habéis retrasado tanto... —murmuró el rey.

—Quise que el peluquero volviera a peinarme —susurró—. Sabía que vos desearíais que estuviese mejor que nunca.

A Luis se le empañó la mirada. ¿No era encantadora? ¿No era una delicia, aquella muchacha de quién sabía dónde, capaz de hacer esperar al rey de Francia por semejante razón?

Por fin tenía a una amiga capaz de ocupar en su afecto el sitio que en su momento perteneció a madame de Pompadour.

Juana du Barry había sido debidamente presentada. A ojos de todos era ya la *maîtresse-en-titre* del rey.

Madame du Barry contó con su propia *suite* de aposentos —dormitorio, biblioteca, sala de recepciones—, conectada por medio de una escalera secreta con los aposentos del rey.

Seleccionó a sus damas de compañía con la ayuda del rey y de Richelieu; la principal de todas ellas fue la maríscala de Mirepoix, la «gatita» de la Pompadour.

El rey había terminado por sentir un gran aprecio hacia una mujer a la que había visto tantas veces en compañía de madame de Pompadour; no sólo era ingeniosa y entretenida, sino también muy astuta. Era cierto que por haber sido amiga de la marquesa, también había mantenido buenas relaciones con los Choiseul, pero se encontraba llena de deudas, y como no tenía ningún resentimiento contra madame Du Barry, estaba dispuesta a ser su amiga, ya que de su amistad podría obtener una cómoda fuente de ingresos. Por eso se alejó alegremente del lado de los Choiseul, para ponerse de parte de madame Du Barry.

La marquesa de l'Hôpital y la condesa de Valentinois se mostraron igualmente dispuestas a respaldar la ascendente estrella de madame Du Barry; de ese modo, Juana se vio rodeada de mujeres muy preparadas y no menos dispuestas a aconsejarle sobre los entresijos de la vida en Versalles.

Había terminado por tomar un gran aprecio a Fanchon, a la cual llamaba afectuosamente Chon; en su cuñada encontró a otra mujer en cuyos astutos juicios podía confiar más que en los de ninguna otra persona. Chon tenía puesta su astucia al servicio de los du Barry, y Juana era miembro de la familia.

En la situación había su punto de ironía. En las calles se entonaban las canciones de Choiseul y se repetían sus crueles historias, aunque el partido de la Iglesia, que aborrecía a Choiseul, ya que lo culpaba de la supresión de la Compañía de Jesús, había llegado a considerar que madame Du Barry era una aliada en potencia. De esa forma, muchos sacerdotes se presentaron en la corte dispuestos a presentar sus respetos a la favorita, prescindiendo con todo descaro del hecho de que se encontraba allí debido a los placeres de la carne, olvidando además todos los rumores que corrían acerca de su pasado.

Juana lo aceptaba todo con espléndido buen humor y con ocasionales comentarios que hacían a los cortesanos contener una risa o hacer una mueca.

El rey había manifestado la devoción que sentía por ella al regalarle el castillo de Luciennes, situado no muy lejos de Marly; asimismo, la llevó al Trianon, para enseñarle el exquisito palacete que allí estaba construyendo.

No cabía duda alguna de que la beneficiaría de ese tesoro iba a ser madame Du Barry: en vez de fatigarse, como tantos habían predicho, Luis estaba cada vez más rendidamente enamorado de ella.

En cierta ocasión, sentados a la mesa, a Luis se le cayó el mondadientes; Juana, como era típico de ella, no aguardó a que un criado acudiera a recogerlo, sino que saltó de su silla y se puso a gatas para buscarlo debajo de la mesa.

Enrojecida, riéndose, se lo devolvió, aún de rodillas.

—Tened —dijo.

Luis la miró; en tales momentos era capaz de parecer más deliciosa que cuando se vestía para una ocasión de gala. El rey de pronto se vio abrumado por la emoción.

Ajeno a los testigos que presenciaban la escena, se levantó de su sillón y se arrodilló a su lado.

—No es propio de vos que os arrodilléis ante mí —dijo de manera que todos le oyesen—. Soy yo quien debería arrodillarse ante vos..., y así ha de ser siempre entre nosotros.

Nunca jamás, se dijo en la corte, el rey había estado tan enamorado de una mujer como lo estaba de madame Du Barry.

Choiseul y madame Du Barry

La totalidad de la corte era testigo de la batalla entablada entre los Choiseul y madame Du Barry; incluso se cruzaron apuestas acerca del resultado final de la pugna. El rey estaba indudablemente enamorado de su nueva amante, pero el duque de Choiseul era el estadista más brillante de Francia.

Choiseul iba a ser el culpable del conflicto. Durante los primeros meses, Juana du Barry estuvo dispuesta a olvidar los insultos pasados, y ser amiga del duque. Con su sinceridad de costumbre, no titubeó al hacerle toda clase de ofertas de amistad, y se preparó incluso para tratar al duque con inocultable coquetería. No sirvió de nada. Él había dado claras muestras de que su belleza lo dejaba frío, de que su vulgaridad le fastidiaba, y de que, por muy enamorado que el rey pudiera estar, él, Choiseul, seguiría siendo su enemigo.

Juana terminó por desahogarse mediante una interjección que se repitió por toda la corte; se dijo que jamás había sido pronunciada semejante expresión en aquellos salones. ¡Y a Juana qué le importaba! Había llegado a la posición que ocupaba portándose con total naturalidad, y no iba a cambiar sus modales de repente.

Con su vulgaridad, seguía teniendo el corazón más afectuoso de todo Versalles. A Juana le costaba verdadero esfuerzo odiar a alguien; hasta su animosidad contra el duque de Choiseul era más bien esporádica.

—Ah, bueno —decía efectivamente a Chon—. Supongo que en realidad quería que su siniestra hermana se quedara con el puesto. Ha tenido que ser un poco decepcionante para ellos dos. Por eso, entiendo que se sientan de ese modo hacia mí. ¡Pobre y viejo Choiseul! ¡Pobre y vieja Gramont!

—No seáis demasiado permisiva con ellos —le advirtió Chon—. La compasión da pie a la blandura y, creedme, no podéis permitirlos ser blanda con enemigos tan venenosos como esos dos.

Juana tenía una considerable buena reputación ya por su generosidad. Había localizado a monsieur Billard-Dumonceau, el benefactor que tuvo en su infancia, y le había recompensado. Juan Bautista estaba sumamente satisfecho por el modo en que le iban las cosas, ya que si bien no había recibido ningún

nombramiento de la corte, sí se le habían otorgado muy cuantiosas sumas de dinero, con las cuales pudo dedicarse a su afición al juego como no había hecho nunca; Juana se había llevado a la corte a Adolfo, el hijo de Juan-Bautista, y planeaba concertarle un grandioso matrimonio.

También era cierto que había decidido vengarse de madame de la Garde, por haberla expulsado de su casa. Así, que un buen día fue a visitarla para realizar su propósito expresamente. Cuando vio la agitación de la anciana, de repente, cambió de idea.

«Después de todo —pensó Juana—, yo he sido todo lo que ella dijo que era, y tendría que estarle agradecida por haberme echado de su casa».

Así pues, en vez de vanagloriarse de su poder ante la vieja mujer, de manera algo amenazante, tal como se había propuesto, le prometió utilizar su poder de una forma muy distinta, y favorecer en cierto modo a sus dos hijos.

Era típico de Juana. Nunca podría despojarse por completo del aura de las calles de París; además, ella amaba a la humanidad. Así como era capaz de conceder el perdón a diestro y siniestro por las ofensas del pasado, le costaba verdadero esfuerzo albergar resentimiento en su corazón. Planear venganzas se le antojaba una terrible pérdida de tiempo, cuando había tal cantidad de cosas apasionantes por hacer.

De ese modo, siguió a su aire, sin hacer caso de sus enemigos, al menos hasta que el más acérrimo de todos ellos la obligó a fijarse en él.

—Oh, querida —gemía ella a veces—, ahí viene el viejo cara de perro. — Y se daba la vuelta sin pensarlo dos veces, de manera poco acorde con la etiqueta de Versalles. Hacía muecas y le sacaba la lengua a sus espaldas, de una manera que habría podido ser admisible en el barrio de Saint-Antoine, pero que resultaba extraordinaria en la Galerie des Glaces.

Entretanto, los Choiseul continuaban ordenando que se escribieran cancioncillas a propósito de Juana. Los espías del duque habían descubierto toda clase de detalles acerca de su pasado; éstos fueron debidamente exagerados al pasar a las canciones que se oían por las calles sin cesar.

Sus risas cristalinas, sus interjecciones poco corrientes, sus expresiones, todo parecían confirmar punto por punto lo que se decía sobre sus orígenes.

Jugar a los naipes era toda una ceremonia en Versalles..., hasta la llegada de madame Du Barry.

Se sentaba con las cartas en la mano, riéndose de la partida o bien maldiciendo la baza que le hubiera tocado en suerte, de una manera totalmente inaudita dentro de los muros de palacio.

En una ocasión cuando ella perdió con el rey, gritó:

—¡Sois un tramposo! ¡Eso es lo que sois!

El silencio y el pasmo con que este comentario fue recibido no la arredraron. Siguió allí, sentada, sonriendo con descaro, como una moza de los arrabales, tal como gustaba decir a sus enemigos.

El rey, no obstante se limitó a sonreír y le explicó alegremente cómo la había derrotado.

—¡Mentiroso! —gritó ella, afectuosa.

Y Luis parecía pensar que era el sùmmum de su deleite oír de aquellos labios, vulgares pero voluptuosos, que era un tramposo y un mentiroso.

Otros no eran tan amables.

Una vez arrojó sus cartas sobre la mesa y exclamó, como siempre con su lenguaje más vulgar:

—¡Estoy frita!

Choiseul, que se encontraba cerca de ella, murmuró:

—Debéis ser un perfecto juez respecto de esta situación. Desde luego, debéis conocerla mejor que el resto de nosotros, madame.

Juana, al darse cuenta de que acababa de referirse al oficio de su madre, se arrellanó en la silla y se echó a reír con estruendo.

Era muy difícil, pensaba Choiseul, lastimar a una mujer cuya propia vulgaridad la dotaba de una resistencia invencible a toda clase de insultos.

De todos modos, ella descubrió entre los criados que estaban a su servicio a un cocinero que tenía un extraordinario parecido con Choiseul: la misma cara de perro pequinés, idéntico aire de indiferencia.

—Hay que ver —dijo a Chon—, es como si tuviera al duque metido en mi propia casa, y eso es algo que no puedo tolerar.

Se refería al cocinero llamándolo «mi Choiseul», y lo comparaba a cada paso con el Choiseul del rey.

Llegó el día en que despidió a aquel hombre; y esa noche, en una de las cenas íntimas, dijo al rey lo que había hecho.

—He despedido a «mi Choiseul» —exclamó—. ¿Cuándo vais a despedir vos al vuestro?

Todos los que la oyeron interpretaron su comentario como una declaración de guerra.

Los Choiseul tomaron represalias introduciendo en la corte a una joven criolla, de extraordinaria belleza, que acababa de emparentar con su familia, al casarse con uno de sus miembros. De soltera fue mademoiselle de Raby, y

pronto quedó bien claro que los Choiseul se proponían utilizarla como sustituta de madame Du Barry.

Juana se sintió un tanto aturdida al ver a aquella joven de estatuaría belleza, perfectamente educada de acuerdo con la etiqueta de Versalles.

Chon le suplicó que tuviera cuidado.

Madame de Mirepoix, cuyos sentimientos no eran tan mercenarios como ella creía —resultaba imposible vivir con Juana, recordando a cada paso su espléndida generosidad, y no sentir auténtico afecto por ella—, le aconsejó tal y como había aconsejado a madame de Pompadour en los momentos de mayor temor. Le indicó que no se dejase ganar por el pánico, que debía luchar.

—Entonces, querida condesa —le dijo—, no tendréis nada que temer. Si yo me siento triste no es por pensar que los Choiseul se saldrán con la suya por medio de esta intriga, sino por la alarma que han sembrado en vos.

Entonces Juana, con su manera tan directa de actuar, fue a visitar al rey.

—¿Qué pensáis de esa criolla, Lafrance? —le preguntó.

Como el rey tenía por costumbre poner apodos a todos los que lo rodeaban, ella hizo lo propio, y le puso por mote Lafrance. Le iba perfectamente, aseguró ella, y él no se mostró contrariado, aceptándolo por venir de sus labios.

—¿Es preocupación lo que noto en vuestros hermosos ojos? —preguntó el rey con una carcajada.

—¿Es lujuria y deseo por la criolla lo que noto en los vuestros? —preguntó ella a su vez.

—Si así fuera —dijo Luis—, y sé que no veis tal cosa, no querría decir que mi deseo sea alejaros de la corte.

Juana sonrió.

—No, por supuesto que no. Tampoco a mí me gustaría que pensarais que voy a gemir y a poner el grito en el cielo si os viene en gana cambiar de vez en cuando. Al menos, siempre que volváis a mí, claro está.

Él sonrió.

—Tendríais que encontrarme a alguien con quien compararos, aunque sólo fuera un poco, antes de que me sintiera realmente tentado. En lo tocante a esa mujer, no puedo pensar en ella sin pensar al mismo tiempo en la duquesa de Gramont. Nunca permitiré que esa mujer tenga nada que decir en mis asuntos.

Juana quedó contenta. Supo, antes de que los Choiseul se dieran cuenta, que el asunto de la criolla iba a resultar un absoluto fracaso.

Los Choiseul estaban furiosos. Habían presentado a su protegida al rey y, aunque éste se había mostrado bastante cortés, no le había prestado más atención que la exigida por la etiqueta.

La duquesa de Gramont era incapaz de dominar la cólera como hacía su hermano; y cuando la comitiva descendía la gran escalinata para rendir respetos al Delfín, se abrió paso a codazos hasta situarse inmediatamente detrás de Juana.

En el momento en que Juana iba a hacer la debida reverencia ante el Delfín, el cual no había titubeado a la hora de mostrar la desaprobación y el desagrado que madame Du Barry le merecía, madame de Gramont pisó a propósito la cola del vestido de Juana.

Ésta, en mitad de la reverencia, se enderezó de golpe para ver cómo la cola del vestido era desgarrada.

Montó en cólera, en parte porque el rey estaba presente y, porque, para complacerle, había intentado por todos los medios aprender los modales de Versalles.

En ese momento estuvo lista para plantarse con los brazos en jarras y soltar un chorro de insultos sobre la duquesa. Pero de repente se fijó en la mirada del rey, y en sus ojos vio centellear un mensaje: «Sólo hay una forma adecuada de comportarse, de manera que la duquesa parezca peor educada que vos».

Entonces Juana entendió que la etiqueta le exigía que se comportara como si nada hubiese ocurrido, como si su vestido aún llevase la cola tras ella.

Se volvió hacia el Delfín, hizo una prolongada reverencia y siguió su paso, dejando la cola tirada en el suelo a sus espaldas.

Se cruzaron miradas muy significativas. La jovencita de los faubourgs iba aprendiendo.

Pero diríase que la duquesa, no. Ese pequeño incidente le deparó que fuese destituida de la corte durante una temporada. De no haber sido la hermana del poderoso Choiseul, podría haber sido expulsada para siempre.

Juana continuó siendo objeto de insidias de toda clase. El conde de Lauraguais, amigo de los Choiseul, quiso humillarla por medio de un gesto característico de su camarilla.

Este noble fue al establecimiento que madame Gourdan regentaba y eligió a una bellísima jovencita a la que tomó por amante. Le compró una casa, le regaló abundantes y espléndidas ropas, dinero y joyas. Por su manera de

hacerlo, la corte en pleno se dio cuenta de que había algún otro motivo, aparte de su encaprichamiento por ella.

Cuando comenzó a llamarla por el título de condesa du Tonneau, sus intenciones quedaron desveladas: un tonneau y un baril eran palabras que tenían casi idéntico significado, y era fácil confundir Barry con baril.

El castigo que mereció ese desatino fue ser expulsado de la corte. Pero madame Gourdan tampoco escapó del todo a la censura. No se le permitió enviar a ninguna de sus muchachas a los agasajos que se daban en Fontainebleau, lo cual le supuso graves pérdidas en el terreno de las finanzas; aparte de haber sido una gran injusticia, puesto que al desconocer las intenciones del conde, nadie debería haberle echado la culpa de nada.

Juana no albergó mayores resentimientos, tal como acostumbraba, y muy pronto dispuso que se cancelara la prohibición impuesta a madame Gourdan; de todos modos comenzaba a afectarle la solemnidad que la rodeaba de continuo, y se comentó que en público había empezado a comportarse con una contención y un decoro que habrían parecido increíbles poco antes.

En privado, a solas con Luis, no cambió en absoluto; así era como el rey deseaba que fuera siempre.

Cuando quedó bien claro que madame Du Barry había acudido a la corte para quedarse en ella por mucho tiempo, comenzó a formarse un partido en torno a ella. Fue, por supuesto, un partido en radical oposición al de los Choiseul, y como estaba encabezado por Richelieu y por su sobrino, el duque d'Aiguillon, su propósito no pudo resultar más obvio: sustituir a Choiseul.

El duque de Vauguyon y Rene de Maupeou se sumaron a ese partido, que pasó a ser conocido como el «de los barriens».

Había comenzado el año nuevo; la batalla entre la amante del rey y el primer ministro aún se libraba con gran ferocidad.

El rey había regalado a madame Du Barry la exquisita casa que había empezado a construir con madame de Pompadour. Allí, en el Petit Trianon, podía retirarse de la corte y vivir como un noble, en su residencia de campo.

Tanto el rey como Juana estaban entusiasmados con el palacete; llegaron a convencerse de que allí vivían con absoluta sencillez. Recibían a sus amistades más íntimas y celebraban pequeñas recepciones en la sala que daba al Jardin Français, y fingían no contar siquiera con los criados cuando instalaron la table volante, una ingeniosa invención de Lorient, consistente en cuatro mesas laterales que descendían hasta el piso inferior cuando era necesario servir o retirar los platos; cuando las mesas descendían, una pieza

metálica en forma de rosa aparecía allí donde previamente habían estado las cuatro. Cuando ya estaban cargadas de nuevo y dispuestas para ascender hasta la *salle à manger*, la rosa metálica se abría suavemente y las mesas reaparecían en su sitio.

Este interesante invento era continua fuente de deleite para Luis.

—Aquí, en nuestro Petit Trianon, podemos vivir totalmente en privado.

Que el rey deseara tanto vivir con su amante podría haber sido síntoma de que, lejos de cansarse de ella, él estaba entrando en una relación bastante similar a la que había gozado con madame de Pompadour.

En la corte se creía que más pronto o más tarde uno de los dos —madame Du Barry o Choiseul— sería expulsado. Y también era sabido que ambos estaban igualmente decididos a alzarse con la victoria.

Así pues, se contemplaba la disputa entre ellos con notable interés.

Madame du Barry podría tener su Trianon, pero los Choiseul habían decidido recientemente que el Delfín se desposara con la hija menor de la emperatriz María Teresa.

Los amigos de Choiseul proclamaron que cuando la archiduquesa María Antonieta llegara a Francia, el poder de madame Du Barry comenzaría a disminuir, no en vano María Antonieta tendría que ser una firme aliada de Choiseul, ya que éste, más que ninguna otra persona, había sido responsable de su futuro matrimonio.

El Delfín aborrecía a la amante, igual que madame Adelaida y, naturalmente, sus hermanas. Cuando la esposa del Delfín se diese cuenta de cuáles eran las circunstancias, y añadiera su propia influencia, ¿podría la Du Barry mantener todavía su posición?

—Lafrance —exclamó madame Du Barry al entrar en los aposentos del rey—, ya he decidido qué quiero que me regaléis por Año Nuevo.

Luis sonrió. Ella estaba tan rebosante de vitalidad que sólo con mirarla olvidaba al punto que ya tenía sesenta años.

—¿Y bien? —preguntó.

—Os lo diré. ¿Tenéis afecto por madame de Mirepoix?

—Así es.

—Entonces, estupendo. Tiene tantísimas deudas que ya desespera de poder pagarlas alguna vez. Y sufre una gran preocupación. Yo deseo que mi regalo de Año Nuevo sean las Loges de Nantes, para poder regalárselas a ella. Si dispusiese de ellas, todos sus problemas habrían concluido de un plumazo. Por favor, decidme que vais a dármelas como regalo de Año Nuevo.

El rey pareció serio. Las Loges de Nantes eran las rentas recabadas por los tenderetes que se instalaban en Nantes, y suponían una cuantiosa fuente de ingresos. Hasta su reciente fallecimiento, habían sido propiedad de la duquesa de Lauraguais.

Luis sacudió la cabeza.

—Mucho me temo que madame de Mirepoix no podrá contar con ellas, pues ya las he concedido.

Juana enrojeció.

—¡Pero si ya le he prometido que contase con ellas, que serían suyas!

El rey se encogió de hombros y se acercó a la ventana.

Juana dio un pisotón contra el suelo.

—Debéis decir a esa persona que habéis cambiado de opinión.

—Querida —dijo Luis fríamente—, yo no he cambiado de opinión.

Juana lo miró y él vio, por vez primera, que todo atisbo de alegría desaparecía de su rostro.

Se le acercó rápidamente.

—Sois la mujer que tiene el corazón más grande de este mundo —le dijo—. No estéis triste. ¡Qué propio de vos pedirme un presente de Año Nuevo que podáis regalar a otra persona! Ahora, os diré a quién he otorgado ya las Loges de Nantes: resulta que es a una persona por quien siento un grandísimo afecto. ¿Queréis saber cómo se llama? La condesa Du Barry.

Juana se echó a reír a carcajadas y se abrazó al rey.

—¡Me estabais tomando el pelo! Así que, al final, madame de Mirepoix se queda con sus loges. ¡Oh, Lafrance! ¡Me habíais asustado!

Él la miró con ternura. ¿Asustada? No porque pudiera haber perdido popularidad. ¡No! Asustada porque la pobre madame de Mirepoix podría haberse quedado sin sus rentas.

Poco después, le solicitó el regreso de la duquesa de Gramont a la corte.

—¿He oído bien? —preguntó el rey.

—Bueno —exclamó Juana—, ya tenemos a un pequinés en la corte, y es como si hubiese perdido a su pequinesa. A mí me gustan los perros tanto como a Vuestra Majestad.

—¿No sabéis que ese hombre es vuestro más acérrimo enemigo? ¿Y que si tuvieseis uno mayor, sería su hermana?

—Oh, dejemos que vuelva. En cualquier caso, allá en el campo no me hace más daño del que me haría en Versalles. Y prefiero tener mis enemigos a la vista.

—Sois muy distinta de madame de Pompadour. Ella jamás habría consentido que la duquesa de Gramont regresara a la corte.

—Oh... La Pompadour. Yo nunca podría ser como ella, así que ¿de qué me vale intentarlo? Sólo puedo ser como soy.

—La dama de más tierno corazón que hay en el mundo entero —dijo Luis.

Así pues, la duquesa de Gramont regresó a la corte, y Choiseul dijo a sus amistades que él y su hermana habrían preferido con mucho el exilio, en vez de tener que reconocer que su regreso se debía a la gracia y a la intercesión de madame Du Barry.

—A pesar de todo —dijo Choiseul—, tal vez esa mujer se vaya de la corte cuando llegue la futura esposa del Delfín. Y es que ésta se sentirá sumamente avergonzada de encontrar a una persona como madame Du Barry instalada en la corte.

Cuando Richelieu contó a Juana lo que Choiseul había dicho, su respuesta fue una interjección que divirtió tanto al viejo duque que tuvo que ir por la corte contando a todo el mundo cómo había reaccionado madame Du Barry.

La futura esposa del Delfín llegó a Francia cuando era poco más que una niña: frágil, deliciosa, tenía una larga melena roja y era de piel muy blanca. Luis se quedó entusiasmado con ella, y salió cabalgando al bosque de Compiègne para saludarla al llegar.

Los Choiseul se mostraron fascinados; ellos consideraban a esa encantadora jovencita su aliada más afín, la que de inmediato se pondría a trabajar a su lado para lograr la caída de la du Barry.

Pero si llegaron a creer que el rey, debido al interés que sintió de pronto por la futura esposa de su nieto, iba a olvidar a madame Du Barry, estaban muy equivocados.

Juana tomó asiento con el resto de la comitiva real para cenar en la Muette; las dos mujeres se midieron mutuamente.

Juana se rió de puertas adentro: «¡Bah! —pensó—. ¡Pelirroja y paliducha! Tiene unas pestañas tan livianas que a duras penas se le distinguen. Hay que ver: si no fuese hija de una emperatriz, nadie se habría fijado en ella».

La futura esposa del Delfín había recibido una concienzuda educación de su madre, de modo que cuando el rey le preguntó qué opinión le merecía la condesa du Barry, de inmediato se dio cuenta de que el rey esperaba una respuesta favorable.

—Me parece una dama tan encantadora como amigable —dijo María Antonieta, y el rey le dio unas palmaditas sobre el dorso de la mano, al tiempo que le decía que estaba convencido de que las dos harían muy buenas migas.

Las festividades que acompañaron el matrimonio del heredero del trono fueron lógicamente un despliegue de color. Los fuegos de artificio resultaron magníficos; el camino de París a Versalles se llenó gracias al gentío que caminaba para verlos. Se dijo que Luis había decidido imitar en toda regla el esplendor de su bisabuelo.

Ah, decían los agitadores, pero es que entonces los tiempos eran muy distintos. Ahora había una gran escasez de trigo en toda Francia, y ¿por qué? Se echaba la culpa a las malas cosechas, pero ¿no era debido también a los acaparadores de cereales? ¿Estaba el rey libre de culpa?

Algunos comenzaron a calcular el coste de los festejos, y se descubrió que debían de rondar al menos los veinte millones de libras.

¡Veinte millones de libras, cuando en la capital había miles de personas que no podían permitirse siquiera el lujo de comprar pan! Se publicaron muchos panfletos, uno de los cuales, titulado Reflexiones sobre las nupcias de Su Alteza el Delfín circuló por todo París; en él se daba cuenta del coste de los entretenimientos llevados a cabo para celebrar las bodas.

Mientras el pueblo esperaba para ver los fuegos artificiales, los murmullos iban en aumento.

Se dio un banquete en el Ayuntamiento, al que habría de seguir un despliegue de fuegos artificiales en la Place Luis XV; durante este despliegue, se prendieron fuego unos andamios y se extendió a los edificios cercanos. Cundió el pánico y, en los esfuerzos por escapar, muchas personas fueron pisoteadas por el gentío. Resultaron heridas aquella noche ochocientas personas, doscientas de ellas fatalmente.

Fue un horrible espectáculo el que se vio cuando la luz del día desveló lo sucedido en el trágico lugar, manchado por la sangre de los heridos y de los muertos. La gente formó grupos para hablar del desastre. Murmuraban por el lujo del despliegue; hablaban del precio del pan y de la extravagancia de aquellas celebraciones de boda.

¿Por qué tenía que morir el pueblo de hambre cuando los aristócratas vivían con tanto lujo? Ésa era la pregunta que se hacían unos a otros, en aquel lugar que en un futuro no demasiado lejano iba a ser rebautizado con el nombre de Place de la Révolution.

La derrota de Choiseul

Existía un partido fuerte al que Choiseul tenía que hacer frente, y en el centro de ese partido se hallaba madame Du Barry. Juana atendía a los consejos de Richelieu, d'Aiguillon, Maupeou, el abad Terray y otros. «Persuadid al rey de esto, de lo otro...».

El rey la escuchaba, pues Luis a sus sesenta años comenzaba a anhelar cada vez más la paz; Juan Bautista y su hermana Chon avisaban a madame Du Barry de que uno de los dos, Choiseul o ella, tendría que renunciar a su puesto. Así las cosas, las apuestas empezaban a ser favorables a madame Du Barry.

El duque, tan astuto como de costumbre, se atrincheró en su nobleza y se negó en redondo a creer que una fille de rien pudiera llegar a tener tal importancia para la corona de Francia. Madame de Pompadour, al menos, había formado parte de la burguesía; fue una mujer de educación, que en pura lógica podía compararse a otros miembros de la corte. Por consiguiente, él comprendió casi de inmediato que sería más sensato ponerse de su parte, y no en contra de ella. En cambio, seguía teniendo a madame Du Barry como una mujer indigna de sus atenciones.

Choiseul empezaba a ser culpado por el fracaso de la guerra de los Siete Años, lo cual era a todas luces injusto, ya que dicha guerra había sido un desastre absoluto antes incluso de su llegada al poder. Se recordaba que había gastado treinta millones de libras en un intento por crear una colonia en la Guayana, para lo cual había enviado allí a doce mil habitantes de Alsacia y Lorena. Casi todos los candidatos a colonos habían fallecido.

—¿Por qué hay que considerar a Choiseul como un gran estadista, como un hombre esencial para Francia? —se preguntaban los barriens—. Basta con atender a ese simple dato.

Era verdad que había logrado la anexión de Córcega, aunque a tal efecto hubo de emplear una considerable suma tomada de los fondos públicos, que a su vez eran recaudados de entre las capas más empobrecidas del pueblo. También olvidaron cómo había refortalecido al Ejército y a la Armada.

A medida que madame Du Barry fue resultando más y más importante para el rey también empezó a ser más inevitable la desgracia de Choiseul.

Entretanto, d'Aiguillon se había enemistado con los magistrados de Rennes por haber procedido al arresto de La Chalotais, el fiscal general que tanto trabajó contra los jesuitas, y que tanto se había burlado de la debilidad con que se trataban los asuntos relacionados con los bretones.

Muy indicativo de los tiempos que corrían fue el hecho de que en cada una de las provincias de Francia comenzaron a preguntarse qué había ocurrido con las libertades del pueblo. Cuando el duque d'Aiguillon se propuso obligar a obedecer al Parlement de Bretaña, el Parlement de París se alzó en señal de protesta para apoyar la posición de sus colegas bretones.

Luis también se vio arrastrado a este conflicto que lo enfrentaba con todos sus parlements.

Cuando La Chalotais escribió al rey una carta quejándose contra d'Aiguillon, éste ordenó el arresto de La Chalotais. El Parlement aprobó una orden de procesamiento contra d'Aiguillon, al cual acusaban de embolsarse dinero del erario público; con esta acusación contra su persona, como el Parlement de París se negó a enjuiciar a La Chalotais, d'Aiguillon acudió a París para exigir allí una reparación de su honor.

Luis presidió el tribunal que lo enjuició; los miembros del Parlement acudieron a Versalles para este propósito.

El rey, sin embargo, deseoso de rehuir las constricciones impuestas a la monarquía por el Parlement, destruyó, al cabo de dos sesiones, los documentos que comprometían a d'Aiguillon, y declaró al duque inocente de todas las acusaciones.

El Parlement se fue de Versalles y en París se hizo una declaración en el sentido de que, a pesar del rey, d'Aiguillon debiera ser «privado de todos sus derechos y privilegios de par de Francia, hasta que haya purgado las sospechas que mancillaron su honor».

La declaración fue un insulto directo a Luis, al recordarle que, en realidad, el Parlement tenía más poder que la monarquía. Nada podía encender con más furia la cólera de quien siempre se había creído poseedor del divino derecho que asiste a los reyes.

Como Choiseul tenía que ponerse de parte del Parlement, los barriens hallaron de esta forma el medio idóneo para acabar con el ministro y con su camarilla, pasando ellos a ocupar el poder.

El canciller Maupeou se situó de parte del rey, a pesar de que el puesto le había sido concedido por Choiseul; sin embargo, creía que sólo con la destitución de Choiseul alcanzaría el poder que aún ansiaba. Por consiguiente, aunque hasta ese instante fingió lealtad hacia Choiseul, en el momento en que éste parecía a punto de iniciar su declive, pensó que ya no tenía por qué seguir fingiendo.

Maupeou se había unido a los barriens, y en el seno del partido se discutió qué política podría contar con el apoyo del rey, con la mediación, cómo no, de madame Du Barry.

En las calles de París, la pugna abierta entre el rey y el Parlement iba en aumento. El cambio se podía palpar en el aire. Hacía tanto tiempo que el pueblo odiaba a Luis que muy pocos recordaban ya aquellos tiempos en que había sido Luis Le Bien-Aimé.

Los que se dedicaban a escribir y a cantar canciones estaban muy ajetreados. En los cafés, se rezaba irónicamente una nueva oración:

Padre Nuestro, que estás en Versalles, santificado sea tu nombre; tu reino está deshecho; hágase tu voluntad tan poco en la tierra como ha hecho en el cielo; devuélvenos el pan nuestro de cada día que nos has robado hoy. Perdona a tus parlamentos, que han apoyado tus intereses, así como perdonas a tus ministros, que los han vendido unos tras otros. No te dejes caer en la tentación por la Barry, y líbranos del demonio del canciller. Amén.

Todo París se quedó patitieso al ver el magnífico carruaje que el duque d'Aiguillon había obsequiado a madame Du Barry, presumiblemente en reconocimiento por el apoyo que el rey le había dado durante el juicio.

El escudo de los Barry estaba en el centro de cuatro paneles de oro, y dos palomas, que representaban al rey y a su amante, aparecían en un nido de rosas.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que jamás había existido antes un carruaje tan lujoso; a su lado, el de la esposa del Delfín parecía de lo más barato.

El coste de aquel vehículo de ensueño, según se descubrió, rondaba las cincuenta y dos mil libras.

—¡Cincuenta y dos mil libras! —dijo el pueblo—. ¡Y nosotros no podemos pagar ni dos sous por el pan!

Choiseul comenzó a ver con total claridad el desastre que se le avecinaba, y pensó que sólo la guerra podría salvarle de la destitución, ya que en ese supuesto sí sería indispensable a su país.

Comenzó unas negociaciones secretas con España, esperando que este país provocara la guerra contra Inglaterra, debido a una disputa que había enfrentado a ambos países por la posesión de las islas Malvinas. Pero con los recientes ejemplos de cuan desastrosa podía ser la guerra, los españoles no estaban de humor para precipitarse y romper las hostilidades que salvarían a Choiseul, y rechazaron su idea.

Choiseul se vio arrinconado. No le quedaba otra alternativa que desvelar sus intenciones, y de inmediato fue acusado por el abad Terray, por d'Aiguillon y por Maupeou de intentar a toda costa provocar una guerra.

Choiseul luchó a la desesperada por conservar su posición. Solicitó una entrevista con el rey, en el transcurso de la cual le aseguró que si condenase al destierro a Maupeou y a Terray, el Parlement dejaría de causar problemas. Por otra parte, el canciller, junto con el abad y con d'Aiguillon, comunicaron al rey que la única manera de ahorrarse problemas era la destitución de Choiseul.

Juana du Barry recibió el aviso de sus amigos de que era el momento de presionar para la destitución de su enemigo.

Ella lo hizo así, y el resultado fue la redacción de una carta dirigida a Choiseul.

A pesar de todo, el rey no se decidió a ordenar que le fuese entregada. Recordaba que Choiseul había sido el jefe del gobierno durante doce años, y que en todos esos años, considerando el estado en que se encontraba la nación cuando Choiseul ocupó el puesto de primer ministro, Francia no había tenido tanto infortunio como cabría haber esperado.

No obstante, los barriens lo presionaban, y él se sentía demasiado aburrido con aquella situación, sólo deseaba una cosa: dejar la política de Versalles a cambio de una vida de paz en su retiro del Petit Trianon, en compañía de madame Du Barry, la única persona que le entretenía y le producía auténtico placer.

Eran las once de la mañana del día de Nochebuena de 1770, y el duque de Vrillière visitó a Choiseul.

—Ah —dijo Choiseul—, bienvenido, amigo mío.

Su tono fue irónico, sabedor de que Vrillière no era amigo suyo.

—Traigo una carta de Su Majestad —le informó Vrillière.

Nada más coger la carta, Choiseul supo que la antigua dependienta de Labille había vencido al astuto estadista. ¿No era algo característico de los asuntos propios de la corte de Luis XV?

Decidió que Vrillière no percibiese su desesperación.

Abrió la carta y la leyó.

Primo, la insatisfacción que me han causado vuestros servicios me obliga a desterraros a Chanteloup, en donde os alojaréis en el plazo de veinticuatro horas. Os habría ordenado que marcharais más lejos, de no haber sido por el particular respeto que siento por madame de Choiseul, y cuya salud me interesa mucho. Tomad el debido cuidado para que vuestra conducta no me obligue a cambiar de parecer. Ruego a Dios, primo, que os tenga en su santa custodia.

Luis

«¡Chanteloup! —pensó Choiseul—. ¡Qué lejos del deslumbrante mundo de Versailles!».

Así pues, ése era el fin de la gloriosa carrera de estadista que había ganado bajo el favorable auspicio de madame de Pompadour, y que se había perdido bajo el desfavorable auspicio de madame Du Barry.

La única lección que un hombre de su inteligencia debiera haber aprendido antes: siempre hay que ser amigo de la amante del rey.

—Monsieur duque —dijo Vrillière—, lamento en lo más profundo que se me haya escogido para cumplir tan ingrato deber.

Choiseul se echó a reír.

—Monsieur duque —repuso—, sé perfectamente que habríais encontrado muy difícil hallar una tarea más agradable que ésta.

Vrillière hizo una reverencia y Choiseul vio la sonrisa de satisfacción que le afloró a los labios. Lo mismo harían todos los que, más inteligentes que él,

habían decidido enrolarse en el partido de los barriens.

Envío a sus criados para que acompañasen a su esposa a su presencia.

Cuando llegó, lo miró con un interrogante en los ojos. Tenía un rostro adorable, pensó el duque; él no la había correspondido como debiera. Ella le había dado una insólita fidelidad, así como su inmensa fortuna. Además de eso, debido al respeto que el rey sentía por ella, no era desterrado más allá de Chanteloup. Ella había rechazado las atenciones del rey por fidelidad a un esposo que jamás fingió siquiera serle fiel, y que nunca mantuvo en secreto el hecho de que amaba más a su hermana que a su esposa.

—¿Qué sucede, Étienne? —le preguntó—. Diríase que afrontáis la ruina.

—He de afrontar la ruina.

Ella cogió la carta de sus manos y la leyó.

—¿Y bien? —dijo él.

—En este mundo hay lugares tan hermosos como Versalles —respondió ella—. Yo creo que Chanteloup es uno de ellos.

—¿Nada que reprochar? —preguntó—. Tendremos que vivir exilados, y podría haber sido de otro modo muy distinto. Si me hubiese hecho amigo de esa ínfima criatura... Si le hubiese sonreído, adulado...

Ella sacudió la cabeza.

—Étienne, esa mujer no tiene ya ninguna importancia para nosotros.

—¿Ah, no? —de pronto, se echó a reír—. Yo no la olvidaré jamás. La recordaré... en Chanteloup.

—¿Es que no podéis vivir vuestra vida y dejar que ella viva la suya?

Él la agarró por los hombros.

—Sois demasiado amable, querida mía. Los hombres como yo sólo vivimos en la lucha, y esta batalla no ha terminado.

Dio por concluido el abrazo y se alejó de ella, ya que la duquesa de Gramont acababa de entrar en la estancia.

—¿Es posible? —le interrogó.

Él le tendió la carta.

La leyó, la arrojó al suelo y la pisoteó.

—¡Esto es obra de esa mujerzuela!

—En efecto —dijo Choiseul—, y nuestra también, pero la batalla no ha terminado aún. Nos retiraremos tácticamente a Chanteloup para proseguir la lucha desde allí. No olvidéis que Luis tiene más de sesenta años. Pensad en la vida que ha llevado. La esposa del Delfín es amiga mía, y enseguida dominará por completo a nuestro genial y, sin embargo, letárgico Delfín. Oh, no, la batalla no está perdida aún. Venid, vayamos a cenar. Supongo que la cena

sabría tan bien a los exilados como a quienes se quedan en la corte... no por mucho tiempo.

Choiseul se marchó de Versalles a Chanteloup con su esposa y con su hermana.

Cruzaron la capital seguidos por numerosos carruajes, en los cuales viajaban sus criados y sus pertenencias.

Los ciudadanos contemplaron su paso.

—Ahí va un gran hombre —dijeron—. Ha sido expulsado porque madame Du Barry ha dicho que se vaya.

Choiseul sabía bien qué estaban pensando y sonreía benignamente por ello. Estaba seguro de que no pasaría demasiado tiempo antes de su regreso.

«A Chanteloup —pensó—. Allí organizaremos una corte que será casi tan lujosa como la de Versalles, y quizá más brillante; daremos la bienvenida a los filósofos, a los escritores más brillantes; escribirán canciones y sátiras; y un día no muy lejano, será madame Du Barry la que habrá de marcharse de Versalles por haber caído en desgracia, un día en el que los Choiseul regresaremos victoriosos».

Con la destitución de Choiseul, el Parlement había perdido su apoyo más poderoso.

Maupeou hacía todo lo posible por persuadir al rey de que era preciso recortar el poder del Parlement mediante la creación de un nuevo sistema.

No obstante, Luis estaba indeciso, después de haber cedido finalmente a decretar la destitución de Choiseul.

Madame du Barry fue requerida para ayudarlo a tomar una decisión, cosa que hizo colocando en sus aposentos un gran retrato de Carlos I de Inglaterra pintado por Vandyke. Puso por excusa el hecho de que los Barry eran parientes de una familia irlandesa, los condes de Barrymore, algo emparentados a su vez con los Estuardo. De ese modo, según dijo Juana, el caballero del cuadro era su pariente.

No obstante, la auténtica razón por la cual colgó ese cuadro fue para que sirviera a Luis como recordatorio perpetuo de lo que había ocurrido a un rey que se mantuvo en constante conflicto con su Parlamento^[20].

A medida que la situación fue empeorando, y que los barriens decidieron que era preciso hacer algo cuanto antes, Juana recibió la orden de comunicar verbalmente al rey lo que le había ocurrido con Carlos I.

Ella así lo hizo, abrazando a Luis.

—Este cuadro se me antoja una advertencia. Oh, Luis, desmantelad el Parlement. Recordad que fue un parlement el que ordenó que decapitaran a ese hombre.

Luis se volvió hacia el trágico rey del retrato.

Recordó las miradas del gentío, el hosco murmullo, el estado de la nación.

Dio una orden, y una fría noche de enero sus mosqueteros visitaron los domicilios de todos los magistrados, a los que entregaron las correspondientes lettres de cachet, que por fuerza debían aceptar a menos que accedieran a crear un nuevo sistema de reglas que a su debido tiempo sería estipulado por el rey.

Todos ellos se negaron en redondo, aceptando en cambio las lettres de cachet. Se formó un nuevo gobierno bajo el triunvirato de d'Aiguillon, ministro de exteriores; Maupeou, canciller; y Terray, administrador general de cuentas.

Luis se dirigió a los miembros del nuevo Gobierno el día de la investidura.

—Os ordeno que comencéis de inmediato el cumplimiento de vuestros deberes. Prohíbo expresamente toda deliberación que sea contraria a mis intereses y toda alegación en favor de mi antiguo Parlement, pues nunca he de cambiar de parecer.

Las nubes de la revolución habían comenzado a adquirir forma bien definida sobre los cielos de Francia.

El final del camino

El rey y su amante se entregaron al placer, aunque Luis notaba que la vejez iba apoderándose de él por completo. En no pocas ocasiones, el tedio se le metía hasta los huesos, y no había forma de cambiar su ánimo. Pensaba mucho en la muerte, ya que muchas de las personas que habían compartido la vida con él habían muerto. Si se enteraba de que alguien había fallecido, insistía en conocer los detalles de la fatal enfermedad y del momento definitivo; a menudo, hacía que un cortejo fúnebre de unos desconocidos se detuviera para preguntar por estos detalles y otros. Luego, pensaba, melancólicamente, en todo ello, y la vida terminaba por resultarle tanto más deprimente.

La vida habría sido de todo punto intolerable de no ser por madame Du Barry, que continuamente estaba a su lado, alegre, rebosante de vitalidad, como si supiera qué necesitaba él para disipar su tristeza. Luis confiaba en ella por completo y se inquietaba si ella no estaba a su lado.

Cuando Juana recibía honores, él se entusiasmaba; cuando Gustavo, príncipe de la corona de Suecia, visitó la corte de Francia y trató a madame Du Barry como si realmente fuese la reina de Francia, obsequiándola como regalo de despedida con un collar para su perro que llevaba diamantes engastados y que iba con una cadena de medio metro hecha enteramente de rubíes, el rey quedó más complacido que ella misma.

Le agradaba ver al animal con el collar y la cadena; madame Du Barry y el perro a menudo paseaban con el rey por los jardines. El perro era un personaje casi tan deslumbrante como ella misma.

A los dos les encantaban sus animales; Luis, que desde la infancia había sentido un especial afecto por los gatos, en cierta ocasión llegó a encolerizarse más de lo que sus cortesanos recordaban, pues descubrió que algunos de ellos habían decidido emborrachar a un gato para entretenerse con las torpezas del animal.

Este amor que los dos sentían por los animales, las plantas y las artes culinarias, lo disfrutaban mutuamente en grado extremo. Ella era, para él, el

ser más satisfactorio que había en la corte.

No obstante, madame Du Barry había sido advertida por sus amigos de que madame de Pompadour había sabido mantener su posición al encontrar a no pocas jovencitas capaces de entretener al rey. Juana siempre había pensado que sería estúpido por su parte ignorar el acertado ejemplo de su predecesora, de modo que de vez en cuando buscaba una joven y bella mujer que ella misma presentaba a Luis.

En cuanto a éste, ya no sentía demasiado interés por esos asuntos, pero como su querida madame Du Barry se había tomado tales molestias para garantizar su placer, pensaba que sería una grave falta contra la etiqueta explicarle que la edad no pasaba en balde.

Así pues, madame Du Barry le dejaba a solas, maliciosamente, con alguna amiguita suya, asegurándose de que la muchacha que pasara con él la noche tuviera más belleza que inteligencia.

María Antonieta y el Delfín eran tan hostiles para madame Du Barry como el padre del Delfín y su esposa María-Josefa lo fueron con madame de Pompadour. La altanera y joven María Antonieta se había negado a dar el debido reconocimiento a madame Du Barry al rehusar hablar con ella en las recepciones, causando de ese modo un espinoso contratiempo porque, hasta que la esposa del Delfín no le dirigiese la palabra, madame Du Barry debía abstenerse de hacer todo comentario, de acuerdo con las exigencias de la etiqueta.

La esposa del Delfín había sido sumamente obstinada, y sólo una severa advertencia por parte de su madre, la emperatriz María Teresa (pues las tensas relaciones con Francia iban a ser inevitables, ya que se acercaba el decisivo momento en que comenzaba a considerarse la división de Polonia), logró obligar a la frívola joven a cumplir a regañadientes los deseos del rey de hablar con madame Du Barry. Por ello hizo este comentario: «Il y a bien du monde aujourd'hui a Versailles», que se citó muy pronto con toda clase de entonaciones por toda la corte, ya que tan anodina frase fue necesaria para impedir que las relaciones entre dos países se hicieran más tensas.

El Delfín era fuente de decepciones para su abuelo: era un muchacho corpulento, carente de la elegancia de la corte, que pasaba más tiempo con sus obreros, dedicado a las construcciones de toda clase de artefactos y de obras, en vez de entregarse a ocupaciones más cortesanas. A duras penas hablaba algo; tenía en cambio la inquietante costumbre de murmurar cuando alguien se dirigía a él, y de escapar del contacto cortés y social tan pronto le era posible.

Luis prefería, con gran diferencia, a la esposa del Delfín, si bien le fastidiaba sobremanera la actitud que mantenía hacia madame Du Barry.

Sus hijas, encabezadas por Adelaida, habían hecho lo imposible por magnificar los problemas que enfrentaban a la esposa del Delfín y a madame Du Barry; Luisa-María, la menor, había visto realizada una de sus más antiguas ambiciones: marcharse a Saint-Denis para ingresar en la orden de las carmelitas. Tal vez había sido lo mejor. Así se marchaba una hija más, a un lugar desde el cual no atormentaría a su familia ni recordaría a su padre que no había cumplido los deberes que tenía con sus hijas.

Un día, cuando el rey estaba jugando a las cartas en los aposentos de madame Du Barry, uno de los libertinos más notables de la corte, llamado Chauvelin, estaba de pie al lado de madame Du Barry y se desplomó de repente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el rey, alarmado.

Varios de los presentes lo examinaron.

—Chauvelin ha muerto, sire —respondieron.

Luis se puso en pie y se quedó mirando a su viejo amigo. Bruscamente salió de la estancia.

Madame du Barry lo siguió apresurada; cuando estuvieron a solas, él se volvió hacia ella, con una mirada de espanto.

—Ya sabéis qué vida ha llevado —dijo—. ¡Y ha muerto de repente, sin previo aviso!

Se había sobresaltado notoriamente, y pidió que le dejara a solas.

En tales ocasiones, era necesario planear alguna diversión para que el rey superase de alguna forma su depresión.

Por desgracia, no fue nada fácil, ya que poco después de la muerte de Chauvelin llegó el abad de la Ville para agradecer al rey que le hubiera otorgado un puesto en el ministerio de asuntos exteriores; durante la audiencia sufrió un ataque de apoplejía del cual no llegó a recuperarse. El mariscal d'Armentières se desplomó en plena ceremonia del lever y falleció poco después. Y cuando el rey meditaba estos sucesos, tuvo conocimiento de que Sorba, el embajador de Genova, había muerto sin previo aviso.

Luis, temeroso de la vida que estaba convencido de que le esperaba a su muerte, y sabedor de que antes de arrepentirse debía renunciar a madame Du Barry, cayó en un estado de profunda melancolía. ¿Cómo iba a renunciar a la única persona que era capaz de consolarle? ¡Imposible!

Y un buen día, cuando había salido de caza por el bosque de Compiègne, se desató una tormenta y un árbol muy cercano al punto donde se hallaba el

rey fue abatido por el rayo. Luis creyó que ésa era la advertencia que estaba esperando.

Había que hacer algo, decidió madame Du Barry. Se encargaría de disponer lo necesario para irse con él al Petit Trianon. Cuando estuviesen juntos los dos, él podría olvidar del todo el miedo a la muerte.

En el Petit Trianon, Juana du Barry aguardaba el regreso del rey después de una partida de caza.

Sentíase un tanto inquieta, aunque fuera extraño en una persona tan animada y vital como ella. Le había alarmado el aspecto del rey cuando salió de caza por la mañana.

Pensó pedirle que no se fuera; pero ya había caído en la cuenta de que su poder sobre el rey se debía, en buena parte, al hecho de que nunca se inmiscuía en sus decisiones. Era el mes de abril, el mes del sol y de los chaparrones. La campiña estaba muy hermosa; sin lugar a dudas, el Petit Trianon era el sitio más delicioso del mundo en aquella época del año.

¿Qué la preocupaba? Era absurdo. Se trataba de una nota del Almanaque de Lieja que alguien había señalado para ella.

«En abril, una gran dama que sea la favorita de la fortuna será llamada a desempeñar su papel por última vez».

No le gustó cómo sonaba la previsión. Sin embargo, se recordó que tenía infinidad de enemigos que podrían haber introducido la nota allí, a sabiendas de que ese detalle le causaría mayor aprensión que todas las cantinelas que corrían acerca de su persona.

El rey parecía viejo, desde luego; la esposa del Delfín le tenía una gran antipatía, y el Delfín reinaría en Francia tan pronto falleciera el rey. De eso no cabía la menor duda.

«¡Bah! —se dijo madame Du Barry—. ¿Qué me está pasando? ¿Voy a dejarme abatir por el mero hecho de que el rey parecía menos vigoroso esta mañana, simplemente porque estamos en abril?».

Era mucho lo que a su alrededor animaba a la felicidad. ¿Podría haber una mujer más contenta de la vida que ella?

Había cuidado de las personas a las que amaba y hecho todo lo posible por aplacar a sus enemigos.

Choiseul aún la acosaba desde Chanteloup.

—¡Que caiga una epidemia de viruela sobre Choiseul! —exclamó—. ¡Que caiga igualmente sobre estos lúgubres pensamientos!

Pero Chon entró en ese momento en su estancia, con rostro severo.

—El rey ha vuelto de cazar —dijo—. Me temo que está enfermo.

Juana no permitió a nadie, salvo a un criado del rey llamado Laborde, que permaneciera cerca del lecho. El rey dormía profundamente, con una mano en las de ella.

—Me temo —susurró a Laborde— que Su Majestad tiene fiebre. Si por la mañana no ha mejorado, llamaremos a Lemoine.

Lemoine, primer médico del rey, llegó por la mañana.

Examinó al rey y dedicó una sonrisa a la ansiosa madame Du Barry.

—No es gran cosa —le dijo—. Su Majestad tiene fiebre, pero no corre peligro.

Juana du Barry se arrodilló junto al lecho del rey y le besó la mano tan pronto Lemoine hubo salido. Siguió besándole la mano sin cesar.

Luis acarició su dorada melena.

—¿Qué tenéis? —preguntó.

—Estaba asustada... —dijo—. Estaba muy asustada. Pero Lemoine ha dicho que no hay nada que temer.

—¡Ah, Juana! —exclamó el rey—. ¡Cómo dependéis de mí!

Estaba más seria de lo que él la recordaba.

—Pensáis que tengo miedo porque me veré expulsada de la corte. —Frunció los labios y dejó que se le escapara un áspero epíteto—. Qué me importa a mí la corte, ¿eh? Ahora soy muy rica. Nunca me moriré de hambre. No es la pérdida de mi rey lo que me da miedo. Lo que me da miedo es la pérdida de mi hombre.

Dicho esto, se puso en pie de un salto y salió corriendo de la estancia.

Luis la miró marchar. Nadie se había comportado de ese modo con él, aunque nadie se había comportado nunca como Juana.

Se tocó las mejillas. Había lágrimas en ellas. ¿Sería porque se encontraba débil o porque se había conmovido?

El cirujano La Martinière llegó aquel mismo día por la tarde.

—Sire —dijo tras examinar al rey—, no podéis permanecer en el Petit Trianon. Es preciso que os llevemos de inmediato a Versalles.

—Pero ¿por qué? —dijo el rey—. Tan sólo tengo una leve fiebre.

La Martinière no respondió de inmediato. Después, dijo que los techos de las estancias del Petit Trianon eran demasiado bajos, y poco apropiados para un enfermo; el rey necesitaba su espacioso dormitorio oficial de Versalles.

Luis se volvió, fatigado, de lado, y no dijo nada.

Juana sacudió a La Martinière, tomándole del brazo.

—Pero ¿por qué? —le interpelló—. ¿Por qué habéis de llevároslo de aquí? No está gravemente enfermo. Yo puedo cuidar de él. Yo y Laborde. No le sentará bien desplazarse ahora.

—Madame, yo soy su médico —le recordó La Martinière.

—Pero el mero hecho de poner en su conocimiento que le van a llevar a Versalles le molestará. ¿No os dais cuenta de que así le haréis creer que está muy enfermo?

—Madame, el rey está muy enfermo.

—¡Tonterías! Monsieur Lemoine ha dicho...

—Yo digo que el rey está enfermo y que debe ir a Versalles.

—¿Y si yo no estoy de acuerdo...?

La Martinière sonrió.

—Os repito, madame, que yo soy el médico del rey.

Un criado entró para anunciar que el carruaje estaba listo y que esperaba en la puerta.

—Muy bien —dijo La Martinière—. Que pongan a Su Majestad un capote bien abrigado. Ya he enviado orden a palacio para que tengan dispuesto su lecho.

Se fue de la estancia y dejó a un lado a Juana, como si no estuviese allí. Ella se volvió hacia Chon, que había estado a su lado y había oído la conversación mantenida entre la amante y el médico del rey.

—¿Habéis... habéis oído lo que ha dicho? —balbuceó Juana.

Chon asintió de manera significativa: el rey estaba enfermo, tan enfermo que cabía esperar su muerte, y Juana había perdido ya la importancia que tuvo hasta el día anterior.

En palacio, la tensión iba en aumento. Se enviaron mensajes a Choiseul, que esperaba en Chanteloup. Eran mensajes de esperanza. Los barriens estaban alarmados, sabedores de que caerían automáticamente, a la vez que el rey.

Se extendió la noticia por palacio. El rey había sido sangrado una vez, dos veces... Y aún habría una tercera sangría.

No faltaría mucho tiempo para que madame Du Barry fuera destituida, ya que el rey debía hacer las paces con Dios, y los sacerdotes no se lo permitirían.

mientras su amante siguiera con él.

Llegaron a Versalles médicos de toda Francia, hasta reunirse catorce en torno al lecho del rey. Dejaban a un lado a los que estaban ansiosos de conocer las noticias, cuando entraban y salían ruidosamente del dormitorio real.

Fue entonces cuando La Martinière se inclinó sobre el rey y se fijó en el sarpullido: al instante se dio cuenta de lo que aquello significaba.

No dijo nada al rey, pero hizo una seña a los médicos presentes. Se acercaron uno a uno a examinar al rey; tampoco dijeron nada, aunque intercambiaron significativas miradas.

La Martinière los alejó del lecho.

—A mi entender —dijo—, convendría informar a la familia de que el rey padece viruela.

El Delfín recibió la noticia con gran solemnidad. No dejó traslucir que le producía una intensa aprensión.

Su enérgica esposa lo miraba con exasperación. Cualquiera habría pensado que un hombre de la edad de Luis tendría grandes deseos de ser el rey. ¿Con qué clase de hombre se había casado? Era torpe, y prefería la compañía de sus herreros antes que la compañía de cualquier mujer. Era impotente, así que ¿qué posibilidades tenían de dar un heredero al trono?

Contemplando el futuro, hasta la frívola esposa del Delfín sentía algo de inquietud.

María Antonieta ordenó salir a todas sus damas de compañía: temía que se notase el miedo que se había adueñado de ella y de su esposo. Era preciso que nadie conociera la existencia de ese miedo; estaba determinada a mantenerlo en secreto.

Se volvió a su esposo y le puso una mano sobre el hombro.

—Tendréis que hacer todo lo posible por estar a la altura de las circunstancias cuando llegue el momento —le dijo.

Él soltó un gruñido, pero ella le conocía lo suficiente para saber qué emoción era la que delataba ese gruñido.

—Estaremos juntos los dos —dijo con una sonrisa que iluminó su rostro.

Él se puso en pie bruscamente y, rozándola al pasar, se dirigió hacia la ventana.

—Somos demasiado jóvenes para ser el rey y la reina de Francia —dijo él—. Tenemos muchísimo que aprender.

Ella le observó ante la ventana, contemplando la avenida que conducía a la hosca ciudad de París.

Adelaida llamó a Victoria y Victoria llamó a Sofía.

Cuando sus dos hermanas menores se presentaron ante ella, les dio la noticia.

—He de deciros algo. Nuestro padre tiene viruela.

Victoria abrió la boca y Sofía, a su lado, hizo lo mismo. Miraban fijamente a Adelaida, pues sabían que ella iba a indicarles lo que debían hacer.

—Nosotras lo cuidaremos —dijo.

Victoria empezó a temblar, porque le daba miedo la viruela. Sofía miraba de una hermana a la otra, sin saber qué hacer.

—Es peligroso —reconoció Adelaida—, pero nosotras afrontaremos el peligro. Le cuidaremos igual que la esposa de nuestro hermano cuidó al Delfín cuando tuvo la viruela.

—Nuestro hermano era más joven que nuestro padre cuando se recobró de la viruela —dijo Victoria.

—Yo le cuidaré. Yo me ocuparé de que vuelva a restablecerse. —Adelaida dio un paso hacia sus hermanas—. Y no estaremos en su dormitorio mientras siga ahí la putain. Si por casualidad aparece, saldremos de puntillas sin decir palabra. ¿Me habéis entendido? En el dormitorio del rey no hay sitio para las princesas de Francia si está esa mujerzuela.

En palacio tuvo lugar una apresurada reunión de sacerdotes.

¿Qué debían hacer? El rey había contraído la viruela. ¡Viruela a los sesenta y cuatro años de edad! Y había que tener en cuenta la vida que había llevado. ¿Qué posibilidades tenía de sobrevivir?

—Es preciso administrarle los últimos sacramentos. El rey tiene que confesar.

—Eso es algo que no podemos hacer mientras madame Du Barry continúe en el palacio.

—Entonces, hay que expulsarla.

—¿Habéis olvidado que debemos la destitución de Choiseul a la favorita del rey? Choiseul dismanteló a los jesuitas. Choiseul era el peor enemigo del partido de la Iglesia. ¿Cómo vamos a expulsar a la favorita de la corte, si es la enemiga de Choiseul?

—Pero el rey ha de recibir los últimos sacramentos.

Era un dilema de difícil solución.

Tan sólo podían esperar. Todo dependía del rey. Si se recobraba, quienes hubieran expulsado a madame Du Barry caerían en desgracia. Había que recordar lo ocurrido en Metz a madame de Châteauroux.

Así pues, los hombres de la Iglesia se dispusieron a esperar.

Luis se estiró en la cama y preguntó por madame Du Barry.

—Que venga a mi lado de inmediato.

La Martinière en persona le llevó el mensaje.

—Madame, ¿sabéis qué enfermedad padece? —le preguntó.

Ella asintió.

—Corréis un gran peligro al mantener contacto con él. ¿Lo sabéis?

—Por supuesto que lo sé —repuso.

—Podríamos decirle a Su Majestad que estáis indispuesta, que habéis sentido la necesidad de iros al Petit Trianon a descansar.

Ella se volvió en redondo y le plantó cara, con los brazos en jarras. Se había despojado de golpe de su actitud de cortesana.

—¿Por quién me habéis tomado? —le interrogó—. En ese caso, él sabría de inmediato, ¿no es cierto?, qué le sucede. No debe enterarse de ninguna manera. En cuanto lo sepa, morirá. ¿No le conozco acaso mucho mejor que vos, mejor que cualquiera de vuestros colegas? A menudo ha pensado en la enfermedad y en la muerte; demasiado a menudo, diría yo. Y siempre he tenido el placer de poner fin a esos pensamientos. Si sabe que tiene viruela, estará acabado. Podéis creerme.

—Entonces, madame —dijo La Martinière—, ¿qué proponéis?

Ella se irguió cuan alta era. Nunca había estado más hermosa, nunca había mostrado más a las claras que procedía de las calles de París.

—Os diré qué vamos a hacer. Iré a verle... Y estaré con él. Yo le cuidaré. Yo... y sólo yo. Monsieur, eso es lo que él desea. Eso es lo que espera. Si no se hace así, muy pronto sabrá el porqué.

Dicho esto, salió de la estancia.

Y cuando La Martinière regresó al dormitorio real, se encontró a madame Du Barry sentada junto al lecho del rey. Él había cogido una mano entre las suyas; ella reía, le había contado un chiste, y apoyaba su mejilla contra la del rey.

En algunas ocasiones se veía obligada a descansar; tan pronto anunciaba que iba a retirarse, los espías informaban a las tres princesas, que entraban sigilosas en la estancia, como tres fantasmas vestidos de un blanco sepulcral. No decían nada al cruzarse con madame Du Barry, y miraban por encima de ella, como si no estuviese allí. Ella pensaba en las princesas, ajenas al cuidado de su propia salud, dedicadas a velar por la salud de su padre.

Recordó lo que había oído decir de la locura de madame Adelaida, y sintió cierta ternura hacia ella, en el momento en que, con sus dóciles hermanas, emprendía las tareas más elementales del cuidado del enfermo.

Luis se divertía. Deseaba que llegara cuanto antes el momento en que madame Du Barry se encargara de las tareas de su cuidado, el momento en que Loque, Coche y Graille salieran de puntillas y en fila india.

¿Hubo alguna vez un hombre que tuviera tales hijas?, se preguntó. Tenía la plena seguridad de que las tres estaban un poco locas.

Sin embargo, al octavo día se miró las manos y vio los sarpullidos.

Las alzó a la luz y llamó a sus médicos.

—Mirad —dijo.

Los doctores asintieron sombríos.

—Ya veo que no os sorprende —dijo el rey—. Y, sin embargo, me habéis repetido que no estaba enfermo, que me podríais curar. ¡Y ahora me entero de que tengo la viruela!

Los médicos permanecieron en silencio y Luis siguió mirándose las manos con obvia desesperación.

Desde el momento en que ya no hubo ninguna necesidad de mantenerlo en secreto, las noticias se extendieron por palacio. De Versalles llegaron a París y al resto de Francia.

El rey tiene viruela. Tiene sesenta y cuatro años. Tened en cuenta qué vida ha llevado. Le ha llegado la hora de la verdad.

Y dentro de palacio, muchos se apresuraron a certificar su lealtad al Delfín y a su esposa.

«Así pues, ha llegado el momento —pensó Luis—. Tengo más suerte que muchos otros. Aún hay tiempo de arrepentirse».

Ordenó que el arzobispo de París fuera conducido a su presencia.

—Tengo por delante un largo viaje que realizar —dijo cuando llegó—, y he de prepararme.

—Sire —dijo el arzobispo—, tenéis que hacer las paces con Dios, pero antes de confesar vuestros pecados debo recordaros que hay una persona que ha compartido muchos pecados con vos, y cuya sola presencia en la corte es una afrenta para Dios.

—Os referís a la persona que más consuelo ha sabido darme.

—Me refiero, sire, a la mujer que impide que emprendáis el camino de la salvación.

—¿Quién llama a la puerta? —preguntó Luis.

—Es madame Du Barry, sire.

El rey la vio correr hacia su lecho. En su rostro, la pena infinita; nunca la había visto tan destrozada.

—No debéis acercaros demasiado —le dijo—. Tengo la viruela.

Ella asintió.

—¿Lo sabíais? —dijo—. Me habéis cuidado durante todos estos días... ¿y lo sabíais?

—Sí, pero no quería que vos os enteraseis. Estoy sumamente molesta con quien os lo haya dicho.

—Lo sé por mi propia observación —repuso el rey—. Ya veis, se ha extendido hasta mis manos. Queridísima mía, éste será nuestro último encuentro.

—No —dijo ella.

—Debéis marcharos de la corte —insistió él—. Aquí ya no hay lugar para vos.

—Mientras vos estéis aquí, mi lugar está con vos.

—Muy pronto me habré ido.

—Sois un mentiroso —dijo ella sonriendo.

Él también sonrió.

—Queridísima —le suplicó—, idos; idos ahora de la corte. No debéis estar cerca de mí. Confío en vuestra maravillosa salud, confío que os hayáis salvado. Tenéis una larga vida por delante, y yo estoy a punto de marchar. Debo hacer las paces con Dios. Tengo demasiados pecados de los cuales he de arrepentirme.

Juana no dijo nada. Él debía recibir los últimos sacramentos; debía confesarse y obtener el perdón. Ella se dio cuenta de que la muerte le había dado el congé que Choiseul jamás logró darle, por mucho que fuera su empeño.

Meneó la cabeza y se derramaron las lágrimas de sus hermosos ojos azules, corriéndole por las mejillas.

—Si me recuperase —le dijo Luis—, lo primero que haría sería mandar a buscaros.

Ella se llevó los dedos a los labios, en un intento por lanzarle un alegre y despreocupado beso. Que no os oigan decir eso, intentaba decirle; si no, jamás os concederán la absolución.

Pero ella ya no volvería: de eso estaba tan segura como él. Se estaba muriendo.

—Idos ahora, querida mía —volvió a decir—, y haced que me envíen al duque d'Aiguillon. Él y su esposa son amigos vuestros. Quiero que vayáis al castillo que tienen en Rueil; allí estaréis a salvo. Es preciso que estéis a salvo.

—Adiós, mi rey —sollozó.

Se dio la vuelta y se marchó.

«Así que éste es el final», se dijo él.

Y sus pensamientos repasaron su vida entera. Pensó en otro viejo que en su lecho de muerte había sostenido en brazos a un niño de cinco años, al cual dijo que pronto sería el rey. Aquel viejo había sido Luis XIV, y él en persona era el niño pequeño.

Durante cincuenta y nueve años había sido rey de Francia. ¿Y qué había hecho en todos esos años? ¿Qué quedaba de su paso por la tierra?

Al morirse, todos los acontecimientos iban adquiriendo un mayor significado. ¿Sería tal vez porque estaba obligándose a considerarlos, así como antes los había rehuido?

Recordó vívidamente aquel período de las revueltas en las calles de París, cuando el pueblo decía que él ordenaba que secuestrasen a sus niños, para que él —o sus favoritas— pudieran bañarse en su sangre. ¡Cómo había odiado entonces a las gentes de París! Entonces fue cuando ordenó construir el camino de Versalles a Compiègne, para no tener que atravesar su capital, la cual no visitaría más que en muy contadas ocasiones oficiales.

¡El camino de Compiègne! Jamás tendría que haber sido construido. Él hubiera debido volver a París... una y otra vez. Tendría que haberse granjeado el amor de los parisinos, y no su odio. Claro que hubo un tiempo en que lo llamaron el Bienamado, un tiempo durante el cual tuvo el amor de su pueblo. Tendría que haberse puesto al servicio de sus súbditos. En vez de los castillos y los palacios, en vez de las fiestas extravagantes, en vez de establecimientos como el Parc aux Cerfs, tendría que haberse preocupado por el pan del pueblo, por la abolición de los impuestos injustos, por un país feliz.

Vio cómo se remontaba su vida, igual que el camino que había atravesado tantas veces... el largo y perverso camino de Compiègne.

¿Y qué legado había dejado en manos de su nieto? ¡Pobre, torpe Luis XVI! ¿Cómo iba a capear el temporal que su abuelo, tan preocupado por sus placeres, había sido incapaz, por puro egoísmo, de preparar para él?

Veía los problemas que se avecinaban en el futuro. Él olía la revolución en el aire tal como huele el humo de una hoguera lejana. En no pocas ocasiones la revolución había parecido estar muy cerca.

Pero él siempre se había consolado de un modo u otro.

Se está cociendo algo realmente grave, pensó. Llegará en un momento u otro. El pueblo está cambiando: ya no creen en el divino derecho que inviste a los reyes. Los filósofos, los escritores, están transmitiendo nuevas ideas al pueblo.

«Un día habrá graves problemas. Ah, pero no será mientras yo viva. *Après moi, le déluge*».

Deseaba volver atrás, quería vivir la vida de nuevo; deseaba pedir perdón a muchas personas, por extraño que pareciera, a quien más deseaba implorar perdón era a su nieto.

Asomaron las lágrimas a sus ojos. Necesitaba las risas, la alegría. Deseaba disipar sus pensamientos melancólicos.

Llamó a un paje.

—Que venga madame Du Barry —ordenó.

—Sire —contestó el paje—, se ha ido de Versalles.

—Qué pronto... —murmuró, y cerró los ojos.

En la Cour de Marbre resonaban los tambores mientras el Viático era transportado a través de la capilla hacia el dormitorio del rey. Lo acompañaban el Delfín, su esposa y otros miembros de la familia real, aunque sólo las princesas Adelaida, Victoria y Sofía entraron con los sacerdotes en la cámara mortuoria.

Los que esperaban oyeron la voz tonante del Gran Limosnero del Reino y las débiles respuestas del rey.

—Su Majestad suplica a Dios el perdón por sus pecados y por el escandaloso ejemplo que ha dado a su pueblo. Si fuese perdonado, jura que pasará su tiempo de penitencia dedicado a rogar por la suerte de su pueblo.

El rey estaba tendido sobre la almohada; sentía un inmenso alivio. Ese destino, que tanto había temido siempre, no había sido el suyo. Iba a morir, pero sus pecados habían sido perdonados.

Fuera del palacio aguardaba la muchedumbre. En París, el ambiente era casi de fiesta. Los ciudadanos habían empezado ya a hablar del nuevo rey, tan joven y, según tenían entendido, en modo alguno interesado por las mujeres. Además, era afable y afectuoso.

Quisiera Dios, decían, que el viejo hubiera muerto hace años, y que el nuevo fuera ya nuestro rey.

Ya tenían un apodo para él: Luis el Deseado.

Según decía, todo sería muy distinto cuando él subiese al trono.

Entre el gentío que esperaba a las puertas del palacio había una mujer, altísima y muy bella. Era la esposa de un oficial apellidado de Cavanac, pero antes de casarse con él había sido conocida como mademoiselle de Romans.

Llevaba muchos años buscando al hijo que le había sido arrebatado; pensaba que ahora podría encontrarlo, ya que cuando el rey falleciera a nadie le importaría que ese muchacho fuera asombrosamente parecido a su padre.

Madame de Cavanac creía que Luis XVI, de cuya amabilidad hablaba todo el mundo, le ayudaría a encontrar a su hijo perdido.

Así, esperaba entre la muchedumbre, tensa y expectante. Había amado al hombre que iba a morir, pero anhelaba el regreso de su hijo perdido.

El duque de Bouillon se plantó en la puerta del dormitorio real.

—Messieurs —dijo—, el rey ha muerto.

Hubo un breve instante de silencio, y luego el silencio desapareció del todo.

La estampida había comenzado.

Las damas y los caballeros de la corte estaban ansiosos por mostrar con qué rapidez habían acudido a rendir homenaje al rey y a la reina. Por las salas y las estancias oficiales, por las antecámaras y las escaleras, todos corrieron para postrarse a los pies de Luis XVI y de María Antonieta.

Notas

[1] La *Route de la Révolte* fue construida para ir de Versailles a Fontainebleau sin tener que pasar por París. <<

[2] Tratamiento dado a los reyes en Francia. <<

[3] Se llamaba Juana-Antonieta Poisson (pescado), de ahí su comentario. <<

[4] Título dado al primogénito del rey de Francia. <<

[5] Estanislao Leszczyński era ya exrey de Polonia cuando su hija se casó con Luis XV de Francia. Recibió Lorena, pero a su muerte volvería a ser de Francia. <<

[6] El jansenismo era un movimiento religioso-teológico que interpretaba teorías sobre la gracia, la predestinación y el libre albedrío. <<

[7] Consideraban que la autoridad de la Iglesia o del Papa debía prevalecer frente a las doctrinas galicanas según las cuales el Papa carecía de jurisdicción sobre Francia. <<

[8] En francés en el original. <<

[9] El 11 de mayo de 1745, Mauricio de Sajonia venció en Foncenoy a los ingleses y a los holandeses. <<

[10] María Teresa, emperatriz de Austria. <<

[11] Calvinistas franceses. <<

[12] Primogénita. <<

[13] Nombre de dos palacios que se hallan en los jardines de Versalles. <<

[14] Antigua cárcel de París. <<

[15] Cámara principal del Parlamento. <<

[16] Este pacto de mutua ayuda uniría las flotas española y francesa, para así establecer el equilibrio marítimo. <<

[17] Bosque de Bolonia. <<

[18] Asamblea o Consejo de la nación. <<

[19] «¡Qué maravilla! / Una niña de nada, / Una niña de nada, / ¡Qué maravilla! / Ha dado su amor al rey, / y ya está en la corte. // Es gentil; / Tiene los ojos pillos; / Tiene los ojos pillos; / Es gentil; / Excita con sus artes / A un viejo lascivo. // En buena casa, / Ha tomado lecciones, / Ha tomado lecciones. / En buena casa, / con Gourdan, con Brisson, / Ella la sabe larga. // ¡Qué posturas! / Ha leído a Aretino, / Ha leído a Aretino; / ¡Qué posturas! / En todos los sentidos / Hace perder el sentido. // El rey se hace lenguas: / ¡Qué ángel, qué bello talento! / ¡Qué ángel, qué bello talento! / Venid a mi trono, / Que os quiero coronar, / Que os quiero coronar». <<

[20] Al estallar la guerra civil en Inglaterra entre el Parlamento y el rey Carlos I, éste fue vencido y ejecutado por los republicanos de Oliverio Cromwell en 1649. <<